

UN SECRETO ENTERRADO HACE UN LARGO TIEMPO  
TIENE EL PODER DE CAMBIAR TODO

KIMBERLEY FREEMAN

*Las*  
*Montañas*  
*Azules*  
*Evergreen Falls*

bóveda

KIMBERLEY FREEMAN

*Las*  
*Montañas*  
*Azules*  
*Evergreen Falls*

bóveda

# Índice

PRÓLOGO.	1926
CAPÍTULO UNO.	2014
CAPÍTULO DOS	
CAPÍTULO TRES	
CAPÍTULO CUATRO.	1926
CAPÍTULO CINCO	
CAPÍTULO SEIS	
CAPÍTULO SIETE	
CAPÍTULO OCHO	
CAPÍTULO NUEVE.	2014
CAPÍTULO DIEZ	
CAPÍTULO ONCE.	1926
CAPÍTULO DOCE	
CAPÍTULO TRECE	
CAPÍTULO CATORCE	
CAPÍTULO QUINCE	

CAPÍTULO DIECISÉIS. 2014

CAPÍTULO DIECISIETE

CAPÍTULO DIECIOCHO. 1926

CAPÍTULO DIECINUEVE

CAPÍTULO VEINTE

CAPÍTULO VEINTIUNO

CAPÍTULO VEINTIDÓS

CAPÍTULO VEINTITRÉS. 2014

CAPÍTULO VEINTICUATRO

CAPÍTULO VEINTICINCO. 1926

CAPÍTULO VENTISÉIS

CAPÍTULO VEINTISIETE

CAPÍTULO VEINTIOCHO. *Seis meses más tarde*

CAPÍTULO VEINTINUEVE. 2014

EPÍLOGO. 1927

Créditos

*En memoria de Stella Vera,  
Estrella de la Verdad.*

*¡Bienvenidos a Evergreen Falls!*

*Me siento inmensamente agradecida por la acogida que han recibido mis libros de Kimberley Freeman. Trabajo con el corazón, y me encanta saber que mis lectores lo aprecian y corresponden de corazón. El escribir estas novelas me da la oportunidad de sacar a la luz mi lado más sentimental y me produce una enorme satisfacción contar historias sobre mujeres que, aun siendo extraordinarias, son tan imperfectas como tú y como yo, pero al mismo tiempo poseen la fuerza necesaria para vencer cualquier tipo de adversidad.*

*Las Montañas Azules es especial en este sentido, puesto que se basa en las memorias de*

*una mujer realmente magnífica.*

*A mi abuela, Stella Vera Freeman, le encantaba escribir. Aparte de unos cuantos poemas en el diario local, nunca llegó a publicar nada, pero en los últimos años de su vida se dedicó a escribir todos sus recuerdos. El año pasado volví a leer sus memorias y me sentí profundamente atraída por la parte que se refiere a la década de 1920, cuando trabajó como camarera en varios hoteles de lujo en Sídney.*

*Mi abuela habla de las profundas amistades que se entablaban entre los empleados, de lo terriblemente exigentes que eran las gobernantas con las que trabajó en el hotel Wentworth y de los rumores que corrían acerca de los célebres huéspedes a los que les servían las comidas, pero al mismo tiempo sus memorias son el vivo retrato de la época: los bailes, las piscinas y, por supuesto, la ropa. Describe muchos vestidos con todo lujo de detalles, y todas las prendas que viste Violet en mi novela están sacadas de las*

*memorias de mi abuela.*

*Mi abuela era fantástica, alta, majestuosa y amabilísima, y siempre pensé que ella era capaz de entenderme de un modo en que mis padres no eran capaces de hacerlo. Incluso después de cumplir los veinte, me iba a menudo a pasar una semana entera con ella, porque en su casa se respiraba tranquilidad y nos lo pasábamos muy bien juntas. Recuerdo una vez que fui y ella había comprado un espejo precioso, que me encantó. El marco tenía unos grabados muy bonitos y en ese momento nos dimos cuenta de hasta qué punto teníamos los mismos gustos. Nos quedamos un momento de pie, delante del espejo, mirando nuestro reflejo: yo, joven y llena de energía, con toda la vida por delante; y ella, con sus profundas arrugas y la serenidad que se deriva de la edad y la experiencia.*

*Han pasado ya muchos años desde que escribí mi primera novela. Fue en 1997; era joven y mi primer libro, una novela de terror (¿te lo*



imaginas?) estaba llena de sangre, sexo y groserías. A mi abuela le entusiasmó la idea de que fuera a convertirme en una escritora con un libro publicado y me dijo que tenía muchísimas ganas de leerlo. A mí me horrorizaba la idea porque creía que no le gustaría el lenguaje que había utilizado. Pero, por desgracia, mi abuela falleció poco antes de que lo publicaran y en los terribles meses que siguieron a su muerte me di cuenta de que lo único que habría sentido si hubiera llegado a tener la oportunidad de leer la primera novela de su nieta habría sido orgullo. Un profundo orgullo.

Cuando los hombres de la mudanza llegaron para empaquetar sus cosas, descolgaron el espejo. Ella había escrito mi nombre por detrás, así que me lo dieron. Todavía lo tengo. Y todavía la echo de menos.

Espero que disfrutes leyendo este libro tanto como yo he disfrutado escribiéndolo.

Te deseo lo mejor,

Kimberley

*Kimberley*

## PRÓLOGO

*1926*

**S**iguen diciendo «el cuerpo» y Flora cree que va a empezar a gritar para no parar jamás. Con susurros que no son lo suficientemente bajos, como hacen los hombres, lo repiten una y otra vez: «No podemos dejar el cuerpo en la habitación»; «Si nos llevamos el cuerpo a la piscina, parecerá que se ha ahogado»; «Pero cuando examinen el cuerpo verán que no tiene agua en los pulmones», y cosas así. Mientras tanto Flora, encerrada en la sombría prisión de su mente, incapaz de entender nada desde que descubrió los pálidos restos, no deja de temblar por el aire helado que entra por la puerta abierta y sopla entre los altos eucaliptos que

delimitan la oscuridad del valle.

—Si el viejo se entera de esto —dice Tony remarcando su observación con una calada al cigarro—, cerrará la caja fuerte y Flora se quedará sin nada.

Flora quiere decir que no le importa el dinero, que la muerte nunca ha sido tan inmensa, real y definitiva como en aquel momento, estando al lado de los restos de una persona real que tan solo un día antes respiraba y gritaba. Mueve los labios, pero no sale ningún sonido.

—¿Qué quieres que hagamos, Florrie? —le pregunta Sweetie.

—No sirve de nada hablar con ella —dice Tony mientras niega con la cabeza a la débil luz del candil—. Va a necesitar unos cuantos tragos de *whisky* para superar esto. Mira, lo único seguro es que nadie puede enterarse de esto. Tiene que parecer un accidente. Como si se hubiera caído mientras daba una vuelta por el bosque.

—¿Con esta nieve? Eso no se lo va a creer

nadie.

—Piensa en la fama que tenía —le dice, y con el zapato de charol le da un puntapié al cuerpo para levantarlo y después retira el pie dejándolo caer de nuevo al suelo—. No muy sólida. —Tony se da cuenta de que Flora está escuchándolo y se arrepiente de haberlo hecho—. Lo siento, Florrie. Pero tenemos que ser prácticos. Tienes que confiar en nosotros.

Flora asiente, trastornada, incapaz de comprender nada.

—Y entonces, ¿hasta dónde tenemos que llevar el cuerpo? —pregunta Sweetie.

—Lo más cerca de las cascadas que podamos.

Sweetie asiente y se agacha para coger las piernas flácidas con sus manos regordetas. Flora se acerca para ayudarlos, pero Tony la aparta, delicadamente pero con firmeza.

—Tú te quedas aquí. No puedes ayudarnos tal y como estás, y este frío te puede matar. No quiero tener que cargar con dos cuerpos. —Tira el

cigarrillo por la puerta que tiene delante. La colilla dibuja un arco y cae en la nieve; un breve resplandor y se extingue.

Flora los ve marcharse. Se mueven con pesadez por la oscuridad y el frío, hasta que se convierten en diminutas figuras en los límites del jardín y desaparecen camino abajo por el sendero de piedras que lleva al valle. Ha empezado a llover, las gotas gruesas que caen del revuelto cielo nocturno se hunden silenciosamente en la nieve. Se queda en la puerta, con los dedos entumecidos, esperando a que regresen.

La lluvia borraré las profundas huellas de la nieve, junto con el rastro que puedan dejar las piernas y los brazos que cuelgan entre ellos. Pero la lluvia lavará también el cuerpo, un húmedo sudario, un entierro empapado. Flora se lleva las manos a la cabeza y llora, por la impresión y su dolor y su pérdida y los horrores que sin duda vendrán. «Pobre Violet», repite en su cabeza sin cesar. «Pobre Violet».

## CAPÍTULO UNO

### *2014*

Si hubiera tenido alguna experiencia con los hombres, si no hubiera sido una mujer virgen de treinta años en mi primer trabajo, habría sabido hablar con Tomas Lindegaard sin parecer tonta y sin balbucear.

—¿Lo de siempre? —le dije cuando se acercó a la barra—. Si quieres, puedes sentarte y esperar a que te atienda en la mesa, si quieres, o no, o sea, no quiero imponerte nada.

Tomas sonrió y unas ligeras arrugas aparecieron alrededor de sus ojos azules.

—A lo mejor te sorprendo y te pido algo distinto hoy —dijo.

Me reí, y me di cuenta de que me estaba riendo demasiado fuerte, así que paré de pronto.

—Un café solo —pidió.

—Pero eso es lo que siempre... Ah.

Estaba sonriendo otra vez, y yo también sonreí, embriagada por él, como siempre. Entonces vi que se acercaba la señora Tait y me apresuré a ayudarla. Con todo lo independiente que quería ser, necesitaba que la ayudaran a llegar a una silla con su bastón y sus articulaciones inflamadas.

—Gracias, querida —dijo mientras se sentaba—. Un café con leche doble y un cigarrillo, por favor.

Era la broma de todos los días. Hacía treinta años que la señora Tait había dejado de fumar, pero decía que lo seguía echando de menos sobre todo cuando se tomaba su café.

—Muy bien —dije, y volví a la barra, donde Penny ya había encendido la máquina del café. El sonido del vapor amortiguó el ruido de la cafetería y el aburrido ritmo de la música. Tomas se había



sentado donde siempre, en la mesa del centro.

Penny me miró e inclinó ligeramente la cabeza hacia Tomas, dedicándome una sonrisa cargada de significado.

Yo me encogí de hombros. No sabía si Tomas sentía tanto interés por mí como yo por él, a pesar de vernos todos los días. Él era un miembro del equipo de arquitectos que se estaba encargando de la reestructuración del histórico hotel-balneario Evergreen, y había venido especialmente de Dinamarca para diseñar las habitaciones y romperme el corazón. Penny era la dueña de la cafetería, un rincón de brillantes cristales y cromados ubicado al fondo de la recién renovada ala este del Evergreen Spa.

Yo estaba segura de que a Tomas le interesaría mucho más ella, con su cuerpo atlético y sus genes españoles por parte de madre. Estaba claro que una rubia flacucha con cejas pálidas no podía competir con ella.

Penny me acercó dos bandejas: una con el café

con leche de la señora Tait y la otra con el café solo de Tomas.

—Primero llévale esto a la señora Tait —susurró— y después entretente con él, ¿vale? ¿Sabrás hacerlo?

Asentí, le llevé su pedido a la señora Tait y luego fui a llevarle el café a Tomas.

—Gracias, Lauren —dijo mientras agitaba dos sobres de azúcar entre el dedo pulgar y el índice antes de echar todo el contenido en el café—. Parece una mañana tranquila.

Mi oportunidad para entretenerme.

—Sí, aunque me gusta más cuando estamos ocupadas. Ayuda a coger el ritmo.

Charlando. Estábamos charlando. No era tan difícil como creía.

—¿Te quieres sentar conmigo un momento? —me invitó Tomas con una sonrisa maravillosa.

Una punzada de excitación. Miré a Penny, que me animó con un gesto. Oí que mi móvil empezaba a sonar en el bolso, debajo de la barra, pero no le

hice caso. Empezamos a hablar de nimiedades y otras cosas más importantes —estaba divorciado, sin hijos—, contacto visual, risas. Coqueteo. Estábamos ligando. Al pensarlo me sonrojé. Volví a oír el teléfono.

Y Penny llegó por detrás.

—Perdona, Lauren. —Me traía el móvil, que había empezado a sonar otra vez—. Pone que es tu madre y no para de llamar. A lo mejor es importante.

Las cuatro letras *Mamá* se encendieron en la pantalla.

—Perdona —le dije a Tomas—. Creo que tengo que cogerlo.

—Pues claro —dijo, y se terminó el café—. Yo también me voy.

Penny me dio el móvil y me dirigí hacia la esquina de detrás del almacén.

—¿Mamá?

—¿Dónde estabas? ¡Te he llamado tres veces!

—Estoy en el trabajo. No puedo dejarlo todo...

—Pero entonces pensé que no podía ser tan dura con ella—. Es difícil cuando estoy trabajando, estaba sirviendo a un cliente. —Miré por encima del hombro. Tomas se había ido, pero se había dejado algo encima de la mesa. Me acerqué.

—Cuando no me contestaste, me preocupé. ¿Por qué estás ahí tan temprano?

—Tengo el primer turno, para la gente que viene antes de entrar a trabajar.

Era una llave, pegada a una tarjeta de plástico. Por uno de los lados había un recuadro en el que se leía «Tomas Lindegaard». Le di la vuelta y por el otro lado decía «Antigua ala oeste». Fui hacia la puerta, empujé y la abrí. A ambos lados de la calle se veían los coches de los trabajadores y los pinos. A lo lejos había un hombre con un cortacésped. Los coches de los turistas que solían dar vueltas por allí buscando aparcamiento cerca del camino que llevaba a las cascadas no habían llegado todavía. Y tampoco se veía a Tomas por ninguna parte.

—Lo siento. Ya sabes que siempre me preocupo mucho —dijo mi madre.

—Sí, ya sé que siempre te preocupas. —Me metí la llave en el bolsillo del delantal negro y dejé que la puerta se cerrara detrás de mí. Penny estaba recogiendo la taza de café de la señora Tait y hablando con ella. Aparte de ellas, la cafetería estaba desierta—. ¿Es urgente? —le pregunté a mi madre.

—Bueno, no. Es solo por... los libros de Adam... —me contestó con un nudo en la garganta.

—Yo me los quedo —aseguré con decisión—. Mándamelos.

—¿Te vas a quedar ahí, entonces?

—Sí, claro. —Respiré profundamente, preparándome para lo que sabía que me esperaba después.

—Estás muy lejos de casa.

—Esta es mi casa ahora.

—Estoy preocupada, es todo...

La preocupación. Otra vez.

—Estoy bien aquí. —Estaba más que bien. Mejor de lo que nunca lo había estado. Por fin había salido de mi pueblo de la costa de Tasmania y vivía en las Montañas Azules, cerca de Sídney, por mi cuenta, aprendiendo a hacer cosas que la gente aprende a hacer mucho más joven (pagar un alquiler, poner lavadoras, administrarme, hacer la compra), con muchos años de retraso.

—No es bueno que estés tan lejos. La casa está muy vacía sin ti y... ¿estás segura de que estás bien? No quiero que algo... vaya mal.

Mi madre me llamaba dos o tres veces al día, y dos o tres veces al día volvía a insistir en que le daba miedo que algo pudiera «ir mal». Me frustraba tanto que me dolían los dientes de apretar la mandíbula, pero también me daba pena. No éramos una familia común. Yo no era una hija común. No había nada común en nuestras circunstancias.

—De verdad —repetí por enésima vez—, no tienes que preocuparte por mí, te lo prometo.

—Nadie puede prometer eso —suspiró.

—Me voy a quedar sin trabajo si sigo perdiendo tanto tiempo al teléfono —le mentí—. Estamos muy ocupadas esta mañana. Mándame los libros, así tengo algo para entretenerme por las tardes. —Las tardes eran largas y aburridas. La televisión no se veía bien y Penny era la única amiga que tenía en aquel momento y no podía pretender que saliera conmigo todas las noches, así que me había acostumbrado a meterme en la cama temprano, después de tomarme una taza de té y un trozo de bizcocho y leer algún artículo anticuado de las revistas de moda que tenía en la estantería.

—De acuerdo, te los mandaré, pero...

—Hasta luego, mamá.

Penny me miró cuando metí el móvil en el bolso y me disponía a retomar el trabajo.

—¿Va todo bien? —me preguntó.

—Como siempre.



Más tarde, mucho más tarde, me acordé de la llave de Tomas. Cuando llegué a mi casa, dejé el delantal encima de la cama y me metí directamente en la bañera. La casita vieja que tenía alquilada en Evergreen Falls, detrás de la casa de la señora Tait y a cinco minutos andando de la cafetería, tenía un cuarto de baño tan estrecho que apenas podía estirar los brazos allí dentro, pero la bañera era profunda y la ventana que tenía al lado daba a un patio privado ajardinado. Me relajé entre un sinfín de burbujas durante un rato, pero cuando cogí el montón de ropa y lo metí en la lavadora, se oyó un sonido metálico. Y cuando saqué la llave del delantal sucio, me sentí fatal.

Dejé la llave en la encimera de la cocina mientras cenaba —una porción individual de otro plato congelado para microondas; aquel día me tocaba solomillo Strogonoff— y la miré detenidamente bajo la luz que llegaba del techo.



*Tomas Lindegaard*. Qué apellido tan bonito. Más allá de la ventana empezaba a oscurecer. Ya no quedaría nadie en las obras y Penny ya habría colgado el cartel de *Cerrado* en la puerta. Sabía dónde estaba viviendo Tomas mientras se ocupaba de su proyecto porque había visto su coche aparcado fuera de una casita con un camino flanqueado de robles a cuatro bloques de mi casa. El corazón me latió un poco más fuerte al pensar que podría ir a llamar a su puerta.

Me quité el albornoz, me puse una camiseta limpia, unos vaqueros y unos zapatos y salí de casa.

Era una tarde cálida y tranquila, con el aire cargado del aroma de los pinos y eucaliptos. Me había mudado allí a principios del verano, y tres meses más tarde, en marzo, todavía no había sufrido el calor. Se había levantado un poco de brisa y el cielo tenía un tono amarillo pálido salpicado de nubes rosa. Subí por la colina hacia la calle principal; las ramas rotas y las agujas de

pino crujían bajo mis pies.

No había ningún coche delante de la casa de Tomas. La decepción me encogió el corazón. ¿Qué esperaba? Los últimos veinte años de mi vida no me dieron la oportunidad de comenzar ningún tipo de relación normal. Por más que lo deseara con todas mis fuerzas.

Suspiré, me di media vuelta y volví a ponerme en camino hacia mi casa.

Pero no quería volver a casa. A lo mejor seguía en las obras, pensé, así que me dirigí hacia el hotel Evergreen Spa.

Era de una belleza inconexa; los colores de la puesta de sol teñían las paredes de piedra manchadas de liquen. El terreno se extendía a lo largo de un kilómetro hasta el borde de una escarpadura y asomaba a los valles y colinas hasta donde alcanzaba la vista. Dos pinos centenarios flanqueaban la entrada principal, ambos rodeados de arriates llenos de maleza de un metro de altura salpicada de flores amarillas. El hotel se

construyó en la década de 1880, disfrutó de su apogeo durante los primeros años del siglo XX y se abandonó después de la Segunda Guerra Mundial, cuando lo usaron como centro para el despacho de tropas militares. Durante los años sesenta se llevó a cabo un tímido intento de renovación, cuando restauraron el ala este, incluido el gran salón de baile, que se rehabilitó lo suficiente como para festejar bodas y otras celebraciones. Pero más tarde volvieron a cerrarlo. Hasta que llegaron los arquitectos el año anterior. Y Tomas con ellos. Penny alquiló la cafetería. Yo cogí un vuelo desde Tasmania para huir de mis padres y le supliqué que me diera trabajo sirviendo a la gente de allí y a los turistas, pero sobre todo a los trabajadores. La idea era que el Evergreen Spa abriera sus puertas al año siguiente.

Pero el ala oeste, la estructura de piedra original con sus dos plantas de ventanas arqueadas de estilo italiano y las cornisas que se extendían

hacia la zona oeste del salón..., en fin, casi nadie había vuelto a entrar allí durante décadas.

Y yo tenía la llave.



Hasta aquel momento había pasado toda la vida evitando hacer cosas de modo espontáneo, por el bien de los nervios de mi madre. Nunca me subía a los árboles, nunca me montaba en los coches con los chicos y nunca me iba a la playa con los amigos si me lo pedían —cuando tenía amigos, que era raramente, porque no contribuía a la diversión a mi alrededor—. Había crecido mirándolo todo desde el punto de vista de mi madre. A ella no le habría gustado que metiera la llave en la cerradura y la girara hasta que se oyera el clic. No le habría gustado que echara una última ojeada alrededor del ala desierta, entre el suave rumor de las hojas de los árboles y el tráfico lejano de la autopista. No le habría gustado que

entrara y cerrara la puerta detrás de mí, quedándome a oscuras. Y porque no le habría gustado, lo hice.

En algún momento de un remoto pasado clavaron tablas en las ventanas, y evidentemente no había luz eléctrica, así que me saqué el móvil del bolsillo y encendí la aplicación de la linterna. Era un rayo de luz corto y estrecho, pero por lo menos me ayudaría a no tropezarme con algo. Apuntándolo hacia la oscuridad me di cuenta de que me encontraba en una especie de vestíbulo, con el parqué del suelo hinchado, altos techos y paredes desconchadas. Los bordes del papel aterciopelado que cubría las paredes estaban despegados y colgaban tristemente de las esquinas mugrientas. Una lámpara de araña que seguía sujeta en el techo refractó mi haz de luz formando miles de destellos cristalinos en las paredes. Suspiré, y al hacerlo me llené los pulmones de polvo de tal forma que estuve tosiendo durante medio minuto sin parar.

Me quedé allí mucho tiempo, en mitad del vestíbulo, intentando imaginarme cómo habría sido en sus momentos de mayor esplendor y cómo sería dentro de unos años, cuando Tomas y su equipo lo restauraran. Me sentí extrañamente privilegiada por tener la oportunidad de verlo así, tal y como era, intacto, con tantos años encima.

Seguí alumbrando mi alrededor con la linterna. A un lado había un pasillo y al otro, unas escaleras. No sabía si las escaleras se hundirían con mi peso, de modo que entré en el pasillo, pasé por delante de varias habitaciones vacías y llegué a una amplia antecocina. Las baldosas del suelo estaban desniveladas y había un horno enorme de hierro fundido en una de las paredes. Los grandes fregaderos cuadrados estaban llenos de moho. Por una de las ventanas grasientas, a la que le faltaba un tablón, se veían los primeros peldaños de una escalera exterior de la que colgaba un cartel que decía *Peligro. No pasar.* No debía estar allí. Tenía que irme.

Volví al vestíbulo por el pasillo, pero al llegar vi que la puerta no se podía abrir. No tenía ningún agujero por dentro para meter la llave y, en lugar del pomo, solo había un trozo de hierro que sobresalía. Cogí el teléfono con los dientes de forma que me iluminara los pies e intenté girar el hierro con todas mis fuerzas. Cuando se me resbaló, tenía las manos doloridas, rojas y con un fuerte olor a óxido.

Se me encogió el corazón al darme cuenta de que me había quedado encerrada y nadie sabía que estaba allí. Podría llamar a Penny o a la señora Tait. O a mi madre, y al pensarlo me reí tanto que se me pasó un poco el miedo. Apagué la linterna del móvil para ahorrar batería mientras pensaba en lo que podría hacer.

El edificio era tan grande que tenía que haber otra salida. Me fui otra vez para el corredor, pasé por delante de la antecocina y miré en las habitaciones vacías. Al final del pasillo había dos puertas: una en la misma planta, a la que podría

llegar con facilidad, y la otra al final de una larga escalera que llevaba al piso de abajo. Intenté abrir la primera, pero no giraba la manilla. Metí la llave y entró un milímetro, nada más. Así que lo intenté con la otra y aquel fue mi gran error.

La llave entró y giró dando un tirón. Al empujar la puerta encontré resistencia, así que empujé más fuerte y... ¡crac!

Me quedé sin respiración. Al primer ruido siguieron muchos más, y de una en una fueron cayendo todas las cosas que había empujado con la puerta. Encendí la linterna con cuidado y observé lo que parecía ser un almacén, con el techo tan bajo que lo tenía justo encima de la cabeza. A juzgar por el desorden, me imaginé que le habría dado sin querer a una urna que estaba apoyada contra la pata de una mesa. La pata se rompió y todo lo que tenía encima se cayó al suelo: cajas, cajones llenos de cosas, libros, lámparas y otros objetos que ni siquiera pude identificar. La urna sobrevivió, pero un juego



entero de té se hizo añicos.

Tenía dos opciones: usar el resto de la batería del móvil para iluminar la escena del delito lo suficiente como para poder limpiarlo todo y esconder las pruebas o llamar a Penny, contarle lo que había pasado y soportar la humillación.

Se me ocurrió una tercera opción: recoger rápidamente e ir a buscar a Tomas, confesarle todo y decirle que pagaría el juego de té. Y a lo mejor la mesa. Pensaría que soy idiota y ya está. Sería un alivio, en cierto sentido, porque ya no tendría que seguir anhelando lo que no podía llegar a tener.

Dejé el móvil en el suelo, apoyado contra la pared para que me diera luz. La mesa no tenía arreglo, se le había roto la pata. Amontoné los trozos del juego de té y los dejé fuera de la puerta. Enderecé las cajas y las maletas y recogí varios calzadores, repuestos de lámparas viejas, pomos y manillas, y los coloqué lo mejor que pude.

Cuando levanté una caja que se había volcado vi que tenía un antiguo gramófono. Pensé que debía

de ser portátil porque tenía varios pasadores en tres lados y un asa rota, y al levantarlo me di cuenta de que el lado por el que había caído se había desencajado. Lo puse en el suelo cerca del móvil y la luz iluminó algo blanco, medio escondido por la parte rota. Metí la mano y saqué un fajo de sobres atados con una cinta de terciopelo descolorida.

Desaté el lazo y fui pasando los sobres de uno en uno. Ninguno tenía dirección, pero se veía que contenían papeles escritos. Levanté la solapa del primero y saqué unas hojas amarillentas que crujieron al deslizarse. La tinta de la escritura se había vuelto sepia con el tiempo.

«Amor mío, es una tortura no poder ir a verte esta noche».

Cartas de amor. Viejas cartas de amor. De pronto sentí cómo se me henchía el corazón. Había robado una llave, había entrado sin permiso en un edificio desierto y había encontrado viejas cartas de amor. Me sentía genial, emocionada, llena de

vida. «Ahora te aguantas, mamá». Ese era el tipo de emoción que me había perdido toda la vida por ser demasiado cauta. «Ahora te aguantas, papá». Volví a anudar el lazo. «Ahora te aguantas, Adam». De repente me sentí fatal. ¿Cómo podía pensar eso? Adam no tenía la culpa de nada de lo que había pasado. Él nunca había querido ensombrecer nuestras vidas de aquel modo. Nadie en el mundo quiere ensombrecer así las cosas.

Dejé los sobres al lado del móvil e hice todo lo que pude para volver a poner las cosas en orden. Después de colocar la mesa rota junto a la pared, me metí las cartas en el bolsillo de la chaqueta y me fui, dejando la puerta cerrada. Con la luz de la linterna llegué a la antecocina y me dirigí hacia la única ventana a la que le faltaba un tablón. Me incliné sobre el fregadero e intenté levantar la hoja de la ventana. Cedió un poco. Me subí a la encimera y metí los pies en el fregadero, con su buena capa de moho, y empujé hacia arriba todo lo que pude. La hoja se abrió con un chirrido y por

fin pude oler el aire fresco. Salí por el hueco, volví a cerrar la ventana detrás de mí y me dirigí hacia la parte de atrás del edificio. Crucé el aparcamiento y llegué a la calle. Ya había oscurecido y a la luz de las farolas, mientras sacudía los pies para quitarme el moho de los zapatos, vi que tenía la ropa llena de polvo. Mientras intentaba quitármelo a manotazos, sonó un claxon detrás de mí y me di la vuelta para mirar. Se acercaban los faros de un coche. Me aparté de la carretera y pisé el césped húmedo. El coche se me paró al lado. Era Tomas.

—¿Te llevo? —dijo con su ligero acento danés.

Estaba tan avergonzada que apenas podía hablar.

—Yo... Mira, tengo que hablar contigo.

Arqueó las cejas sonriendo.

—Entonces, súbete. Vamos a mi casa. Vivo cerca.

A su casa. Suspiré.

—Vale.

Allí estaba, en su coche, con cartas de amor en el bolsillo, y no dijimos ni una palabra en lo poco que tardamos en llegar.

Una luz de seguridad se encendió al llegar al porche. Creía que me iba a preguntar qué había estado haciendo en el Evergreen Spa, pero dijo algo acerca de la noche tan buena que hacía, de lo mucho que le gustaban las Montañas Azules y de lo distinto que era vivir allí que en Copenhague. Estoy segura de que le contesté, aunque no podía dejar de pensar en cómo le iba a contar lo que había hecho.

Colgó las llaves en un aparador y me llevó a la cocina. Restregué las suelas de los zapatos en el suelo por si seguían teniendo moho e intenté sacudirme algo más la ropa para quitarme el polvo de encima.

—¿Quieres algo? ¿Té? ¿Chocolate caliente? No te puedo ofrecer café porque siempre me lo haces tú a mí.

—No, gracias.

—Yo me voy a hacer chocolate. Como lo hacía mi madre. Está muy bueno.

Me esforcé en sonreír.

—Vale, me has convencido.

—Siéntate y dime de qué querías hablar.

Me senté a la mesa de la cocina mientras él buscaba un cazo y lo ponía en el fuego.

—Hoy te dejaste la llave del ala oeste en la cafetería —le dije mientras se daba la vuelta para sacar la leche del frigorífico y no le veía la cara.

—Ah, así que estaba allí. He mirado dos veces por toda la oficina.

—Lo siento, me la metí en el bolsillo del delantal pero después me llamó mi madre, que es... muy... acaparadora.

—No pasa nada.

—¿Vas al ala oeste muy a menudo?

Eché la leche en el cazo y vino a sentarse conmigo mientras se calentaba.

—No mucho. No tenemos planeado trabajar allí hasta dentro de seis meses o un año.

—Yo he entrado. —Los latidos del corazón me retumbaron en los oídos mientras lo decía. Me acordé de una vez que desperté a Adam de un sueño muy profundo y mi madre me regañó y me sentí igual que entonces. Metida en un buen lío.

Tomas sonrió.

—Qué traviesa.

—Y eso no es todo. Como no podía salir, abrí otra puerta, que resultó ser la del almacén, y tiré algunas cosas.

—¿El qué?

—Un montón de cosas. Se rompió un juego de té antiguo. Solo espero que no fuera de mucho valor. —Él seguía sonriendo y me sentí reconfortada—. De verdad que lo siento. No suelo hacer cosas así, te lo prometo. He llevado una vida muy estricta. No te puedes imaginar cuánto. No sé qué se me pasó por la cabeza.

—¿Curiosidad, tal vez? —supuso Tomas al tiempo que se levantaba para ir a remover la leche—. Pero está bien, no ha pasado nada.

—Pero se me rompieron varias cosas.

—Limpiaron el ala oeste hace tiempo. Seguro que son objetos sin valor. Olvídalo, no ha pasado nada.

Me sentí muy aliviada.

—Gracias.

—¿Creías que te iba a regañar?

—No estaba segura.

—Me alegro de que no te hayas hecho nada porque no sé si te cubriría el seguro.

—No subí por las escaleras.

Tomas cogió el chocolate, miel y dos tazas enormes.

—¿Cómo saliste?

—A una de las ventanas de la antecocina le faltaba un tablón.

—Muy ingeniosa —dijo mientras traía las tazas y volvía a sentarse.

Probé el chocolate. Estaba cremoso y dulce.

—Está buenísimo —comenté.

—Le diré a mi madre que te ha gustado la



próxima vez que la vea.

Le sonreí y me acordé de las cartas.

—Mira —le dije mientras me las sacaba del bolsillo de la chaqueta y las deslizaba por encima de la mesa—, las encontré dentro de un gramófono portátil.

—¿Qué son? —Desató la cinta con mucho cuidado y abrió uno de los sobres—. ¿Cartas de amor?

—Creo que sí. Solo miré una.

Se aclaró la garganta.

—«Amor mío, hoy estaba tomando el sol detrás de la pista de tenis y no podía apartar de mi mente el recuerdo de la otra noche, cuando tenía la boca inundada de tu sabor...». —Tomas se rio—. No puedo leer esto en voz alta. Es demasiado explícito.

Me sonrojé mientras él doblaba la carta y me devolvía los sobres.

—Te las puedes quedar, pero necesito la llave.

—¿Estás seguro de que me las puedo quedar?

—Pues claro. Léelas y después me cuentas las mejores. A ver si descubres quiénes eran. Si estaban escondidas puede que fuera un amor prohibido. A lo mejor has dado con un secreto.

La idea me emocionó. O tal vez estaba emocionada por estar sentada con Tomas en su cocina, tomándonos una taza de chocolate como lo preparaba su madre. La felicidad.

Charlamos. Me habló de su madre y yo le hablé, un poco, de la mía. No estaba preparada para contarle toda la historia. Pero no porque fuera demasiado larga —se la habría podido resumir en dos palabras—, sino porque antes de contársela quería que supiera cómo era yo en realidad.

Comoquiera que fuese en realidad. Que todavía no lo sabía ni yo.

Me preguntó si quería otra taza de chocolate. Me habría gustado quedarme, pero sabía que mi madre me llamaría en cualquier momento y no quería hablar con ella delante de él ni tener que ignorar la llamada y que le entrara el pánico.

—Tengo que irme ya —le dije—, pero gracias.

—¿Quieres que te lleve?

—No, vivo muy cerca. En una casita que queda justo detrás de la casa de la señora Tait. ¿La conoces? Es la señora mayor que está siempre en la cafetería.

—Sí, sé quién es. Me invitó a tomar el té un día cuando llegué al pueblo.

Salimos al porche. Las polillas golpeteaban la bombilla.

—Buenas noches —me despedí.

—El viernes —dijo de pronto—, me gustaría invitarte a cenar.

Tardé un momento en comprender lo que me acababa de pedir, mientras mi corazón ya entonaba un sí como si fuera un cantante de ópera.

—¿El viernes por la noche? Sí. Sí, me encantaría.

—Perfecto. —Parecía aliviado. Sonreía de oreja a oreja. Por mí. No me lo podía creer—. ¿Te recojo a las seis?

—Vale... Bueno, te veo mañana en la cafetería, ¿no?

—Tengo que ir a Sídney unos días, así que...

—Así que... —me reí como una tonta—, nos vemos el viernes por la noche.

Me encaminé hacia mi casa en la oscuridad, emocionada. Cuando el teléfono sonó y vi que era mi madre, ni me quejé.

## CAPÍTULO DOS

ErEran once cartas de amor, todas cargadas de una pasión tan abrasadora que tuve que abanicarme para calmarme después de leerlas. El cielo estaba repleto de nubes negras y el repiqueteo de la lluvia en el tejado de chapa se imponía sobre la música que había puesto. Las leí atentamente una a una, buscando nombres, fechas o cualquier detalle que me ayudara a situarlas. Lo único que sabía cuando terminé de leerlas era que las había escrito un hombre cuyas iniciales eran SHB; que ese hombre tenía una hermana a la que llamaba Sissy —«hermanita»—, cuyo nombre real no aparecía por ninguna parte; que las escribió en 1926 o poco después —lo supe buscando en Internet, porque la

primera Miss Sídney se alojó en el hotel en aquella época—, y que sin duda alguna se trataba de una relación prohibida. Ah, y que SHB estaba obsesionado con los «pezones rosa» de su amante, que mencionaba por lo menos una vez en todas las cartas.

Volví a atarlas con la cinta, las dejé en la mesita de noche, apagué la luz y me acosté. Estar acurrucada en la cama en una noche lluviosa era uno de mis pasatiempos favoritos, lo que ya da una idea de los pocos entretenimientos que tenía.

Pasé mucho tiempo despierta, pensando en Tomas. Cerré los ojos e intenté imaginármelo haciéndome algunas de las cosas que SHB le hacía a su amante. Mi experiencia sexual se limitaba a unos cuantos tonteos que no habían pasado de la segunda cita y a un encuentro de una noche con un hombre mucho mayor que yo que me había enseñado cosas de mi cuerpo que yo ni siquiera sabía que podía llegar a sentir. Pero no había tenido ninguna relación duradera, no había *llegado*

*hasta el final*, no me había dejado llevar jamás. ¿Cómo iba a hacerlo? Había vivido siempre con mis padres, y si eso no impedía que los chicos me pidieran salir, desde luego a mí me impedía decir que sí. Cada vez que se presentaba una oportunidad, me decía: «Solo un año más; esto no puede durar mucho más, seguro». Y después me odiaba por haber pensado eso.

Cuando por fin llegó la libertad, no tenía ni idea de qué hacer con mi vida, y el dolor y la culpa eran un peso enorme.

Pero me gustaba Tomas. Cuando él estaba cerca, me sentía radiante, como si algo estupendo me estuviera esperando a la vuelta de la esquina. Creía que juntos podríamos alcanzar la felicidad.

Me dormí preguntándome si SHB y su amante fueron felices, allá por 1926.



Cuando volví del trabajo la tarde siguiente

encontré una nota pegada en la puerta. «Han llegado unas cajas para ti. Están en mi casa. Ven a recogerlas cuando puedas. L. T.».

Tardé un momento en caer en la cuenta de quién podía ser. La señora Tait. No sabía su nombre, pero así me enteré de que empezaba por ele. Ella se presentaba como la señora Tait y todo el mundo la llamaba así.

Me quité el uniforme del trabajo y doblé la esquina por el lado que llevaba a la casa de la señora Tait. Llegué a la puerta principal y llamé.

—Ah, hola, querida —me saludó mientras abría la puerta con torpeza—. Entra. Tengo tus paquetes.

—Son libros, creo —comenté al ver las cajas cuidadosamente apiladas en el pasillo—. Me los ha mandado mi madre. Está... eh... sacando las cosas de la habitación de mi hermano —expliqué mientras entrábamos. Era una casa mata de los años treinta, perfectamente conservada y pintada en beis y celeste. El sol que entraba por las



ventanas resplandecía en el interior—. Su casa es preciosa.

—En realidad nunca la he sentido mía porque no me la gané con mi esfuerzo. Solo tuve suerte y la heredé de mi madre. ¿Te apetece una taza de té? Acabo de poner el agua a hervir.

—Sí, acepto encantada.

—¿Te parece bien una bolsita? No soy muy ceremoniosa.

—Perfecto.

—Siéntate, vuelvo enseguida.

Me acerqué a un sillón afelpado y al sentarme me hundí entre los cojines mullidos.

A los dos minutos volvió con dos tazas, dejó una en la mesita de mi lado y se sentó en el sofá. Llevaba el pelo gris plata recogido en un moño tirante y un vestido liso azul marino que le hacía parecer más pálida al tiempo que le resaltaba el azul brillante de los ojos.

—Le queda muy bien ese color.

—Siempre me ha gustado mucho el azul

marino. Es un color que no le sienta bien a todo el mundo.

Sonreí.

—A usted le sienta estupendamente.

—Deberías hacer algo con esas cejas.

—¿Usted cree?

—El que sean tan claras no significa que no te las puedas arreglar un poco. Podrías ir a ver a Vana a James Street. Seguro que te las deja muy bien. —Levantó las cejas y hube de admitir que las tenía muy bien depiladas—. Mi madre no tenía cejas —continuó mientras daba pequeños sorbos a su taza de té—. Se las depiló de modo definitivo en 1928 para poder pintárselas. Era la moda de la época. Pero después tuvo que seguir pintándose las durante todo el resto de su vida y cuando las manos empezaron a temblarle... —Se rio—. Que descanse en paz.

—¿Cuánto tiempo hace que murió?

—Quince años.

—¿Vivía aquí?

—No, no. Nunca vivió aquí. Esta casa era una de sus inversiones. Mi madre tenía bastante dinero y trabajó mucho para ganárselo. —Negó con la cabeza—. Yo nunca trabajé lo suficiente para su gusto. Creo que estaba decepcionada conmigo.

Más que una señora de ochenta años, en aquel momento parecía una niña triste y me dio pena.

—Seguro que no. Estoy segura de que la quería mucho.

—Sí, claro que me quería, pero ella quería que fuera médico o abogado o algo importante, y yo nunca tuve cabeza para eso, ya me entiendes. Pero en fin, son cosas del pasado. —Sonrió abiertamente—. Entonces, ¿esos libros son de tu hermano? ¿Se viene a vivir contigo?

Dudé un momento, sin saber qué decir. ¿Por qué siempre tenía que sentirme como si aquello fuera un secreto? Tal vez la forma en que mi madre nos había mantenido alejados del resto del mundo hacía que viéramos nuestras vidas como si fuéramos fugitivos.

—Murió hace cuatro meses —dije por fin.

—Lo siento. ¿Qué edad tenía?

—Treinta y cinco.

Chasqueó la lengua.

—Qué pena, tan joven. ¿Fue un accidente?

—No, llevaba mucho tiempo enfermo. No fue... inesperado. —Bebí un poco de té, esperando que la conversación terminara ahí—. Cuénteme algo más de su madre —dije, forzando una sonrisa—. Parece una mujer formidable.

—Sí, esa palabra la define muy bien —dijo mientras se volvía a mirar unas fotografías enmarcadas que tenía en el aparador. Gente sonriente con trajes antiguos—. Mi madre quería darme una vida mejor que la que ella había tenido. Mi padre no tenía buena salud, así que él se quedaba conmigo en casa y ella se iba a trabajar a una perfumería de Sídney. Se abrió camino allí y cuando el negocio empezó a ir mal, convenció a un banco para que le hicieran un préstamo para comprarlo. Yo apenas la veía. Se iba a trabajar

muy temprano y volvía por la noche muy tarde. Fue una mujer que hizo carrera, en una época en la que las mujeres no tenían carrera. Se creó su propia fortuna.

—Vaya, una vida increíble.

—Sí, esa es la versión oficial —dijo con voz melancólica.

—¿La versión oficial?

—Hay muchas cosas que no me contó. Muchas cosas que todavía no sé.

—¿Como qué? —quise saber, y ella se encogió de hombros.

—Me crio mi padre. Estábamos muy unidos. Solíamos viajar solos y nos llevábamos muy bien sin ella. Siempre me acuerdo de cómo olía cuando llegaba a casa, como si los perfumes con los que trabajaba se le hubieran filtrado por los poros. Se inclinaba sobre mí y me daba las buenas noches poniéndome los labios fríos en las mejillas, y por la mañana me despertaba justo a tiempo para olerla y oírle decir que me quería... Lo siento, ya

estoy llorosa otra vez. Me pasa mucho últimamente, que de pronto me pongo a recordar cosas de hace mucho, muchísimo tiempo.

—No pasa nada si llora.

—Todos esos recuerdos, todos felices y con una punta de amargura. Todo desaparecerá cuando me muera —continuó—. Pero me estoy poniendo pesada y seguro que te estoy aburriendo.

—No, en absoluto. Debería escribirlo.

—¿Y quién lo va a leer?

—¿Sus hijos? —sugerí, e inmediatamente esperé que tuviera hijos y no estuviera sola en el mundo.

Resopló con desdén.

—A ellos no les interesa. Cada uno tiene su vida. Uno está en Londres, otra en Nueva York y la otra en Vancouver. Los tres dedicados a sus carreras, y ni un solo nieto de ninguno de los tres. —Suspiró y miró el fondo de la taza—. Con una nunca es suficiente.

—Necesita una tetera y tazas más grandes.

—Sí, supongo.

Me levanté para recoger.

—No, no —me detuvo—, no importa. Así tengo algo que hacer. ¿Quieres que te eche una mano con las cajas?

—Puedo sola.

—Mejor —dijo—, porque solo lo he dicho por educación. —Se rio de la cara que puse y miles de arrugas le surcaron el rostro—. Ven a verme algún día.

—Por supuesto, señora Tait.

—Llámame Lizzie —dijo con los ojos brillantes.

—Así lo haré, Lizzie —repetí, y me sentí especial. Penny y Tomas ni siquiera sabían su nombre.



No era de las que se cambian siete veces antes de una cita, entre otras cosas porque a los pocos

segundos de que Tomas me invitara a salir ya sabía lo que me iba a poner. El único vestido que tenía: negro, sin mangas, entallado hasta las rodillas y cogido a la cintura con una estrella de diamantes de imitación. Yo me pasaba la vida en vaqueros y camiseta y aquel vestido era lo único que me podía poner que me hiciera parecer una mujer, en vez de una adolescente asexual. No sabía maquillarme, pero en el salón de belleza, Vana había conseguido *encontrarme* las cejas y también me había pintado las pestañas. Me miré en el espejo mientras me peinaba y pensé que eso era lo más cerca que podía estar de parecer guapa.

Terminé demasiado pronto y me senté en el sofá preparada para una larga espera de veinte minutos hasta que llegara Tomas. La casa estaba lejos de la carretera, así que agucé los oídos para ver si oía el motor de su coche o las pisadas en la gravilla de la calle de al lado. Al acecho, como un gato. Ansiosa, imaginándome lo que podía pasar, inventando situaciones que siempre terminaban



siendo un desastre. Al final supe que estaba a punto de llegar porque me mandó un mensaje: «Estoy enfrente con la Sra. T.».

Cogí el bolso, me alisé el vestido y salí.

La señora Tait —Lizzie— estaba regando las plantas, hablando con Tomas. Él llevaba una chaqueta deportiva gris oscura encima de la camiseta azul y los vaqueros. Me encantaba su maravillosa tonalidad escandinava: pelo rubio, piel clara, ojos azules. Pero no era solo el físico lo que me atraía de él. Era un hombre que inspiraba amabilidad y confianza.

—Hola —lo saludé acercándome.

Lizzie se dio la vuelta y me sonrió.

—He sabido que tienes una cita con Tomas.

Se me sonrojaron las mejillas.

—Sí, bueno...

—Estupendo. Hacéis muy buena pareja. Tendréis unos niños guapísimos. Altos, rubios y con unos ojos preciosos. —Se rio al ver cómo nos avergonzábamos y yo no pude evitar tomarle

cariño, con aquel sentido del humor tan retorcido.

—¿Nos vamos? —preguntó Tomas señalando el coche.

—Adiós, Lizzie —le dije mientras le daba un beso en la mejilla.

—Unas cejas preciosas —susurró antes de apartarse.

Tomas y yo nos alejábamos en silencio a la luz crepuscular del verano.

—¿Cómo es que la llamas Lizzie?

—Ayer por la tarde pasé un rato con ella y me estuvo contando historias sobre su madre.

—Le caes bien.

—Eso espero; ella también me cae bien. Tiene algo especial, ¿verdad?

—Sí, es como si la edad no le afectara en absoluto.

—Creo que está muy sola. Me dijo que sus hijos vivían en el extranjero. Está orgullosa de ellos, pero los echa mucho de menos. —Miré por la ventanilla, viendo el paisaje pasar—. Creo que

pasaré más tiempo con ella. De todas formas, tampoco es que yo tenga tantas cosas que hacer.

Nos volvimos a quedar en silencio. Me moví un poco en el asiento, me puse las manos delante y me las miré.

—Estás muy guapa —me dijo.

Lo miré. Tenía los ojos puestos en la carretera, pero estaba sonriendo.

—Gracias —contesté—. Tú también. —Tenía el corazón en la boca. Tenía tan poca experiencia con todo eso...—. ¿Adónde vamos?

—He reservado mesa en L'Espalier.

—Ah, qué elegante. Es de comida francesa, ¿no?

—Sí, espero que te guste.

—Pues claro. —No, para nada. Tenía el estómago delicado y las comidas pesadas no me caían bien, y encima no tenía ni idea de francés, así que no iba a saber lo que estaba pidiendo. La ansiedad ganó un par de puntos.

Aparcamos a los pocos minutos y subimos la

calle hasta el restaurante. No se me daba bien andar con tacones y tenía que ir despacio para no tropezar. «Concéntrate. Respira». La calle principal de Evergreen Falls estaba tranquila y oscura, aparte de las luces de los restaurantes de las aceras y las risas de las terrazas.

Miré con nostalgia al Vintage Star, un restaurante sencillo que estaba enfrente de un anticuario donde sabía que podría leer el menú y pedir un filete sin condimentos. Pero pasamos de largo y enseguida nos sentamos en L'Espalier.

—¿Desean vino los señores? —preguntó el camarero mientras me ponía la servilleta en las piernas.

—No, gracias, tengo que conducir —dijo Tomas.

—Sí, por favor —solté desesperada.

El camarero me trajo la carta de los vinos y la leí, intentando disimular mi horror al ver los precios. ¿Pagaba él?

—Una copa de ese —dije señalando el más

barato.

—No servimos copas.

—Tráiganos la botella —dijo Tomas muy tranquilo—. Tomaré un poco contigo. —Me sonrió a la luz de la vela. Yo también le sonreí, aunque seguramente pareció una mueca.

Oí el móvil en el bolso y supe que era mi madre. Se me había olvidado decirle que no iba a estar en casa para hablar con ella como todos los días. Bueno, más que olvidárseme intenté no decirle que iba a salir, porque empezaría a hacerme preguntas y tendría que mentirle o decirle que tenía una cita y no tenía ningunas ganas de que se pusiera a advertirme de lo peligrosos que eran los hombres.

—Pareces preocupada —me dijo Tomas.

—Un poco. —El móvil empezó a sonar de nuevo.

—¿Tienes que contestar?

—No... Es mi madre.

—¿Estás segura?

—Siempre me llama a esta hora.

—¿Todos los viernes? —«Todos los días», pensé, pero no iba a decírselo, no iba a decirle que me llamaba por lo menos dos veces, a cualquier hora, a lo largo del día—. A lo mejor deberías contestar —dijo—. No me importa.

Abrí el bolso, saqué el teléfono y lo apagué. Por una noche, me comportaría como una adulta.

—Sobreviviré —dije, sonando más dicharachera de lo que me sentía en realidad.

El camarero volvió con una cesta de pan y el vino, que me bebí demasiado rápido. Tomas no pareció darse cuenta. Me preguntó sobre mis padres y yo le contesté con sinceridad, pero sin entrar en detalles. Mi padre era ilustrador científico y trabajaba en casa y mi madre era trabajadora social, aunque se había retirado y había pasado muchos años cuidando de mi hermano enfermo, que había muerto hacía poco.

—Lo siento —dijo.

—Sí, es... —Volví a llenarme la copa. Me

mareé un poco al intentar leer la carta—. No sé francés.

—Está debajo en inglés, ¿lo ves?

El camarero seguía sin venir. El restaurante estaba lleno, había mucho ruido y hacía calor. Cogimos un poco de pan con una sonrisa incómoda hasta que por fin llegó el camarero para apuntar la comanda. Tomas le dijo lo que queríamos en un francés perfecto, con lo que me sentí todavía más fuera de lugar.

—¿Cuántos idiomas hablas? —le pregunté.

—Solo inglés y francés.

—Y danés.

—Sí, claro, soy danés —dijo encogiéndose de hombros—. Pero cuéntame algo más de tu hermano; tienes que echarlo mucho de menos.

Otro trago.

—Sí, pero bueno...

—Dime.

Respiré hondo.

—Por la forma en que te he descrito a mi

familia... En fin, seguramente parecemos una familia normal, aunque un poco triste, pero no somos normales, o no lo éramos, por Adam.

Sonrió.

—Tendrás que explicarte mejor.

Envalentonada por el vino, intenté explicarlo rápidamente. La enfermedad de mi hermano había durado dieciséis años. Desde los primeros síntomas, cuando tenía diecinueve, un trasplante de pulmón con veintiuno, las interminables y terroríficas carreras a urgencias por resfriados de los que la gente suele recuperarse en un día pero que para él podían ser una condena de muerte y los varios diagnósticos de otros horrores que la medicación provocaba en su cuerpo y las operaciones que conllevaban, hasta la lenta tortura esperando a que los pulmones trasplantados fallaran. Hay gente que vive diez años más, nos dijeron. Adam, catorce. Mientras tanto, nosotros esperamos, manteniéndonos unidos por la espantosa condena de muerte, con miedo de salir



al mundo por si nos llevábamos a casa algún germen que pudiera matarlo. Mi madre se obsesionó y no paraba de ver una muerte segura para sus hijos en cualquier cosa. Y no solo por Adam. Como yo era la única hija que le quedaba, decía que era su único consuelo y que no podía perderme a mí también, así que me tuvo encerrada en casa. Me imploró que hiciera mis estudios universitarios a distancia, y al final lo dejé porque no me identificaba para nada con lo que estaba haciendo. Me pidió que no me buscara un empleo y que en vez de salir a trabajar la ayudara con Adam, que ocupaba casi todo nuestro tiempo. Me tenía tan vigilada como a su hijo enfermo terminal. Y allí vivimos los cuatro, en aquella casa, unidos por la enfermedad, oyendo el ensordecedor paso del tiempo durante dieciséis años.

Tomas sabía escuchar. Sabía cuándo hacer preguntas y cuándo recostarse en la silla en silencio. Muy de vez en cuando miraba al salón buscando al camarero o me tocaba la mano cuando

la mía volvía a acercarse a la botella otra vez. Pero no me interrumpía y la verdad es que una vez que empecé, salió todo de golpe.

—Creo que he bebido demasiado —dije cuando terminé. Tomas me miraba con empatía. ¿Por qué se lo había contado todo? Me arrepentí de inmediato. ¿Por qué era tan tonta?—. No te lo debería haber contado.

—Me alegro de que lo hayas hecho.

—¿Dónde está el camarero? Ahora sí que tengo hambre y además tengo el estómago un poco...

—Creo que se han olvidado de nosotros.

Miré a mi alrededor. Me sentí un poco mareada.

—¿No sueles beber, verdad? —me preguntó.

—Casi nunca.

Se levantó y dejó su servilleta en la mesa.

—Venga, vamos a mi casa y nos hacemos un sándwich. Tienes que comer algo y no creo que te caiga bien nada pesado.

El camarero se acercó enseguida a pedirnos

disculpas, pero Tomas le hizo un gesto con la mano para decirle que no pasaba nada y le dio un billete de cincuenta dólares por el vino.

Mientras bajábamos por la cuesta en la que habíamos aparcado, mi cuerpo perdió toda su habilidad para sostenerse en los tacones. Tomas me cogió de la cintura y así llegamos hasta el coche. Era levemente consciente de que la noche estaba yendo fatal; me había emborrachado con cuatro copas de vino en menos de una hora y le había confesado que había vivido mi juventud como un personaje sacado de *Flores en el ático*. Aun así, Tomas me ayudó a subir al coche para ir a cenar a su casa.

—Lo siento —le dije.

—¿Por qué?

—Por ponerte en ridículo.

—No me has puesto en ridículo.

—Pues yo sí.

Paró el coche a un lado de la carretera y se volvió para mirarme alargando la mano con

suavidad hasta tocarme la cara.

—Lauren, no tienes que disculparte por nada. Ahora te voy a llevar a mi casa, ¿de acuerdo? Para cenar. Nada más.

—Vale. —«¿Nada más?». ¿Qué quería decir con eso?

Volvió a ponerse en camino. Los últimos rayos de sol brillaban en el horizonte. Lo veía todo borroso. Me llevé las manos a la frente.

—Ya casi estamos —dijo.

—Lo siento.

—Vas a tener que dejar de decir eso.

Llegamos y me ayudó a salir del coche. Entramos. Durante un rato todo me pareció confuso, pero creo que me tomé una taza de té y un sándwich de queso. Tomas estaba sentado a mi lado.

—¿Por qué te gusto? —le dije—. Tú eres tan maravilloso y yo soy tan... yo.

—Termínate el té —contestó con delicadeza.

—Pero...

—Me gustas porque hay algo muy real en ti, Lauren. Se ve dulzura en tu mirada. No sé, no se me da bien decir estas cosas.

Me terminé el té y el sándwich mientras él me miraba. Era guapísimo. Me incliné hacia el lado para intentar besarlo, pero él se echó para atrás y me cogió suavemente por los hombros.

—No —dijo—, así no.

Se levantó para recoger mi plato y mi taza y me quedé sola un momento, oyéndolo en la cocina.

Lo siguiente que recuerdo es que me desperté con la luz de la madrugada, todavía con el vestido y los tacones puestos y con una sábana echada por encima en el sofá de Tomas.

La vergüenza. Una horrible sensación de vergüenza se apoderó de mí. Imágenes de la noche anterior, bebiendo demasiado, hablando demasiado, tropezando demasiado, intentando darle un beso y Tomas que se apartaba. Miré el reloj: acababan de dar las cinco. Si me fuera...

Pero tenía la vejiga demasiado llena como para

huir rápidamente. Me puse de pie muy despacio, me dolía la cabeza, y miré a mi alrededor. Sofá, mesa de centro, televisión. Ni alfombra, ni estantería, ni cuadros. Tomas debía de estar de alquiler; eso explicaría la falta de decoración del salón. La casa estaba en silencio. Fuera se oía el canto de los pájaros.

Me asomé a lo que parecía ser un pasillo con la esperanza de encontrar un baño y me quité los ridículos zapatos que llevaba para no hacer ruido.

Ya estaba saliendo por la puerta, felicitándome por haber conseguido llegar tan lejos sin despertarlo, cuando oí su voz.

—¿Te quieres escapar?

Me volví. Tomas estaba detrás del sofá, con un pijama azul, restregándose los ojos soñolientos.

—Lo siento...

—Te prohibí decir eso ayer por la noche, ¿te acuerdas?

Moví la cabeza.

—La verdad es que no me acuerdo de mucho.

—No te vayas —me dijo sonriendo—. Déjame que te prepare un café y unas tostadas, por lo menos.

Lo del café me llamó la atención.

—Tienes que odiarme.

Él negó con la cabeza riéndose.

—Eso es lo último que siento por ti.

Cerré la puerta, dejando fuera el helor del alba.

—Gracias —dije—, y gracias por la sábana, y por haberte comportado..., bueno, ya sabes, como un caballero conmigo.

—Ven —contestó, y yo lo seguí a la cocina. Encendió la luz y me indicó una silla para que me sentara—. Supongo que no eres una gran bebedora, ¿no? —dijo mientras encendía la cafetera.

—Pues no, la verdad es que no, y tampoco estoy acostumbrada a las citas. Estaba muy nerviosa.

—No me puedo creer que sea capaz de poner nervioso a alguien. —Le brillaban los ojos.

—No te lo he contado todo.

—Ayer me contaste muchas cosas.

—Pero no te dije que nunca he tenido novio. —

La palabra *novio* me sonó fatal, como si hubiera tenido que usarla quince años antes, pero no entonces.

—¿Ninguno?

Negué con un gesto. Él siguió preparando el café mientras yo lo esperaba avergonzada, hasta que me puso la taza delante y se sentó a la mesa conmigo.

—¿En serio? —preguntó, retomando la conversación—. ¿No has salido nunca con nadie?

—No podía, por... lo que te conté ayer.

—Pero ¿no querías conocer gente? ¿Vivir tu vida?

—Claro que quería, con todas mis fuerzas, pero... Por lo visto, la vida de Adam dependía de que yo no hiciera nada de lo que quería y al final, la inminencia de su muerte me hizo sentir muy egoísta por desear cualquier cosa.

—¿No tenías sueños? ¿Aspiraciones?



—En realidad, no. Bueno, aparte de casarme algún día y tener hijos, tal vez. Cuando Adam murió y me di cuenta de que por fin podía hacer lo que quisiera, no sabía lo que quería hacer.

—Y viniste aquí para descubrirlo.

Negué lentamente con la cabeza.

—Vine porque Adam quería venir. Yo no tenía ningún sueño, así que seguí el suyo.

Tomas dio un sorbo a su café, totalmente concentrado en lo que le estaba diciendo, con la misma expresión que me hizo hablar tanto la noche anterior.

—Pasó mucho tiempo aquí los dos años antes de caer enfermo. Siempre decía que quería volver. Durante mucho tiempo, cuando era más joven, lo que más le preocupaba era no tener fuerzas para viajar. Más tarde, con el paso del tiempo, dejó de hablar de ello, pero hizo una gigantografía de una foto que había hecho en el sendero que lleva a las cascadas y la colgó en la pared de su cuarto. Se pasaba muchísimo tiempo mirándola, cuando ya no

podía hacer nada más. —Maldita sea, encima me tembló la voz y tuve que parpadear para que no se me llenaran los ojos de lágrimas.

Tomas extendió el brazo por encima de la mesa y me cogió la mano.

—Llora si quieres, no pasa nada.

—Supongo que las mujeres deberían ser un poco más misteriosas de lo que yo he sido en nuestra primera cita —dije.

—A mí no me gustan las mujeres misteriosas. Me gustas tú. Puede que con todos esos años con tu familia no hayas podido aprender a ser dura, fría o falsa. A lo mejor es precisamente eso lo que me gusta de ti, Lauren.

Aquello sí que me hizo llorar, y mientras lo hacía, él esperó pacientemente acariciándome la mano con el pulgar.

—Pero ahora que sé todas esas cosas de ti, de tu inexperiencia, como dirías tú, tengo que ser sincero contigo —continuó, y una campanada de alarma resonó en mi corazón—. Tengo que volver

a Copenhague en junio y no volveré aquí hasta enero. Y luego, seis meses después, tendré que volver a casa definitivamente.

—¿A casa? ¿A Dinamarca?

—Sí, por eso no puedo... No podría darte nada de lo que... Has hablado de casarte y tener hijos. Por eso tengo que decírtelo. No puedo quedarme para siempre.

—No pasa nada —dije, supongo que demasiado rápido—. No me importa. Pero me gustaría seguir viéndote. Estoy segura de que nuestra segunda cita saldrá mejor que la primera. No puede ser peor.

Me dio unos golpecitos en la mano.

—Pues entonces, a por ella. Ahora mismo.

—¿La cita del desayuno?

—Si quieres, podríamos tomarnos unas tostadas y después ir al ala oeste para ver si descubrimos algo más sobre nuestros amantes secretos.

—Llevo un traje de noche y unos zapatos

ridículos —objeté.

—Pues primero pasamos por tu casa para que te pongas algo más cómodo.

—Vale —contesté con una sonrisa enorme.



El tenue resplandor del alba entraba por las grietas de los tablones de las ventanas. Tomas se había llevado una linterna mucho más potente y por fin pude hacerme una idea de la grandeza decadente de aquel lugar.

—¿Intentaréis conservar el aspecto original? —le pregunté apuntando con la linterna a las decoraciones del techo—. El entramado es precioso. —Estaba mucho más cómoda con mis vaqueros y una camiseta de manga larga.

—Quedará muy distinto cuando lo reforme. No he hecho los planos todavía, pero tendré que tirar algunas paredes y levantar otras porque el promotor quiere sacar el máximo espacio posible.

Y no tengo ni idea de lo que harán los de interiorismo. —Me dio la linterna—. Guíame.

Lo llevé por el pasillo hasta el almacén. Las viejas tablas del parqué crujían bajo nuestros pies y la nariz me picaba por el polvo.

Sacó la llave, abrió la puerta e iluminó la habitación con la linterna.

—Madre mía, qué desorden.

—¿Tirarán a la basura todo esto?

—Lo raro es que no lo hayan hecho ya. Supongo que se saltaron esta habitación.

—¿Tendrás que decírselo a alguien?

—No, al promotor le da igual —afirmó—. Si quieres, podemos rebuscar por aquí para ver si desvelamos nuestro secreto histórico.

—Podría ser divertido.

Me apretó la mano, se inclinó sobre mí y me dio un beso en los labios. Casi me mareo.

—Pero ahora, por nuestra tercera cita —propuso—, café en mi cafetería favorita.

Sonreí imaginándome la cara de sorpresa de

Penny cuando nos viera entrar, pero entonces me acordé.

—¡Entro a trabajar a las seis y media! ¿Qué hora es?

Iluminó el reloj con la linterna.

—Las seis y cuarto. Menos mal que ya estamos aquí.

—Tengo que irme. Espero que la tercera cita sea pronto.

—Esta noche.

—Hecho. ¿Te vienes a cenar a mi casa? ¿A las siete?

Me armé de valor y le di un beso en la boca, dejando que me abriera los labios con la lengua. Después eché a correr por el pasillo, que él me iluminaba con la linterna, y salí a la temprana luz del día. Sonriendo como una tonta.

## CAPÍTULO TRES

El turno se me hizo interminable. A las dos salí, fui a hacer la compra y volví a casa para preparar pasta al horno, unos filetes marinados y una ensalada. Luego me di un buen baño y por fin pude quitarme la mugre y el olor rancio del alcohol. Podría haberme quedado dormida en la bañera, pero tenía que desempaquetar los libros de Adam antes de que llegara Tomas. En el salón no había sitio para tantas cosas.

Me puse el albornoz, me senté en el suelo y abrí la primera caja. Dentro había una nota de mi madre.

«Espero que te gusten los libros y te acuerdes de tu hermano, mi querido hijo, cuando los leas».

Con una punzada de remordimiento me acordé de que había apagado el móvil en el restaurante. Rápidamente lo saqué del bolso, lo encendí y esperé a que se descargaran siete mensajes de voz, cada vez más desesperados, de mi madre. Sujutando el teléfono con el hombro y la mejilla, empecé a sacar los libros.

—¿Sí? —contestó sin respiración.

—Soy yo.

—¿Dónde has estado?

—En ningún sitio. Se me olvidó encender el móvil.

—Lauren, tienes que tener más cuidado. No puedes desaparecer así. Estaba tan angustiada que creía que me iba a volver loca. He llamado a la policía, pero me han dicho que ellos no podían hacer nada.

Aguanté la regañina con paciencia mientras llevaba los libros a la estantería, pidiéndole perdón, sintiéndome como una adolescente, pero cuando por fin pude decir algo, le solté:



—Mamá, soy una mujer adulta. No puedes pretender saber dónde estoy cada segundo del día. —Se hizo el silencio y supe que había herido sus sentimientos—. Perdóname, mamá, pero no te preocupes por mí, ¿vale? Estoy bien. —Y como me sentía culpable, hablé demasiado—. He conocido a un hombre.

—¿Un hombre? O sea, ¿un novio?

—Sí, es estupendo. Es arquitecto, de Dinamarca.

—¿Habla inglés?

—Sí, mamá. —Intenté no sonar exasperada.

—Ten cuidado, Lauren. No tienes práctica con los hombres.

—Ya, ni nunca la tendré si no conozco a unos cuantos —le dije intentando que pareciera una broma—. Tenemos la tercera cita esta noche. —Así era como lo había dicho él. Me hizo sonreír—. Estoy haciendo la cena.

—Ah, qué bien, menos mal que te enseñé a cocinar.

Se notaba que quería añadir algo más, advertirme de cosas espantosas, decirme que siempre podría volver a casa si las cosas no salieran bien, pedirme que le asegurara que estaba a salvo..., pero no lo hizo y yo me sentí agradecida por el esfuerzo.

—Bueno, te tengo que dejar. Tengo que limpiar antes de que llegue.

—¿Lo has invitado a tu casa? ¿Tan pronto? ¿Y qué va a pensar?

¿Qué podía pensar? Oh, Señor, ojalá pensara lo mismo que yo.

—Mamá, deja de preocuparte.

Farfulló algo más hasta que por fin se despidió con la promesa de que volvería a llamarme a la mañana siguiente temprano para que le contara cómo había ido.

Solté el teléfono y presté más atención a los libros. Estaban llenos de polvo y amarillentos. Había novelas, libros de historia, libros sobre el espacio y libros de coches. Poco a poco fui

abriendo las cajas y, después de limpiarles el polvo, los fui colocando en la estantería. Seguramente no los leería, pero no me parecía bien regalarlos ni tirarlos a la basura. Un libro sobre las Montañas Azules me llamó la atención y cuando lo abrí para ver las fotos, una fotografía se cayó al suelo.

Era Adam de joven con un chico de su edad. Me alegré al ver que habían hecho la foto allí, en Evergreen Falls. Reconocí el mirador del cerro. Estaban los dos apoyados en la barandilla, sin camiseta, hablando. Tenían los hombros encorvados, como las alas de los ángeles. Adam tenía el pelo largo, castaño. No conocía a su amigo, pero era moreno y tenía un perfil atractivo. Le di la vuelta a la foto. Por detrás decía: «Adam y Froggy. Os quiero, chicos. Besos, Drew».

Volví a mirar la foto. Adam debía de tener unos dieciocho o diecinueve, justo antes de ponerse enfermo. No tenía ni idea de lo que le esperaba. Parecía feliz y tranquilo, hablando con un amigo

delante de unas vistas maravillosas. Froggy y Drew. Nunca lo oí mencionar esos nombres y nadie de las Montañas Azules se puso en contacto con él en Tasmania. Hojeé el libro con cuidado, por si encontraba más fotos. No había más, pero había una inscripción en la primera página, escrita en azul: «Feliz cumpleaños. Ya van 19. Te mando muchos más de felicidad. Con cariño, Froggy».

Adam no llegó a vivir tantos años como Froggy le había deseado, y desde luego muy pocos fueron felices. Dejé el libro y volví a coger la foto. Froggy no era un nombre común. ¿Seguiría viviendo allí? Pero entonces caí en la cuenta: Froggy era un apodo. A lo mejor rimaba con algo o venía de *frog* y se parecía a una rana o le gustaba vestir de verde. A menos que siguieran llamándolo así, sería imposible dar con él. De todas formas, le enseñaría la foto a Penny por si ella lo conocía. O a Lizzie, que llevaba muchos años viviendo allí.

Eso era lo que estaba pensando cuando oí unos golpes en la puerta.

—¡Tomas! —exclamé mientras le abría, cerrándome bien el albornoz. ¿Había pasado tanto tiempo?—. Creía que...

—Lo siento —me interrumpió—. No puedo venir.

—¿No puedes? —Adiós a la tercera cita. Nunca había una tercera cita.

—Sabrina..., mi exmujer..., ha tenido un accidente de coche. Tenía mi teléfono en el móvil como número de emergencias. Tengo que... Me voy a Sídney ahora mismo y cogeré el primer avión para Copenhague.

¿Su exmujer? ¿No estaba...? ¿Ex...? Por más confundida que me sintiera, sabía que no era el momento de preguntarle nada, así que le dije:

—Sí, claro. ¿Está muy grave?

—Muy muy grave. Ahora mismo la están llevando a cirugía de urgencias. Puede que no sobreviva. —Apretó la mandíbula para no llorar y respiró hondo—. Ya sé que parece una locura, Lauren, pero no tiene a nadie más. Sus padres

murieron y no tiene hermanos. Tengo que ir y encargarme de todo. Soy su mejor amigo.

—Lo siento mucho. Es terrible. Vete. No te preocupes por mí.

Consiguió dedicarme una media sonrisa.

—Eres extraordinaria. Toma, tengo una cosa para ti. —Me cogió la mano, me metió algo en el puño y apretó. Tiró de mí y me besó en los labios, con fuerza—. No sé cuanto tiempo estaré fuera. Te llamaré.

Y se marchó, pisando la gravilla del sendero que rodeaba la casa. Oí cómo arrancaba su coche y después abrí la mano para ver lo que me había dado.

La llave del ala oeste.



No dejaba de pensar en todo aquello, por supuesto. Sabrina, su exmujer, su «mejor amigo». Seguía recordándome a mí misma que la pobre

Sabrina estaba a las puertas de la muerte y que yo era tan egoísta que iría al infierno, pero no podía evitarlo. Ya me lo imaginaba quedándose en Dinamarca para ayudarla a recuperarse y casándose otra vez con ella. ¿Y por qué no? ¿Quién era yo para exigirle nada? Dos citas, que en realidad había sido una muy larga en la que yo me había comportado como una idiota. Mi madre tenía razón. No tenía experiencia con los hombres. Era vulnerable.

Pero el lunes a las tres de la madrugada sonó el teléfono. Abrí los ojos y lo cogí. Era un mensaje de Tomas. «Sano y salvo en Copenhague. Sabrina grave pero estable. Todavía inconsciente. Mándame tu correo».

Escribí la respuesta y esperé en la oscuridad, sentada en la cama. El único sonido eran los latidos de mi corazón.

Tin-tin. «Te escribiré en cuanto pueda. Tengo que dormir. Tengo que encontrar a los familiares de Sab. Resuelve el misterio mientras tanto».

«Lo haré», escribí, pulsé enviar y me quedé sola en la oscuridad.



Me propuse que iría a ordenar el almacén del ala oeste el lunes después del turno, pero cuando salí de la cafetería y me dirigí hacia el gran salón de baile, vi a un grupo de hombres cerca del pórtico. Me escondí detrás de los setos y los observé. Estaba segura de que Tomas no había pedido permiso para dejarme entrar y no quería meterlo en líos. Los hombres estaban hablando y me habrían visto claramente si pasaba por allí.

Me di media vuelta, pasé por una pérgola y crucé las viejas pistas de tenis hasta llegar a la escarpadura. Un muro de piedra que me llegaba a la altura de las caderas rodeaba todo el terreno del ahora Evergreen Spa. Las columnas dóricas estaban llenas de desconchones y líquen y algunos trozos se habían roto. Un tramo de escaleras viejas



llevaba a... alguna parte. Delante había una valla de metal con una señal de peligro. Oí unas voces que se acercaban y dudé. El deseo de pasar inadvertida mientras fisgoneaba por el ala oeste luchaba contra el deseo de no precipitarme al vacío por unas escaleras viejas y romperme la cabeza. ¿Qué diría mi madre si me viera?

Salté la valla en un segundo. Las escaleras eran sólidas, aunque estaban un poco desgastadas, y llevaban al exterior. Enseguida me encontré en un camino de piedras lleno de maleza que bajaba hacia el valle. En su día, el Evergreen Spa había sido un balneario, así que se me ocurrió que a lo mejor aquel era un sendero para caminar, y la idea me encantó. El pueblo estaba plagado de rutas de senderismo que serpenteaban por la montaña hasta las cascadas, todas muy bien conservadas, con quitamiedos y señales. Y repletas de turistas. Me atraía la idea de que nadie hubiera pasado por allí en mucho tiempo. El sol me calentaba la cara y se había levantado un poco de brisa por la tarde.

El sendero bajaba dibujando una amplia curva hasta el valle. La flora contrastaba marcadamente con los robles y coníferas que habían plantado en las calles del pueblo. A lo largo del camino pasé por delante de eucaliptos rojos, casuarinas, acacias y banksias. De vez en cuando, alguna rama cortaba el camino y tenía que saltar por encima. Años de hojas caídas, cortezas, zarzas y trozos de piedras intentaban hacerme resbalar, lo que me obligaba a agarrarme al muro de piedra para no caer mientras bajaba. Poco a poco, el follaje se fue haciendo más denso, con palos satinados perfumados y mirtos canela.

Miré hacia arriba y vi el borde del sendero por encima de donde yo estaba. En algún momento tendría que volver a recorrer todo el camino cuesta arriba y el cielo se estaba cubriendo. Vacilé un momento, pero después noté algo raro a unos cien metros, de modo que seguí adelante para verlo mejor. No tardé en encontrar dos cables de alambre del grosor de un dedo. Uno de ellos

estaba flojo y enrollado en un extremo, pero el otro se extendía hacia abajo y parecía que ambos salían de lo alto del camino, desde la parte de atrás del hotel.

Sentí curiosidad, de forma que seguí bajando entre el fuerte olor del bosque, el claro pjar de los pájaros y el verdor de las piedras mohosas entre las sombras. Continué avanzando entre la hojarasca hasta que el sendero desapareció y no pude continuar.

Me arrodillé y me asomé por el saliente. El cable terminaba en una pequeña estructura de hierro que descansaba sobre la pared rayada del acantilado. No tenía ni idea de lo que era, pero estaba claro que tenía que estar relacionado con el hotel. ¿Lo sabría Tomas?

Las gotas de sudor me resbalaban por debajo de la camiseta. Me acuclillé, deseando no tener que volver a subir hasta arriba otra vez. Se oía el tráfico en la distancia y pensé que a lo mejor, si llegaba hasta lo más bajo del valle, encontraría

una carretera, una parada de autobús o un taxi. Miré a mi alrededor. ¿Aquello era otro camino hacia el valle? ¿O me llevaría a algún otro sitio sin salida?

Me levanté y lo seguí. Un enorme eucalipto rojo yacía desplomado. Me recosté sobre él y miré. Definitivamente, un sendero. Trepé por el tronco y medio resbalé, medio me caí hacia el otro lado. Seguí adelante entre pedruscos y plantas espinosas, esquivando las ramas que colgaban de los árboles. Detrás de un recodo ya se veía que el camino terminaba en una pared rocosa y lo único que quedaba era un barranco.

Pero cuando me acerqué, vi la cueva.

En el cielo, las nubes se habían disipado, y con ellas la romántica posibilidad de refugiarme en la cueva viendo llover. Me resigné a la idea de volver a subir hasta arriba, pero antes quería inspeccionar la cueva.

Se entraba por una grieta estrecha, flanqueada por dos paredes de granito que me llegaban al

pecho. Tuve que agacharme para pasar, pero una vez dentro pude incorporarme de nuevo. La cueva era del tamaño de mi cuarto de baño, aunque el techo era mucho más bajo. Un desagradable olor animal impregnaba el frío y la oscuridad. Entonces pensé que tenía que haber arañas y salí lo más rápido que pude.

Mientras lo hacía, entreví algo, como una especie de dibujo, en la parte posterior de la roca de la entrada. Me acerqué para observarlo mejor. Era un corazón grabado en la piedra, pero el granito era demasiado duro como para dibujar una línea curva, así que el corazón tenía los bordes puntiagudos y las letras que contenía también eran afiladas. Pero se leían bien: *SHB*.

Clavé los ojos en el dibujo. Tenía que ser del que escribió las cartas... O no, tenía que ser de su amante. Pero ¿quién sería? Pasé los dedos sobre el dibujo, sintiendo el choque del pasado con el presente. Al tocarlo me di cuenta de que había algo más que no se veía en las penumbras.

Saqué el móvil y encendí la linterna. No eran letras ni un corazón. Eran arañazos. Hechos con violencia; no tan profundos como las letras, pero allí estaban. Hechos con fuerza, tal vez con rabia. Se me erizó la piel.

Le di la vuelta al teléfono, encendí el *flash* y le hice una fotografía para mandársela a Tomas. Busqué por el resto de la cueva, pero no encontré más dibujos. Me quedé un rato pasando los dedos sobre las afiladas puntas del corazón. El misterio se volvía más enigmático.

## CAPÍTULO CUATRO

1926

En algún sitio, en la lejanía, por encima del agua, Violet oyó su nombre.

Abrió los ojos. El sol se reflejaba en el agua con tonos verdes y azules. Subió y quebró la superficie. El sol de finales del otoño iluminaba los sauces y casuarinas. Ada estaba en la orilla del lago, llamándola por señas.

—Por favor, Violet, vamos a llegar tarde.

—Tenemos mucho tiempo.

—Yo me voy.

—Pues vete.

Ada se fue pisoteando la hierba y Violet se dio la vuelta para flotar de espaldas. Ada siempre

había sido una aguafiestas. Una cosa era no tener traje de baño y otra muy distinta, levantar las cejas con desprecio al ver el de Violet, sobre todo porque ella estaba muy orgullosa de su bañador: negro con la cintura color esmeralda y el gorro de baño a juego.

—Tiene razón, ¿sabes? —dijo Clive desde la roca lisa en la que estaba sentado con su bloc de dibujo abierto. Violet se preguntó si la estaría dibujando a ella—. Vas a llegar tarde.

Violet y Ada trabajaban juntas en el hotel Senator, en el centro de Sídney. Todavía faltaba una hora para que empezara el turno de Violet. Muchísimo tiempo.

—Os preocupáis demasiado.

Se giró hacia el otro lado y empezó a bucear de nuevo, con los ojos cerrados y un rizo, que se le había escapado del gorro, rozándole la mejilla. Volvió a subir a la superficie y nadó hasta que notó el suelo de guijarros bajo los pies. La toalla y la ropa seca la esperaban en la orilla. El agua estaba



helada. Lo más seguro es que aquel fuera su último baño hasta octubre. A Violet le encantaba nadar, le encantaba desaparecer bajo el agua cristalina. Se necesitaba algo más que un poco de frío para hacerla salir.

—Pues anda que tú —le dijo a Clive intentando mirar de reojo el dibujo por encima del hombro. Se sintió un poco decepcionada al ver la figura de un sauce en la hoja—. Un hombre de ocio.

—Es temporal. El nuevo trabajo no empieza hasta dentro de unos días. —Apartó la mirada del papel y sonrió—. Vendrás a verme, ¿no?

Violet sabía que Clive estaba colado por ella. Habían trabajado juntos en el hotel durante dos años.

—A lo mejor. Pero está muy lejos, en lo alto de las montañas. —Se quitó el gorro y se secó vigorosamente el pelo oscuro con la toalla.

—Ya, pero el hotel es magnífico. Te encantará. Todas esas damas con sus elegantes vestidos.

—Solo me daría rabia no poder ponerme uno.

—Violet no tenía ninguna intención de ir a ver a Clive. Había sido un amor de verano y el verano ya había quedado atrás. Además, se habían limitado a unos cuantos bailes y un beso de nada —. Sobrevivirás sin mí.

—Puede que sí o puede que no —replicó con delicadeza. Todo lo que hacía y decía transmitía delicadeza. Hasta el pelo y los ojos eran claros y delicados, como si el sol viviera en ellos.

Violet se puso la ropa encima del bañador mojado y se encaminó hacia la estación de trenes. Llevaba los zapatos y los calcetines en la bolsa.

—Me voy en el tren que sale a las ocho de la estación central —le gritó—. Por si quieres venir a despedirte.

—Tengo el primer turno —le contestó. No era verdad, pero era más fácil que decir que no le gustaban las despedidas.

—Entonces, adiós —dijo Clive.

Ella se despidió con la mano y siguió adelante.

Al final tenían razón, maldita sea. Violet subió

las escaleras corriendo hasta la habitación que compartía con otras tres camareras mientras se abotonaba el uniforme, con el pelo empapado, exactamente diez minutos después del inicio del turno.

Ada sonrió con suficiencia desde el comedor, donde estaba repartiendo unos platos de porcelana a un grupo de hombres de negocios que estaban ya sentados a la mesa.

—Llegas tarde —dijo el señor Palmer, su joven y retorcido jefe.

—Sí, por una cosa importante que no he podido evitar. Trabajaré hasta más tarde para compensar.

—Nadar. Esa es la cosa importante que no has podido evitar, nadar.

—¿Eso le ha dicho Ada? —Se las pagaría.

—No. Lo sé porque tienes el pelo mojado. Estás hecha un asco, y desde luego no te voy a dejar entrar ahí para atender a mis mejores clientes. —Le señaló la blusa, que llevaba mal abotonada y con un agujero por el que todos

podían verle la camiseta interior—. Hasta aquí hemos llegado, Violet. Estás despedida.

—No, por favor. —El sol, el lago y los coqueteos con Clive desaparecieron de su mente, dejando paso a la imagen de su pobre madre, cosiendo con los dedos agarrotados por la artritis—. Por favor, trabajaré mucho más.

—Ya te lo he advertido dos veces —dijo el señor Palmer. Y tenía razón, pero Violet no podía aceptarlo.

—¡No puede despedirme! —exclamó levantando la voz hasta alcanzar una estridencia que ni ella misma pudo soportar—. Presentaré una queja a la dirección del hotel.

—Sal de aquí —replicó el señor Palmer con serenidad mientras se daba media vuelta—. Prepara tus cosas y vete mañana a las diez. Entrega el uniforme antes de irte. Ya lo tienes medio quitado.

Violet se cerró la blusa, pensando desesperadamente en qué podía decirle para

hacerle cambiar de opinión. Su madre se sentiría muy decepcionada con ella.



Violet no podía presentarse en casa de su madre sin trabajo. Sencillamente, no podía. Se sentó en la última fila del vagón, donde nadie la veía, y se echó a llorar. Estuvo a punto de saltarse la parada, pero se acordó de pulsar el botón justo a tiempo. Se bajó a dos calles de donde su madre trabajaba como lavandera y costurera para una familia rica, los señores Ramsey, en Roseville. Tenían cuatro hijos que eran muy ruidosos y otro más tranquilo, que estaba echando los dientes y llevaba calcetines blancos en las manos para que no se tocara las encías doloridas. A su madre solo le daban comida y cama por su trabajo y vivía con el poco dinero que ella le mandaba.

Violet se detuvo unas cuantas casas antes. De pronto la maleta y el gramófono se le hicieron muy

pesados y se paró para respirar.

—Mamá, me han despedido —dijo en voz baja. Su madre la miraría muy triste; tal vez haría ese chasquido que solía hacer y le preguntaría qué había pasado y encontraría la forma de echarle la culpa de todo. Pero no diría: «Dependo de ti, ¿qué voy a hacer sin el dinero?». Era demasiado orgullosa para eso. Violet tenía que dejar el dinero debajo de la tetera de hojalata cuando su madre no la veía. Y nunca hablaban de eso. De hecho, su madre solía insistir en lo importante que era ser independiente desde que la obligó a dejar la escuela con catorce años para buscarse un trabajo.

Violet miró hacia arriba. Se veían las luces encendidas en el cuarto de su madre, en un lateral de la casa.

—Mamá, me han despedido —repitió, y se dirigió con decisión hacia la casa.

Entró para que su madre no tuviera que levantarse. Tenía las rodillas cada vez peor. Violet no sabía cómo podía pasarse tantas horas al día en

el lavadero, planchando sábanas, fundas de almohada y toallas. Su madre no era mayor —solo tenía cuarenta y cinco años—, pero su madre y su abuela habían fallecido jóvenes a causa de la artritis. Violet se preguntaba si algún día le tocaría a ella también o si había heredado las articulaciones de su padre, aunque no sabía dónde vivía ni quién era.

Su madre estaba en un sillón raído, al lado de la ventana. Levantó la mirada y le sonrió sorprendida.

—Te he visto llegar por la calle. ¿Por qué vienes con la maleta?

—Mamá...

La madre esperó a que terminara la frase.

—He encontrado otro trabajo. En las montañas.

—Ah, ¿sí?

—En el hotel-balneario Evergreen. Es mucho mejor que el Senator.

—Buena chica. ¿Cuándo empiezas?

—Pronto. ¿Me puedo quedar contigo hasta

entonces? Tuve que decirlo en el trabajo. Les sentó muy mal y me dijeron que me fuera inmediatamente. Te puedo ayudar a lavar y tengo un poco de dinero ahorrado, así que puedo pagarme la comida. —La ansiedad la estaba matando. Una mentira, una mentira enorme. Tendría que convencer a Clive para que le buscara un trabajo o se le caería el mundo encima.



Violet llegó a la estación central a las ocho menos diez, muy arreglada, con su vestido de seda gris y las medias de lana negras. Quería estar atractiva, pero no demasiado. Se abrió camino entre la ajetreada concurrencia. El tren estaba esperando en el andén, que estaba lleno de gente, y Violet temió que Clive hubiera subido ya y no lograra verlo. ¿Tendría que ir hasta las Montañas Azules para hablar con él? Siguió dando vueltas, empujando a la multitud, buscando a un joven de



pelo rubio, pero todos los hombres llevaban trajes con la chaqueta marrón y gris, y sombrero gris.

—¡Clive! ¡Clive! —lo llamó a voces.

Al final fue él el que la encontró a ella. Se le acercó por detrás y le puso la mano en el hombro. Violet se sobresaltó.

—¡Violet! ¡Has venido! —Los ojos grises le brillaban y a Violet le dio pena tener que decirle lo que le iba a decir.

—Clive, tengo un problema tremendo. Me han despedido, y quería saber si tú... podrías preguntar si hay algún puesto para mí en el Evergreen.

El entusiasmo desapareció de su mirada y por un instante la irritación le frunció el ceño. Pero fue una expresión fugaz y a pesar de todo, sonrió.

—Lo preguntaré, y además les diré que eres la mejor camarera con la que he trabajado.

—Gracias —contestó, y soltó la respiración que no sabía que había estado aguantando—. Te lo agradezco muchísimo. No soy orgullosa. No tiene

por qué ser en el comedor, también podría limpiar. Pero no puedo... no puedo estar sin trabajo mucho tiempo. La artritis de mi madre está empeorando y no sabe cuánto tiempo podrá seguir trabajando.

—Puedes contar conmigo —dijo Clive, y después dudó, sin saber qué más decir.

—¿Qué pasa? —preguntó Violet.

—¿Puedo contar contigo? —dijo Clive.

—¿Contar conmigo? No estoy segura de a qué te refieres. —Estaba muy nerviosa. ¿Le iba a pedir que hiciera algo para lo que ella no estaba preparada aún? No parecía ese tipo de hombre, pero tenía que admitir que había estado dándole falsas esperanzas durante muchísimo tiempo.

—Si les digo que eres la mejor camarera que conozco, no me dejarás por mentiroso, ¿verdad? No llegarás tarde ni serás maleducada con el jefe de comedor ni coquetearás con los clientes, ¿no?

Violet hizo una mueca. Era un pésimo retrato de ella, pero era cierto.

—Clive, estaré tan agradecida que maduraré.

Lo haré bien. No mancillaré tu nombre, te lo prometo.

—Muy bien. —La miró con dulzura y le dio unos golpecitos en la barbilla con el pulgar.

Violet sabía que quería besarla, pero echó la cabeza hacia atrás para que no lo hiciera.

—Vale. Nos vemos muy pronto, entonces.

Clive se cogió el sombrero y se encaminó hacia su vagón. Violet hizo lo que debía y esperó hasta que el tren se puso en marcha, despidiéndose con las manos, e incluso le lanzó un beso, pero él estaba alejándose de la ventana y no llegó a verlo. Tal vez fuera mejor así.



Flora estaba en el corredor, con las maletas sobre la gruesa alfombra que tenía a sus pies, y esperó.

Tony golpeó impaciente el suelo con el pie.

—¿Viene?

—Ha dicho que sí.

Flora llamó a la puerta otra vez.

—Sam, date prisa. Vamos a perder el tren.

—Tendría que haber pedido un coche para que viniera a por nosotros —dijo Tony.

—Entonces haría esperar al coche. Así por lo menos sabe que el tren no puede esperar y se dará prisa.

Flora esperó. El silencio se hizo eterno. En el fondo del pasillo se abrió una puerta y una camarera de piso salió con un montón de sábanas sucias y la miró con curiosidad. Flora se llevó una mano a la cabeza y se tocó la melena rubia, que llevaba recogida en un moño muy elaborado en la nuca, tapándose la cara con el brazo. No le gustaba nada que la gente la mirara.

—¿Sam? —insistió.

—No voy.

La respuesta amortiguada hizo que Tony pusiera los ojos en blanco y levantara las manos, un gesto típico de él.

—Me rindo. Arréglatelas con él. Voy a avisar a los demás de que lo más seguro es que no nos vayamos.

Sin poder hacer nada más, Flora lo vio marcharse. Volvió a llamar a la puerta.

—Sam, déjame entrar. Tony se ha ido —dijo un poco más bajo.

Oyó el ruido de la cama cuando Sam se movió. La puerta se abrió y él se asomó buscando a Tony.

—Ya te he dicho que se ha ido.

—Ya me has mentado otras veces, hermanita. — Tenía los oscurísimos ojos vidriados y un olor dulce y orgánico impregnaba la habitación. Jarabe y geranio.

Flora empujó la puerta. Sam la dejó entrar y volvió a la cama, donde tenía la bandeja con sus cosas: una lámpara, un punzón, unas tijeras y unas pinzas. Y, por supuesto, su larga pipa labrada. Ella señaló el equipo con gesto acusador.

—Me lo prometiste.

—Era una promesa demasiado difícil de

cumplir.

—Entonces tenemos que volver a casa. Tenemos que volver al campo, donde tienes una familia que te puede ayudar. —Su padre los había mandado al hotel Evergreen con la esperanza de que el aire fresco y el agua del balneario, importada desde Alemania, lo ayudaran a recuperar la salud. Pero el esfuerzo de Flora estaba condenado al fracaso. Su adicción al opio era tan fuerte que estaba segura de que su hermano había encontrado a alguien que se lo podía proporcionar allí. Por eso no quería irse.

El padre de Tony, un íntimo amigo de sus padres, propuso que su hijo los acompañara. Flora y él llevaban un año comprometidos, pero todavía no habían llegado a un acuerdo sobre la fecha de la boda.

Ambas familias esperaban que el pasar unas largas vacaciones juntos ayudara a atizar una llama que no había prendido como ellos esperaban.

—Creo que deberíamos quedarnos un poco más

—dijo Sam—. He visto un cartel. Navidades en junio. Podríamos quedarnos para la fiesta. Solo quedan cinco semanas.

—¿Cinco semanas más?

—Venga, Sissy. —Se encendió otra pipa, sentado en la cama con las piernas cruzadas—. No seas cascarrabias.

Flora apretó los dientes con fuerza para no protestar.

—Se supone que tengo que cuidar de ti, pero lo hago con gusto y no me quejo.

—El *idioti* sí.

—No lo llames así. Además, Tony no es italiano. Es americano.

—Medio americano, medio italiano, y es más empalagoso que...

—Es mi prometido —lo interrumpió irritada—. Y va a ser tu cuñado.

—¿Dónde está ahora? ¿Incitando a las masas?

—Sam, déjalo ya.

—Ojos marrones y balas. Con eso es con lo

que te vas a casar.

—Nuestro padre lo aprueba. Tu opinión sobre Tony es irrelevante. —Su padre no solo lo aprobaba. Lo había organizado todo—. Y de todas formas, yo lo quiero —añadió, dándose cuenta de que se había puesto a la defensiva—. Tiene muchísima paciencia contigo.

Sam se estaba adentrando en su burbuja dorada, respiraba más despacio y tenía los ojos entrecerrados. A Flora se le llenaron los ojos de lágrimas, pero parpadeó para contener el llanto.

—Sam, tienes que dejar eso.

—No puedo —contestó con un susurro.

—Entonces tendrás que ir a ver a un médico. — De pronto se dio cuenta de que aquella era la mejor idea que había tenido en su vida y se animó —. ¿Irás al médico si nos quedamos aquí? Si me lo prometes, le escribiré a papá para decirle que nos quedamos. Hasta las Navidades en junio.

Sam movió las manos.

—Sí, sí. Si ese es el precio, busca uno.



Un tenue rayo de esperanza le iluminó el corazón.

—Eso está hecho —dijo, y lo dejó tumbado en la cama.

Al cerrar la puerta vio que la misma camarera estaba saliendo de otra habitación. Volvió a mirar a Flora con curiosidad, tal vez preguntándose qué hacía en la planta de los caballeros. Flora pasó a su lado con la cabeza alta, sin mirarla a los ojos. Tendría que decirle a Tony que se quedaban cinco semanas más. Y no iba a gustarle.



Tony estaba en la pista de tenis, jugando a dobles con Vincent, Harry y Sweetie; a este último, un hombretón gordo y grosero, lo llamaban así por su costumbre de llamar *sweetie* —«dulzura»— a todas las mujeres que veía. Se quedó un rato observándolos. La ropa de tenis resaltaba sobre el suelo verde de la pista mientras

ellos se reían y se gritaban unos a otros. Tony y sus amigos eran muy distintos de Sam. Ellos habían entendido enseguida cómo era el mundo, y lo hacían girar con sus manos. Sam era un cero a la izquierda, siempre demacrado y con las mejillas encendidas, con el pelo y los ojos todavía más oscuros que los de Tony. Sam siempre había sido un niño especial, visionario y un poco inestable. Flora se había ocupado de él desde que nació, en parte porque sus padres trabajaban y no tenían tiempo para niños, pero también porque lo quería con todo su corazón.

Y allí estaba Tony, reluciente, con su piel aceitunada y los brazos musculosos, dándole a la pelota con el flequillo negro moviéndosele por delante de los ojos. La primera vez que lo vio sintió una punzada en el corazón. Tony era todo encanto y aplomo; guapo y sofisticado, heredero de la empresa de transportes de su abuelo. Flora lo quería, estaba locamente enamorada de él. Lo que no le atraía era la idea del matrimonio. Todavía

no.

Como no había notado aún su presencia, Flora lo saludó con la mano.

Vincent, que estaba sacando, dijo:

—Tony, no puedes ignorarla eternamente.

¿Eso era lo que estaba haciendo? ¿Ignorarla? Bueno, podría soportarlo. El orgullo herido era propio de mujeres quisquillosas y consentidas.

Tony se volvió y la saludó.

—Tengo que hablar contigo.

—Ve —dijo Vincent, el más agradable de sus amigos—. Nos vemos en la sala de té.

Tony le dio la raqueta a Sweetie y se cogió al brazo de Flora.

—Venga, Flora. Vamos a disfrutar de las vistas.

Cruzaron la pista de tenis, que estaba casi al borde de la escarpadura, y se dirigieron hacia el resplandeciente muro de piedra blanca que delimitaba los jardines del hotel.

—Sam no quiere irse —le dijo cuando estuvo segura de que sus amigos no podrían oírlos.

—Pues lo dejamos aquí.

—Ya sabes que no puedo irme. Mi padre me encargó que cuidara de él.

—¿Que cuidaras de él? Eso es imposible. ¿Tu padre lo sabe?

—¿Lo del opio? La verdad es que no lo sé. A lo mejor lo sabe y está fingiendo. Y aunque lo sepa... yo no...

Tony se paró y la obligó a mirarlo.

—¿Qué pasa?

—No puedo dejarlo aquí.

—Está a punto de cumplir veinte años.

—No, es que no puedo. Tengo que estar segura de que no hace ninguna tontería si quiero... heredar. —Sabía que no debía hablar de dinero. Tony tenía mucho dinero, pero la familia de Flora tenía más. Mucho, mucho más. La familia Honeychurch-Black poseía propiedades y títulos por todo el mundo, desde hacía siglos.

—Ah, ya veo. —Tony ladeó la cabeza a la derecha—. Eso es cruel.

—Mi padre no es cruel. Es práctico. Quiere estar seguro de que Samuel esté bien.

Tony asintió, se le acercó y le susurró:

—No te va a pasar nada. No te preocupes.

—¿Cómo lo sabes? No podemos saberlo.

En vez de contestar, Tony empezó a canturrearle algo al oído. A ella le encantaba que le cantara. *La bohemia*, *Tosca* u otro *bel canto*. Flora cerró los ojos y se acurrucó contra él. Su ropa de tenis olía a sol y limón.

—¿De verdad crees que todo irá bien? —suspiró después, cuando dejó de sentirse el corazón tan henchido en el pecho.

—Te lo prometo. —La apartó de él con suavidad—. Pero no puedo quedarme un día más. Tendré que coger el tren que sale esta tarde para Sídney.

—¿Volverás?

—En cuanto pueda. Dentro de unos días. Tengo que atender unos asuntos que no pueden esperar tanto como tú. —Le acarició la mejilla con el

dorso de la mano—. Eres estupenda.

Flora sonrió.

—Sam me ha dicho que irá a ver a un médico. Es buena señal, ¿verdad?

—Por supuesto, Florrie. No pierdas la esperanza.

Se encaminaron de la mano hacia la sala de té. «No pierdas la esperanza». No lo haría. Por lo menos en lo que se refería a Sam. Jamás.

## CAPÍTULO CINCO

Un cielo encapotado la esperaba cuando se bajó del tren en la estación de Evergreen Falls. Violet se subió el cuello del jersey de lana y se ajustó la bufanda de seda, la de color óxido con jeroglíficos que se había comprado el día anterior. Le quedaba muy bien con el vestido blanco. Las bufandas y los guantes eran su debilidad. Y los vestidos. Y los zapatos. Pero tendría que gastar menos para ahorrar, sobre todo porque en el hotel-balneario Evergreen solo le habían asegurado dos meses de trabajo. En invierno cerraban y ella tendría que volver a Sídney.

Aun así, había encontrado trabajo en tan solo una semana. Gracias a Clive.

¿Dónde estaba Clive?

Le había prometido que iría a recogerla. Buscó en el andén, pero no lo vio. Se sentó en un gran banco pintado y esperó. La gente llegaba, recogía a sus seres queridos y se iba. Ruido y movimiento. Tráfico y quejas en la carretera. Y Violet, sola. Una fuerte ráfaga de viento arrastró un montón de hojas secas por el andén. Los nubarrones se movieron por el cielo y empezó a lloviznar.

Y evidentemente, no llevaba paraguas. La previsión no era su fuerte.

Por el reloj de la estación supo que habían pasado cuarenta minutos. No podía esperar bajo la lluvia para siempre. Se tiró del sombrero hasta las orejas, cogió la maleta con una mano y el gramófono con la otra y se dirigió a la ventanilla para preguntar la dirección del hotel.

Ya estaba lloviendo a cántaros cuando recorrió los dos kilómetros y medio que separaban la estación del hotel-balneario Evergreen, un edificio color crema con ventanas en arco y columnatas,



flanqueado por dos hileras de pinos. Estaba empapada de pies a cabeza y tenía los zapatos chorreando de tanto pisotear los charcos. La maleta pesaba una tonelada, y le había dejado una marca roja y profunda en la mano. Por fin salió el conserje y la invitó a entrar.

—Gracias —le dijo mientras una gota le resbalaba por la nariz—. ¿Sabe dónde puedo encontrar a Clive Betts?

—No, señora —dijo negando con la cabeza—. No lo conozco. ¿Es un huésped?

—No, es carpintero. Un empleado de mantenimiento. Entró a trabajar aquí hace poco.

Las puertas se cerraron detrás de ella y se encontró en mitad de un vestíbulo ricamente ornamentado y con un parqué reluciente. El empapelado granate con dibujos orientales cubría las paredes hasta los techos altísimos, decorados con pinturas y relieves. A pesar del mal tiempo, los amplios ventanales estaban diseñados de tal forma que conseguían captar y reflejar la luz,

sobre todo en la brillante lámpara de araña que colgaba del centro del recibidor. Una alfombra muy larga se extendía desde la puerta hasta el mostrador de madera de roble, donde una señora de aspecto distinguido estaba sentada leyendo un enorme registro de tapas de piel. Vio algo en ella que la animó a acercarse. Seguro que la señora de recepción sabría decirle qué tenía que hacer y adónde ir.

—Hola —dijo Violet aproximándose con cuidado.

La señora levantó la mirada. Tenía una apariencia aristocrática, con la nariz aguileña y un moño blanco muy estirado recogido en lo alto de la cabeza. Llevaba un vestido azul muy refinado con una chaqueta de punto gris a juego con botones de perlas.

—Oh, pobrecilla. Estás empapada.

—Soy Violet Armstrong. Soy... nueva.

La mujer se levantó, radiante, y le tendió la mano.

—Encantada de tenerte aquí, querida. Yo soy la señorita Zander, la directora del hotel. —Dijo *directora* de tal forma que pareció exótico, como un término extranjero—. Clive me ha hablado muy bien de ti.

—Clive. Se suponía que iba a venir a recogerme a la estación.

—Mañana —dijo la señorita Zander—. Te esperábamos mañana. —Violet imprecó para sus adentros. Primera impresión: confundía las fechas y se presentaba chorreando—. Pero no pasa nada —continuó la señorita Zander—, deja que encuentre a alguien que pueda sustituirme en recepción y te acompaño a tu habitación. —Llamó por señas a un botones para que se llevara las maletas de Violet, le susurró un número de habitación y mandó llamar a una joven guapa y pelirroja para que se encargara del mostrador. A Violet le impresionó el elegante uniforme azul con el pañuelo blanco y se preguntó si ella llegaría algún día a ocuparse de la recepción. Para

entonces ya tenía la cabeza llena de sueños: recibir a los ricos invitados, percibir cómo los nobles admiraban su sonrisa y la perfección de su barbilla...

—Vamos, sígueme —apremió la señorita Zander desde el otro lado del *hall*—. No tengo todo el día para enseñarte el hotel.

La señorita Zander la acompañó por el vestíbulo, se paró delante de una puerta roja y se sacó un manajo de llaves del cinturón. Miró a Violet de arriba abajo.

—Hum, eres un poco más delgada de lo que Clive Betts me había hecho creer. Aun así... —tiró con fuerza de la puerta y sacó tres uniformes—, creo que estos te estarán bien.

Violet se los puso en el brazo. Tres vestidos negros abotonados por delante con dos filas de botones blancos y tres cintas blancas para el pelo.

La señorita Zander cerró la puerta y siguió adelante.

—Te daremos pensión completa y el mismo

suelo que en el Senator. Dile a Alexandria lo que te pagaban. Y que no se te ocurra mentir, porque los llamará por teléfono para comprobarlo.

—¿Quién es Alexandria?

—La pelirroja que se ha quedado en recepción.

Mi sustituta.

—¿Qué tengo que hacer para conseguir ese trabajo?

La señorita Zander se dio media vuelta, la miró fijamente durante un momento y se echó a reír.

—Querida, para conseguir ese trabajo tendrías que ser otra persona y nacer en una familia muy distinta. —Pese al comentario hiriente, Violet sonrió—. Y ahora, sígueme. En este corredor están el almacén, el taller, las oficinas de administración y, por supuesto, la cocina. Arriba están los huéspedes. No subas nunca. Jamás. —Tras una pausa de efecto, continuó—: Abajo están las habitaciones y el comedor del servicio, que es el único sitio en el que se te permite comer.

—¿Dónde comen los huéspedes?

—El gran salón y el comedor comparten el mismo espacio. Allí es donde servirás las comidas. Bajo ningún concepto podrás coger comida del salón de arriba. Y tampoco puedes fumar. En el Evergreen está terminantemente prohibido fumar. Es un balneario.

—De acuerdo, yo no fumo. —No era exactamente cierto. Violet tenía una flamante cajetilla de cigarrillos en el bolso, para los bailes, las fiestas o para ligar, aunque no le gustaba mucho la sensación del tabaco en la garganta.

—Muy bien. Es un vicio asqueroso. Hasta que aprendas te pondré con Myrtle, que tiene mucha experiencia. Ella te enseñará lo que tienes que hacer. Por aquí. —Ni parqué ni alfombras, solo madera rústica—. Tu habitación es la tercera de la derecha. Estarás con Myrtle y Queenie. No te dejes aconsejar por Queenie. Es un poco lenta.

La señorita Zander llamó a la puerta enérgicamente una sola vez y sacó las llaves de la habitación. Había tres camas en fila debajo de una

ventana que quedaba a ras del jardín. En una de las camas estaban su maleta y el gramófono junto con un juego de sábanas limpias. A través de las claras cortinas vaporosas Violet vio un par de zapatos de hombre. Se acercó a la ventana y miró. Era Clive.

—Ah, ahí está —dijo.

La señorita Zander arrugó el entrecejo.

—Sé que Clive y tú sois amigos, pero espero que trabajes y no pierdas el tiempo en chácharas. Tu primer turno será mañana a la hora de la cena. Espero que hasta entonces no lo distraigas, está muy ocupado arreglando las persianas de la cocina.

—Por supuesto.

La señorita Zander se le acercó y le pasó un dedo por los labios apretando con fuerza.

—Ay —exclamó Violet, desconcertada.

—Solo quería asegurarme de que tienes los labios de ese color. No tolero que mis empleadas se maquillen. No sois mujeres de la noche.

—Entendido, señorita.

La señorita Zander sonrió. Su actitud dominante se había esfumado.

—Espero que te sientas a gusto trabajando aquí, querida. Tienes una cara muy dulce.

—Gracias. —Violet se sonrojó un poco, sin entender cómo en tan poco tiempo había decidido que haría todo lo que fuera con tal de agradar a la señorita Zander.

—Myrtle está trabajando. Ponte ropa seca. La lavandería y los cuartos de baño están en la otra parte del *hall*. Esta es tu llave. Si deja de llover, sal a darte un paseo. El aire fresco es bueno para la salud. —Asintió y se marchó, dejando una estela de perfume.

Violet volvió a acercarse a la ventana. La habitación estaba en penumbra, tenía muy poca luz y el cielo estaba lleno de nubarrones. Pero cuando miró hacia arriba vio a Clive trabajando bajo la lluvia, arremangado hasta los codos y agachado sobre lo que estaba haciendo, totalmente concentrado. Golpeó el cristal, pero él no la oyó y



Violet se quedó mirándole los zapatos mientras su ropa seguía goteando sobre la madera desgastada del suelo.



Myrtle era demasiado joven como para poder describirla como una mujer amable y bondadosa, pero eso era precisamente lo que era, con su cuerpo rechoncho, los senos generosos y las manos blancas y suaves. Por la tarde se dedicó a explicarle rápidamente cómo funcionaban las cosas en el Evergreen. Por suerte, Violet había trabajado en varios hoteles el tiempo suficiente como para no dejarse intimidar por las numerosas reglas y la infinidad de cosas que tendría que recordar. Descansaría un día de cada cinco y tendría turnos alternos: de once a tres y después de cinco a nueve. Aunque no tenía que empezar todavía, trabajó con Myrtle en el primer turno para ir aprendiendo. Pusieron las mesas del almuerzo

con gran esmero. La cubertería de plata estaba reluciente y en el centro de cada mesa colocaron una bandeja de plata con fruta de temporada. Sin que nadie la viera, Violet cogió una naranja y se la escondió debajo de la falda cuando terminó el turno.

Fuera brillaba el sol y el cielo estaba azul y blanco. Era un día perfecto para pasarlo al aire libre, preferiblemente cantando. Salió canturreando y se encaminó hacia la parte de atrás del edificio. Cuando llegó, se sacó la naranja de las calzas y empezó a pelarla. Y entonces fue cuando vio a Clive, que seguía arreglando las persianas.

—¡Clive! —lo llamó contenta, y corrió hacia él.

Clive levantó la mirada sorprendido.

—¿No se suponía que iba a ir a recogerte dentro de una hora?

—He llegado un día antes. Encontré el camino yo sola. Mira, ya tengo el uniforme. —Violet dio

una vuelta completa delante de él.

—Te queda muy bien. Me alegro de que hayas venido. —Clive sonrió y ella se acordó de lo que le había dicho la señorita Zander y de que ella le prometió a Clive que no lo metería en líos.

—Será mejor que te deje. La señorita Zander me pidió que no te molestara mientras estuvieras trabajando. —Se metió la cáscara de la naranja en el bolsillo.

Clive se volvió hacia la persiana, que estaba atornillando con un enorme destornillador.

—¡Ver para creer! Violet está haciendo todo lo que le han pedido.

Violet blandió la naranja.

—Casi todo.

—Ten cuidado —se rio Clive, y ella mordió la jugosa naranja y se dirigió hacia la escarpadura.

Violet se paró debajo de un eucalipto y se quedó sin aliento. La vista que se extendía ante ella era espectacular. El valle, una antiquísima depresión situada entre paredes rocosas de tonos

grises, rojizos y marrones y salpicado de hojas de todos los matices de verde, se extendía kilómetros y kilómetros ante ella. Las nubes creaban juegos de luces y sombras en la distancia y el sol resplandecía en el salto de agua de las famosas cascadas. ¿Haría demasiado frío para nadar? Todavía quedaban varias horas para que empezara el próximo turno.

Una suave pendiente bajaba hasta el valle. Myrtle le había dicho que por cualquier camino que siguiera siempre encontraría alguna señal que le indicaría en qué dirección tendría que seguir: hacia las cascadas, las granjas del valle que mandaban los productos frescos al balneario por medio de una tirolina o los pueblos más cercanos.

—No puedes llegar tarde a tu primer turno, Violet —se dijo a sí misma mientras bajaba.

Como la mayoría de los huéspedes del Evergreen iban allí por lo beneficiosos que resultaban para la salud las aguas termales, el aire fresco y la actividad física, el hotel había

invertido una gran cantidad de dinero en mantener los caminos anchos y despejados. Violet siguió bajando hasta que llegó a un poste de madera que indicaba por dónde debía continuar. Cuando se terminó la naranja, observó la señal. Se limpió los dedos con la hierba y se encaminó hacia las cascadas.

Casi todo el sendero quedaba a la sombra y pensó que debería haber cogido la chaqueta. Bajo las mangas largas del vestido, tenía la piel de gallina. Se cruzó de brazos y se frotó la piel, esperando que el camino no tardara en salir a alguna zona en la que le diera el sol.

El sendero subía y bajaba formando recodos entre eucaliptos y helechos y se alegró de llevar puestos los zapatos sin tacón del uniforme. Entre la oscura vegetación que crecía a ambos lados del camino se oían los cantos de los pájaros campana y las cucaburras. Sus pisadas eran lo único que rompía la quietud de aquel lugar. El movimiento la ayudó a entrar en calor. A continuación, el sendero

salió al sol y Violet vio las cascadas relucientes en la distancia.

Se paró, con los ojos como platos. Había un hombre en una roca lisa al lado de las cascadas. Estaba de pie, tomando el sol, y a menos que ella estuviera muy equivocada, estaba completamente desnudo.

Violet se ocultó detrás de unos árboles, con el corazón desbocado. ¿Era un loco? ¿Sería peligroso?

Se asomó. Estaba muy lejos. Parecía joven, pero lo suficientemente mayor como para saber lo que estaba haciendo, y sí, estaba desnudo.

Escondiéndose entre los troncos de los árboles, siguió adelante hasta el siguiente recodo, desde donde pudo observar mejor.

Allí estaba, a unos trescientos metros del valle, con los brazos levantados por encima de la cabeza. Tenía el pelo oscuro, la piel clara, una buena forma física y un rostro agradablemente simétrico, aunque no distinguía claramente los

detalles. Supuso que tendría los ojos cerrados y que solo estaba disfrutando del calor del sol en la piel. Envidió su libertad, su despreocupación.

Pero desde luego no podía acercarse a las cascadas con un hombre desnudo allí, por lo que, con gran decepción, retomó el camino hacia el hotel.



Flora se puso un vestido de lana de color crema y una estola de piel. Quería causarle una buena impresión al médico. La vergüenza de estar relacionada con un adicto al opio no le resultaba fácil de sobrellevar.

Se recogió el pelo rubio delante del espejo. Demasiadas horquillas. Flora ya no tenía ninguna amiga con el pelo tan largo. Todas se lo habían cortado, dejándose una melena bien definida hasta los hombros o con rizos del grosor de un dedo que les llegaban hasta la barbilla. Tal vez se había

quedado anticuada.

Dejó el cepillo y se inclinó hacia el espejo, tan cerca que se empañó con la respiración. «Por favor, que hoy salga todo bien». Había hablado con Karl, el encargado del programa de salud del balneario, y le había preguntado educadamente si conocía a algún médico bueno y discreto en la zona. Karl le había recomendado al doctor Dalloway, que tenía la consulta a unos cinco minutos en coche, al otro lado de las vías del tren, y le había conseguido una cita para aquel mismo día.

Mirándose al espejo, Flora frunció el ceño y observó la arruga que se creaba entre las cejas. Después sonrió, viendo cómo la frente volvía a reflejarse con toda su suavidad y palidez. Cómo se parecía a su padre, con la boca y la nariz rectas, como si el que la había diseñado se hubiera quedado sin inspiración. Común y corriente. No se podía decir que fuera fea, porque fea no era. Era sencillamente... común y corriente. Siempre le



había parecido injusto que su aspecto exterior no reflejara en absoluto ninguna de sus cualidades internas: su inteligencia, amabilidad y sentido del deber.

Aspiró y se incorporó. ¿Qué más le daba? La belleza exterior no le proporcionaría más riqueza de la que ya tenía. Miró el reloj de mesa que estaba al lado de la cama. Las dos y cinco. Sam llegaba tarde. ¿Se le habría olvidado? El coche ya los estaría esperando.

Flora se puso un sombrero de fieltro de ala estrecha y cogió el bolso de piel. Sam estaba en el piso de abajo, el de los hombres. No le gustaba nada tener que bajar. Sweetie, el amigo más violento y agresivo de Tony, solía estar allí, incluso cuando Tony iba a Sídney, y siempre parecía estar demasiado contento de verla.

Bajó las escaleras y recorrió el pasillo. Llamó a la puerta de Sam.

No hubo respuesta.

Más fuerte.

—¡Samuel Honeychurch-Black! —lo llamó—. Me lo prometiste. ¡Me lo prometiste!

Pero tampoco hubo respuesta.

Sacó del bolso la copia de la llave de la habitación de su hermano. Se la había dado Tony, que tuvo que camelarse a la señorita Zander para conseguirla.

—Voy a entrar, Sam —dijo, esperando que estuviera vestido. Más de una vez le había abierto la puerta a medio vestir o completamente desnudo. Evidentemente, su hermano no tenía ningún decoro.

La habitación estaba vacía.

El que Sam no estuviera allí era tan previsible como frustrante. La maleta estaba abierta sobre el cobertor de estilo oriental, la ropa esparcida por toda la cama y la silla dorada, y la bandeja con toda la parafernalia del opio estaba apoyada sobre el escritorio de madera tallada. Flora dudó. ¿Y si lo tiraba todo? ¿Y si sencillamente lo dejaba caer por la escarpadura para que se rompiera contra las rocas y se perdiera entre el follaje?

Ya, pero ¿y si lo hacía y el síndrome de abstinencia terminaba matándolo? Sam había intentado dejarlo más de una vez, pero cada vez que lo hacía la fiebre, los temblores, los calambres y los escalofríos que se apoderaban de su cuerpo eran tan alarmantes que ella solo volvía a respirar tranquila cuando por fin lo veía fumarse otra pipa. Sabía muy poco de aquella droga, de lo que le estaría haciendo, y no sabía si podía llegar a matarlo. Pero vivía en un estado de ansiedad perpetua.

Flora decidió que iría a ver al doctor Dalloway ella sola. Usaría el tiempo de la visita para preguntarle todo lo que quería saber, y para algunas de las preguntas tal vez fuera mejor que Sam no estuviera presente.

Cerró la puerta y bajó las escaleras. Fue a mirar en la biblioteca por si acaso —Sam solía esconderse allí—, cruzó el vestíbulo y salió al frío invernal. El cielo tenía la palidez de las acuarelas y apenas brillaba el sol. El coche estaba

esperando. Le dio al conductor una tarjeta con la dirección del doctor Dalloway, se sentó en el asiento trasero de piel y contempló el paisaje por la ventanilla.

Llegaron enseguida. Le pidió al conductor que la esperara allí y respiró profundamente antes de ponerse en camino hacia una bonita casa mata de paredes pintadas. El patio estaba lleno de tiestos con rosas. Hubo un tiempo en el que Flora quiso ser médico. Su padre no habría querido ni oír hablar de ello, pero Flora estuvo informándose acerca de las universidades y albergó la tierna fantasía de una vida dedicada a ayudar a los demás, desentrañando los rompecabezas de las enfermedades, usando toda su agudeza mental. Pero era demasiado rica y bien criada como para que le permitieran estudiar medicina.

Llamó al timbre, esperando que la esposa o alguna sirvienta acudiera a abrir la puerta. Sin embargo, un joven salió a recibirla. Era un poco más alto que ella, robusto, con el pelo castaño

rojizo. Llevaba una bata blanca, una camisa de seda a rayas y unas gafas redondas como las del famoso cómico Harold Lloyd.

—Tengo cita con el doctor Dalloway —dijo.

—Soy yo —contestó él.

Tuvo que resistir el impulso de replicar: «Eres demasiado joven». Flora se esperaba encontrar a un hombre maduro y malhumorado, y se preguntó si sería capaz de ser clara y sincera con un hombre de su edad. Y sobre todo con un joven con una sonrisa tan encantadora.

—Usted debe de ser la señorita Honeychurch-Black —le dijo tendiéndole la mano—. Pero ¿dónde está el señor Honeychurch-Black?

Flora le apretó la mano con firmeza.

—Él... eh... ¿Puedo pasar?

—Por supuesto.

Flora lo siguió a un recibidor.

—Le agradezco que haya sacado tiempo para recibirme, doctor Dalloway —le dijo.

—Por favor, llámeme Will.

A su izquierda había una puerta cerrada con un cartel que decía *Privado* y Flora se imaginó que debía de ser la entrada a sus habitaciones. A la derecha había una pequeña sala de espera, que cruzaron para entrar en la consulta. Olía a lejía y esencia de árbol de té. En las paredes había gráficos y cuadros del cuerpo humano. Cuando por fin se sentó y el doctor cerró la puerta, se lo explicó.

—No sé dónde está mi hermano. No, no se preocupe. Le gusta desaparecer. De todas formas, corre más peligro cuando se encierra en su habitación..., creo.

Will levantó la cabeza.

—No la entiendo.

—No —dijo Flora—. Me estoy explicando muy mal, ¿verdad?

Will sonrió.

—Tómese su tiempo.

A Flora volvió a sorprenderle la franqueza de su sonrisa. Le iluminaba los ojos y más allá. Hasta

dentro. Se sentía más incómoda cada vez que sonreía.

—Bien, entonces... —dijo—. Mi hermano es... Él suele... —Tenía la boca seca—. Fuma opio.

Will cogió una pluma y empezó a escribir.

—Entiendo.

—Karl, el director sanitario del balneario, me dijo que podía confiar en su discreción.

—Por supuesto, señorita Honeychurch-Black.

—Flora.

—¿Puedo preguntarle, Flora, desde cuándo fuma opio?

—Un año por lo menos. Estuvo varios meses en China con un amigo y se trajo la pipa.

—¿Cuánto fuma?

—¿Al día? ¿A la semana?

—Digamos que en un día.

—Bueno, como no estoy todo el día con él... Yo diría que entre diez y veinte pipas.

—¿A qué hora empieza a fumar?

—No estoy segura. Le cambia el ánimo a lo

largo del día. A veces está muy maniático por las mañanas y otras veces, lloroso. Por las tardes está como ido, y enfadado durante la cena. Creo que se queda fumando hasta que se duerme. —El tono de voz bajó hasta convertirse en un susurro. La vergüenza—. He de decir que siempre ha sido caprichoso y excéntrico, incluso antes de... ya sabe.

Will seguía escribiendo.

—Que usted sepa, ¿ha intentado dejarlo alguna vez?

—Sí, varias veces. Pero es horrible. Le entra fiebre y diarrea y no deja de quejarse y temblar. A veces pienso que se va a morir. —Bajó la voz—. ¿Se moriría si lo dejara? —le preguntó.

Will levantó la mirada y frunció el ceño.

—Dejar el opio es difícil, es cierto, pero no lo mataría. No, lo más peligroso es que siga consumiéndolo. Aparte del hecho de que puede ser más propenso a los accidentes, de que podría consumir una dosis tan alta que llegara a cortarle



la respiración y del daño que le puede provocar en el cerebro y los órganos internos, la adicción suele afectar al ánimo. Muchos adictos al opio llegan a sentirse tan desgraciados que terminan por suicidarse.

Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Tenía un nudo en el estómago.

—Por desgracia, no hay una forma fácil de dejarlo. Y me imagino, puesto que no está aquí con usted, que no se siente particularmente motivado a ello.

—Pero, entonces, ¿qué hago para que lo deje?

—Usted no puede hacer nada.

Se lo dijo con amabilidad, pero sus palabras fueron para Flora como una cuchilla helada que se le clavaba en las entrañas. Se le llenaron los ojos de lágrimas y bajó la cabeza avergonzada.

—Tome —le dijo Will al tiempo que le ponía un pañuelo en la mano.

—Gracias —logró articular mientras lo apretaba con la palma de la mano y dejaba salir

las lágrimas lo más silenciosamente que pudo. Pasó un minuto. Flora se recompuso, se tocó suavemente los ojos y le devolvió el pañuelo.

—Quédeselo —le dijo el doctor.

Flora lo dobló y se lo metió en el bolso.

—Flora —le advirtió—, el uso del opio suele afectar a las personas que están en estrecho contacto con el adicto. Tiene que cuidarse.

—Gracias. —Flora se levantó, dispuesta a no volver a mirarlo a los ojos, a no volver a ver su sonrisa teñida de compasión—. Si me envía la factura al hotel-balneario Evergreen, le mandaré un cheque.

—Cuando necesite consejo...

—Gracias —repitió con mayor firmeza antes de salir a toda prisa.

En el coche, inspiró de forma lenta y trémula y se recostó en el asiento. Qué horror, querer tanto a alguien y estar condenada a ver cómo se destrozaba a sí mismo al tiempo que destrozaba sus posibilidades de ser feliz, porque si ella no

conseguía apartarlo de la droga, su padre los desheredaría a los dos. Y en ese caso, ¿Tony seguiría dispuesto a casarse con ella? Tenía ojos en la cara, e igual que veía que él era guapo, también se daba cuenta de que ella no lo era tanto.

Abrió el bolso, sacó el pañuelo de Will y se lo apretó contra el rostro congestionado. El coche pasó por encima de las vías del tren. Le iba a explotar la cabeza. «Usted no puede hacer nada».

No, no lo aceptaría. De algún modo lo convencería. Él seguía siendo su querido Sam, su hermano pequeño. Se ganaría su corazón y le haría ver lo que se estaba haciendo a sí mismo. Lo que les estaba haciendo a ambos.



A Violet le encantaba el ambiente del salón a la hora de la cena. La araña de luces, que colgaba dormida durante el día, brillaba con su deslumbrante iluminación. Las mesas se decoraban

con velas y la orquesta tocaba música suave mientras los comensales iban llegando con sus lujosos trajes. No quería admitirlo, pero se sentía fascinada por la mayoría de los huéspedes. La recién coronada Miss Sídney estaba allí, una mujer menuda y sin grandes pechos, pero de gran belleza, con radiantes rizos rubios y una sonrisa que enardecía el corazón. La acompañaba un hombre que Violet creyó que era su padre hasta que deslizó la mano a plena vista y le apretó las nalgas. También estaba la famosa cantante de ópera Cordelia Wright, una dama despampanante con mucho colorete y la lengua muy larga. En otra mesa se sentaban el delirante poeta Anthony Powell y su esposa, la novelista Lady Powell, que era famosa por escribir historias tan eruditas que nadie las entendía. Violet leyó muchos poemas de Sir Anthony en la escuela y le parecieron un poco tediosos. Myrtle le había dicho que aquellas estrellas menores no eran tan espectaculares como otros huéspedes que había conocido a lo largo de

los años, como algunos actores norteamericanos y nobles ingleses.

Sonó la campana de la cena y Violet empezó a ir y venir del hermoso salón a la ruidosa cocina. Hansel, el jefe de cocina y comedor, era un alemán iracundo, y el segundo encargado, un austríaco igualmente irritable. Dirigían al personal con una vara de hierro, gritando y dando garrotazos en la cocina y silenciosos y serviciales en el salón. Se odiaban mutuamente y se pasaban la mayor parte del tiempo discutiendo acaloradamente en alemán. Por suerte, los cocineros eran muy amables, sobre todo un señor mayor al que todos llamaban *Cook* —«cocinero»—, de rostro redondo de mejillas encendidas.

En el salón, Violet oía jirones de conversación entre los huéspedes. «Ya hace tiempo que debería haber vuelto a Nueva York»; «Así que le dije: “Diez mil y ni un penique menos”»; «No, es un Studebaker. No soy ningún palurdo». Las voces y frases revoloteaban a su alrededor y Violet era

más consciente que nunca del abismo que había entre ella y los ricos. Al lado de aquellos huéspedes, los del Senator parecían humildes. Vivían una vida que su mente no podía llegar a imaginar.

Después del segundo plato, el ritmo se relajó. Algunos huéspedes se dirigieron hacia la pista de baile y la orquesta tocó un vals. A Violet le habría encantado salir a bailar, pero tuvo que conformarse con mover los pies dando golpecitos en el suelo mientras recogía las mesas. Muchos se saltaron el postre y ella volvió a la cocina con una bandeja llena de cuencos de macedonia que terminarían en la basura. Pero era demasiado difícil esconderse un cuenco de macedonia debajo de la falda.

Myrtle estaba en el fregadero de piedra, con las manos metidas en el agua.

Violet se le acercó.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó.

Myrtle se volvió hacia ella ruborizada.

—Me he quemado los dedos con la cafetera —  
explicó.

—Déjame ver. —Violet le cogió la mano. Tenía los dedos muy rojos—. Tienes que enseñárselo a Karl, seguro que te da algo.

—¡A la mesa ocho le falta el postre! —gritó Hansel con su marcado acento alemán.

—Es mi mesa —dijo Myrtle.

—Se ha quemado las manos —le dijo Violet a Hansel—. Un momento. —Se volvió hacia Myrtle—. Vete. Busca a Karl. Yo atiendo tu mesa.

—Eres un cielo.

Violet cogió su bandeja de postres y se dirigió hacia la mesa ocho. Les ofreció los cuencos mirando con curiosidad a un joven moreno que estaba a la mesa. ¿Podía ser él? Se parecía muchísimo al hombre que había visto desnudo unos días antes. Estaba mirando fijamente hacia arriba, como si viera las notas musicales danzando en el techo. La mujer rubia que tenía al lado estaba hablando con otro hombre, un italiano muy guapo

que bien podía ser actor. La rubia llevaba un largo collar de perlas y lo estaba retorciendo nerviosamente con las manos.

—¡No, no! —exclamó la mujer al tiempo que Violet estaba dejando la bandeja de los postres sobre la mesa.

Levantó la mirada. La joven había retorcido tanto el colgante que lo había roto y las perlas se estaban cayendo. Violet se agachó enseguida para recogerlas antes de que rodaran por el suelo.

—Perdón —dijo, dándose cuenta de que era el joven de las cascadas. ¿Cuál era la etiqueta en esos casos? ¿Podía decirle que lo había visto desnudo? Tuvo que contenerse para no echarse a reír.

El joven la miró de frente, con una mirada fija y profunda, muy muy profunda, y Violet se sintió atrapada por aquellos ojos, notando cómo se le aceleraba el corazón. La música se esfumó, las perlas cayeron en el olvido y Violet lo miró. Una lenta sensación de ardor le subió por la



entrepierna hasta los muslos y la barriga.

—¿Las tienes todas? —preguntó el italiano, con acento norteamericano.

Violet salió de su ensimismamiento.

—Yo... tengo estas —dijo levantándose y tendiéndole la mano con un puñado de perlas.

—Buena chica —dijo el hombre con una encantadora sonrisa. Aunque era guapo y agradable, no transmitía ni de lejos la sensación que acababa de experimentar con el otro hombre.

Pero el otro ya no la miraba. Estaba contando las perlas que la rubia tenía en las manos. Una vez resuelto el destrozo, Violet recogió la bandeja y se fue para la cocina.

¿Quién sería?

Se lo estuvo preguntando durante el resto del turno, intentando acercarse a la mesa para oírlos hablar o atraer su mirada, pero el hombre había vuelto a clavar los ojos en el techo. Uno a uno, los huéspedes de la mesa ocho se levantaron para ir a bailar y Violet se dio cuenta de que la rubia y el

italiano eran pareja. Al final, solo quedó el moreno en la mesa.

Violet estaba recogiendo los platos de la mesa de al lado cuando se dio la vuelta y se sorprendió de ver al moreno de pie, muy cerca de ella.

—Hola —le dijo el joven sonriéndole.

—Hola —contestó tímidamente.

—Gracias por ayudar a mi hermana. Has sido muy amable.

Qué raro era. Violet sonrió.

—De nada. —Y después, aun sabiendo que no debía hacerlo, le tendió la mano y dijo—: Yo soy Violet.

El hombre le miró la mano como si no estuviera seguro de lo que era y luego se la cogió y se la llevó a los labios. De modo suave y cortés al principio, y después con más fervor y pasión. Violet miró a su alrededor, temiendo que Hansel los viese y la despidiera. Él notó que Violet se apartaba y la soltó, dejando caer los brazos mientras la miraba.

—Tengo que volver al trabajo —dijo Violet, ligeramente mareada.

—El collar tenía que romperse —dijo el hombre— para que pudiéramos conocernos.

Violet no sabía qué decir. Se quedaron un momento en silencio hasta que él dijo:

—Samuel Honeychurch-Black, pero puedes llamarme Sam.

—Lo siento, señor Honeychurch-Black, pero no se me permite llamar a los huéspedes por su nombre de pila.

—¿Y siempre haces lo que te dicen? —¿La estaba desafiando? En su expresión no había sonrisa ni guiño.

Violet vaciló, pero después se atrevió a contestar:

—No. No siempre, Sam.

Él le sonrió y fue como una estrella que volvía a brillar. Para ella fue como una explosión que la dejó sin aliento.

—Espero que volvamos a vernos —le dijo Sam

inclinando la cabeza.

Con el rabillo del ojo, Violet vio que Hansel estaba entrando en el salón. Bajó la mirada y empezó a limpiar la mesa. Cuando volvió a mirar hacia arriba, Sam se había ido.



Mientras Tony giraba a su alrededor, Flora vio a Sam hablando con la camarera.

—No es buena señal —dijo.

—¿El qué? —preguntó Tony siguiendo la dirección de su mirada—. Ah, déjalo coquetear.

—Él no coquetea. Sam se enamora.

—Entonces deja que se enamore. No es más que una camarera. No va a pasar nada.

Pero Tony no sabía lo que estaba diciendo. En su ciudad, Sam ya se había enamorado de tres mujeres con las que no podía mantener una relación: una mujer mucho mayor que él, una novicia que estaba de visita en la parroquia y la

joven esposa de un tendero. Y las tres veces había sido un desastre, porque él las quería como un niño quiere a su patito. Con ilusión, con ansia y con torpeza. Corazones, hogares y sueños rotos. Porque ninguna de ellas había podido resistirse a aquellos pocos meses en los que él decidió que las amaría para siempre.

—¿Quieres que hable con él? ¿De hombre a hombre? —propuso Tony.

—No te escucharía.

—Eso es verdad.

La orquesta seguía tocando y Flora intentó disfrutar del baile. Observó a la camarera morena y guapa desde lo lejos, y aunque no la conocía, se sintió muy preocupada por ella.

## CAPÍTULO SEIS

A la mañana siguiente, Violet entró en el salón buscando a Sam con la mirada. Cada vez que la gran puerta de doble hoja se abría, esperaba ver su pelo negro y cada vez que se volvía a cerrar sin que él apareciera, se sentía decepcionada. En vez de ir al salón a desayunar, muchos huéspedes preferían que les llevaran el desayuno a la habitación o se iban a la cafetería.

Se maldijo por ser tan tonta y pensar que su interés podía significar algo.

Desilusionada y avergonzada, volvió a bajar las escaleras y recorrió el oscuro pasillo que llevaba a su habitación. La puerta estaba abierta y dentro encontró a la señorita Zander.

—Ah, Violet, aquí estás.

—Estaba haciendo mi turno. —Violet vio que la señorita Zander había levantado su colchón y estaba rebuscando debajo. Le sentó fatal—. ¿Pasa algo?

—Te lo digo ahora mismo.

A Violet se le fueron inmediatamente los ojos al bolso, que estaba colgado detrás de la puerta, acordándose de que tenía un paquete de tabaco.

—¿Está buscando algo?

La señorita Zander se enderezó arreglándose el pelo.

—Perlas.

A Violet se le encogió el estómago.

—¿Perlas? ¿Quién me ha acusado de...?

—Nadie —replicó rápidamente la señorita Zander con dureza—. A ver, enséñame los bolsillos.

Violet levantó los brazos y la señorita Zander le metió las manos en los bolsillos.

—Mi bolso está detrás de la puerta —dijo

Violet queriendo ser lo más clara posible—. Tengo un paquete de tabaco, pero no es mío.

La señorita Zander levantó una ceja.

—¿No es tuyo, eh? Bueno, de todas formas ya lo he encontrado y he sacado los cigarros, aunque te he dejado el paquete. En cuanto a las perlas, he registrado toda la habitación y estás limpia.

—¿Por qué está buscando perlas?

La señorita Zander apretó los labios.

—Eres muy directa.

—No soy una ladrona.

—Ah, vaya. Te ha sentado mal. Pero no te preocupes, querida. Solo quería asegurarme. No, es que un tal Honeychurch-Black, uno de nuestros huéspedes, vino a verme esta mañana.

Violet intentó disimular su interés.

—Ah.

—Quería hablar conmigo para decirme que habías sido muy amable cuando los ayudaste a él y a la señorita Honeychurch-Black cuando a ella se le rompió el collar de perlas. Yo solo quería



comprobar que no te hubieras quedado una o dos, porque sería muy embarazoso, y como no te conozco muy bien, he pensado que lo más fácil sería venir a ver tu habitación. Toma, esto es para ti. —La señorita Zander se arremangó la blusa y sacó un sobre doblado—. El señor Honeychurch-Black insistió en que te diera una nota de agradecimiento. Le dije que no era necesario, pero... —Se encogió de hombros.

Violet cogió el sobre y se lo metió en el bolsillo.

La señorita Zander entornó los ojos.

—¿No vas a abrirlo?

—Después —dijo Violet fingiendo indiferencia.

—Hum —replicó; arrugó los labios y miró a Violet un momento antes de hablar—. No te hagas ilusiones sobre él.

—Sé cuál es mi sitio —repuso Violet. Quería quedarse sola para abrir el sobre.

—Muy bien. Me gustas, Violet. No le digas

nada, pero le voy a pedir a Queenie que se vaya al final de esta semana si tú estás dispuesta a quedarte.

—¡Sí! —exclamó Violet demasiado rápido, pero después pensó en la pobre Queenie, tan torpe y huesuda, y añadió sintiéndose mal por ella—: Necesito el dinero para mi madre. Tiene artritis.

—Causas buena impresión en la gente, Violet. Sigue así.

Violet se sintió aliviada.

La señorita Zander salió de la habitación y enseguida Violet cerró la puerta sin hacer ruido y se sentó en la cama con las piernas cruzadas, aprovechando la poca luz que entraba por la ventana. Incapaz de abrirlo despacio y con paciencia, rasgó el sobre y sacó un papel de notas del hotel doblado, con lo que parecía un botón.

Lo levantó. Y sí, era un botón. Un botón grande, de un centímetro aproximadamente, pero que tenía una flor seca pegada y una hebilla por detrás. Todo lacado para que pudiera usarse como un broche.

¿Lo había hecho para ella? Le entusiasmó la idea y se sonrojó. Extendió el papel.

«Algo bonito para alguien precioso. Mis agradecimientos. Tuyo, SHB».

—«Tuyo, Samuel Honeychurch-Black» — pronunció en voz alta, y se dejó caer sobre la almohada. No «Atentamente», sino informal: «Tuyo». Como si le perteneciera a ella. ¿Por qué lo habría escrito así? ¿De verdad creía que era preciosa? Cerró los ojos, se llevó el papel a la nariz y lo olió. Olía a algo fuerte y dulce.

Se incorporó. Si la señorita Zander podía entrar en su cuarto para registrar sus cosas cada vez que le viniera en gana, tenía que encontrar un sitio para guardarlo en el que no pudiera dar con él fácilmente. Recorrió la habitación con la mirada. Bolso, maleta, colchón... Había rebuscado por todas partes. Entonces vio el gramófono. Lo había comprado en una tienda de artículos de segunda mano en Sídney y siempre había tenido un panel suelto. Se levantó de la cama

y abrió la tapa. Sacó los tres discos que guardaba allí y con mucho cuidado levantó el panel suelto con la uña y metió la nota. Le entristeció pensar que perdería el aroma, pero no quería arriesgarse a que la señorita Zander lo encontrara y pensara que había algo entre Sam y ella.

¿Había algo entre Sam y ella?

Violet cerró el pasador de la tapa del gramófono, volvió a la cama y se tendió para pensar en Sam. Confundida, pero aun así sonriendo.



No volvió a ver a Sam aquella tarde, ni la siguiente. Llegó el jueves, su día libre, y se levantó arrastrando los pies. Queenie tardó una eternidad en el cuarto de baño y para cuando Violet se vistió y bajó al comedor del servicio, casi todos se habían ido ya para empezar el turno o disfrutar del día.

El desayuno de los empleados era muy sustancioso. Todas las mañanas se preparaba una mesa grande en mitad de la cocina repleta de bandejas de embutido, salchichas, tocino de cerdo y huevos. Los hombres se sentaban en una parte de la mesa y las mujeres en la otra, pero en la práctica todos los que querían charlar se sentaban en el centro y se turnaban. Violet vio a Clive en su lado de la mesa y se llevó su tocino y sus huevos adonde pudieran hablar.

—Ah, aquí está la encantadora Violet —la saludó, y a los lados de sus ojos grises aparecieron arrugas de alegría.

—¿Tú también has llegado tarde al desayuno?

Clive señaló el plato vacío que había dejado a un lado.

—No, estoy dibujando.

Levantó el bloc de bosquejos y le enseñó su recreación de la fachada del hotel.

—Es precioso, Clive —le dijo mientras se sentaba en el largo banco de madera—. ¿Por qué

no haces nunca retratos?

—Sí que los hago —contestó, y volvió a inclinarse sobre el papel.

La vanidad pudo con ella y le preguntó:

—¿Y por qué nunca me has dibujado a mí?

Clive dejó el lápiz en la mesa y la miró con curiosidad.

—Porque...

—¿Por qué?

—Porque una hoja es demasiado pequeña e insignificante para plasmarte en ella.

Violet bajó la mirada y sonrió, aunque sabía que no debía hacerlo.

—Oye, Violet, ¿sigues teniendo el gramófono?

—Sí, me lo he traído.

—Un grupo de chicos y chicas vamos a ir esta tarde a una casa abandonada, a las tres. Por lo visto está vacía, pero el suelo está bien y se puede bailar.

Esta vez no intentó ocultar la sonrisa. Hacía un siglo que no salía a bailar. Cuando estaba en

Sídney solía reunirse con sus amigos para bailar a la hora del té en Martin Place todos los sábados. Unos cuantos compraban el té y las pastas, y los músicos de la orquesta eran capaces de tocar todo lo que se les ocurriera pedirles.

—¿Quieres que me lleve el gramófono?

—Sí, y los discos. Invita a Queenie y a todo el que veas que no trabaje esta tarde. Myrtle sabe dónde es.

—Suenan bien —comentó animada.

—¿Por qué no quedamos en la puerta a las dos y media? Podríamos ir juntos.

Violet no supo qué contestar. ¿Le estaba pidiendo que fueran como pareja? No estaba segura. ¿Habría interpretado sus preguntas sobre la pintura como una forma de coqueteo? Estaba acostumbrada a que los hombres la malinterpretaran en situaciones como esa.

—Es para no ir solos —añadió Clive rápidamente—. Podría llevarte el gramófono.

—Sí, ¿por qué no? —dijo aliviada—. Perfecto.

Después de desayunar salió a dar un enérgico paseo rodeando el hotel e intentando que no se notara que estaba mirando hacia las ventanas de arriba para tratar de descubrir cuál sería la habitación de Sam. Sabía que las habitaciones de los hombres estaban en el segundo piso, pero evidentemente no lo vio. Se preguntó si sería muy difícil descubrir en qué habitación se alojaba, pero después le dio un puntapié a una piedra pensando qué importancia podía tener saberlo. De todas formas no podría ir a visitarlo.

No. Tenía que dejar de pensar en él.

Volvió a su habitación y se pasó el resto de la mañana hablando con Myrtle y Queenie y arreglando el vestido que pensaba ponerse aquella tarde para la fiesta. Era del año anterior, pero le había costado la impresionante suma de nueve chelines y estaba dispuesta a ponérselo hasta que se le cayera a trozos. Era de seda Georgette rosa palo, tan fina y vaporosa que necesitaba dos enaguas, y tenía un corpiño con unos encajes color



crema que no estaban bien cosidos, por lo que se le levantaba y rizaba por los bordes. Mientras los cosía, Myrtle sacó un par de zapatos rosa de satén con una hebilla diamantada que pensó que harían juego con el vestido. Se puso muy contenta al ver que le quedaban bien, aunque tenían los tacones un poco desgastados. Se recogió el pelo con una cinta adornada con cuentas y se puso el broche de Sam en el vestido. Después ayudó a Queenie y Myrtle a vestirse y arreglarse el pelo. Violet tenía buenas manos para el pelo. Unos meses antes se lo había cortado ella sola por debajo de las orejas.

A las dos y media, Myrtle anunció que era hora de irse.

—¿Nos vamos juntas? —propuso mientras se ponía el abrigo.

—Voy con Clive —dijo tras dudarle un instante.

Queenie la miró con celos.

—¿Clive Betts? ¿Es tu novio?

—No. Solo me ha dicho que me ayudaría a

llevar el gramófono, nada más.

—Pues parece que le gustas —comentó Myrtle mientras se abrochaba la hebilla del zapato.

—¿Ah, sí? —se quejó Queenie—. ¡No es justo! A mí me gusta él.

—Puedes quedártelo —soltó Violet, aunque se arrepintió enseguida—. Quiero decir que es adorable, pero... —«No es Sam. No se le parece en absoluto»—. No es mi tipo.

—Pues es el mío —lloriqueó Queenie.

Se creó un silencio incómodo, hasta que Myrtle dijo:

—Bueno, pues si se ha ofrecido a llevarte el gramófono, no lo hagas esperar. Nos vemos allí.

Clive estaba esperando entre los dos pinos que hacían las veces de centinela en la entrada. Estaba impecable, con un traje de chaqueta con el dobladillo bien cosido y un sombrero de paja. Agarró el gramófono de Violet por el asa y le ofreció el brazo para que se cogiera.

Ella sonrió y pasó la mano por debajo del

codó. Clive le devolvió la sonrisa y dijo:

—Pues vámonos. —No añadió nada más, y ella se sintió agradecida.

Aquella tarde hacía demasiado frío como para ir con un traje de seda, pero Violet se alegró al ver las miradas de los hombres cuando llegó y se quitó el abrigo. Había unas cuarenta personas, entre camareros, mozos, botones y unos cuantos desconocidos. Habían montado una mesa con ponche y vasos, y varias mujeres que habían hecho pasteles y galletas daban vueltas ofreciéndoselos a todo el mundo.

—¡Ha llegado la música! —gritó un joven con las mejillas encendidas al ver a Clive y Violet con el gramófono.

Enseguida se alzaron los vítores y se creó un espacio en mitad del salón. Violet lo abrió, puso su disco favorito —los Original Memphis Five— y empezó el baile. Myrtle se había llevado unas manzanas de la cocina y las usaron como premio para los mejores bailarines. Violet se dejó llevar y

disfrutó del movimiento de caderas y pies, y de los fuertes latidos del corazón mientras bailaba.

Más tarde, se apoyó en la pared, exhausta. Estaba masticando una manzana crujiente cuando comenzó a sonar *Somebody Loves Me*, de Marion Harris. Se formaron algunas parejas mientras otros se apartaron de la pista de baile. Estaba anocheciendo y no había luz en la casa. Ya habían oído los tres discos enteros dos veces. Se sirvió un vaso de ponche y volvió a pensar en Sam acariciando el broche con los dedos mientras las palabras la herían por dentro.

*Somebody loves me, I wonder who, I wonder who he can be...*

—¿Violet?

Levantó la mirada. Era Clive. Le estaba sonriendo.

—¿Te lo estás pasando bien? —quiso saber.

—Sí. Hacía semanas que no bailaba. Es estupendo.

—Pareces triste.

—No, estoy bien. Echo un poco de menos mi casa. —Se obligó a sonreír. No podía contarle, ni a él ni a nadie, la verdad. «No dejo de pensar en un huésped muy rico que me regaló esto y me dijo que era mío». Clive echaría a perder la tarde diciéndole, o pensando, que estaba loca y que iba a perder el trabajo.

—¿Echas de menos a tu madre?

—Sí, mucho. Debería escribirle. —Violet pensó que era verdad. Se había sentido tan abrumada y había estado tan ocupada que todavía no le había escrito para decirle que había llegado bien. ¿Qué diría su madre si se enterara de que se estaba dejando arrastrar hacia una relación absolutamente prohibida? De pronto se enfadó. ¿Por qué tenía que ser todo el mundo tan entrometido?

«¿Y siempre haces lo que te dicen?». Sonrió al recordar las palabras de Sam.

—Una sonrisa, así me gusta —dijo Clive.

—Clive —dijo Violet—, ¿sabías que Queenie

está colgada por ti?

Desconcertado, arrugó la comisura de la boca.

—¿Queenie?

—Está loca por ti. Deberías sacarla a bailar.

Clive se encogió de hombros, claramente incómodo. Sus ojos buscaron a Queenie por la habitación.

—Queenie no es para mí. —Volvió a mirar a Violet y el ceño se le frunció como si hubiera pensado algo triste—. Lo siento —dijo con ojos melancólicos—. Yo no... Seguimos siendo amigos, ¿no, Violet?

—Nada más y nada menos —contestó ella con ligereza.

Él asintió y se dirigió hacia la mesa de las bebidas. Violet lo sentía por él, pero le aliviaba saber que Clive por fin había aceptado que su romance, por breve y superficial que hubiera sido, se había acabado. Observó a la gente que estaba en el salón. Risas y pies danzantes. No tenía ganas de seguir bailando, pero no quería arruinar la

fiesta llevándose el gramófono. Tampoco quería dejarlo allí para que Clive se lo llevara después, sobre todo porque aún contenía la nota de Sam. De modo que se puso el abrigo y salió a tomar el fresco del anochecer. Se sentó en las escaleras, donde dos chicas que no conocía estaban fumándose un cigarro.

—¿Quieres uno? —le dijo una de ellas tendiéndole una pitillera adornada con filigrana.

—Sí, gracias —aceptó.

La otra chica, la que tenía demasiado pintalabios, se lo encendió, se tragó el humo y lo soltó dibujando una línea muy fina en el aire.

—Me encanta ese broche —dijo la primera chica.

—Gracias. Me lo ha hecho una persona muy especial.

—¿Te lo ha hecho? —preguntó la del pintalabios resoplando—. No creo. Los he visto en venta en la calle principal por nueve peniques. Los hace una anciana que vive en Leura para

vendérselos a los turistas. Es una flor de aquí, ¿ves? Es un pétalo de lirio australiano.

A Violet casi se le cae la cara de vergüenza.

—¿He dicho que me lo ha hecho? Quería decir que me lo ha dado. —Lo más seguro es que se hubieran dado cuenta de que estaba disimulando, pero fueron educadas y no dijeron nada más.

Así que Sam no se había pasado horas y horas pegando y lacando el broche. Se había gastado exactamente nueve peniques en ella.

Se sentó, fumó y esperó, hasta que por fin se terminó la fiesta cuando el sol se puso tras el horizonte. Entró a recoger el gramófono y como vio que Clive ya se había ido, regresó al Evergreen con Myrtle y Queenie. Queenie estaba llorando porque Clive la había rechazado y cuando Myrtle intentó consolarla diciendo que Clive era un sinvergüenza y que no valía la pena llorar por él, Violet se mosqueó.

—Clive Betts no es un sinvergüenza —replicó con determinación—. Que no esté interesado en



ella no significa que sea mala persona. Clive es uno de los hombres más buenos que conozco.

A Myrtle le sorprendió la vehemencia de la voz de Violet.

—Sí, pero ha rechazado a la pobre Queenie y...

—Así es la vida —repuso Violet—. Eso pasa. Nos pasa a todos.

Apretó el paso y siguió adelante separándose de ellas, por más que los zapatos de Myrtle le hicieran daño en los dedos. Se arrepintió de haber sido tan poco comprensiva con Queenie, pero desde que conoció a Sam tenía los nervios a flor de piel y no conseguía moderarse.

Al cabo de un rato, la silueta del hotel-balneario Evergreen se alzó ante ella. Sabía que tendría que volver a ver a Queenie y Myrtle en la habitación, pero esperaba que para entonces le hubiera dado tiempo a darse un buen baño que la ayudara a tranquilizarse. Por las ventanas del hotel ya se veían algunas luces encendidas y Violet

volvió a mirar hacia arriba, paseando la mirada por cada una de las habitaciones del segundo piso, por si acaso...

Allí estaba. Sentado delante de la ventana, mirando hacia abajo, con una expresión soñadora y melancólica.

Violet quería que la viera y no sabía si tirar un guijarro contra el cristal para llamar su atención.

No hizo falta. En la penumbra, el color del vestido atrajo su mirada. Se le iluminó la cara. Y ella le devolvió la sonrisa.

Sam levantó la mano y la saludó, solo una vez. Ella también lo hizo y se quedó mirando hacia arriba mientras él miraba hacia abajo, hasta que temió que Myrtle y Queenie pudieran verlos y, a su pesar, entró en el hotel.

Su corazón estaba cantando otra vez. *Somebody loves me...*



La puerta de la cafetería se abrió hacia dentro y Tony dejó pasar a Flora.

—Las damas primero —dijo con un guiño que ella conocía muy bien.

Flora sonrió y entró. La puerta se cerró tras ellos, dejando fuera el viento invernal. La cafetería estaba en el exterior, por la parte de atrás del gran salón, y la atendían una pareja turca y sus cinco hijos. La decoración consistía en alfombras trenzadas, tapices dorados que colgaban de las paredes y ornamentos de bronce. Pocas mujeres se aventuraban a entrar, pues se había convertido en un lugar de encuentro de los hombres del Evergreen. Flora miró rápidamente a su alrededor y se sintió aliviada al ver que no era la única mujer presente aquel día.

Los amigos de Tony estaban sentados a una mesa que se encontraba debajo de la ventana de atrás, que daba a un entramado de parras. Todos se levantaron para saludarlo con brusquedad, y a ella con más delicadeza, y volvieron a sentarse. Los

camareros se acercaron para apuntar la comanda y Flora se avergonzó de las burredas que estaban diciendo, sobre todo Tony y Sweetie, que estaban haciendo bromas groseras sobre sus pañuelos y color de piel. Los camareros aceptaron el choteo con buena cara, pero Flora sabía que los habían ofendido.

—No deberíais hacer eso y lo sabes —le dijo a Tony cuando los camareros se fueron para preparar sus cafés.

—A ellos les encanta —rebatíó Sweetie encogiendo sus enormes hombros—. Así se sienten como si todos fuéramos buenos amigos.

—Pues a mí me parece cruel —farfulló Flora.

—Ten cuidado, te vas a casar con una arpía que te dirá todo lo que tienes que hacer —bromeó Harry.

Tony le dio un beso en la mejilla.

—No te preocupes, Florrie. Sweetie tiene razón. Si ahora dejáramos de hacerlo, les preocuparía. No todo el mundo es tan sensible

como tu hermano, que no aguanta una broma.

Unas risas ahogadas se oyeron por toda la mesa. Flora no contestó. Estaba acostumbrada a que se pasaran el tiempo señalando la diferencia entre Sam y ellos. Flora sabía que su hermano era un poco excéntrico, pero estaba cansada de tener que intervenir en las discusiones entre Tony y Sam. Así pues, trató de ignorar lo ocurrido mientras continuaba la conversación, llegaban los cafés — Flora probó el suyo y supo que no volvería a probar un café en la vida— y la cafetería se iba haciendo cada vez más ruidosa.

Poco después Tony dejó la conversación y se dirigió a Flora en voz baja.

—No te importa que nos metamos un poco con Sam, ¿no?

—Sí me importa, pero lo tengo asumido. — Sonrió sin ganas—. Ya sé que no os lleváis bien.

—Creía que te había sentado mal. Estás muy callada.

—Estoy preocupada por él.

—Es un hombre adulto. Ya no es un niño.

—Sigue siendo un niño. Ni su mente ni su corazón ni su alma crecen al ritmo de su cuerpo.

—Abrió los brazos con desánimo—. Cree que está enamorado.

—¿De quién?

—De una camarera que se llama Violet.

—¿La que recogió las perlas?

—Sí. He conseguido que Sam no baje al salón durante unos días, pero tendrá que volver a ir en algún momento. No deja de hablar de ella. No deja de preguntarse de dónde será y cómo será.

—¿Quieres que me encargue de que la despidan?

Flora se encogió de hombros.

—No, pobrecilla, no es culpa suya. Yo sigo diciéndole que no es amor de verdad, que apenas la conoce, que solo se ha dejado hechizar por su apariencia y que no tiene futuro con ella. Por ahora se está comportando, pero sé que no me hará caso.

Tony arrugó la frente, pensativo.

—A lo mejor lo estás afrontando de un modo equivocado. Deja que se enamore de ella, pero convéncelo de que sería muy malo para ella que se enamorara de él. Evidentemente, perdería su trabajo.

Flora reflexionó.

—Tienes razón. Podría funcionar.

Tony le hizo un guiño.

—No digas que nunca hago nada por ti.

—Yo nunca te diría eso.

A los pocos minutos Flora se disculpó y subió a hablar con Sam. Las tardes se estaban acortando y la luz del sol, si bien más pálida, resplandecía en el valle. Flora recorrió el pasillo mirando hacia el suelo, temerosa como siempre de cruzarse con algún hombre cuando iba a ver a Sam. Llamó a la puerta, esperó un momento y sacó la llave.

Pero no tuvo que preocuparse. Sam estaba saliendo de las duchas. Solo llevaba una toalla y se le acercó con el pelo mojado y revuelto.

—¡Sissy! —exclamó radiante.

Ella dio un paso atrás y dejó que le abriera la puerta.

—Deberías vestirme antes de salir así —le dijo.

—Esto está desierto. No le puede molestar a nadie.

—¿Y si subiera una mujer? Como yo.

—Entonces vería lo que Dios en su infinita sabiduría ha querido hacer —replicó abriendo las manos, pero enseguida agarró la toalla antes de que se le cayera—. Pasa y siéntate al lado de la ventana mientras me visto.

Sam entró en la habitación y Flora lo siguió. Con una rápida ojeada se dio cuenta de que la pipa y la lámpara no estaban a la vista. Pero sabía que eso no significaba nada. Si de verdad lo estuviera dejando, no estaría tan contento y hablador. Sam dejó caer la toalla y ella miró por la ventana.

—En serio, Sam. Un poco de decoro.

—Tú me bañabas de pequeño —replicó. Flora oyó cómo abría el armario y lo volvía a cerrar—. No verías nada que no hayas visto antes. Ya estoy



decente.

Flora se volvió. Se había puesto su bata roja de seda con dragones bordados. Se la había traído de China junto con la adicción al opio. Sam se arrodilló al lado de la cama y sacó la bandeja de plata de debajo.

Flora se puso de pie y le cogió la mano.

—Espera —dijo—. Espera a que te diga lo que te tengo que decir mientras sigas pensando con claridad.

—Yo siempre pienso con claridad, mi querida Sissy —replicó, pero dejó la bandeja en el suelo y se enderezó para mirarla a los ojos—. Dime.

—He estado pensando en Violet.

Sam sonrió y el rostro se le iluminó con una expresión que a ella le resultaba dolorosamente familiar; un gesto que había hecho desde niño. Era la expresión que tenía cada vez que algo le apasionaba por completo.

—Violet —dijo—. Yo también he estado pensando en ella.

—Ya. Es obvio. Pero quería decirte... que no le hagas daño.

—Ni se me pasaría por la cabeza.

—Si de verdad la quieres, piensa en su posición social. Piensa que si tú te fijas en ella, Violet podría perder su trabajo.

—Pues la mantengo yo. Tengo mucho dinero.

—Sam, no...

—Si has venido a decirme de quién me tengo que enamorar estás perdiendo el tiempo. —Sacó la bandeja, se sentó en la cama, encendió una cerilla y la acercó a la mecha de la lámpara.

—Por favor, tienes que ser sensato —dijo Flora, intentando mantener a raya la frustración y el miedo.

—¿Para qué? —Apagó la cerilla y cogió el bote de opio.

—Para no hacerle daño a los que quieres. A los que te quieren.

—Son tontos si me quieren —rebatíó.

—¿Te alejarás de ella?

Sam exhaló profundamente.

—No me he acercado a ella por ahora, ¿no? Porque tú me lo has pedido.

Flora tuvo que admitir que era verdad. Asintió.

—Entonces no insistas. ¿Quieres probar la pipa, Sissy?

—¡No! —exclamó inmediatamente—. Jamás.

Sam se rio y dio una calada.

—Tú siempre haces lo correcto.

Flora no estaba segura de si aquel último comentario era un insulto o un cumplido, pero no quería seguir allí. No soportaba verlo aturdido.

—Si de verdad puedo confiar en ti, nos vemos en el salón a la hora de la cena. No tenemos por qué seguir comiendo en nuestras habitaciones.

Sam le dijo adiós dibujando una elegante figura en ocho en el aire.

—No te preocupes.

Era mucho más fácil para él decirlo que para ella hacerlo.



Flora volvió a su habitación, abrió la puerta y respiró el suave aroma de las rosas que la señorita Zander le llevaba todos los miércoles. Fue a encender el interruptor de la luz en el preciso instante en que tocó algo con el pie. Miró al suelo y vio un montón de sobres. El correo de la semana.

Flora se sentó delante del escritorio y levantó la tapa. Desató los sobres y los fue pasando de uno en uno entre las manos. Dos eran de su padre, otro era de su amiga Liberty, que estaba de viaje en América, y otro era de la maestra de su antigua escuela, a la que le encantaba escribir cartas larguísimas divagando sobre nada en particular. Por último, la factura del doctor Dalloway. Will.

Puso ese sobre el primero, pero no había ninguna factura. Solo una carta escrita a mano.

*Estimada Flora:*

*En lugar de facturarle por mi tiempo,*

*que tan poco le dedicué, quisiera invitarla a venir a mi consulta cualquier otro día, sin necesidad de cita, si necesitara consejo o ayuda con su terrible carga. La ayudaré en todo lo que pueda.*

*Atentamente,  
Will*

Flora dobló la carta cuidadosamente y la dejó a un lado. No sabía si molestarse por su presunción o emocionarse por su ofrecimiento. Ni Sam, ni Tony ni su padre parecían preocuparse demasiado por cómo le afectaba a ella la enorme responsabilidad que cargaba sobre sus hombros. El que un desconocido se ofreciera a ayudarla con sus problemas demostraba hasta qué punto carecía de apoyo. No pudo evitar sentirse abochornada por su amabilidad.

Flora metió la carta en uno de los compartimentos del escritorio e intentó no volver a

pensar en ella.

## CAPÍTULO SIETE

Violet pensaba en Sam continuamente. En los momentos de sensatez, se decía que solo había intercambiado unas pocas palabras con él y que tenía que quitárselo de la cabeza. Pero los momentos de sensatez eran pocos, cada vez menos conforme iban pasando los días. No había vuelto a ver a Sam en el salón. Su hermana y su prometido bajaban a comer, pero él no. Una vez lo vio cruzar el vestíbulo y salir por la entrada principal con ojos vidriosos, pero bajo la atenta mirada de la señorita Zander no pudo acercarse a él.

Así pues, como ya lo había visto una vez en las cascadas, decidió pasar todo su tiempo libre dando vueltas por el sendero con la esperanza de

cruzárselo por allí. Vio a muchos otros huéspedes, que al verla vestida de uniforme la observaban con curiosidad al pasar a su lado, pero ni rastro de Sam.

Pasaron sus dos primeras semanas al servicio del hotel-balneario Evergreen. Cumplió la promesa que le había hecho a Clive y trabajó mucho. La señorita Zander solía saludarla con la cabeza con gesto de aprobación cuando se la encontraba por los pasillos. Le mandó dinero a su madre y participó en la fiesta de despedida que le hicieron a Queenie en el salón, sintiendo pena por ella pero contenta por mantener el trabajo. El hotel cerraría durante las vacaciones de invierno, pero para eso todavía quedaban varias semanas y Violet esperaba encontrar trabajo en una tienda o en algún restaurante para seguir tirando y no tener que volver a la casa de su madre con las manos vacías.

Hasta que un día, mientras estaba perdiendo el tiempo en la cocina charlando con Myrtle después del turno del almuerzo, le pareció ver a Sam.



Estaba cruzando las pistas de tenis y se dirigía hacia la escalera que bajaba al sendero.

—Así que decidí volver a coserlo otra vez — estaba diciendo Myrtle— porque había quedado demasiado corto. Pensarás que soy una puritana.

—¿Eh? No, Myrtle, para nada.

—Es solo que no tengo piernas para eso. La cicatriz de la rodilla, la que me hice cuando me caí el año pasado...

—Tus piernas están bien. Pero... Lo siento, creo... —Violet se señaló la frente—. Me duele la cabeza. Creo que voy a salir a tomar el aire.

—Buena idea. Voy contigo.

—No, mejor que no...

Myrtle frunció el entrecejo.

—Si te estoy aburriendo solo tienes que decirlo.

Violet le cogió la mano, la estrechó entre las suyas y dijo:

—Lo siento. No tiene nada que ver contigo. — Y echó a correr.

Todos los senderos llevaban al mismo sitio — el poste de madera que indicaba el camino hacia las cascadas— y allí fue donde Violet lo vio. Gracias a Dios, estaban solos.

—¡Sam! —lo llamó.

Él se volvió, la vio y se paró. No parecía sorprendido. Más bien parecía que la estuviera esperando.

Ella se encaminó rápidamente hacia él y Sam le sonrió.

—Aquí estás —dijo.

—Sí —dijo Violet—. Aquí estoy.

—Voy a las cascadas. ¿Has ido alguna vez?

Violet negó con la cabeza.

—No he llegado hasta arriba.

Sam la cogió de la mano y tiró de ella.

—Vamos.

Sam iba tan rápido que Violet apenas podía seguirle el ritmo y cuando ella echó a correr por el sendero de gravilla, él también lo hizo. Violet esperaba no resbalarse con aquellos zapatos. Él se

reía, con el pelo brillante bajo el sol, y ella estaba tan perpleja por su extraño comportamiento que apenas logró disfrutar del contacto de sus manos. Pero entonces la brisa le rozó las mejillas y ella también empezó a reírse, a reírse de lo loco que era estar corriendo por el sendero con su uniforme de camarera de la mano de un hombre al que apenas conocía, pero que le había prendido fuego a su corazón con sus oscurísimos ojos negros.

Bajaron y subieron los ventosos caminos con el estruendo de las cascadas, que se hacía cada vez más ensordecedor. No hubo tiempo ni aliento para conversar, si bien de vez en cuando él exclamaba: «¡Es increíble!». Violet no sabía qué característica del entorno suscitaba sus exclamaciones —los pájaros, las flores, los olores o los sonidos—, pero le encantaba que él fuera así. Pasión y fuego. Era perfecto.

Por fin se pararon en las rocas lisas que rodeaban la cima de las cascadas. Unas pequeñas cataratas caían formando lagos de agua helada, que

después se precipitaban por el borde del acantilado hasta alcanzar el valle unos cien metros más abajo.

—¿Te gusta nadar, Violet? —le preguntó.

—Sí.

—Pues vamos —le dijo señalando una poza de agua.

—Estará helada.

—¿Te da miedo?

Violet levantó la barbilla, risueña.

—Tú primero. ¿O te da miedo?

Sam sonrió y empezó a desabotonarse la camisa. Ella se acordó de cuando lo vio allí desnudo y una oleada de calor la embargó. Él seguía quitándose ropa mientras caminaba hacia el borde arenoso de la poza y Violet lo siguió, comenzando a desabrocharse los botones, llena de vida, temor y deseo.

Sam se quitó los calzoncillos largos, pero después se paró, repentinamente pudoroso. El cuerpo ágil y pálido era más delgado de lo que

ella se esperaba. Violet se quitó los zapatos, el vestido, los calcetines y las enaguas y lo tiró todo contra una roca. Se quedó con la camiseta y los bombachos, que llevaba ajustados con unos lazos rosa por encima de las rodillas. Sintió una punzada de temperancia y se cruzó los brazos por delante del pecho.

Sam se le acercó, le cogió las manos y extendió los brazos hacia los lados. Sus diminutos pechos, que hacían que los vestidos le quedaran tan bien, de pronto le parecieron un terrible inconveniente. Era como si llevara la camiseta colgada de dos clavos.

—Pero mira qué guapa eres —dijo al tiempo que le soltaba las manos.

Violet se quedó sin aliento. El corazón le latía como loco. Se dio media vuelta y se encaminó hacia el agua. Estaba helada. Se cruzó de brazos en un intento por mantener el calor y siguió caminando hasta lo más hondo. Paso a paso, hacia las oscuras profundidades heladas. El frío le cortó

la respiración. Dio una palmada en la superficie y lo llamó por señas.

—¿Ves? ¡No me da miedo!

—¿Está fría? —le preguntó.

—Para nada. Pero sabes nadar, ¿no?

—¡Pues claro! —Al segundo, Sam se zambulló a su lado. Salió a la superficie con el pelo chorreando y gritó—: ¡Mentirosa!

Violet nadó hacia la orilla, pero él la atrapó y apretó su cuerpo contra el suyo. Le puso las manos en los hombros y Violet notó su piel de gallina. Tenía los labios a pocos centímetros de los de ella.

—¿Te puedo besar? —le preguntó Sam.

Ella asintió en silencio y él le puso los labios sobre los suyos con toda la pasión y la fuerza de las cascadas. El calor de su boca era tan abrasador que le hizo olvidar el helor del agua. Le metió la lengua en la boca —ninguno de los chicos que la habían besado había hecho eso— y de pronto se encontró apretando los pechos y los muslos contra

él.

—Sabía que serías dulce —le murmuró en la boca, y redobló la presión sobre sus labios. Le puso las manos en las nalgas y las oprimió con fuerza.

De repente la soltó.

—Violet, hace demasiado frío.

Sí, hacía demasiado frío. Ella asintió y salieron de la poza. Se dio media vuelta y se quitó la camiseta mientras alargaba la mano para coger las enaguas. Después se quitó los bombachos y de una patada los lanzó a las rocas. Los dos estaban sonrojados y emocionados. Violet ya se estaba secando, aunque tenía los vellos de punta. Cuando se dio la vuelta, él estaba vestido y los calzoncillos mojados estaban hechos un ovillo en el suelo al lado de sus bombachos empapados.

Al verlo le dio por reír y Sam la abrazó con tal fuerza que apenas la dejaba respirar.

—Eres preciosa —le dijo.

—Podríamos dejar la ropa aquí para que la

gente se asombre —propuso ella.

—Conozco un sitio donde podemos ir —dijo Sam mientras la soltaba, y a ella le dio la impresión de que no la había oído o no le había prestado atención—. Ven conmigo.

La cogió de la mano igual que antes y tiró de ella, guiándola por el camino de vuelta. Ella se dejó llevar cuesta arriba. Le dolían las piernas por la subida. Pero luego él se desvió, saltando sobre las rocas y helechos, y enseguida llegaron a la boca de una cueva.

Violet no se fiaba.

—Está muy oscuro.

—Sí. Aquí no nos verá nadie. Yo vengo muchas veces.

Dejó que la llevara al interior.

—Quiero enseñarte una cosa —dijo Sam—.

Mira.

Cerca de la entrada había una roca con la parte de atrás lisa. Violet entrecerró los ojos en la penumbra y vio que le estaba enseñando algo



tallado en la superficie. Al fijarse mejor se dio cuenta de que era un corazón, aunque las dos partes que tendrían que haber sido redondas terminaban en punta.

—¿Lo has hecho tú?

Sam negó con la cabeza.

—No, me lo encontré aquí. Esto es granito. Imagínate, alguien tuvo que tallarlo con martillo y cincel para demostrarle su amor a una mujer. Desde que lo encontré llamo a esta gruta la Cueva de los Enamorados. ¿No te parece maravillosa la pasión?

Violet pasó los dedos por las líneas, sin decirle que le parecía un poco feo. Cuando se dio la vuelta, Sam se estaba desabrochando la camisa otra vez. Sintió una oleada de deseo y otra de precaución.

—¿Sam? ¿Por qué te estás quitando la camisa?

—Vamos a hacer el amor.

Le dio vueltas la cabeza, pero el suelo estaba frío y estaba segura de que habría hormigas y

arañas.

—No —le dijo, con suavidad pero con firmeza.

Él dejó de desabotonarse y frunció el ceño. ¿Se había enfadado con ella? Se arrepintió. Lo perdería.

—Lo siento —insistió—. No aquí. No ahora.

—Bueno, es que nadie me ha dicho nunca que no —comentó mientras soltaba los botones y dejaba la camisa medio abierta.

—Sam, yo nunca he dicho que sí —le dijo muy despacio para que lo entendiera.

—¿En serio? ¿Te estás reservando para el matrimonio?

—Para el amor —dijo Violet.

—¿En serio? —repitió Sam.

—No sé casi nada de ti.

—Pues vamos a arreglarlo enseguida. Venga, siéntate aquí conmigo. No te preocupes, el suelo es bastante suave. Puedes apoyar la cabeza en mis rodillas. Así.

Violet se relajó en su regazo. Sam le echó el

abrigo por los hombros y empezó a acariciarle suavemente el pelo.

—¿Qué te gustaría saber? —le preguntó.

—¿Cuántos años tienes?

—Voy a cumplir veinte.

—Como yo.

—Venga, más preguntas.

—¿De dónde eres? Cuéntame algo de tu familia.

—Vivo con mis padres en una casa de campo con más de cuarenta mil hectáreas de terreno en Victoria. Somos muy ricos y famosos, al parecer. Tengo más dinero del que podrías contar. —Se rio por el comentario, aunque Violet no sabía muy bien por qué—. Mi padre es un viejo maquinador y mi madre es como un bonito felpudo. Mi hermana, la pobre, a la que ya has conocido, es mucho más amable de lo que cabría esperar teniendo en cuenta su proveniencia. Mi padre la quiere casar con un empalagoso, el hijo de uno de sus socios, un hombre que se queda a la altura de

sus zapatos en cuestión de inteligencia y buenas maneras, y que sin duda la dejará preñada con una docena de bebés católicos y la usará hasta que la deje seca. ¿Y qué me dices de ti?

Violet era terriblemente consciente de la diferencia de sus fortunas y posibilidades de futuro.

—A pesar de la artritis, mi madre trabaja como lavandera y costurera. Es capaz de hacer un vestido en un día, y la familia para la que trabaja le suele pedir cosas así. Pero le pagan muy poco y sus manos ya no son lo que eran. Yo le mando dinero, aunque llegará un día en el que tenga que trabajar por las dos... —Violet no terminó la frase. Decir aquellas cosas en voz alta la hacía sentir todavía más desdichada y perdida.

Sam se quedó en silencio. Violet levantó la cabeza para mirarlo y le pareció pensativo.

—¿Quieres a tu madre? —le preguntó.

—Sí, mucho.

—Entonces no te preocupes, porque a todas las

personas que quieras yo también las quiero y tengo dinero para arreglarlo, así que no vuelvas a preocuparte por eso porque no me gusta que te preocupes. Lo arreglaré todo con mi dinero. Para mí es fácil y te quiero.

La declaración de amor estaba tan enterrada al final de unas palabras tan confusas que estuvo a punto de pasar desapercibida. ¿La quería? Se le aceleró el corazón. La quería.

—Más preguntas —dijo Sam.

Violet tardó un momento en recuperar el aliento.

—Eh... ¿por qué has venido al Evergreen?

—Tengo unos problemas de salud que a mí no me importan pero que por lo visto les importan a todos los demás. He venido a resolverlos. Ya llevamos dos semanas aquí. Son las primeras vacaciones que Flora y Tony pasan juntos, aunque él sigue yéndose de putas a Sídney y le dice que se va por motivos de trabajo.

—Es horrible.

—Él es horrible.

—¿Se lo has dicho?

—Le haría demasiado daño y además no me creería. Pero yo lo he oído jactarse con sus amigos. Venga, más preguntas. Sobre mí. No sobre ellos.

—¿Crees en Dios?

Sam dejó de acariciarle el pelo y levantó las manos en el aire.

—¡Sí! ¡Yo adoro al dios amapola!

—Nunca he oído hablar de él.

—Puede que sea una mujer —dijo—. Tiene carisma. Siguiente pregunta.

—¿De verdad me quieres?

—Sí. Desde el primer momento en que te vi.

Sam cerró los ojos con expresión extasiada y Violet se sintió invadida por la felicidad, el anhelo y violentas oleadas de ternura. Ella también lo quería. Aunque pudiera parecer una locura, lo quería, y lo había querido desde la primera vez que lo vio en el salón. Seguramente los demás

dirían que era una estupidez: Myrtle, Clive y su madre. Pero los tontos eran ellos. Había que ser ignorante para pensar que el amor es algo sobrio y ordenado que va creciendo despacio y conforme a un patrón establecido para que uno no se desconcierte demasiado. El amor es como un rayo que te alcanza con toda su luz y energía incontrolada. Es primitivo y eterno. Es capaz de levantar las capas mundanas de la sociedad y dejar al descubierto el corazón latente de la realidad.

—Yo también te quiero —dijo Violet.

—Pues claro que me quieres —dijo Sam—.

Porque me entiendes.

Violet alzó el brazo y le tocó suavemente el mentón con el corazón henchido.

—Perderé el trabajo si nos descubren.

—Me da igual. Tengo dinero para los dos.

—A mí no me da igual —replicó Violet—. Al menos por ahora. Hasta que las cosas sean más... seguras.

—Entonces tendré mucho cuidado —le dijo

abriendo mucho los ojos, y le sonrió—. Sissy no me quita ojo, y no lo aprobaría, y mi madre y mi padre tampoco. Es una delicia, ¿verdad? El amor prohibido es más dulce y más fuerte.

—Puede que tengas razón. Pero, Sam —le dijo con delicadeza—, tengo que volver al hotel para secarme bien y vestirme para el siguiente turno.

—Pues vamos a volver, pero no juntos —propuso—. Tú vas cien metros por delante, como si estuviéramos dando un paseo y no nos conociéramos de nada. Así puedo ver el vaivén de tus caderas durante todo el camino.

—De acuerdo —dijo Violet poniéndose de pie—. Yo voy delante.



Aquella noche, durante la cena, Sam y ella acordaron tácitamente un juego. Se intercambió las mesas con Myrtle, que aceptó a regañadientes porque seguía molesta con ella, y Violet atendió su



mesa como si no hubiera pasado nada entre ellos. Sam se sentó con su hermana —que miraba a Violet como un halcón—, el italiano y el resto del grupo, la cantante de ópera, la reina de la belleza y los escritores. Flora iba sobriamente vestida, con una falda larga de color gris, la blusa abotonada hasta arriba y la larga melena recogida en un moño. Parecía imposible que Flora y Sam fueran hermanos. Todos se reían y hablaban contentos, incluso Sam, que no la miró a los ojos ni una sola vez.

Aun así... cada vez que Violet pasaba, Sam le rozaba la cadera con el brazo, y cuando se paraba y se reclinaba sobre la mesa para retirar los platos, apretaba la pantorrilla contra su pierna. Cada roce era ardiente y excitante. En la mente de Violet seguían vívidos los recuerdos del día, de haber estado desnuda con él, de haberlo besado, de su claro deseo de querer hacerle el amor. Le entraban escalofríos al acordarse. En sus cerca de veinte años de vida nunca había pensado en hacer

el amor. Su madre le había metido en la cabeza que «meterse en problemas» solo llevaba a la miseria. De hecho, ella era la prueba. Violet había tenido muchos novios. Algunos habían intentado propasarse, pero ella les había dado un manotazo en las manos o a veces en la cara. Pero Sam había despertado una apetencia en ella que Violet no imaginaba que se pudiera experimentar. Cómo deseaba volver a quedarse desnuda con él, estrechar todo su ser contra el cuerpo caliente y duro de él. En su mente no existían las consecuencias. Todo era deseo, un deseo líquido y abrasador.

Al acabar el turno se tendió en la cama con aquel deseo arremolinándose por su cuerpo, manteniéndola despierta. Y pensó que no volvería a dormir bien en la vida.



El comedor del servicio siempre tenía un olor

peculiar a la hora del desayuno. Tocino y huevos, sí, pero también olía a descomposición y humedad después de permanecer cerrado durante toda la noche. Pese al frío, Violet entreabrió una ventana, aunque solo fuera una rendija. Las ventanas de allí abajo quedaban a ras del suelo, pero aun así entró un suave soplo de aire fresco. Violet se asomó un momento y dejó que el aire frío le refrescara los ojos cansados tras una noche entera dando vueltas en la cama. Los demás empleados comenzaron a entrar y a sentarse a la mesa hablando y riéndose y haciendo tintinear los platos de loza y los cubiertos. Pero de pronto se hizo el silencio.

Violet se dio la vuelta. La señorita Zander estaba en la puerta. Parecía fuera de lugar con su immaculado peinado y sus elegantes perlas. Escrutó la cocina mientras todos aguantaban la respiración esperando que no los buscara a ellos.

—Ah, Violet —dijo al verla en la ventana—. ¿Has desayunado ya?

—No —contestó. Los latidos le punzaban la

garganta.

—Come algo y ven a mi despacho —dijo, se dio media vuelta y salió sin añadir nada más.

Los otros miraron a Violet con pena. Clive se le acercó enseguida.

—¿Qué pasa? —quiso saber.

—No lo sé.

Violet pensó en la noche anterior, en el jueguito de la cena. ¿Hansel se habría dado cuenta de que estaba ligando con un huésped? ¿Habría dicho algo Myrtle? ¿O era algo peor? ¿Los habría visto alguien besándose o abrazándose desnudos en las cascadas?

—Entonces será mejor que comas algo —dijo Clive—. Siéntate, yo te preparo el plato.

¿Cómo iba a comer con ese peso sobre la conciencia? Estaba tan cansada que no entendía nada. Solo quería volver a la cama y echarse a dormir hasta que todo aquello terminara.

—Venga, siéntate —insistió Clive mientras la empujaba suavemente hacia la parte de la mesa en

la que se sentaban las mujeres.

Violet hizo lo que le pedía y Myrtle se sentó a su lado e intentó animarla.

—Seguro que no es nada —le dijo—. A la señorita Zander le encanta aterrorizarnos sin motivo.

Clive le llevó un plato con un filete y un poco de tocino. Violet mordisqueó los bordes y lo apartó mientras se deslizaba por el banco.

—Tengo que aclararlo —dijo.

—Suerte —le dijo Myrtle en voz baja.

Subió las escaleras y cruzó el vestíbulo. Cuando llegó a la puerta celeste del despacho de la señorita Zander llamó y esperó. Por fin, la señorita Zander abrió la puerta.

—Sí, bien. Pasa, Violet.

Violet la siguió. La señorita Zander se sentó detrás de su resplandeciente escritorio, en el que papeles, libros, tinteros y plumas estaban perfectamente ordenados en filas paralelas. La señorita Zander no la invitó a sentarse, de modo

que Violet se quedó de pie, con las manos juntas y sudorosas.

—¿Ocurre algo? —preguntó, y esperó a que la acusara de fraternizar con un huésped. ¿De verdad se ocuparía Sam de rescatarla si perdía el trabajo?

—He hablado con varios huéspedes —comenzó a decir mirando sus papeles.

Violet apenas oía nada aparte de los latidos del corazón en los oídos. No se atrevió a decir nada.

—Muchos de ellos no tienen intención de marcharse durante el invierno, por lo que he decidido mantener abierto el hotel con una plantilla mínima. Como sabrás, normalmente cerramos después de las fiestas de Navidades en junio y volvemos a abrir el primer día de la primavera.

Como no era la acusación que ella se esperaba, no supo qué decir.

—Estoy muy contenta con tu trabajo y quiero proponerte que te quedes a trabajar durante el invierno.

El alivio fue como un baño de agua caliente.

—¡Sí! —exclamó—. Sí, por favor. Es una noticia estupenda.

—Buena chica. Pero no le digas nada a nadie, porque hay gente que no se quedará durante el invierno aunque lleve trabajando aquí mucho más tiempo que tú. Myrtle, por ejemplo. Lo único que puedo decirte por ahora es que habrá menos de doce huéspedes que atender. Puede que tengas que trabajar el doble. Espero que no te importe tener que ocuparte también de la limpieza.

—En absoluto. Le agradezco inmensamente esta oportunidad. Puede estar segura de que no la defraudaré.

—Lo sé —dijo la señorita Zander con una sonrisa que le alegró el corazón.

Con un timbrazo, el teléfono de candelabro hecho de madera y metal que tenía en el escritorio cobró vida. La señorita Zander lo descolgó con una mano mientras le hacía un gesto con la otra para pedirle que se retirara.

—Gracias, gracias —farfulló Violet mientras daba unos pasos hacia atrás y se marchaba.

Cerró la puerta tras ella y se quedó un momento allí, con los ojos cerrados. Le escribiría a su madre para prometerle que le enviaría dinero durante el invierno. La artritis siempre empeoraba con el frío y todos los años temía que la familia para la que trabajaba la despidiera. Violet abrió los ojos y se dispuso a comenzar la jornada de trabajo, dejando que la mente le volara hacia otras preocupaciones. ¿Sería Sam uno de los huéspedes que se quedaban en el hotel a pasar el invierno? La incertidumbre la estaba matando.



Unos golpes en la puerta sacaron a Flora de su ensimismamiento. Estaba sentada en su escritorio, con una carta para su padre a medio escribir. ¿Cómo podía decirle que Sam no estaba ni mejor ni peor? ¿Debía confesarle que ella no podía hacer



nada para que dejara de fumar opio? ¿Tenía que contarle lo que le había dicho el doctor Dalloway? ¿O su padre todavía no sabía que la mayor parte de los problemas de salud de Sam se los provocaba él solo? En ese caso, su padre podría hacer algo imperdonable, como desheredarlo. Pero entonces, ¿qué sería de su hermano pequeño? ¿Terminaría viviendo en la calle, como los vagabundos harapientos que había visto en Sídney?

Flora se levantó, aliviada por la distracción, y le abrió la puerta a la señorita Zander, la elegante directora del hotel.

—Buenos días, señorita Honeychurch-Black — dijo enérgicamente—. Perdone que la moleste, pero he recibido una llamada para usted en mi despacho.

—¿Una llamada?

—Del señor Honeychurch-Black. O sea, su padre.

Flora palideció.

—Mi padre —susurró.

—¿Va todo bien?

—Sí, sí. Estaba escribiéndole ahora mismo. No me lo esperaba. Es como si lo hubiera adivinado.

—Flora soltó una risita nerviosa, dándose cuenta de lo absurdo que tenía que sonar aquello—. Indíqueme el camino, si es tan amable.

Siguió a la señorita Zander por las escaleras y a través del vestíbulo hasta el despacho. La señorita Zander le indicó el teléfono y se marchó educadamente, cerrando la puerta.

Flora cogió la base del teléfono con una mano y el receptor con la otra y se inclinó sobre el escritorio.

—¿Hola?

—Florrie, querida. Qué alegría oírte.

—Te estaba escribiendo ahora mismo. Qué coincidencia.

—Eres una buena hija. Pero las cartas tardan mucho y necesito hablar contigo de dos asuntos importantes.

Flora tragó saliva.

—Dime.

—Me han llegado dos cartas que me tienen preocupado. Una es de tu hermano y la otra de tu prometido.

—¿Tony te ha escrito?

—Vamos a dejar eso para el final. Samuel me dice que quiere quedarse más tiempo en las montañas.

—Sí —dijo Flora con la respiración entrecortada—. Te lo iba a explicar yo. No sabía que Sam te escribía.

—Desde hace algún tiempo. Cartas largas en las que divaga sobre cosas que no tienen ningún sentido, pero en fin, ya sabes que siempre ha tenido una gran imaginación. ¿He de entender que vuestra estancia en el hotel lo está ayudando a recuperarse?

Flora abrió la boca para hablar, para decirle que su hermano era adicto al opio y que ella no podía hacer que mejorara como tampoco podía

volar hasta la luna batiendo los brazos, pero el miedo se lo impidió. Tenía que proteger a Sam.

—Un poco, pero solo un poco.

—Es suficiente. —Lo dijo con un tono de voz tan aliviado que Flora casi rompe a llorar.

—Padre, su salud es... He consultado a un médico que se ha ofrecido a aconsejarme.

—Bien hecho. Con eso y el aire fresco y las aguas termales, se pondrá bien enseguida. Estoy absolutamente convencido de que tú sabrás resolver esto.

Flora quería cambiar de tema, pero tenía que ser cautelosa.

—¿Y qué hay de la carta de Tony?

Su padre contestó con tono severo.

—Creo que no has sido del todo sincera conmigo, Florrie.

—¿A qué te refieres? —Por la ventana se veía el reflejo de la luz del sol sobre el entramado blanco de las ramas de los pinos. Tenía que hacer frío, muchísimo frío, allí fuera, pero el despacho

estaba caldeado.

—Tony me ha pedido que retrasemos la boda.

—Ah.

—Pero tú me habías dicho que él ya la había pospuesto seis meses. Acabo de enviarle una carta para pedirle que se explique mejor, pero he pensado que sería más rápido y más claro hablar contigo.

¿Su padre le había escrito a Tony? Qué desastre. Tony se enteraría de que ella había retrasado la boda.

—Te dije que queríamos retrasarla —contestó sin fuerza en la voz.

—Por «queríamos» te referías a ti, ¿no?

—Sí —dijo en voz baja—. No quería hablar con Tony de eso. No quería que se preocupara. Él cree que es decisión tuya.

Un ruido de exasperación.

—Pero ¿qué demonios crees que vas a ganar retrasando la boda, Florrie?

—No lo sé. —Y era verdad. Todo llegaría, le

gustara o no. Sería esposa y después madre, atendería la casa, iría a celebraciones benéficas y envejecería al lado de Tony, cumpliendo con su deber como miembro de la familia Honeychurch-Black, aunque con un apellido nuevo y más exótico.

Su padre suavizó la voz.

—¿Podrías hablar con Tony, por favor? Poned una fecha. Antes de fin de año.

Flora no podía respirar. Quedaban menos de seis meses para fin de año.

—¿Florrie?

—Se ha ido a Sídney unos días, pero hablaré con él en cuanto vuelva. No le mandes la carta. Pensará que soy una mentirosa o que no le quiero, y no es verdad.

—Me temo que ya es demasiado tarde. La envié con el correo de la mañana. Pero puede que sea mejor así. Las cosas claras. Habla con él. Un matrimonio no sobrevive con mentiras. Mándame una carta con la fecha. La espero para finales de

esta semana. ¿Me lo prometes?

—Sí, sí —dijo Flora, temiendo la vuelta de Tony—. Te lo prometo.



Después del turno del desayuno, Violet volvió a su habitación. Su almohada estaba apoyada contra la pared. Intrigada, la levantó y debajo encontró un saquito de lino con un cordón rojo.

Desató el cordón. El saquito estaba lleno de caramelos. De caramelos con mensaje. En Sídney, ella solía intercambiárselos con sus amigos cuando salían a bailar o se iban al cine. Los volcó en la cama y los revolvió. Eran rosa, blancos y amarillos. Y todos decían «Te quiero».

Violet sonrió de oreja a oreja.



La primera hora de la tarde era la peor. Flora

no sabía qué versión de Sam se iba a encontrar al bajar a recogerlo para ir a cenar: sonriente y sumiso, irracional y ceñudo o perdido en la inmensidad de su burbuja dorada con los ojos entrecerrados. Flora se sentó muy quieta en su habitación, esperando que los nervios del estómago se calmaran. Hasta que se levantó y se dirigió hacia la habitación de su hermano.

Dio unos golpecitos con los nudillos y él le abrió inmediatamente, con mirada de agitación y terror. Llevaba la camisa medio desabrochada y unos pantalones arrugados que ella supuso que habría recogido del suelo o de debajo de la cama.

—¿Sissy? —la recibió, desconcertado.

—¿Por qué no te has vestido para la cena?

—No voy a bajar. Tengo que ir a ver a un amigo. Ha estado de viaje y... de verdad que tengo que ir a verlo.

—¿Un amigo? ¿Qué amigo? —Sam no tenía amigos, nunca los había tenido.

—Un hombre del pueblo que conozco. Hemos



quedado a las seis. ¿Son las seis? —Se sacó el reloj del bolsillo—. Veinte minutos. Veinte minutos y me voy.

Flora no se fiaba.

—¿Cómo se llama tu amigo?

—Qué más te da. A veces te pones muy pesada. Baja a cenar. He oído pasar al séquito de Tony hace unos minutos. Te veo a la hora del desayuno. —Sam fue a cerrarle la puerta en las narices, pero Flora alargó el brazo para detenerlo.

—Sam, hoy he hablado con papá. Sería mejor que dejaras de escribirle cartas raras.

—¿Le he mandado cartas raras?

—Él dice que sí.

—Soñé que le escribía. O a lo mejor fue verdad. —Arrugó el ceño.

Flora bajó la voz.

—¿Es que no ves lo que te hace el opio? Ya ni siquiera sabes si estás despierto o no.

Con cara de enfado, Sam le dio un empujón al brazo y cerró la puerta. Flora se quedó en el sitio

un momento y tomó una decisión.

Pensó en bajar al salón para decirle a los amigos de Tony que no se quedaría a cenar con ellos, pero después consideró que ni siquiera notarían su ausencia o que se pondrían a hacerle un montón de preguntas para burlarse de Sam, así que fue a coger su abrigo a la habitación y, sin decirle nada a nadie, salió a esperar.

Notó el frío en cuanto cerró la doble hoja de la puerta de la entrada. El último pedacito naranja de sol estaba desapareciendo tras el valle, al tiempo que las estrellas aparecían por el este sobre el horizonte. Se escondió entre dos pinos de más de dos metros de altura que se alzaban cerca de la verja y observó la entrada principal desde las sombras.

Se estaba quedando helada. Se metió las manos en los bolsillos, pensando que tendría que haberse puesto los guantes y las botas. A los pocos minutos la puerta se abrió, dejando escapar una cuchilla de luz, y Sam salió embutido en su abrigo. Flora lo

vio andar con la cabeza gacha por el camino y empezó a seguirlo dejando unos cien metros de distancia.

Hacía mucho tiempo que no lo veía moverse con tanta rapidez. Durante los últimos años se había ido haciendo cada vez más lánguido y perezoso mientras su fornido cuerpo de niño se iba convirtiendo en una especie de junco encorvado. Siguió caminando sin levantar la mirada del suelo, y si oía las pisadas de Flora tras él, no lo dio a entender.

Subieron la colina y cruzaron las vías del tren. La estación estaba desierta y la señal de Evergreen Falls traqueteaba movida por el viento. La hierba estaba muy alta y cubierta con gotas de rocío. Había oscurecido y Flora pasaba la mirada de Sam a sus pies para no tropezar entre la negrura.

Por fin aminoró el paso, mirando las casas de la izquierda como si no estuviera seguro de a cuál tenía que llamar. Se detuvo. Flora se acercó lo más que pudo y se escondió detrás de un roble. Un

montón de hojas amarillas y marrones le llovieron encima arrastradas por una ráfaga de viento. Sam subió los cinco escalones del porche de una casa en ruinas. Dos lámparas alumbraban los dos lados de la escalera y otra descansaba en el suelo, cerca de un sofá en el que había un hombre oriental acariciando a un gato con muchísimo pelo.

Flora aguzó el oído.

—Malley —dijo Sam—, has vuelto.

—Para todo lo que quieras.

Se confirmaron sus sospechas. Aquel hombre, Malley, era el que le vendía el opio a Sam. Le habría gustado poder salir de su escondite y gritarles a los dos que dejaran lo que estaban haciendo, pero tenía que limitarse a mirar. Sam se sentó al lado de Malley y cuando el hombre se movió y la lámpara le iluminó la cara, Flora se dio cuenta de que no era oriental en absoluto. Era tan blanco como ella, pero llevaba unos pantalones negros muy amplios y una túnica manchú llena de bordados. Llevaba el pelo negro estirado en una

cola de caballo, los bigotes le caían para abajo muy tiesos y tenía una perilla larga, fina y desgredada, como una barba de chivo. El resplandor del barandal del porche no le permitía ver lo que estaban haciendo, aunque suponía que se estarían intercambiando dinero y mercancía.

Flora se dobló hacia delante contra el tronco del árbol. La rabia y el dolor le hervían por dentro. ¿Cómo se atrevía a venderle veneno a su hermano con aquella sonrisa en la cara? Respiró profundamente, esperando a que Sam terminara y se adentrara de nuevo en la noche. Y después, en vez de seguirlo, salió de las sombras y subió corriendo los escalones del porche.

Malley la miró con ojos cansados.

—¿Y tú quién eres?

—Soy la hermana de Samuel y te prohíbo que sigas vendiéndole opio.

Malley sonrió con malicia, y la rabia que la consumía se enfrió lo suficiente como para recordar que no conocía a aquel hombre, que

estaba allí fuera de noche y que nadie sabía dónde estaba.

—¿Por qué crees que es eso lo que le he vendido? —preguntó Malley.

—Porque... —balbuceó. No tenía pruebas—. Lo sé. No te hagas el listo.

Malley se levantó y Flora bajó dos escalones con el corazón en la boca. Pero no iba a por ella, estaba abriendo la puerta y entrando en casa.

—¡Se lo contaré todo a la policía! —gritó.

—Entonces yo les hablaré de tu hermano —contestó abriendo las manos con gesto inocente—. La cárcel le sentaría bien, ¿no crees?

Dicho esto, cerró la puerta con suavidad y la dejó allí, frente a los escalones de su casa, temblando de frío, miedo y rabia.

Se dio la vuelta y miró al cielo estrellado. El viento sacudía las oscuras ramas de los árboles. Se sentía la garganta obstruida por un terrible grito que jamás dejaría salir. Se le nubló la vista y pensó que se iba a desmayar. Se dio cuenta de que

estaba a una o dos puertas de la casa de Will Dalloway. Y le había dicho que podía ir cuando quisiera, ¿no?

Echó a correr.

A los pocos minutos aporreó la puerta.

—¡Will! ¡Will! ¡Ábreme!

La puerta se abrió, despidiendo luz, calor y el olor de la buena comida. La miró sobresaltado, la cogió entre sus brazos, la acompañó al recibidor y cerró la puerta.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás herida?

—No, yo no... Yo... —Estaba sollozando y tenía la cara empapada y ardiendo—. No sé qué me pasa. Me voy a morir. Yo...

Will la tranquilizó, la invitó a entrar por la puerta que decía *Privado* y la acompañó hasta un sillón de orejas.

—Siéntate —dijo mientras se dirigía a grandes zancadas hacia una repisa de chimenea en la que había una bandeja con bebidas—. No te vas a morir, pero estás demasiado nerviosa. —Volvió

con un vaso de *whisky*, que ella se bebió sin ganas —. A ver, ¿qué ha pasado?

Flora le devolvió el vaso y se lo contó, expresando por fin en voz alta la cruel situación que la tenía acorralada. Sam era un adicto y ella tenía que ayudarlo a mantener el favor de su padre, pero no podía ayudarlo sin exponerlo a la ley o al rechazo de su familia o a cualquier otro daño que ella aún no podía ni llegar a imaginar. Hiciera lo que hiciera, estaría mal. Mientras hablaba, lloraba a lágrima viva, como si hubiera perdido la compostura en los escalones de Malley y no fuera a recuperarla jamás. Pero se sentía mejor por poder contarle todo aquello a alguien, y por llorar tan abiertamente.

Durante todo el tiempo Will permaneció sentado en un otomano bordado. La luz de la lámpara se reflejaba en sus gafitas redondas. Cuando Flora terminó de hablar se sintió mortificada.

—Lo siento mucho —se disculpó—. No



debería haber...

—Mi madre bebía —dijo Will rápidamente—. Muchísimo. Cuando yo llegaba del colegio cada día no sabía si me la iba a encontrar sobria y con remordimientos o borracha y enfadada. Intenté de todo para que lo dejara. Intenté ser bueno. Estudié mucho para sacar buenas notas. Le escribí historias. Le supliqué que lo dejara. Creía que si encontraba la manera de hacerla entrar en razón, todo se arreglaría. Pero al final, por supuesto, no pude hacer nada. Mi padre nos cogió a mi hermana y a mí cuando yo tenía catorce años y la dejó. Intentó ponerse en contacto conmigo varias veces, pero después no supe nada más hasta que me enteré de que había muerto, el año pasado en Navidad.

Flora lo miró, parpadeando con fuerza. Will le había contado toda la historia con voz firme hasta que apenas logró contener la emoción.

Respiró profundamente y la voz recuperó su tono normal.

—Así que ya ves, Flora, sé cómo te sientes. No tienes que disculparte por eso.

Flora asintió en silencio por temor a echarse a llorar otra vez.

—¿Otro *whisky*?

—No, yo... tengo que volver al hotel. Nadie sabe dónde estoy.

—Deja que te lleve. No deberías salir sola tan tarde.

—No, no. No está lejos.

—Insisto. Por favor, Flora, déjame ayudarte.

Flora se puso los dedos en la frente, incapaz de pensar con claridad.

—Está bien, está bien.

Al cabo de diez minutos ya estaba de nuevo en la puerta del hotel, viendo cómo el coche de Will subía de vuelta por la colina. La había llevado en un silencio cálido y dulce, a pesar del frío y el olor grasiento del coche. Algo había cambiado en su interior, y se sorprendió por el pesar que sintió al ver desaparecer los faros del coche tras la

última curva. Podría haber tenido una vida muy distinta. Más fácil. Mejor. Pero Tony volvería al día siguiente o al otro, y decidirían la fecha de la boda.

Después, el resto de su vida la alcanzaría como una crecida y la arrastraría como una corriente demasiado fuerte para luchar contra ella.

## CAPÍTULO OCHO

Tony volvió un sábado por la tarde. Parecía estar feliz y contento durante la cena y besó a Flora en la mejilla antes de irse a dormir, diciéndole que la quería. Flora contaba los días y estaba segura de que la carta de su padre tendría que haber llegado ya, si es que iba a llegar, de modo que suspiró agradecida. Seguramente su padre la había retirado del servicio postal para no ponerla en un compromiso.

El domingo, Karl los invitó a todos a salir a pescar truchas en las frías corrientes y pozas que quedaban a unos dieciséis kilómetros de Evergreen Falls. Como era demasiado difícil organizar la excursión porque no había suficientes

coches y carros para todos, decidieron que sería divertido coger el tren tirando de las cañas, cubos y bolsas de pesca. Sam se negó, por supuesto, dejando a Flora en compañía de Tony, Sweetie, Harry, Vincent y la novia de Vincent, Eliza, que había ido desde Sídney para pasar el fin de semana con él. Flora y Eliza se sentaron juntas, muy elegantes con sus largas faldas de tablas y las cestas del pícnic en el regazo, mientras los hombres, con sus sombreros de paja, formaban jaleo asomándose por las ventanas y alardeando del número de truchas que iban a pescar. De vez en cuando Vincent le guiñaba un ojo a Eliza, mientras que Tony parecía haber olvidado que Flora estaba con ellos. Pero no importaba; le gustaba verlo feliz.

Se bajaron dos paradas antes del final de línea y se pusieron en camino por un largo sendero que bajaba hasta el arroyo. Era un día fresco, el cielo estaba despejado y el sol despedía una cálida luz desde lo alto. Una cucaburra lanzó su reclamo y

los hombres intentaron imitarla hasta que se partieron de la risa. Por fin llegaron a una gran poza. Los hombres se quitaron los zapatos y se enrollaron los pantalones para meterse en el agua mientras Flora y Eliza buscaban un sitio apropiado para el pícnic. Extendieron el mantel sobre una enorme roca lisa, pusieron los platos y cubiertos y dejaron la comida envuelta hasta que llegaran los demás.

—Hace demasiado frío. No aguantarán mucho —comentó Eliza.

—No sé si realmente quieren pescar —dijo Flora—. Creo que la diversión ya la han tenido.

—Se les ve muy animados.

Flora miró a Tony, que le estaba dando la espalda. El sol creaba reflejos en el pelo negro. Estaba inclinado hacia delante, con las anchas espaldas y caderas bien formadas, proyectando su perfil en el agua helada. La espalda. Cuando se casaran podría acariciarle la espalda. No a través de la camisa, como había hecho tímidamente una

vez o dos mientras él la besaba. Sintió un extraño e inoportuno escalofrío.

—¿Cuándo os casáis? —preguntó Eliza mientras se sentaba en el borde de la roca y cruzaba las piernas por los tobillos.

—Todos están esperando a que yo decida una fecha lo antes posible —contestó Flora mirando de nuevo hacia el pícnic—. Tengo que hablar con Tony de eso. Ha estado de viaje de negocios en Sídney.

Eliza asintió como si quisiera decir algo, pero sonrió.

—¿Le quieres?

—Sí. ¿Y cómo te va con Vincent?

—Sigo esperando a que me proponga matrimonio, pero todavía no lo ha hecho. Llevo un siglo esperando. Seis meses ya. Pero tampoco ayuda el que se pase tanto tiempo aquí arriba.

—Puede que sea culpa mía. O de mi hermano. Sam no se quiere ir, así que yo me tengo que quedar. Y si yo me quedo, Tony se queda, y los

demás con él. Pero no te preocupes. Nos iremos después de las Navidades en junio. Solo quedan dos semanas. Y entonces Vincent se portará bien.

Eliza se encogió de hombros.

—No sé. ¿Los hombres saben portarse bien?

—Eso espero.

Eliza bajó la voz.

—Flora, si tú supieras que Vincent... no se está portando bien..., ¿me lo dirías?

A Flora le desconcertó la pregunta.

—Vincent es un buen hombre, Eliza. No tienes nada que temer.

—Pero ¿me lo dirías?

—¿Tú querrías que lo hiciera?

Eliza asintió enérgicamente.

—Me gustaría saber si está haciendo algo que no está bien.

—Entonces, sí.

Eliza miró por encima del hombro de Flora, y ella se volvió para ver a Tony saliendo del agua.

Flora le sonrió.



—¿Ya te rindes?

—Han picado unas cuantas. —Hizo un gesto con la cabeza mirando a Eliza—. ¿Te importa si me la llevo un momento? Tengo que hablar con Flora.

—Claro —dijo Eliza, aunque a Flora le dio la impresión de que había algún tipo de animosidad entre ellos.

Tony la cogió del brazo y se encaminaron hacia el bosque. Cuando estuvieron lo suficientemente lejos como para que no los oyeran, Flora preguntó:

—¿No te cae bien Eliza?

—¿Eliza? Es un poco tonta. Vincent puede aspirar a mucho más. No me gusta cuando se pone a cotillear y a susurrar como antes.

—¿La has oído?

—Tiene una voz muy chillona. La he oído, aunque no he entendido lo que ha dicho, pero me da igual, Flora. Solo quiero que tengas cuidado con ella. —Tony se detuvo y la miró a los ojos—. De todas formas, no te he traído aquí para hablar

de Eliza.

Tony se había puesto serio y a Flora se le encogió el estómago.

—¿No?

Se alzó el viento y las ramas se movieron por encima de ellos. Un fuerte olor a eucalipto y humedad flotó en el aire.

—Ayer, cuando llegué, recibí una carta de tu padre.

La carta. La maldita carta. Flora se sintió abochornada.

—¿Y por qué no me dijiste nada?

—Para ver si tú lo mencionabas primero.

Flora negó con la cabeza.

—No te enfades. Sé que he sido una idiota.

—Quiero que me lo expliques. ¿Le dijiste a tu padre que yo quería retrasar la boda?

—Sí.

—Y a mí me dijiste que el que quería retrasarla era él.

—Sí.

—Pero ¿la única que quería retrasarla eras tú?  
Esta vez Flora se limitó a asentir con la cabeza. A pesar del frío, le ardían las mejillas por la vergüenza.

Tony se dio media vuelta apretando los labios y moviendo la cabeza con enojo.

—Lo siento, Tony —dijo Flora tocándole el hombro.

Él se apartó.

—¿Me puedes decir por qué?

—Todo va demasiado rápido.

—¿No te quieres casar conmigo?

—Pues claro que quiero casarme contigo. Te quiero.

—Entonces no lo entiendo.

Flora respiró hondo. A lo mejor Tony la entendería si se lo contaba. Después de todo, iban a casarse. Serían pareja toda la vida, confidentes.

—¿No has sentido nunca que tu vida no te pertenece? ¿Que estás como flotando, como si te estuvieran empujando por un camino que no has

marcado tú?

—¿Vas a seguir con todas esas tonterías, Florrie? —dijo Tony pasando del enfado a la exasperación—. Todos esos ensueños vuestros... No me extraña que Sam esté como está. Yo espero que tú seas mucho más práctica. Eso es lo que me gusta de ti.

—¿No lo has sentido nunca? ¿Nunca te ha parecido injusto tener que ocuparte de los negocios de tu familia en vez de dedicarte a algo que de verdad te apasione? ¿Que te están obligando a casarte conmigo en vez de buscar a la mujer de tus sueños?

—Yo no creo en la mujer de los sueños. Esa solo aparece cuando duermo —dijo con rabia—. Entonces, ¿es eso? ¿Estás esperando al hombre de tus sueños?

—No, no quería decir eso.

—Flora, nuestros padres son grandes amigos, eso es cierto. Y nos presentaron porque pensaban que nos podíamos llevar bien, no porque esto sea

una novela del siglo pasado y tengamos que casarnos en contra de nuestra voluntad. Nos llevamos bien, ¿no? ¿Nos gusta estar juntos?

Poco a poco, Flora fue dándose cuenta de que Tony se sentía herido por sus dudas.

—¿Es que no lo ves? —siguió diciendo—. Cuando nos casemos se resolverán muchos problemas... tuyos y míos. Cuando yo sea tu marido, te dará igual que tu padre te desherede porque seguirías estando bien. Ha prometido que nos compraría una casa, por el amor de Dios. Y cuando tú seas mi esposa, a mí me aceptarán en la alta sociedad con más facilidad. Dejaré de ser de los *nuevos ricos*. Me convertiré en un honorable Honeychurch-Black. Además, Flora —continuó, tocándole el hombro y dejando caer la mano ligeramente hacia su pecho—, hay otras cosas para las que no quiero seguir esperando —dijo, y levantó la mano como un caballero.

A Flora le iba a explotar la cabeza.

—¿Qué harías, Flora? —insistió Tony—. Si no

te casaras conmigo, si no vivieras la vida que tu familia ha pensado para ti, ¿qué harías? Estarías como un pez fuera del agua.

—Sería médico —soltó.

Tony se rio.

—¿Tú? ¿Médico?

A Flora se le encendieron las mejillas por la indignación.

—Soy inteligente y me gusta ayudar a los demás.

Tony negó con la cabeza. Le desapareció la sonrisa.

—Flora, yo te quiero, pero estás siendo ridícula.

Unos gritos de alegría se oyeron en la distancia cuando alguno de sus amigos pescó un pez.

—No estoy siendo ridícula —protestó en voz baja, pero él no le hizo caso.

—Vamos —dijo Tony—. Te perdono la mentira. No vuelvas a pensar en ello.

—Septiembre —dijo Flora con decisión—.

Nos casaremos en primavera.

—Perfecto. Elige un sábado de mediados de primavera y díselo a tu padre. —Tony le pasó el brazo por la cintura y salieron del bosque—. ¿No estás contenta de que hayamos hablado?

Flora asintió en silencio. No veía nada malo en los argumentos de Tony, de forma que apartó enseguida aquel grito de protesta que se alzaba en su interior: «¿Y qué pasa con mis sueños?». Tony tenía razón. Los sueños llegan durmiendo. Tony la había despertado y tenía que seguir adelante con la vida.



Flora fue a ver a Sam aquella tarde para contarle lo de la boda.

—Tendría que felicitarte, Sissy —dijo—, pero me horroriza pensar que Tony de Lizio vaya a ser mi cuñado hasta que me muera.

—No seas así, Sam —dijo Flora mientras se

sentaba en la cama con él. Vio que Sam tenía un libro en la mesita de noche. Estaba abierto. Se alegró al pensar que había estado leyendo, y de que no olierá a opio en la habitación—. Tendré que madurar en algún momento.

—Así que en primavera, ¿eh? —Chasqueó los dedos—. ¡Podríais casaros aquí! Este sitio es muy grande y lo suficientemente pijo como para una boda de la alta sociedad.

Flora frunció el ceño.

—Nos iremos antes de septiembre —replicó—. Justo después de las Navidades en junio.

—¿Ah, sí?

—Me lo prometiste. Y además, el hotel cierra. Sam extendió los brazos emocionado.

—No. No del todo. He hablado con los señores Powell esta mañana. Ellos se quedan porque Lady Powell quiere terminar su libro, y la señora Wright, la cantante de ópera, es tan amiga suya que dice que ella también se queda; y Miss Sídney ha adoptado a la señora Wright como madre, así que



ella y su odioso prometido se quedan también. La señorita Zander les ha dicho que mantendrá a unos pocos empleados en el hotel. ¿Te lo imaginas? Un puñado de gente dando vueltas por todo el hotel a su aire.

Flora no dejó de negar con la cabeza durante todo el tiempo.

—No, no y no, Sam. La fiesta de Navidad es el veinticinco de junio y el veintiséis nos vamos.

—Podéis iros sin mí —dijo, y sorbió por la nariz.

—No puedo. Papá no me lo permitiría y yo...

—Pero, Flora —la interrumpió poniéndole el dedo índice en los labios—, estoy mucho mejor. Fumo menos. Estoy seguro de que es el aire de las montañas. —Flora entrecerró los párpados—. Sé que tú quieres que lo deje del todo, pero es muy difícil. Por eso estoy reduciendo el número de pipas que me fumo cada día. Fíjate en cómo estoy.

Sam dejó caer el dedo y se puso de pie delante de ella, y Flora tuvo que admitir que había

mejorado mucho.

—¿De verdad?

—Es Violet —dijo—, hace que quiera ser mejor persona.

—¿Violet? ¿La camarera?

Sam volvió a ponerle el dedo en los labios.

—No digas nada contra ella. Violet ha conseguido esto. Ha conseguido lo que tú no has logrado nunca.

Cómo dolían aquellas palabras. Se le clavaron en el estómago. Pero si era verdad que el amor por aquella camarera le estaba haciendo fumar menos, tendría que aceptarlo.

—Por favor, ten mucho cuidado con ella —le dijo.

—No le haría nada que no fuera correcto y bueno —replicó, y sonrió como un niño—. Entonces, ¿qué? ¿Podemos quedarnos?

—No me voy a casar aquí.

—¿Podemos pasar el invierno?

A Tony no le iba a gustar, pero no importaba.

La salud de Sam estaba por encima de todo.

—Siempre que sigas fumando menos.

Sam se llevó la mano al corazón con fervor.

—Te doy mi palabra.

—Entonces nos quedaremos —dijo. Y se arrepintió inmediatamente.



Los bailes en la casa abandonada se convirtieron en un acontecimiento semanal. Se organizaban todos los sábados por la tarde, y Violet, la dueña del gramófono, tenía que ir. Pero a ella no le importaba. Le encantaba bailar y pasarse toda la semana vestida con su uniforme blanco y negro se le hacía tremendamente aburrido. Era agradable ponerse algo de color y arreglarse el pelo.

Aquel día el salón estaba lleno de cuchicheos acerca de las próximas celebraciones de las Navidades en junio. Los empleados estaban

organizando su fiesta de despedida antes de las vacaciones de invierno y se rumoreaba que la señorita Zander había dado permiso para que todos los empleados del hotel pudieran disfrutar de la fiesta de Navidad junto con los huéspedes. Alguien se había llevado discos nuevos —estaban hartos de los tres de Violet— y la música sonaba rápida y alegre. Violet estuvo bailando Black Botton, Saint Louis Hop y charlestón. Estaba anocheciendo. Uno de los camareros se había llevado un montón de vasos rotos que se iban a tirar y ella les metió unas velas y las colocó por todas partes, dando un toque de luz trémula al salón. Comenzó un foxtrot y Clive se le acercó esperanzado. Ella dejó que la cogiera entre sus brazos, pero intentó mantener una fría distancia entre los dos. Aquello los obligó a bailar con pasos torpes, pero él no pareció darse cuenta.

—Se supone que no puedo decir nada —confesó Clive—, pero tengo que saber si la señorita Zander te ha pedido que te quedes en

invierno.

Violet miró a su alrededor. No había nadie escuchando. La música se oía fuerte y la gente estaba hablando.

—Sí, pero me dijo que no se lo contara a nadie. Clive sonrió.

—A mí también —dijo—. Estaremos los dos.

—Me alegro de tener a un amigo aquí —dijo de manera precavida, sabiendo que él quería más. Clive era un buen hombre, un hombre estupendo. Pero ahora que había experimentado sentimientos completamente distintos, Clive no le bastaría jamás—. No sé si Myrtle se queda. No me atrevo a preguntárselo.

—¿Dónde está hoy?

—En el hotel, con un tobillo torcido. Se resbaló esta mañana en la cocina. Desde luego, es propensa a los accidentes.

—Y tanto, la semana pasada... ¿Quién es ese?

Violet se dio la vuelta siguiendo la dirección de sus ojos. Se le aceleró el corazón. Era Sam.

Estaba en la puerta, buscándola con la mirada.

—¿No es un huésped del hotel? —preguntó Clive.

Sam la vio y se le acercó. Todos se apartaron, sin dejar de bailar pero mirándolo con curiosidad. El salón se llenó de murmullos. Sam extendió la mano hacia Violet, sin mirar siquiera a Clive.

—¿Bailas conmigo?

—Yo...

Clive la apretó con más fuerza, pero después vio la expresión de Violet y supo que había perdido. La soltó.

—Si quieres, sal a bailar. Yo no te lo voy a impedir.

Violet pasó a los brazos de Sam, pero el foxtrot se terminó medio minuto después y se quedaron parados un momento, abrazados, mirándose el uno al otro, esperando a la siguiente canción.

Era un vals: *It's Time to Say Goodnight*, de Henry Hall. Sam la estrechó contra él, con la mano cálida por detrás de la cintura, y empezaron a

movearse. De pronto fue como si todo el mundo hubiera quedado relegado a la distancia. Solo estaban su cuerpo y el de Sam, en perfecta sintonía con la música. Por su excelente educación, Sam bailaba de maravilla, haciéndola girar, cogiéndola y volviéndola a atraer hacia él. Era como si moviera los pies sobre las nubes. La felicidad brilló en su interior. Se esfumaron las últimas palabras de la canción y se hizo el silencio. El disco había terminado, pero ellos seguían bailando, siguiendo el ritmo del vals en sus corazones y en sus cuerpos, recorriendo todo el salón mientras los demás se apartaban y los contemplaban.

Como si se hubiera despertado de un sueño, Sam pestañeó varias veces, notando que la música había cesado. Soltó a Violet, le cogió la mano y la besó. Se le acercó al oído, le susurró tres palabras, se dio media vuelta y salió por la puerta. Comenzó a sonar otro disco y poco a poco la gente empezó a llenar la pista de baile. Violet seguía

donde Sam la había dejado. Muchas chicas la miraban con curiosidad, con celos. Juzgándola con la mirada.

Clive se le acercó.

—Era Samuel Honeychurch-Black, ¿no? ¿Lo conoces?

—Solo de servirle la cena —mintió.

Clive miró hacia la puerta y de nuevo a Violet.

—Qué raro que haya aparecido así.

Violet se aclaró la garganta, intentando fingir que no estaba profundamente impresionada.

—Sí. Parece un poco raro. Pero baila muy bien.

—Asegúrate de que la señorita Zander no llegue a enterarse de esto. Fraternizar con los huéspedes está...

—Absolutamente prohibido. Sí, lo sé. Pero todo el mundo ha visto que se ha acercado él a mí. Habría sido de mala educación rechazarlo, teniendo en cuenta que es un huésped tan importante.

—Supongo. —Clive sonrió—. ¿Otro baile?



—Estoy cansada —dijo. Y era verdad, pero además Violet sabía que después de bailar con Sam, bailar con cualquier otro hombre sería como hacerlo con pies de plomo—. Me voy a sentar ahí fuera un rato.

Se sentó en las escaleras de atrás y se fumó unos cuantos cigarrillos. Las chicas que estaban allí no los habían visto, por lo que no sintieron la necesidad de preguntarle nada. Se guardó sus pensamientos y sentimientos para sí misma, pero si alguna de ellas hubiera sabido lo que estaba planeando habría pensado que estaba loca.



Era muy tarde. Myrtle estaba dormida, roncando suavemente. Violet no quería despertar a nadie, pero sobre todo a ella, porque sabía que Myrtle sospechaba algo. Cuando Violet volvió a la habitación, Myrtle le había contado, sin poder dar crédito, que uno de los huéspedes, el señor

Honeychurch-Black, había ido a buscarla. Había sido ella la que lo había mandado al baile.

«¿Qué quería?», le había preguntado Myrtle, y las respuestas evasivas de Violet solo habían conseguido aumentar su curiosidad.

Violet se levantó y se vistió a toda prisa. No tenía tiempo para ponerse la camiseta y las calzas. Se le erizó la piel al pensarlo. Solo las braguitas, el vestido y los pies desnudos sobre el suelo helado. Miró por la ventana, a través de la rendija que quedaba entre las cortinas. A la luz de la luna, las sombras se movían con el viento. Violet suspiró, salió de la habitación en silencio y cerró la puerta.

Cruzó el corredor de puntillas. Era casi la una de la madrugada y todo el mundo estaba durmiendo. Pero él la estaría esperando.

«Ven esta noche». Eso fue lo que le dijo antes de marcharse. Y nada en el mundo podría impedirle cumplir aquella orden. En algún rincón de su mente las advertencias seguían al acecho —

sobre su alma, su cuerpo, su futuro—, pero el deseo las ahogó en un río de oro líquido. «Ven esta noche». Eso hacía.

El segundo escalón crujió. Se detuvo, esperando a que se abriera alguna puerta, a que le hicieran alguna pregunta. Pero el silencio de la noche no se quebró, y ella siguió subiendo con más cuidado.

Recorrió el pasillo en la oscuridad, contando las puertas hasta que solo quedó una. Por el resquicio se veía un poco de luz.

Se paró y pensó que si llamaba despertaría a alguien. Giró la manilla. La había dejado abierta.

Lo que se encontró era totalmente distinto de lo que se esperaba. Sam estaba tumbado en la cama, dormido, completamente vestido. Tenía en las manos una pipa de plata. Al lado de la cama había una bandeja llena de extraños utensilios de metal.

Antes de que le diera tiempo a acercarse a mirar, Sam se levantó, la vio y sonrió.

—Has venido.

—Sí.

Dejó la pipa en la bandeja.

—Me he quedado dormido esperando. Pensé que si me despertaba por la mañana y la luz seguía encendida, era que no me querías. Ven aquí. —  
Abrió los brazos, aún tumbado en la cama.

Ella se abalanzó sobre él, buscando sus labios desesperadamente. Sam posó sus manos duras en los brazos de Violet y la atrajo hacia él. El pelo le olía a miel y hierba picada, un olor exótico y embriagador que no logró reconocer. La besó como si quisiera trepar a su boca y derretirse en ella, después la tumbó en la cama boca arriba y se le sentó encima, con las rodillas abiertas sobre sus caderas.

—Quítate el vestido —le dijo.

Ella consiguió incorporarse con cierta dificultad, cogió el vestido por el dobladillo y tiró hacia arriba para sacárselo por la cabeza.

—Quítate las bragas.

Con un escalofrío de placer, Violet se las quitó

y se quedó desnuda.

—Tumbate.

De nuevo hizo lo que él le pedía, doblando los brazos por encima de la cabeza, sintiéndose al descubierto y desprotegida.

—Nunca he hecho esto.

—Mejor —dijo Sam al tiempo que se inclinaba sobre ella. Llevó los labios al pecho izquierdo y los apretó sobre el pezón. Después se fue al otro y lo lamió con tanta fuerza y pasión que ella jadeó y se retorció violentamente.

Fue bajando con la boca, por la barriga y el bajo vientre, y siguió bajando hasta que le separó los muslos y metió la boca por el dulce y ardiente hueco de sus piernas. Eran sensaciones completamente nuevas para ella. Violet arqueó la espalda y gimió, apretando y relajando los párpados con los ojos cerrados. La sensación era tan intensa y abrasadora que pensó que moriría de placer.

Cuando él se incorporó, Violet gimió al notar

que las sensaciones desaparecían. Abrió los ojos y vio que Sam se estaba quitando la ropa, poniéndose de pie y dándole una patada a los pantalones.

—Tengo que poseerte —dijo mientras se cogía la erección con la mano—. Date la vuelta.

Violet se dio la vuelta y él se puso detrás, levantándole la cintura de modo que el trasero quedara en el aire. Una vez más tuvo la maravillosa sensación de estar desprotegida ante él, y entonces Sam la penetró y ella gritó de dolor.

—Solo dolerá un momento —le dijo mientras empezaba a moverse poniéndole una mano en cada nalga, y tenía razón. Violet dejó que la marea de deseo y placer la estremeciera. Aumentando el ritmo de sus movimientos, le pasó una mano por la cintura y más abajo hasta tocarla entre las piernas, en un punto que parecía tan cargado de sensaciones que ella no entendía cómo no lo había descubierto antes. Tras un minuto de increíble fricción, Violet prorrumpió repentinamente en una

oleada de placer tan intenso que se habría caído de boca en la cama si él no la hubiera agarrado por las caderas. Dejó escapar un gemido de euforia y, unos segundos después, él también gimió.

La tendió suavemente en la cama y la giró para mirarla a la cara.

—Ha sido increíble —jadeó Violet.

—Eres preciosa —le dijo—. Oírte y verte disfrutar es lo más bonito del mundo.

Ella dejó caer la cabeza y se echó a reír.

—Nunca pensé que...

Sam le apartó el pelo de la cara.

—No me dejes nunca.

—No te dejaré.

—Encontraré la forma de que podamos estar juntos.

—Lo sé.

Se quedaron dormidos con la luz encendida, abrazados sobre la colcha.

## CAPÍTULO NUEVE

2014

Después de ocho días seguidos en el turno del desayuno, estaba deseando poder quedarme en la cama. Las mañanas se estaban haciendo cada vez más frías y oscuras, y yo estaba acurrucada debajo de capas y capas de sábanas y edredones cuando el teléfono sonó. Me desperté de golpe y miré el reloj: 4:57. ¿Era Tomas? No, era mi madre.

—Mamá —respondí como un graznido—. ¿Pasa algo?

—No, solo quería pillarte antes de que te fueras a trabajar.

—Hoy no trabajo —repliqué intentando que no se me notara la irritación en la voz—. Quería



dormir un poco más, y después tengo el turno de tarde toda la semana.

—Vaya, lo siento. De todas formas, puedes seguir durmiendo después, ¿no? Es solo que me estaba haciendo un café y he pensado: «Me voy a sentar y llamo a Lauren». Es tan agradable oír tu voz ahora que ya no estás aquí. Me siento un poco sola esta mañana.

Me incorporé en la cama, frotándome los ojos mientras bostezaba.

—¿Dónde está papá?

—Se ha ido a Sídney a una conferencia. Irá a verte esta semana.

—Dile que me llame antes. Por si estoy en el trabajo.

—Se lo diré. Espero que pueda conocer a tu novio.

De pronto entré en un terreno escabroso.

—Mmm... —dije de modo esquivo mientras mi cerebro adormecido buscaba desesperadamente un cambio de tema.

—¿Lauren? ¿Te parece bien? Nunca has tenido novio y nos gustaría saber...

—Tomas está en Dinamarca.

—¿Ha vuelto a casa?

—Temporalmente.

—¿Por qué?

«Miente. Tú, miente».

—Una amiga suya ha tenido un accidente de coche. Está muy grave. Ha ido para estar con ella.

—Ah, ¿una amiga? Deben de ser buenos amigos.

—Me llama todos los días.

—Aun así... —Dejó la frase colgada, consiguiendo el efecto que ella buscaba. «Aun así».

Tomas no estaba conmigo; estaba allí, con su exmujer. Sabrina había superado la operación y estaba estable, aunque en estado de coma inducido. Tomas había logrado encontrar a una de sus primas, que estaba buscando un vuelo desde América para reunirse con ellos. Su mejor amiga

del colegio había aparecido y muchos compañeros de trabajo iban a visitarla. Por lo tanto, no estaban los dos solos en la habitación del hospital. Sin embargo, él todavía no había dicho nada de volver.

—Solo han sido unas cuantas citas, mamá —afirmé—. Nada serio.

—Puede que te esté engañando.

—No creo.

—No te puedes fiar de los hombres. Te rompen el corazón. Se está mejor sin ellos.

—Tú te casaste con papá.

—Pero él es especial. Tuve suerte.

No contesté. No tenía sentido discutir con ella. Mi madre solo concebía un mundo en el que todo lo malo acechaba a sus hijos. Me recosté sobre la almohada y al mirar hacia un lado vi la fotografía de Adam y Froggy, que había dejado apoyada en uno de los lados del despertador. Ahí estaba el cambio de tema que estaba buscando.

—Oye, mamá —le dije—, ¿Adam te habló

alguna vez de un amigo suyo que se llamaba Froggy? ¿O de otro que se llamaba Drew?

—No me suenan esos nombres —contestó.

—De antes. De cuando vivió en las montañas.

Un breve silencio.

—Tenía muchos amigos raros en ese momento, Lauren. No recuerdo sus nombres.

—¿Cómo que raros?

—Pues... raros. Gente que quería sacarlo del buen camino. Además, ninguno de ellos vino a verlo cuando enfermó.

No dije que había sido ella la que había hecho prácticamente imposible que nadie fuera a ver a Adam mientras estuvo enfermo, ni que las Montañas Azules estaban muy lejos de Tasmania. Cogí la foto y la observé atentamente. Aquel día, soleado y ventoso, pasó. El terrible futuro había llegado. Todos los momentos eran como aquel: a la espera de que pasara algo, bueno o malo, pero totalmente impredecibles. Pensé en la exmujer de Tomas y el accidente, en cómo ella habría salido

de casa aquel día suponiendo que volvería sana y salva. Cerré los ojos. No me extrañaba que mi madre estuviera preocupada: hay millones de posibilidades para cada momento. Y aquel día, sola en casa, debía de sentirse muy angustiada.

—Te sentirás muy sola sin papá —dije—. Voy a hacerme una taza de té y después charlamos un rato. Será como si estuviéramos juntas.

Noté la sonrisa en su voz.

—Qué buena idea.



Tenía que encontrar a Froggy y a Drew. Tenía que conocer a esos chicos «raros» que habían sido tan amigos de Adam antes de que se pusiera enfermo. Supuse que Froggy debía de ser un diminutivo de algún nombre y saqué la guía de teléfonos para buscar todos los nombres que empezaran por Fro. Frockleys y Frohloffs y Frombergs. Llamé a unos cuantos y les expliqué a

quién estaba buscando. Recibí muchas negativas, algunas curiosas, otras amables y otras perplejas e irritadas a un tiempo.

Busqué apellidos que rimaran: Boggs y Toggs y Vogs. Loggins y Coggings. Nada, y me había pasado la mitad del día sintiéndome cada vez más abochornada y molesta. Fui abriendo uno a uno todos los libros de Sam, buscando más dedicatorias y moviéndolos boca abajo para ver si caían más fotos, pero no encontré nada. Sujeté la fotografía con un imán en la puerta de la nevera para que no se me olvidara llevármela al trabajo al día siguiente para preguntarle a Penny.

Y me puse a lavar y a limpiar la casa. Estaba sacando la basura a los contenedores de reciclaje cuando vi a Lizzie lidiando con su pila de leña, que estaba en el mismo camino de gravilla que los contenedores.

—Espere —le dije mientras corría hacia ella.

—Gracias, querida. Me la han traído hoy, pero el hombre me ha dejado una montaña demasiado

alta.

Los troncos seguían resbalando y cayendo al suelo. Se los recogí y los ordené, poniendo derechos los más gruesos y redondos y apoyando los más pequeños contra la verja de metal.

—Ya está —dije al tiempo que me limpiaba las manos en los vaqueros.

—Seguramente pensaba que estaba haciéndome un favor al dejarme un buen montón de más. Los viejos nos congelamos en otoño. ¿No trabajas hoy?

—Es mi día libre. ¿Le apetece un té?

—Sería cruel pedirte que me hagas un té en tu día libre.

—Qué tontería, es un placer charlar con usted.

—En ese caso, acepto encantada.

Entramos en casa y Lizzie estuvo mirando a su alrededor mientras yo preparaba el té.

—Has arreglado muy bien la casa —comentó.

—En realidad no le he hecho nada.

—Luz, aire y libros. Eso lo hace todo. Antes tenía un ambiente que no transmitía nada. La he

tenido sin alquilar cerca de un año, después de que se fueran aquellos canallas.

—¿Por qué? ¿Qué hicieron?

—Creo que traficaban con droga. Había coches entrando y saliendo a todas horas. Me alegro de tener a alguien responsable aquí.

—No encontrará a nadie más responsable que yo. Pero siéntese.

Lizzie no se sentó.

—Qué colección tan extraña. ¿Son los libros de tu hermano?

—Sí, leía mucho cuando estaba enfermo. —La vi sacar varios libros y volver a ponerlos en su sitio. Entró en la cocina mientras yo servía el té.

—¿Quiénes son esos chicos tan guapos? —preguntó señalando la fotografía que tenía en la nevera.

—El de la izquierda es Adam, con su amigo misterioso. No lo conoce, ¿verdad? La foto es de hace quince años. ¿Vivía usted aquí en aquella época?



—Sí, me mudé cuando murió mi madre. Pero no lo conozco. Tu hermano tenía una cara muy dulce.

—Me gustaría conocer a sus amigos. Este es Froggy, aunque seguramente es un apodo. Y tenía otro amigo que se llamaba Drew, pero de él sé menos todavía.

—Si siguen en Evergreen Falls, alguien los conocerá —dijo Lizzie—. Es un pueblo pequeño.

—Supongo. Pero quince años es mucho tiempo.

—No, en absoluto. Se han ido en un abrir y cerrar de ojos.

Mis últimos quince años no se parecían en nada a un parpadeo, sino más bien a un sollozo eterno.

—¿Por qué quieres dar con ellos? —quiso saber Lizzie.

—Por los recuerdos que puedan tener de Adam. Yo tenía quince años cuando él se puso malo, así que no tengo muchos recuerdos de antes. Además, mi madre dice que tuvo amigos «raros» aquí y me gustaría conocerlos, aunque también es verdad que el umbral de rareza de mi madre es bastante bajo.

Puse la tetera y las tazas en una bandeja y me fui al salón con Lizzie. Nos sentamos, serví el té y estuvimos charlando un rato.

—¿Cómo está Tomas? Hace mucho que no lo veo.

Le conté toda la historia, incluso cómo me perdí mi tercera cita, la primera tercera cita de mi vida, y ella me escuchó, asintiendo, con los ojos celeste brillantes y atentos. Me salté lo de la llave, el ala oeste y la habitación con las cartas de amor, pero solo porque Tomas me había pedido que fuera discreta con mis investigaciones y no quería que tuviera ningún problema con el promotor. Los jardineros habían estado desbrozando el terreno la semana anterior y por eso no había podido volver a entrar.

—Así que no sé si volverá —concluí—, ni si querrá volver a salir conmigo.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Lizzie mientras se servía otra taza de té.

—Bueno, está con su exmujer, así que no sé, mi

madre me ha dicho que no me confíe.

Lizzie frunció el entrecejo.

—Querida, no ha vuelto para divertirse. Ella está muy grave. Es un buen hombre si ha sido capaz de dejar a un lado todos los problemas que tienen entre ellos y no le preocupa lo que los demás puedan pensar a la hora de hacer lo correcto. Lauren, no es un hombre del que tengas que desconfiar, es un hombre al que puedes confiarle tu vida.

Su punto de vista, tan diferente al de mi madre, me animó. Tenía razón. Ella tenía razón y mi madre se equivocaba, porque mi madre lo interpretaba todo dejándose vencer por la preocupación.

—Te voy a hablar de mi padre —continuó Lizzie—. Era el hombre más tranquilo, leal y mejor persona que te puedas imaginar. —Se le rompió la voz y tuvo que tragar saliva—. Todas las familias tienen sus secretos, supongo. Pero no tiene sentido que haga hincapié en ellos porque te aburriría.

No me aburriría en absoluto, pero no era justo que mi malsana curiosidad la obligara a hablar de algo que pudiera entristecerla.

—Pero yo adoraba a mi padre —siguió diciendo—. Nunca me decepcionó. Ni una sola vez, hasta su muerte. Se suponía que tenía que venir a recogerme a la estación y no vino. Yo había estado de viaje con una amiga y los padres de mi amiga vinieron a por ella y me preguntaron si quería que me llevaran a casa, pero yo les dije que no, que mi padre iría a por mí... —Más lágrimas—. Cielos, debes de pensar que soy una vieja llorona.

—En absoluto. Voy a por unos pañuelos.

—No, siempre llevo mi *chichón* —dijo mientras se sacaba un pañuelo de debajo de la manga.

—¿Su *chichón*?

—Es como yo llamo al bulto que forman los pañuelos cuando los llevas debajo de la manga —dijo riéndose.

—Ah, pues a partir de ahora yo también lo llamaré así.

Lizzie sonrió. Parecía más tranquila, así que me aventuré a hacer otra pregunta.

—¿Cuántos años tenía usted cuando él murió?

—Veinticinco. Mi madre vivió otros cuarenta años, pero no volvió a casarse. No podría haber encontrado a otro hombre tan bueno como él. Yo conocí a mi marido poco después, e intentó estar a la altura de mi padre, pero nuestro matrimonio fue un desastre. Nos divorciamos cuando los niños se fueron de casa. Otra cosa más que mi madre desaprobaba. Una vergüenza.

—No es ninguna vergüenza.

Lizzie me sonrió de nuevo.

—Eres muy buena chica. Pero debería seguir con lo que estaba haciendo, y tú también.

La acompañé a la puerta y volví a entrar. Me quedé mirando la fotografía. Quince años, que se habían ido en un abrir y cerrar de ojos. ¿Dónde estarían Froggy y Drew?

El turno de tarde empezó a la hora del almuerzo y mientras quitaba los platos me di cuenta de que el enorme contenedor industrial que habían puesto fuera del ala oeste ya no estaba.

—¿Han terminado ya los jardineros? —le pregunté a Penny.

Miró por la ventana.

—Eso parece. Ya decía yo que estaba todo muy tranquilo.

Durante el descanso fui a dar un paseo por el jardín del ala oeste. Habían podado las ramas de los árboles, quitado décadas de hojas secas y agujas de pino, arrancado los rastrojos y limpiado las baldosas con agua a presión. En la parte que quedaba más cerca de la carretera habían plantado césped y una cinta amarilla y negra evitaba que los peatones lo pisaran hasta que se asentara la tierra.

Regresé por el mismo camino, mirando la entrada del ala oeste. Habían puesto otra cinta de

precaución en la puerta. Y también habían levantado las baldosas que había entre los dos pinos y excavado en el suelo, probablemente para llegar a las raíces de los árboles.

Pero los jardineros ya se habían ido y, por consiguiente, podría volver a entrar en cuanto acabara mi turno.

La cafetería rebosaba de gente el martes por la tarde. Los niños que salían del colegio y sus madres movían las mesas para hacer grandes grupos que hacían comandas imposibles de recordar: un café doble con leche de soja, un batido de fresa servido en dos vasos de plástico con pajitas, chocolates calientes que tenían que ser de todo menos calientes. Iba corriendo de un lado para otro y aun así, lo oí.

Al pasar al lado de una mujer joven —pelo decolorado, aro en la nariz, rasgos dulces bajo todo aquel lápiz de ojos— oí un trozo de conversación mientras ella hablaba por el móvil:

—Sí, claro. ¿La tía Drew habrá vuelto para

entonces?

«La tía Drew». Aminoré el paso mientras mi mente echaba a correr. Había dado por descontado que Drew, el amigo de Adam, era un hombre. Pero, claro, también era un nombre de mujer. Intenté acercarme para oír algo más de la conversación, pero en ese preciso instante un niño se echó el batido encima del uniforme del colegio y tuve que ir a limpiar.

Estaba poniendo la fregona en su sitio cuando vi que la joven se levantaba y se dirigía hacia la puerta. Antes de pararme a pensar en lo que estaba haciendo, salí corriendo detrás de ella y la paré justo antes de que llegara a la calle.

—Perdone —le dije.

Se dio la vuelta levantando la cabeza con curiosidad.

—Mire, ya sé que puede parecer... horrible, pero la he oído mientras hablaba de una tal Drew.

La joven me miró con recelo. Sí, sonaba fatal. Tanto tiempo llamando a Frombergs y Boggses me



estaba afectando.

—¿Y suele escuchar las conversaciones privadas de sus clientes?

Levanté las manos en el aire con las palmas hacia arriba.

—Lo siento, ya sé que suena muy mal. Pero es que mi hermano conoció a alguien que se llamaba Drew aquí arriba, en las montañas, hace quince años. Y estoy intentando encontrar a alguien que lo conociera en aquella época. ¿Podría preguntárselo, por favor? ¿Podría preguntarle si conocía a Adam Beck? Y si lo conoció y está en el pueblo...

—Está en Londres —explicó la joven—. No volverá hasta fin de año. Pero sí, vivía aquí hace quince años.

—¿Podría preguntárselo? Y si lo conoció, ¿podría darme un número de teléfono para llamarla?

—Adam Brett —dijo.

—No, Beck. Adam Beck. Tenga... —Me saqué el bloc de notas del delantal, escribí el nombre en

una hoja y se la di.

—Muy bien.

La vi marcharse, preguntándome si volvería a verla alguna vez.



Aquel día me quedé trabajando hasta tarde, ayudando a Penny a prepararlo todo para el día siguiente. Estaba ansiosa por terminar porque tenía una cita con un hombre que acababa de conocer, de forma que me ofrecí a quedarme a rellenar los dispensadores de vasos y cucharas de plástico y vaciar el lavavajillas para que todo estuviera listo para el desayuno.

Eran casi las siete cuando cerré mientras me comía un trozo de bizcocho de plátano que había sobrado pensando que sería una cena lo suficientemente nutritiva. Me dolían las piernas porque había sido un turno muy largo y había trabajado mucho, pero me alegraba pensar que

había hecho algo útil y productivo para el mundo. Estaba lloviznando, y las gotas caían de color oro y plata con el reflejo de la luz de seguridad de la puerta de la cafetería. Con la cabeza agachada, me encaminé directamente hacia el ala oeste y pasé por debajo de la cinta de precaución. El camino de tierra de la entrada era un enorme charco de barro. Metí la mano en el bolso y saqué la linterna para iluminar mis pasos.

En cuanto entré y cerré la puerta, arreció la lluvia, cayendo a borbotones por las ventanas y el techo. Alumbrando el camino con la linterna, llegué hasta el almacén, donde Tomas me había dicho que podía entrar. Olía a humedad, y me pareció oír una gotera en el piso de arriba.

Me quedé un momento en la puerta del almacén, moviendo lentamente la linterna de izquierda a derecha, sin saber muy bien por dónde empezar. Ni si debía empezar.

Lo primero que hice fue quitar las cosas que había encima de la mesa y dejarlas ordenadamente

en el pasillo. Después fui abriendo las cajas de una en una. La nariz me picaba desesperadamente a causa del polvo. Teteras y sartenes viejas, menaje de cocina oxidado y velas rotas. Ninguna carta. Cada vez que terminaba de vaciar una caja, lo volvía a meter todo otra vez y la ponía al lado de la pared para hacer hueco para la siguiente.

Cuando terminé con las que estaban encima de la mesa, empecé con las de debajo. Casi me dejo la espalda al intentar arrastrar una caja de madera que contenía una antigua máquina de coser Singer. Tras abrir varias cajas más, encontré una con un montón de postales —imágenes en blanco y negro del hotel y los jardines— y el corazón me dio un vuelco, pero ninguna estaba escrita. Seguí registrando, pero no encontré nada más.

La lluvia seguía cayendo entrecortada y con fuerza y empecé a cansarme de rebuscar en las cajas en el angosto espacio del pasillo. Cuando me enderecé para estirarme —me dolía la espalda de estar tanto tiempo agachada—, el ruido de la

gotera se oía mucho más fuerte. Apunté hacia delante con la linterna, rodeé el almacén y me detuve delante de las escaleras. Apunté hacia arriba. Nada.

Puse un pie en el primer escalón para ver si aguantaba mi peso, pero después pensé que era una tontería: el hotel llevaba allí más de cien años, la estructura tenía que ser fuerte. Con todo, me agarré firmemente al sucio pasamanos de bronce y subí al piso de arriba.

Desemboqué al final de un largo corredor. Entarimado sin dibujos. Puertas a ambos lados. Tuvo que ser una de las plantas de huéspedes. Iluminé el techo con la linterna, pero no se veía ninguna gotera. Cerré los ojos y agucé el oído. Parecía venir de la primera habitación de la izquierda.

Empujé la puerta y se abrió enseguida. Eran los servicios. Estaban completamente enmohecidos. La lluvia se colaba por una esquina y, después de deslizarse un buen tramo por el techo, goteaba

sobre las baldosas del suelo. Se había formado un buen charco. Saqué el móvil y le hice una foto para mandársela a Tomas. Miré a mi alrededor fijándome mejor en los detalles. Era una habitación grande, con tres escalones que llevaban a una plataforma donde seguramente estuvieron los baños. Ya lo habían retirado todo, pero en la pared todavía se veían las marcas e intenté imaginarme cómo sería con los lavabos, tocadores, repisas y espejos.

Me adentré en el pasillo, pensando que a lo mejor las puertas de las habitaciones también estaban abiertas. Fui empujándolas una a una, pero ninguna se abrió. Lo intenté con mi llave; no funcionó. Habría sido fácil forzar el picaporte y abrirlas, pero no quise hacerlo. Además, Tomas me había dicho que ya se habían llevado todos los muebles.

Llegué al otro extremo del pasillo y me encontré delante de una puerta ventana con la pintura descascarillada. Iluminé el interior con la

linterna. Había libros, repisas y estanterías. Intenté abrir la puerta, pero estaba bloqueada. Traqueteé con insistencia las hojas y salieron despedidas para los lados de un modo alarmante. Me fijé mejor y vi que las bisagras de uno de los lados estaban totalmente despegadas del marco y que lo único que sujetaba las puertas era la lengüeta de la cerradura. Con mucho cuidado, desencajé la puerta del marco, la deslicé y volví a ponerla en su sitio.

Era una biblioteca situada en una esquina del edificio. En dos paredes había unos ventanales enormes tapados con tablones y me imaginé cómo debió de ser en su día, inundada de luz natural y rodeada por las vistas a los árboles y los jardines. Tuvo que ser un sitio estupendo para leer.

Las estanterías estaban repletas de libros y por aquí y por allá se veían etiquetas de plástico que sobresalían entre ellos. Había varios escritorios por toda la habitación —de roble con tapetes de piel verde— y en uno de ellos había una carpeta gruesa que parecía moderna. Me senté en el

escritorio y la cogí. Tenía una tarjeta pegada que decía: «Gerald Makepeace, historiador. Especialista en valoración de libros, colecciones y documentos».

Abrí la carpeta. En la primera página, escrito con grandes letras mayúsculas, se leía: «VALORACIÓN E INFORME: BIBLIOTECA DEL HOTEL-BALNEARIO EVERGREEN». La fecha del informe era de cuatro meses antes. Mientras lo hojeaba me imaginé que el constructor no sabría qué hacer con tantos libros cuando compró el hotel. Seguramente no le pareció bien venderlos ni tirarlos y buscó a un historiador de libros. En el informe, el historiador le aconsejaba que los guardara como parte del patrimonio cultural del hotel, una colección difícil de vender y con mucho más valor como una «parte integral y característica del edificio histórico». Seguían hojas y hojas de tablas, listas de libros y unas cuantas notas sobre ellos. Por lo visto, los marcadores de plástico servían para localizar algún libro en particular una



vez que el historiador los hubo organizado.

Eché un vistazo a unas cuantas páginas hasta que un título me llamó la atención.

«Registro de huéspedes».

Pasé el dedo columna abajo con el corazón latiendo más fuerte. Solo faltaban 1912 y 1924. Por lo tanto, 1926 tenía que estar allí. Según una tabla, en el cajón inferior 5A. Apunté el haz de luz de arriba abajo. Cada estantería terminaba en unos profundos cajones en la parte de abajo. Las etiquetas de plástico me indicaron cuál era el cajón 5A. Lo abrí e inmediatamente di con él.

Me puse en cuclillas y lo abrí. Los nombres de los huéspedes estaban escritos a mano. La tinta estaba descolorida y la escritura era apretada y fina. Me iba a dejar los ojos allí si intentaba leerlo todo a la luz de la linterna, de modo que hice una cosa que Tomas no habría querido que hiciera: cerré el registro de huéspedes de 1926 y la carpeta, me los metí debajo del brazo y me los llevé a mi casa.



Que Dios bendiga la luz eléctrica. Me senté en el sofá mientras dejaba de llover, muy tarde ya, y leí las listas de nombres y fechas..., cientos y cientos de ellos. Puesto que la escritura era prácticamente imposible de entender, empezó a dolerme la cabeza y se me nubló la vista. Cerré los ojos y eché la cabeza para atrás, tan solo un momento.

Cuando me desperté, había empezado a llover otra vez, la luz del salón seguía encendida y tenía el cuello destrozado de dormir en una postura tan forzada. El registro de huéspedes se me había resbalado de las rodillas y estaba en el suelo, cerrado. No había puesto ningún señalador para saber por dónde iba, y me maldije en silencio por ello.

Me agaché para recogerlo, lo abrí justo por la mitad y paseé la mirada por algunos nombres para ver si me sonaban, de forma que no tuviera que

volver a leerlos otra vez.

En lo alto de la página encontré su nombre.

Don Samuel Honeychurch-Black. SHB. Tenía que ser ese. Me lo confirmó el nombre que aparecía debajo: doña Flora Honeychurch-Black. Su hermana, la que mencionaba en las cartas. No pude contener la sonrisa: no solo lo había encontrado, sino que también sabía en qué habitación se había alojado, porque estaba escrito allí, justo delante de mí.

Pero ya era muy tarde y llovía demasiado como para volver. Marqué la página con un pòsit y me fui a la cama. Le mandé un mensaje a Tomas y él me respondió al minuto.

«¡Bien! Ahora tenemos que encontrarla a ella».

A ella. A la amante de Samuel Honeychurch-Black. ¿Estaría también en la lista de huéspedes? No tenía sus iniciales, pero podía hacer una lista de las mujeres que se alojaron en el hotel en la misma época que él. No dejaba de darle vueltas a todo eso mientras intentaba dormirme, y no lo

conseguí hasta el amanecer.

## CAPÍTULO DIEZ

Como no había tenido ningún trabajo antes, nunca había llamado para decir que estaba enferma. Estaba familiarizada con el concepto porque lo había visto muchas veces por televisión, pero no estaba preparada para lo culpable que me sentí después, por más que fuera verdad que el dormir poco y mal me había provocado un terrible dolor de cabeza y no tenía fuerzas para afrontar otro turno como el del día anterior.

Penny fue muy amable y se preocupó por mí, e incluso se ofreció a traerme algo de comer cuando volviera a casa por la tarde, aunque yo le dije que no hacía falta porque temía no parecer lo suficientemente enferma cuando llegara.

Después de llamarla seguí durmiendo unas cuantas horas más, y por eso estaba dando vueltas por la casa en pijama a las diez de la mañana, pensando en hacerme un cuenco de cereales para comérmelo en el salón, cuando llamaron a la puerta.

Dejé el cartón de leche y fui a abrir, recordándome que tenía que parecer enferma por si era Penny.

—¡Papá!

—Hola, cariño —dijo, y me abrazó. Lo encontré muy cambiado. Estaba más delgado, con el rostro demacrado, el pelo blanco y la barba cada vez más encanecida. Llevaba su eterno abrigo de pana marrón y los pantalones le quedaban anchos.

Me aparté para dejarlo pasar.

—Se suponía que mamá iba a pedirte que me llamaras antes de venir por si me pillabas en el trabajo.

—Me dijo que te avisaría, puede que tengas

algún mensaje en el teléfono.

A mi padre no le gustaba nada hablar por teléfono, y yo sabía perfectamente lo que había pasado. Mi madre quería que se presentara sin avisar. Era su forma de controlarme, de estar segura de que no estaba haciendo nada que no debía. Sabía que aquella semana tenía turno de tarde, así que seguramente le habría pedido que viniera antes de las once. Pero no lo hacía con mala intención. Ella no sabía lo que era la vida privada, sobre todo si se trataba de mí. Su único instinto era asegurarse de que estuviera a salvo, y si eso significaba tener que mandar a mi padre sin avisar para cerciorarse de que no estaba encaramándome a una escalera mientras fumaba marihuana haciendo juegos malabares con cuchillos, eso haría.

—Pasa y siéntate. ¿Te apetece un té? ¿O un café?

—No, no te vayas, siéntate. Tengo que hablar contigo.

Me senté en el brazo del sofá con los pies en el asiento, mirándolo.

—Eso no suena bien.

Mi padre sonrió y unas arrugas profundas le atravesaron el rostro. Me encantaba verlo sonreír, en parte porque apenas le había visto hacerlo durante todos los años que duró la enfermedad de Adam. Como tampoco lo había visto llorar. Solo una vez, en el funeral, como si todos aquellos años de desconsuelo por fin tuvieran permiso para salir al exterior. El recuerdo me entristeció al instante, y me dejé caer en el asiento para darle otro abrazo.

—Estás muy guapa —me dijo—. Parece que la vida aquí arriba te está sentando bien.

—Tengo un trabajo —afirmé—. Eso es nuevo.

Me dio una palmadita en la rodilla.

—Me alegro.

—Aunque he llamado para tomarme el día libre. Ayer por la noche dormí fatal y me he levantado con jaqueca.

—Llevo aspirinas en la cartera por si quieres



alguna —me ofreció.

—Ya me he tomado una. Decías que querías hablar conmigo.

—Ah, no te preocupes. Ya ha pasado todo.

Fruncí el ceño.

—Vale.

—Pero me he llevado un pequeño susto. Un...

—Se aclaró la garganta—. Podía ser cáncer.

—Papá...

Levantó las manos.

—No te preocupes, no pasa nada. La biopsia dio negativo y... Es un poco embarazoso, ya sabes. De próstata.

—No te voy a preguntar nada —aseguré—, pero solo si me dices que estás bien del todo.

—Del todo.

—Mamá se habrá llevado un susto tremendo.

—Ella no lo sabe.

—¿En serio?

—¿Cómo iba a decírselo, Lauren? La habría matado del susto. Ya sabes cómo es.

—No es culpa suya, se volvió así por la enfermedad de Adam.

Torció los labios con una sonrisa lastimera.

—En realidad siempre ha sido un poco así, aunque tú no te acordarás. Adam y ella estaban siempre discutiendo. Ella quería que él viviera su vida de un cierto modo, y él no estaba de acuerdo.

—Pero no me puedo creer que hayas podido ocultárselo. Habrás tenido que planear muchas cosas.

—Sí, me ocupé de todo sin que ella lo supiera. Especialistas, pruebas, todo disfrazado de reuniones de trabajo, conferencias y cosas así. Lo que yo te diga, podría tener una aventura y no se enteraría. —Se rio de su propia broma, aunque fue una risa amarga.

Le toqué el brazo.

—Siento que hayas tenido que pasar por todo eso tú solo. Podrías habérmelo dicho.

—No, cariño, a ti todavía menos. Tú tienes una vida que vivir. Soy plenamente consciente de que

tu libertad ha tardado muchísimo en llegar. Por eso... bueno, ya sabes que no me gusta mucho hablar por teléfono, no soporto los silencios, y tu madre siempre está escuchando. Por eso he venido, para que podamos hablar los dos solos. ¿Cuántas veces hemos podido hablar solos?

Me encogí de hombros.

—Casi nunca. —Cuando Adam enfermó, mi padre se convirtió en una especie de accesorio de mi madre, como si hubiera dejado de ser una persona real. Desde los quince años no tenía los recuerdos que la gente suele tener de su padre. Sí que tenía recuerdos de antes, de cuando me llevaba a hacer la compra con él, o cuando lo cronometraba mientras subía corriendo por la colina, o cuando me enseñaba a hacer el rebozado para los buñuelos y le echaba una enorme cantidad de cerveza y se reía diciéndome que no se lo dijera a mamá.

—Exacto. Lauren, cuando me estaban haciendo las pruebas, y me temía lo peor, me di cuenta de

una cosa. Si de verdad estaba enfermo y moría, tu madre te obligaría a volver a casa. No pararía de insistir hasta que volvieras, y cuando lo hicieras, ya no podrías volver a salir de allí nunca más. Y eso me atormentaba aún más que la idea de morir. Mi Lauren, empezando a florecer tan tarde. Te lo habría quitado todo y ni siquiera se habría dado cuenta de que estaba haciendo algo malo; y tú se lo habrías permitido porque eres buena. Demasiado buena. —Inclinó la cabeza hacia delante y se pellizó la punta de la nariz, un gesto que me resultaba muy familiar. Después suspiró, levantó la cabeza y continuó—. Prométeme que, pase lo que pase, no volverás nunca a casa.

—Pero, papá...

—Puedes venir a vernos, por supuesto, y estaremos encantados, pero si vienes, quédate en un hotel. No vuelvas a Tasmania a vivir, y nunca, jamás, te vayas a vivir a casa con tu madre. Pase lo que pase.

Qué sensación tan extraña tuve en aquel

momento: me estaba dando la libertad. Siempre había tenido la impresión de que lo de irme a las Montañas Azules no estaba bien, como si fuera un capricho que quería concederme antes de volver a casa con mi madre. Pero en aquel momento, con la bendición de mi padre, de pronto el mundo se volvió más luminoso, más grande.

—Gracias, papá —le dije, y le di un beso en la mejilla—. Te lo prometo.

—Muy bien —contestó—. Tengo que coger el avión esta tarde para volver a casa, pero podríamos pasar el día juntos. Me podrías enseñar Evergreen Falls.

—Bueno..., va a ser difícil. Se supone que estoy mala. Si Penny me ve...

—¿Y si te metes de incógnito en el coche que he alquilado y nos vamos a Leura?

—Perfecto —dije—. Voy a vestirme.



Mi padre me dejó en casa sobre las cuatro y siguió para Sídney. El dolor de cabeza se me había pasado. Me senté en el sofá con el registro de huéspedes y volví a abrirlo por la página que correspondía a la estancia de los Honeychurch-Black en el hotel-balneario Evergreen en 1926. Pasando las páginas una a una descubrí que estuvieron allí cuatro meses. Me parecía increíble. En todas aquellas páginas aparecían sus nombres junto con el número de la habitación con la misma escritura fina y apretada. Samuel y Flora. El registro no daba más información, así que cogí el teléfono.

En Google no aparecía nada buscando *Samuel y Flora*, pero sí que encontré mucha información sobre la familia Honeychurch-Black. Rancio, rancio, rancio abolengo. Llegó un momento en el que acumularon tantas propiedades en Nueva Gales del Sur que podrían haber reclamado el estado como soberanos. Todavía quedaban Honeychurch-Black en Australia y seguían siendo

muy ricos. Mientras me apuntaba unos cuantos nombres, me llegó un mensaje de Penny.

«Voy para tu casa con comida. No admito un no por respuesta».

Sonreí. Tenía tanta hambre que me sonaban las tripas. Esperaba que me trajera un trozo de bizcocho de plátano.

—Hola, ¿cómo va esa cuentitis? —dijo Penny cuando le abrí la puerta diez minutos después—. Tengo ensalada de cuscús, sándwich de pollo con arándanos y bizcocho de plátano.

Cogí la bolsa de plástico que me tendía.

—Gracias. ¿Quieres pasar?

—No, me voy al gimnasio, pero... —Se metió la mano en el bolsillo y sacó un papel, una hoja doblada del bloc de las comandas—. Ha venido una chica buscándote. La que perseguiste el otro día. Me ha pedido que te dé esto.

Lo abrí. Era la hoja en la que le había apuntado el nombre de Adam. Debajo había escrito «Drew Amherst» y un número de teléfono de Inglaterra.

—Fantástico. Gracias. —Era ella, la Drew que le había dado la fotografía a Adam.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí, ya se me ha pasado el dolor de cabeza. Siento haberte dejado tirada.

—No pasa nada. Te ha sustituido Susie. Estaba muy callada. —Penny me dio un beso en la mejilla

—. ¿Nos vemos mañana, entonces?

—Por supuesto.

Cuando se fue, cerré la puerta y me llevé la comida a la cocina. Metí la ensalada y el sándwich en el frigorífico, y me preparé un té para tomármelo con el bizcocho. Con una aplicación del teléfono comprobé que era una hora decente de la mañana en Londres, así que podía llamar a Drew Amherst. Marqué el número y esperé, intentando no dar demasiados meneos con la pierna.

—¿Diga? —Tenía un tono de voz dulce y suave.

—Buenos días, ¿podría hablar con Drew?

—Soy yo.



—Hola, Drew, soy Lauren Beck, te llamo de Australia. Creo que tu sobrina te ha hablado de mí.

—Ah, sí. Me dijo que eras la hermana de Adam, ¿no? Hace una eternidad que no sé nada de él. ¿Cómo está?

—Él... eh... Adam murió el año pasado. —Me levanté y empecé a dar vueltas por el salón.

Se hizo el silencio.

—Lo siento mucho. ¿Fue un accidente?

—No, una enfermedad. Ha estado enfermo mucho tiempo. Y ahora que he heredado sus libros, me he encontrado en uno de ellos una fotografía de él en las Montañas Azules. Tenía una dedicatoria tuya por detrás, y como no sé nada de la época que pasó aquí, quería saber si podías contarme algo.

—Vaya, lo siento. La verdad es que no lo conocía muy bien. Fue un verano loco. Éramos seis o siete y nos quedamos en la casa de mi abuelo. Mi abuelo estaba siempre en Perth, así que los chicos aparecían por allí y se quedaban a dormir en el suelo, ya sabes. Éramos unos

salvajes, no comíamos más que sándwiches de queso y nos pasábamos toda la tarde nadando en las cascadas. Fue una época de locos, pero después llegó mi abuelo, yo encontré trabajo en Sídney y no he vuelto a ver a ninguno de ellos.

Me paré delante de la nevera, enfrente de la fotografía. A lo mejor se refería a eso mi madre cuando decía que eran gente rara.

—Hay otro chico en la foto con él. Por detrás pone que se llama Froggy.

—Sí, me acuerdo. Pero no era su nombre real. ¿Cómo era? Era francés, por eso lo llamábamos Froggy. Tu hermano y él eran inseparables. Seguro que si lo encuentras él sabrá contarte muchas más cosas.

Francés. ¿Tendría que buscar todos los apellidos franceses de la guía de teléfonos?

—¡Anton! —exclamó de pronto—. Anton no sé qué... Empezaba por F. ¿Fournier, puede ser? Si quieres, dame tu número de teléfono. Puede que me acuerde después.

Ya había abierto la guía de teléfonos por la efe y estaba pasando el dedo por encima de los nombres mientras los leía a toda prisa.

—¿Fournier? —pregunté—. A. G. Fournier. Fallview Road, 78.

—Sí, eso es —confirmó—. Buen trabajo. Anton Fournier. Froggy. Adam y él estaban siempre juntos.

—Tengo la guía de teléfonos aquí. Sigue viviendo en Evergreen Falls.

—¿Me llamas desde ahí? ¿Estás en Evergreen Falls?

—Sí, vine porque... fue el último sitio donde Adam fue feliz antes de enfermar.

Tenía un tono de voz amable.

—Bueno, seguro que si hablas con Froggy, él podrá decirte qué era lo que hacía tan feliz a tu hermano.

Le di las gracias y, en cuanto colgué, llamé a Anton Fournier. El teléfono sonó y sonó, mucho más de lo que habría hecho si hubiera tenido un

contestador. Al final me di por vencida, dispuesta a volver a intentarlo al día siguiente.



Al salir del trabajo al día siguiente, con el delantal sucio hecho un gurrño en el bolso, volví al ala oeste y con gran valentía subí los dos tramos de escalera que llevaban a la habitación de Samuel Honeychurch-Black. La puerta estaba cerrada, así que empujé con fuerza. Era vieja y estaba medio descolgada, pero no tenía fuerza para echarla abajo. Por eso me llevé el destornillador que tenía en mi casa.

Cogí el móvil con los dientes, sintiéndome como una espía, y metí el destornillador por el agujero de la llave. No sabía qué hacer después, de modo que lo zarandeeé lo más fuerte que pude, y me quedé horrorizada cuando el picaporte cedió y salió rodando por el suelo de madera.

Ya solo tenía que meter el destornillador por el

huevo del picaporte, levantar la lengüeta y... clic. La puerta se abrió. Era consciente de que había ido a husmear donde no debía, a robar cosas, a romper cosas, y me sorprendió que aun así no me sintiera mal por lo que estaba haciendo. Cuando me incorporé y crucé el umbral pensé que era bueno que Tomas estuviera muy lejos, en Dinamarca, para que nadie pudiera echarle la culpa de nada si me pillaban.

Evidentemente, en el instante en que entré en la habitación me di cuenta de que no tenía ningún sentido estar allí. Habían pasado décadas, y como ya se habían llevado todos los muebles, aquella no era más que otra habitación vacía exactamente igual que las demás. Atravesé la estancia muy despacio, tocando todos los tablones del parqué con la punta del pie por si encontraba alguno suelto que escondiera cartas de amor. Pasé la linterna y los dedos por el antepecho de las ventanas buscando iniciales y corazones tallados. Tiré de un trozo de papel de pared que estaba

suelto para ver si tenía garabateada por detrás alguna declaración de amor. Hasta me paré en el centro de la habitación y cerré los ojos para intentar oír los secretos de las paredes, pero evidentemente eso tampoco funcionó.

Me sentía decepcionada e ingenua, por no decir culpable por haber roto el picaporte sin un buen motivo. Cerré la puerta al salir, bajé las escaleras y salí del edificio. Se había levantado viento y el ruido entre los pinos era ensordecedor. El olor a humedad anunciaba nuevas lluvias y el aire estaba frío. Me metí las manos en los bolsillos buscando un poco de calor y me fui para casa. Intenté no pararme a pensar por qué me importaba tanto averiguar la identidad de la amante de Samuel Honeychurch-Black. ¿Intentaba vivir su historia de amor como si fuera mía? Nadie había sentido por mí una pasión tan fuerte y desesperada como la que se leía en aquellas cartas y quería saber qué tipo de mujer era capaz de despertar unos sentimientos así. ¿Tomas llegaría a sentir algo

parecido por mí algún día? Seguramente no. No me había escrito ninguna carta, aunque nos habíamos intercambiado mensajes largos con el móvil. Me había llamado muy pocas veces, y me preocupaba pensar que tal vez fuera porque se aburría hablando conmigo. Pero después pensé que estaba pasando la mayor parte del tiempo en el hospital, al lado de la cama de su exmujer, y que no querría que lo oyeran.

Para dejarme por mentirosa, Tomas me llamó cuando ya me estaba metiendo en la cama y le conté —sin mencionar lo del picaporte roto— mi infructuosa incursión en la habitación de Samuel.

—¿Tienes a alguna candidata para las cartas de amor? —me preguntó.

Saqué el cuaderno y leí mis notas.

—Había muchas mujeres alojadas en el hotel en aquella época, pero muy pocas se quedaron durante todo el invierno como él. Había una escritora muy famosa, pero tenía más de sesenta años y no me la puedo imaginar manteniendo una

tórrida aventura con Samuel Honeychurch-Black.

—Nunca se sabe. No subestimes a las maduritas de buen ver.

—Pues sí, también es verdad. Pero es que en una de las cartas Samuel dice que su hermana cree que es «demasiado joven» para saber lo que es el amor. Por eso creo que tenía que ser adolescente, o como mucho tendría que tener unos veinte años. O sea, que no. Y lo mismo vale para la cantante de ópera, Cordelia Wright, porque en Wikipedia dice que nació en 1868. También estaba Miss Sídney, pero él la menciona en tercera persona en las cartas, así que no podían ser para ella. Y luego estaba su hermana, que tampoco podía ser. El resto de los huéspedes que pasaron todo el invierno allí eran hombres, y... bueno, ya has leído algunas de las descripciones anatómicas de lo que hacían. Su amante no era un hombre.

—Ni siquiera un hombre con los pezones rosa  
—se rio Tomas.

—También podría ser alguien que no se



quedara todo el invierno, pero no creo. Necesitaban tiempo para enamorarse. Yo creo que en los años veinte la gente no se acostaba tan pronto como... —Y ahí lo dejé, avergonzada.

Tomas no pareció darse cuenta.

—Entonces, puede que no fuera un huésped. Quizá por eso era un amor prohibido. A lo mejor se enamoró de una empleada. ¿Hay algún registro de la plantilla en la biblioteca?

Miré la carpeta que tenía en la cocina.

—Puede ser. Tendré que mirarlo. —Bostecé—. Recuerdo que hubo un tiempo en el que no sabía qué hacer por las tardes.

—Te dejo para que te acuestes.

—No, espera. ¿Cómo está Sabrina?

—Igual.

—Lo siento —contesté sin saber qué decir. Pero luego me acordé de lo que había dicho Lizzie y añadí—: Eres un buen hombre. Muy pocos hombres harían lo que tú estás haciendo.

—Eso es muy bonito. Gracias por decírmelo,

Lauren. Tengo mis motivos para estar aquí, y para mí tienen sentido, aunque no puedo dejar de pensar en lo que los demás puedan pensar de mí.

Quería preguntarle sobre los motivos, pero no quería parecer insistente o celosa. Así pues, le di las buenas noches y me llevé el informe de la biblioteca a la cama.

Pasé páginas y páginas y no encontré ninguna mención a la plantilla. Me estaba sintiendo cada vez más decepcionada cuando un título en negrita me llamó la atención. «Colección de mapas de Honeychurch-Black».

Pasé los dedos por la página. Por lo visto, en 1926, Flora Honeychurch-Black depositó en la biblioteca veinte pliegos de mapas como regalo para el Evergreen. ¿Mapas?

Estaba deseando volver a la biblioteca para verlos.



Marqué el número de Anton Fournier tantas veces que me lo aprendí de memoria. Pero no me contestó, y supuse que estaría de viaje. De todas formas, dado que Fallview Road solo estaba a dos manzanas de mi casa, antes del turno de la tarde decidí pasarme por allí dando un paseo.

La casa estaba en la parte de atrás; una maravilla de construcción de madera y enormes cristales. A juzgar por su ubicación, Anton Fournier tenía que tener unas vistas ininterrumpidas a las cascadas, los acantilados y los valles, y seguramente tenía un montón de dinero.

No sé bien cuándo decidí acercarme y llamar a la puerta, pero supongo que fue cuando dos galgos aparecieron corriendo por un lateral de la casa y se quedaron jugueteando en el jardín de delante, por lo que me imaginé que tendría que haber alguien en casa.

Los perros se me echaron encima, ladrando alegremente, y él abrió la puerta antes de que me

diera tiempo a llamar al timbre.

—¿En qué puedo ayudarla? —dijo. Lo reconocí por la fotografía, por la nariz perfecta. Era moreno, con unas cuantas canas, y se estaba secando las manos con un trapo de cocina. Los perros estaban ladrando tan fuerte que ahogaron mi primer intento de hablar y él gritó—: ¡Romeo, Julieta, al suelo!

Los perros dejaron de saltar y lo miraron como avergonzados.

—Siento haber venido sin avisar —dije mientras subía los tres escalones del porche—. Lo he llamado varias veces, pero...

—¿Por el fijo? Hace siglos que no lo uso. Perdome, pero ¿quién es usted?

—Soy Lauren. Drew Amherst me dio su nombre. Usted conocía a Adam. Adam Beck.

Se le suavizó el rostro y levantó las cejas de un modo casi imperceptible.

—¿Adam? Hace mucho que no sé nada... Murió, ¿verdad?

—Sí, el año pasado.

Suspiró.

—Yo soy su hermana y...

—Espere, ¿es su hermana?

—Sí, y...

Toda su actitud cambió de inmediato. A sus ojos color avellana asomó una mirada endurecida y se puso tenso.

—No tengo nada que decirle a usted ni a su familia.

—¿Perdón?

—Váyase. Salga de mi propiedad. —Se dio media vuelta—. Váyase. Váyase. —Y cerró la puerta, dejándome en el porche, absolutamente perpleja.

## CAPÍTULO ONCE

*1926*

Aquella noche, la escarcha cubrió de reflejos plateados las hojas caídas, haciendo refulgir la hierba. Violet se puso en camino hacia la oficina de correos con mucho cuidado, respirando la niebla de una mañana helada y tratando de mantenerse en las zonas soleadas del camino. Sam la había despertado a las cuatro de la madrugada para pedirle que regresara a su habitación, pero ella estaba demasiado excitada para volver a dormirse.

Revivió el encuentro con la imaginación una y otra vez. Cuánto deseaba volver a hacerlo, que pasara el tiempo hasta que pudiera volver a verlo,

a abrazarlo, a estar con él para siempre.

La oficina de correos era un pequeño edificio de piedra de la calle principal. Violet se puso en la cola y, cumpliendo con su deber, le mandó a su madre una nota y algo de dinero. Le sorprendía no haber recibido noticias de su madre todavía y esperó que sus cartas le estuvieran llegando. También esperaba que su madre contara con ella para el invierno.

—Hace frío esta mañana, ¿eh? —dijo la señora de cabellos plateados del mostrador, mirando la bufanda de Violet—. Muy pronto vas a necesitar algo que abrigue un poco más que eso. Es tu primer invierno aquí, ¿no?

—Sí. Esta es la bufanda más gorda que tengo.

—Pues deberías empezar a tejer otra, bonita. Dicen que va a ser el invierno más frío que hemos tenido hasta ahora.

Violet se entusiasmó.

—¿Nevará?

—Seguramente. El año pasado solo tuvimos

aguanieve, pero este año se espera una buena nevada. —La señora le dio el cambio y Violet se lo metió en el monedero y salió a la calle.

Necesitaba un abrigo nuevo. Una bufanda nueva. Guantes. Un gorro. Comprobó sus ahorros y revisó su lista de deseos. Su abrigo viejo no era bonito, pero se las apañaría con él; y desde luego, no había nada en el mundo más calentito que su sombrero de piel. Pero necesitaba una bufanda y unos guantes. Y a lo mejor unas botas. Recorrió la calle principal, entrando y saliendo de las tiendas, soñando despierta y gastándose muy poco dinero. Por todos lados la gente hablaba de la escarcha, de que la última vez que tuvieron un tiempo así, cayó una enorme nevada en julio. Violet no había visto nunca la nieve y le emocionaba pensar que tenía un buen trabajo en un sitio de nieve para pasar el invierno, y a Sam para calentarla. No recordaba haber sido nunca tan feliz. Se compró unas botas, por más que apenas pudiera permitírselas. Tal vez para el invierno siguiente, Sam y ella ya estarían



casados. Y entonces él le compraría todas las botas que quisiera. Sintiéndose un poco culpable, apartó aquella idea de su mente.

Cuando volvió a su habitación, encontró una carta que Sam le había dejado debajo de la almohada. La abrió anhelante y la leyó con las mejillas encendidas. Le recordaba con todo lujo de detalles lo que habían hecho la noche anterior, le contaba lo que iba a hacerle aquella noche —la esperaba otra vez a la una— y le declaraba un amor que pesaba más que la luna. Rápidamente dobló la carta y la metió en el gramófono. No quería ni imaginarse el revuelo que se podía formar si Myrtle la leía por casualidad.

De algún modo logró trabajar bien durante todo el turno, aunque estaba agotada. La hermana de Sam bajó a cenar. Sam no estaba, pero no le importó. Muy pronto estaría con él. Cayó rendida en la cama a las diez, prometiéndose que se despertaría a la una.

Se despertó a las dos, se vistió en silencio

presa del pánico y subió las escaleras corriendo.

Estaba sentado en la cama cuando ella entró. Aquel olor dulce que ya había aprendido a asociar con él impregnaba la habitación. Sam dio una profunda calada a su larga pipa de plata.

Violet cerró la puerta con mucho cuidado.

Sam exhaló, despacio. Tenía los ojos medio cerrados.

—Te he esperado —dijo con voz ronca— todo lo que he podido.

—Lo siento —dijo ella—. Estaba cansada de ayer por la noche y de todo el trabajo de hoy y me he quedado dormida. —Se sentó a su lado y Sam empezó a desvestirla con la otra mano—. ¿Eso es tabaco? —preguntó.

—Quítate todo menos las calzas —le dijo.

—Huele muy dulce. —Se sacó el vestido por encima de la cabeza y se quitó la camisa.

—Tumbate —le dijo Sam mientras se terminaba la pipa y la dejaba a un lado.

A Violet se le erizó la piel. Sam seguía

completamente vestido, con ojos soñadores y ausentes. La cogió por las muñecas y le puso los brazos en la almohada por encima de la cabeza; después se tumbó debajo de su axila, con la cara apoyada en su pecho izquierdo. La cálida respiración de él sobre la piel desnuda era embriagadora. Le deslizó los dedos suave y lentamente por los pezones, perdidos en su propio ritmo. Le besó el lado izquierdo del pecho, respirando tan despacio que habría creído que se había quedado dormido si no hubiera sido porque la mano seguía moviéndose, acariciando cada curva y cumbre de sus pechos. Intentó darse la vuelta hacia él para abrazarlo, pero él la empujó hacia atrás, apretándole los brazos sobre la cabeza al tiempo que le acercaba la boca a los pechos. Violet creyó que se iba a derretir de placer.

—Quítate la ropa —jadeó Violet.

—Estoy demasiado cansado para eso —replicó Sam mientras deslizaba la mano por debajo de sus calzas—. Cansado de fumar chinos. —Metió los

dedos por debajo de su prenda interior y Violet cerró los ojos mientras él la frotaba hasta que alcanzó el clímax al tiempo que Sam la besaba para ahogar sus gritos de placer.

Violet permaneció tendida tranquilamente, viendo con los párpados entreabiertos cómo él se giraba hacia el otro lado y se preparaba otra pipa. Mientras fumaba, Sam fue cayendo en un profundo estado de nebulosa languidez. Al verlo, Violet supo que aquello no era tabaco y entendió a qué se refería con lo de adorar al dios amapola. Pero ¿qué se suponía que tenía que hacer? ¿Le pedía un poco? No quería que la considerara una cobarde.

—¿Puedo probarlo? —preguntó dudosa, pero Sam ya estaba negando con la cabeza antes de que terminara de decirlo.

—No. Nunca.

—¿Por qué no?

Se dio la vuelta hacia ella con los ojos vidriosos.

—Esto me destroza —dijo en un susurro.

—Entonces, ¿por qué lo fumas?

—Porque lo adoro. Y nunca dejo lo que adoro.

Se quedaron tumbados, rodilla con rodilla y frente con frente, durante mucho tiempo. Violet siempre había creído que los fumadores de opio eran gente sucia o miembros de pandillas de navajeros, no ángeles de mirada intensa como Sam. La punta de la duda, como el extremo de una cuerda suelta, comenzó a asomar, pero ella decidió ignorarla para no echar a perder la perfección de aquellos momentos. El olor dulce y el sonido de la respiración de Sam la sosegaron y estaba adormeciéndose cuando él dijo:

—No puedes dormir aquí, Violet.

—¿Por qué no? —preguntó, y se incorporó.

—Porque un día no nos despertaremos a tiempo y nos descubrirán. Mi hermana... destruiría nuestra felicidad.

—¿Sí? —Flora Honeychurch-Black siempre le había parecido una mujer muy agradable.

—Le contaría mentiras a mi padre. Cualquiera

cosa con tal de que no podamos seguir juntos. Soy adulto y puedo decidir con quién quiero estar, pero ella no soporta verme feliz. —Cerró los párpados y las palabras salieron cargadas de violenta pasión—. Me arrebataría la felicidad. Le diría a mi padre que eres una ladrona o una prostituta y mi padre no me permitiría estar contigo.

A Violet se le pusieron los vellos de punta al pensar que pudieran llamarla esas cosas.

—Por eso tenemos que mantener nuestro amor en secreto, para que ella no lo descubra, ¿lo entiendes? Solo hasta que consiga convencer a mi padre de que estamos hechos el uno para el otro. Entonces... —Se le suavizó la expresión y recuperó la mirada soñadora—. Entonces nos quedaremos todos los días en la cama hasta las tres, y los criados nos traerán cestas de fruta y siempre habrá una orquesta tocando en alguna parte. —Movi6 los dedos como si estuviera tocando—. Pero hasta ese día tiene que parecer que me estoy comportando como ellos esperan.

Violet lo besó.

—Te quiero.

—Yo también te quiero. Y eso es lo único que cuenta.



Después de cuatro noches seguidas yendo a ver a Sam, Violet estaba más cansada de lo que creía que pudiera llegar a estar jamás. La falta de descanso le estaba afectando: se volvió más torpe, irritable, lenta y olvidadiza. Hansel le llamó la atención un par de veces el miércoles, y más tarde, cuando confundió de nuevo otra comanda, le aplicó un castigo sin precedentes obligándola a lavar los platos.

Mucho después de que los demás empleados se hubieran ido a sus habitaciones, ella seguía lavando y apilando en la cocina en completo silencio mientras el chico que se ocupaba del fregadero se comía una manzana sentado en las

escaleras de atrás, mirándola, hasta que por fin llegó Hansel para decirle que podía irse a dormir. Violet se secó las manos enrojecidas en el delantal y cruzó la cocina.

La señorita Zander le cortó el paso.

—Huy —exclamó Violet.

—Hansel me ha dicho que está teniendo problemas contigo. —Le cogió la barbilla con la mano suave y elegante y le giró la cabeza de un lado al otro—. Estás pálida y pareces cansada. ¿Estás enferma?

—Yo... Bueno..., no me siento bien últimamente. —Salvo entre la una y las tres de la madrugada, cuando el mundo dormía y Sam y ella se desnudaban el uno al otro y hacían el amor con ternura y ardor.

La señorita Zander le soltó la barbilla y cogió a Violet del brazo.

—¡Hansel! Esto es inaceptable. La joven no es perezosa, está enferma. Se tomará el resto de la semana libre.



Hansel dijo algo en alemán que la señorita Zander desdeñó con un gesto.

—Quiero ver un poco de color en esas mejillas —le dijo a Violet—. Vete a la cama y quédate allí. ¿Entendido?

«Quédate allí». Pero Sam la esperaba a la una.

Sam podía pasarse todo el día durmiendo si quería, pero ella estaba simplemente agotada. Si no iba, Sam se fumaría su pipa y se dejaría arrastrar hasta ese mundo de la ensoñación que tanto le gustaba.

—Sí, señorita Zander —contestó—. Lo haré.

Aquella noche, en la más profunda oscuridad, Violet se despertó al notar un cálido aliento en la cara. Sam le puso rápidamente la mano en la boca para que no pudiera gritar y despertar a Myrtle, que dormía plácidamente en la misma habitación.

Sam le acercó los labios a la oreja.

—No has venido.

—Estoy agotada —susurró Violet entre sus dedos.

Sam se metió debajo de las sábanas, le levantó el camisón y se tumbó a su lado. Sin preámbulos ni advertencia, se quitó los pantalones y la penetró, sin apartar la mano de la boca de Violet. El corazón se le aceleró. Fue emocionante y embarazoso. Si Myrtle se despertaba, Violet se moriría de vergüenza. Pero Sam terminó enseguida y sin decir una palabra, la besó en la mejilla y se fue. Violet se quedó mirando la oscuridad del techo durante mucho tiempo, hasta que por fin se durmió.



La carta llegó a la mañana siguiente. Myrtle se la llevó a Violet a la cama, junto con una taza de té y un puñado de fresas.

—Ha llegado una carta para ti —le dijo Myrtle con una sonrisa amable. A Violet no le dio la impresión de que se hubiera dado cuenta de que Sam la había visitado de madrugada, pero aun así

Violet se sentía incómoda al mirarla a los ojos. Se concentró en el sobre y enseguida reconoció la letra. Era de su madre—. Ahora —dijo Myrtle mientras se sentaba en el borde de la cama— tengo que preguntarte una cosa y quiero que seas sincera. No te preocupes, que no se lo voy a contar a nadie.

Violet se quedó sin respiración.

—¿La señorita Zander te ha pedido que te quedes a trabajar durante el invierno?

Violet asintió con la cabeza, soltando por fin el aire de los pulmones.

La expresión de Myrtle se endureció.

—Ya sé que no es culpa tuya, Violet, pero me parece muy injusto. No me lo ha propuesto a mí ni a ninguno de los empleados que llevamos años y años en el hotel. Te está favoreciendo a ti.

—¿Ah, sí? —Violet mordió una fresa. Estaba dulce y jugosa.

—Es prácticamente imposible complacerla y a muchos nos hace la vida imposible. Pero... — Myrtle movió la mano indicando que Violet estaba

en la cama en lugar de estar sirviendo en el turno del desayuno— a ti te ha dado media semana libre.

—Estoy mala. —Se sentía culpable, pero era verdad que necesitaba descansar.

Myrtle se rio.

—No creo. No te he oído estornudar ni una sola vez, y mucho menos vomitar.

—No sé por qué le gusto.

—Porque eres guapa. A la señorita Zander siempre le han gustado las chicas guapas. —Myrtle meneó la cabeza—. En fin, yo no puedo hacer nada contra eso, Dios me hizo de una manera y no la puedo cambiar. Pero me he esforzado muchísimo en mi trabajo y necesitaba el dinero del invierno.

—Lo siento —dijo Violet. Y lo sentía realmente: Myrtle había sido una buena amiga.

Myrtle dio unas palmaditas en la sábana a la altura de las rodillas.

—Como ya te he dicho, no es culpa tuya. Disfruta de las fresas. Llegaron esta mañana en la

tirolina. Las cogí antes de que llegara el austriaco para cortarlas y rociarles azúcar por encima. A mí siempre me han gustado más sin nada, como la naturaleza nos las ofrece.

Myrtle salió de la habitación y cerró la puerta sin hacer ruido. Violet abrió la carta.

*Querida Violet:*

*Tienes que volver a casa. Tengo los dedos demasiado lentos, como ya sabía que iba a pasar, y los Ramsey me han dicho que no tienen más trabajo para mí. Les he dicho que te han ofrecido un trabajo bien pagado en las montañas, así que me han permitido quedarme aquí hasta finales de agosto, pero después, cariño, tendrás que volver a Sídney. La vida es muy injusta, lo sé, pero tengo que decírtelo claramente. Ha llegado el momento de que me des lo que yo te di a ti —totalmente sola y sin la ayuda de un*

*marido— durante los primeros catorce años de tu vida: un lugar donde dormir y comida en tu plato.*

*Cariño, yo seguiría trabajando si pudiera, pero las manos se me han convertido en una especie de nudo. Son las mismas manos que te acariciaban hasta que te quedabas dormida por la noche cuando eras niña. Sé que lo tendrás en cuenta, porque eres una niña de buen corazón.*

*Con todo mi amor,  
Tu madre*

Violet apartó la carta con manos temblorosas. No quería volver a Sídney para alquilar un apartamento deprimente con su madre. No quería dejar su trabajo en las montañas, en un buen hotel con huéspedes todavía mejores. No quería dejar a Sam.

Respiró profunda y lentamente, conteniendo las

ganas de llorar. Sam la salvaría. Recordó la fantasía de Sam —criados con cestos de fruta y una orquesta— e intentó imaginar dónde podría colocar a su madre en todo eso. Tenía que hablar con él abiertamente, tenía que saber cuáles eran sus intenciones para con ella. Si de verdad la amaba, si de verdad iba a decirle a su padre que la había elegido a ella como esposa, todo se arreglaría. Pero tenía que ser antes de finales de agosto y no sabía hasta qué punto su padre podía ser difícil de convencer.



La ventana de la habitación de Flora —donde se pasaba la mayor parte del tiempo sentada en su sillón con un libro que no leía en el regazo— daba a azules brumas y sombras cambiantes que cruzaban los valles verdosos y la sucesión de profundos acantilados. Por la otra ventana veía las pistas de tenis, y aquella mañana vio a Tony, Karl,

Sweetie y Vincent jugando a dobles. Harry había vuelto a Sídney para pasar la semana, y Karl, el médico suizo del hotel, había ocupado su puesto en el séquito de Tony. Tony tenía ese poder sobre los hombres, un poder que Flora no llegaba a entender pero que suponía que debía de ser admirable. Era un líder. Un hombre al que todos seguían.

Mientras pasaba la mirada de una ventana a otra, mientras alternaba entre las vistas y el partido de tenis, vio a uno de los botones cruzando las pistas a todo correr, desbaratando el juego. Tony lo reprendió furiosamente —aunque no lo oía, los gestos de las manos eran inequívocos—, pero el botones lo ignoró por completo, cogió a Karl por el brazo y tiró de él, con todo el cuerpo en tensión a causa de la urgencia. Karl también se puso muy tenso y ambos salieron corriendo de las pistas. Flora frunció el ceño y se le aceleró el corazón. ¿Sam?

Se abalanzó hacia la puerta y la abrió, a tiempo para oír unas pisadas apresuradas que subían por



las escaleras hacia el piso de los hombres. Salió tras ellos y se paró al llegar al pasillo. A izquierda y derecha, las puertas se iban abriendo conforme los hombres salían para unirse a la conmoción, y allí estaba Sam, vivo, delante de su puerta, de espaldas a Flora, mirando hacia el cuarto de baño del fondo del pasillo, en el que había entrado Karl. Flora no quiso llamarlo, no quiso llamar la atención entre tantos hombres, algunos vestidos tan solo con camisetas y calzoncillos largos. Bajó de nuevo las escaleras mientras el corazón recobraba su ritmo normal. Tenía las mejillas encendidas, así que en vez de volver a su habitación, siguió bajando por las escaleras y atravesó el vestíbulo hasta la entrada. Fuera, caminando entre los pinos, el aire le heló la sangre.

Porque algún día le tocaría a Sam.

No, eso no era seguro. Todavía fumaba opio, pero mucho menos. Estaba segura. Cruzó el jardín y se sentó en un banco de piedra entre las ramas deshojadas de unos robles. Hacía frío, demasiado

frío para quedarse allí, pero se quedó sentada porque no quería volver al hotel, en el que alguna tragedia estaba teniendo lugar. Respiró, y los minutos fueron pasando.

Se oyó el ruido de un coche, y al levantar la mirada vio que era el sedán de Will Dalloway, que estaba cruzando el camino semicircular que llevaba a la entrada. Will sacó un maletín negro del asiento delantero, se puso el sombrero sobre el cabello castaño rojizo y corrió hacia la puerta principal.

Flora corrió tras él. Lo siguió hasta entrar en el hotel pero después se detuvo, dudosa, en mitad del vestíbulo.

La señorita Zander se le acercó, radiante con sus perlas y perfume de lavanda.

—¿Señorita Honeychurch-Black? ¿Puedo ayudarla?

—¿Qué ha pasado? —Flora vio que había muchos más huéspedes en las escaleras, murmurando algo entre ellos.

—Uno de nuestros huéspedes no se encuentra bien.

—He oído que se ha ahogado en la bañera — dijo un hombre con picardía desde las escaleras —, si a eso se refiere con lo de que «no se encuentra bien».

La señorita Zander ni se inmutó.

—Yo respeto siempre la privacidad de los huéspedes, bajo cualquier circunstancia. En cualquier caso, señorita Honeychurch-Black, esto no tiene nada que ver con usted... ni con ninguno de ustedes. Por favor, pasen al salón, el hotel está ofreciendo un poco de té.

Flora se dejó llevar por la marea de huéspedes —unos doce en total— hasta el salón. La señorita Zander había organizado con total discreción y rapidez una merienda a base de sándwiches de pepino y té y los camareros se paseaban con sus bandejas mostrando una sonrisa estampada en la cara. Flora se imaginaba que en la cocina tenía que haber un gran alboroto, pero en el salón se

respiraba un ambiente agradable que solo alteraban los comentarios acerca del huésped ahogado que corrían por las mesas.

—Él se había enamorado, pero ella le dio calabazas.

—Su mujer tenía un amante y él lo ha hecho por despecho.

—He oído decir que había perdido todo su dinero en un negocio que le salió mal.

—Siempre ha sido un bastardo.

Flora intentaba no escuchar a nadie. Se tomaba su té observando a los camareros. La joven Violet, el último capricho de Sam, no estaba. Hacía varios días que no la veía y esperaba que se hubiera ido, con lo cual el inminente desastre tal vez podría evitarse.

Cordelia Wright, la cantante de ópera, la encontró.

—Qué espanto. La gente no deja de hacer especulaciones, como si estuviéramos en el colegio. Me alegro de verla, señorita

Honeychurch-Black.

Flora sonrió. Le caía bien Cordelia.

—Sí, es un espanto. El pobre hombre.

—Es horrible. Nadie se suicida si no es terriblemente infeliz, y esa es la primera tragedia: el ser tan infeliz y no tener a nadie con quién hablar.

Flora mantuvo una sonrisa de circunstancias mientras recordaba lo que le había dicho Will sobre los adictos al opio y el suicidio, aunque no tuvo mucho tiempo para pensar y preocuparse porque Cordelia empezó a bombardearla con preguntas dicharacheras sobre el tiempo, los trajes de noche y sus planes para el invierno, y Flora se sintió agradecida por la compañía.

Una media hora después, la puerta del salón se abrió y apareció Will, que paseó la mirada por el salón hasta que vio a la señorita Zander.

Al ver que la señorita Zander salía a toda prisa, Flora sintió un urgente deseo de ver a Will, de hablar con él. Se disculpó y se dirigió hacia el

vestíbulo. Pero no vio a ninguno de los dos por ninguna parte. Sin pararse a pensar, volvió a enfrentarse al frío de la tarde, pasó por delante del coche de Will y se quedó esperándolo al lado de la puerta del conductor.

El tiempo pasaba lentamente, el aire estaba helado y las sombras de la tarde se alargaban en torno a ella. Pero siguió esperando, sin importarle que Sam pudiera estar buscándola, o Tony, ni que los dedos se le estuvieran entumeciendo. Quería ver a Will, y aunque no estaba segura de por qué era tan importante hablar con él, no cambió de opinión. No era el tipo de mujer que cambiaba fácilmente de opinión.

Por fin llegó. Lo vio en el mismo instante en que las puertas se cerraron tras él, lo saludó con la mano y le dedicó una media sonrisa. Mientras se estiraba la falda, esperó a que llegara hasta ella.

Will se paró ante Flora, un poco más cerca de lo que lo habría hecho si no la conociera. Flora se sintió consciente de su cuerpo a tan poca distancia.

—¿Es verdad? ¿Se ha suicidado?

—Eso parece.

—Es muy triste.

Will abrió la puerta del coche y dejó el maletín en el asiento de delante. Se quitó las gafas y las dejó en el salpicadero.

—Sí, es muy triste.

—¿Era joven?

—No. Un hombre de unos cuarenta años.

—¿Se sabe por qué lo ha hecho?

—No ha dejado ninguna nota, ninguna explicación. Espero que sus seres queridos, cuando los encontremos, sepan por qué lo ha hecho.

—¿Y qué pasará ahora?

—Lo hemos llevado a su habitación y el dueño de la funeraria ya está de camino. He de decir que la señorita Zander lo está llevando muy bien. Dice que nunca ha habido ninguna muerte aquí, pero lo tiene todo bajo control.

Flora miró hacia el hotel y de nuevo a Will. Un

rayo de sol anaranjado pasaba entre las ramas de los árboles y alcanzaba de lleno los ojos del médico, que se llevó una mano a la frente para hacerse sombra. La luz del atardecer resaltaba el verde de sus ojos. El viento movió las ramas y el rayo de luz desapareció. Pero la imagen se le quedó grabada en la mente: la luz ambarina en la cara de Will, sus ojos brillantes.

—Siento que hayas tenido que ocuparte de algo tan triste —le dijo Flora.

Will sonrió, con aquella sonrisa cargada de bondad que echaba por tierra todas sus defensas.

—Eres muy amable, Flora. ¿Cómo está tu hermano?

—Un poco mejor, creo.

—Eso es bueno.

Se hizo el silencio.

—Bueno —dijo Will—, tengo que irme.

Flora se apartó un paso y Will activó la manivela de arranque, se montó en el coche y se fue. Tan solo entonces Flora se dio media vuelta y



se dispuso a entrar en el ambiente cálido del hotel.



Para la hora de la cena, la noticia de la tragedia ya había llegado a oídos de todos los huéspedes. Sin embargo, en lugar de volverlos más sobrios y reflexivos, el infeliz acontecimiento suscitó un ambiente festivo. Comieron, bebieron y bailaron como si quisieran disfrutar de su propia mortalidad. Hasta la orquesta tocó con un desacostumbrado vigor.

Flora se sentó al lado de Tony, pero él se pasó casi toda la velada mirando para otra parte, hablando con los demás, sin ofrecerle ningún tipo de consuelo. En cambio, Sam se concentró por completo en ella y parecía regodearse con los detalles.

—Imagínate, Sissy, esa es la bañera en la que yo me baño algunas veces.

—Déjalo, Sam, se me está poniendo la piel de

gallina.

—Se metió allí, puso el tapón, igual que lo habría hecho yo..., pero después...

—Por favor, déjalo ya. Tenía que ser muy desdichado.

—Lo vi cuando lo sacaron de la bañera, liado en un montón de toallas como si fuera una momia egipcia. Pero se le había salido una de las manos e iba arrastrándola por el suelo. Estaba azul y arrugada.

Flora le dio un empujón en el hombro.

—Te he dicho que te calles.

—Tranquila. No hace falta que me empujes. —  
Y entonces Sam paseó la mirada por el salón y Flora se dio cuenta de que la hermosa camarera había vuelto.

—Esa joven no es para ti, Samuel —le dijo en voz baja.

Sam se volvió hacia ella y le dedicó una alegre sonrisa.

—¿Sabes? Creo que tienes razón.

Violet estaba sirviendo en la mesa de al lado, sin mirar ni una sola vez a Sam. Flora los observó con discreción. ¿Se habrían peleado? A lo mejor ni siquiera había llegado a pasar nada entre ellos. Quizá, por primera vez, Sam había sabido comportarse.

Conforme fue avanzando la noche, Tony comenzó a prestarle algo más de atención. Vincent echaba de menos a Eliza y les enseñó una foto de ella en bañador que dejaba muy poco espacio a la imaginación. Sweetie reaccionó como siempre, haciendo bromas pesadas sobre la fotografía. Cordelia Wright y Lady Powell estaban hablando una enfrente de la otra en el otro extremo de la mesa sin prestar atención a lo que ocurría a su alrededor. Flora sonrió. No había tenido una amiga como ella desde los tiempos de la escuela.

Un golpe en el respaldo de la silla la sobresaltó y se volvió a tiempo para ver a Violet, que estaba inclinada de un modo extraño sobre la otra mesa, y a Sam, que le estaba rozando el trasero con el

codó. La rabia prendió fuego en su interior. Y le dio un manotazo en el hombro.

—Pero bueno, ¿por qué estás tan brusca esta noche, Sissy?

—He visto lo que acabas de hacer —le susurró al oído.

—No he hecho nada —protestó Sam.

—Le has tocado el trasero.

—No digas tonterías. Yo no puedo hacer nada si es tan torpe.

—Lo estás haciendo a propósito. Los dos. Tendré que decírselo a la señorita Zander.

—¿Qué le vas a decir? ¿Que te has imaginado una caricia? ¿De verdad confías tan poco en mí, Flora?

No es que confiara poco en Sam, es que no confiaba en él en absoluto. Pero Sam siguió proclamando su inocencia, hasta que Flora se dio por vencida y se disculpó diciendo que iba al tocador.

De vuelta casi se da de bruces con Violet, que

estaba llevándose una pila de platos a la cocina.

—Vaya, lo siento, señorita —dijo Violet con una inclinación de respeto, y siguió adelante.

—Espera —dijo Flora, cogiéndola del brazo para detenerla—. Tú eres Violet, ¿no?

—Sí. —Bajo las pestañas negras, el color de sus ojos era espectacular, a medio camino entre el azul y el violeta, y Flora se preguntó si no la habrían llamado así por eso.

—Yo soy Flora, la hermana de Sam. Conoces a Sam, ¿no?

Violet asintió.

—Les conozco a los dos. Se alojan aquí desde que llegué. Conozco a muchos huéspedes.

—Sé lo que estás haciendo.

Violet miró la mano de Flora, con la que seguía apretándole el brazo.

—¿Qué estoy haciendo?

Flora soltó la mano.

—Coqueteando con él.

—Le aseguro, señorita, que yo no...

—Los dos os creéis que soy tonta, pero como ves, tengo ojos en la cara y sé que está pasando algo entre vosotros, algún tipo de coqueteo sin sentido.

Violet dio un paso atrás y se puso muy derecha.

—Con todo el respeto, señorita, usted no me conoce y no debería juzgarme.

—No te juzgo. Estoy intentando advertirte.

Violet se dio media vuelta y se dirigió hacia la cocina, dejando a Flora plantada entre las mesas y el tocador.

Tony se le acercó.

—No ha ido bien —dijo.

—¿Lo has oído?

—No, pero os he visto. Déjalos, Florrie. No vale la pena.

Flora le puso la cabeza en el hombro.

—Ha sido muy extraño.

—Vamos a bailar. Eso te ayudará a animarte un poco.

Aquella noche, en la habitación de Sam, Violet se sentó desnuda en un extremo de la cama, bromeando sobre Flora.

—Y se puso toda tiesa y me dijo: «Sé lo que estás haciendo».

—Te lo dije, te dije que intentaría destrozar nuestra felicidad.

—«Estoy intentando advertirte», me dice. ¡Advertirme! ¡Qué risa! Y todo porque tú, chico malo, no eres capaz de quitarme las manos del culo.

—Es un culo estupendo, Violet. Pálido y rellenito. Quiero comérmelo a besos.

Violet se tumbó sobre él y se acurrucó en su pecho.

—Advertirme —repitió—. ¿De qué? No eres peligroso, ¿no?

—Para nada.

—Entonces todo irá bien.

—Sí —dijo Sam—. Ya lo verás.

Violet dudó antes de preguntar:

—Sam, ¿de verdad estaremos juntos?

—Por supuesto. Está escrito en las estrellas.

—No, nada de estrellas. Ni sueños. En la vida real. ¿Estarás conmigo? ¿Viviremos nuestra vida juntos? ¿Me cuidarás cuando me haga mayor?

—Desde luego —dijo—. No te faltará nada.

Violet sonrió y volvió a dudar antes de seguir hablando.

—Mi madre no puede seguir trabajando.

—No necesita trabajar. Le compraré una casa al lado de la nuestra. —Sam se deslizó y le besó la clavícula, atizando las ascuas del deseo—. Le daré todo lo que quieras, porque me haces inmensamente feliz.

—¿Me lo prometes?

—Lo juro sobre mi cadáver —le dijo rozándole los labios—. Pero ahora bésame o pensaré que no me amas.

Ella lo besó con toda la pasión de su corazón.



## CAPÍTULO DOCE

Sam entró en el salón para desayunar en el preciso instante en que Violet estaba retirando las tazas de las mesas vacías. Consciente de que Hansel la estaba espiando a escondidas, forzó una sonrisa amable y dijo:

—Lo siento, señor Honeychurch-Black, pero el servicio de desayuno ha terminado. ¿Desea que le suban algo a la habitación?

Tras mirar a su alrededor, Sam se inclinó hacia ella.

—Te espero en la Cueva de los Enamorados tan pronto como puedas —le susurró. Se enderezó, inclinó la cabeza ante Hansel, salió del salón y cerró la puerta tras él.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó Hansel con su acento alemán—. ¿Quiere que le subamos algo?  
—No, no, ha dicho que... no tiene hambre.

Hansel la miró desconcertado, pero Violet no le hizo caso y cogió una bandeja de platos para llevarla a la cocina. La puerta de atrás estaba abierta porque acababan de llegar las cajas en la tirolina y Cook y los ayudantes de cocina estaban saliendo para recogerlas. Aquella fue la primera vez que Violet vio una operación como aquella en la cocina de un hotel. Desde luego, había visto montacargas lo suficientemente grandes como para transportar una o dos bandejas de comida por las distintas plantas del hotel, pero aquello era totalmente distinto. Los cables estaban anclados a las rocas que afloraban a lo largo de todo el camino que bajaba hasta las granjas del valle. Todas las mañanas, uno de los encargados de las granjas llenaba las cajas con productos frescos: carne, fruta recién recogida, botellas de leche y sacos de verdura. Con un sistema de poleas, las

cajas de madera se transportaban dentro de una cabina de metal hasta lo alto de la escarpadura. La señorita Zander decía que aquello era lo segundo mejor de vivir cerca de las granjas. El proceso les ahorraba el tener que pasar horas y horas de viaje sinuoso en coche o en carreta todos los días. Violet esperó a que abrieran las cajas. Se escondió dos manzanas en las calzas, se puso el abrigo por encima, salió del hotel y bajó por el sendero.

Era una mañana clara y despejada, cálida a la luz del sol y fría entre las sombras de los salientes rocosos y los helechos que flanqueaban el camino. Los pájaros y las lagartijas se movían entre las hojas secas del suelo y los insectos zumbaban a su alrededor. Encontró el camino hacia la Cueva de los Enamorados, donde Sam la estaba esperando. Se había llevado un cobertor —Violet vio que era una colcha del hotel— y tenía la bandeja con todo el instrumental del opio a su lado. Pero no estaba fumando y no tenía la mirada perdida. Estaba sentado con las rodillas dobladas debajo de la

barbilla, abrazándose las piernas con los brazos, sumido en una pensativa contemplación.

—Hola —le dijo.

Sam soltó los brazos.

—Siéntate. ¿Te gusta?

—Es muy bonito —contestó Violet—, aunque hace un poco de frío. ¿Cómo has conseguido traerte la colcha sin que nadie te diga nada?

Sam se encogió de hombros.

—La gente suele dejarme hacer lo que quiera.

Violet sacó las manzanas y le dio una. Sam la mordió con ganas mientras ella se sentaba en la colcha y se acurrucaba contra él.

—Te he echado de menos —dijo Sam.

—Solo han sido unas horas.

—Te echo de menos cada instante en que no estás. Es como si mi piel te deseara a todas horas. —Le pasó una mano por debajo del brazo, pero el gesto quedó amortiguado por el grosor del abrigo de Violet. Estuvieron unos minutos sentados en silencio, terminándose las manzanas. Luego él se

levantó, se acercó a la entrada de la cueva y lanzó el corazón de su manzana lo más lejos que pudo. Dibujó una curva por encima del borde del precipicio y se perdió en el vacío. Ella se le acercó y tiró el corazón de la suya, pero como no tenía tanta fuerza como él, el suyo no se abrió camino hasta el valle, que quedaba poco menos de cien metros más abajo, sino que chocó contra unos arbustos que tenían delante. Violet soltó una risita. Sam le pasó las manos por la cintura y la estrechó contra él.

—Ven, vamos a tumbarnos ahí —le dijo mientras Violet notaba su cálido aliento en la oreja.

Violet esperaba que no quisiera hacer el amor. Una cueva helada en pleno día no era lo que más le gustaba. Pero parecía que solo quería que se tumbara a su lado, y los dos permanecieron así un buen rato, con las piernas entrecruzadas, disfrutando de la calma del bosque y la suavidad del viento.

—Vengo aquí muchas veces —dijo Sam de repente—. Me da miedo volver a mi habitación.

—¿Por qué?

—Desde que se suicidó ese hombre...

—¿Eres supersticioso?

—No. Es solo que... tengo una mala sensación allí.

—¿Qué tipo de sensación? —Violet le acarició la mejilla.

Sam cerró los ojos, pero no contestó.

—Ya pasará, cariño mío —dijo.

—¿Has visto alguna vez un muerto? —le preguntó Sam.

—No.

Sam abrió los ojos y habló atropelladamente.

—Yo vi la mano del muerto. No parecía real. Era como la mano de una marioneta. Como si a alguien se le hubiera olvidado tirar de los hilos. No puedo quitármelo de la cabeza. —Se tocó la sien—. No quiero volver a entrar en ese cuarto de baño. Por eso uso el del otro lado del pasillo.

—Podrías pedirle a la señorita Zander que te cambie de habitación.

—Sí, pero... tampoco quiero alejarme. Es como si... como si al darle la espalda pudiera pasar algo malo.

Violet no lo entendía. Estaba diciendo cosas sin sentido, a lo mejor por culpa del opio, y no quería discutir.

—No deberías preocuparte tanto.

Sam cerró los ojos otra vez y se acurrucó entre sus pechos.

—Si pudiera quedarme aquí, mientras tú me acaricias el pelo... Ah, eso es. Así se ahuyentan las malas sensaciones.

Sam se quedó en silencio, respirando lentamente. A pesar del frío y el suelo rugoso, Violet se adormeció. Tantas noches de sueño interrumpido le estaban pasando factura. Algunos días, mientras se dedicaba a las tareas cotidianas, de repente se le venía a la memoria algún recuerdo, pero era incapaz de discernir si era un

recuerdo real o el retazo de un sueño. Sam le invadía la mente, con su piel, su boca y sus pálidos brazos.

Se despertó con un sobresalto un poco más tarde. Sam estaba a su lado, fumándose su pipa, contemplándola. La cueva olía a humo dulce.

—Dormías plácidamente —le dijo.

—Estoy cansada todo el tiempo.

Sam frunció el ceño.

—¿Por qué?

Violet suspiró. Era imposible que Sam llegase a entender lo que era un día entero dedicada a un trabajo físico, y mucho menos lo que cansaban cinco o seis días seguidos cada semana.

—Porque duermo muy poco por las noches. Voy a verte a la una y vuelvo a mi cuarto poco antes del amanecer para dormir muy pocas horas antes de levantarme para empezar a trabajar.

—¿Me estás diciendo que no quieres venir a verme por las noches? —El rostro se le endureció con una expresión que ella no le había visto nunca.



—Pues claro que quiero ir. Vivo para eso. Pero puede que sea mejor que no vaya todas las noches. Podría ir una sí y otra no.

—¿O sea, que ya te estás cansando de mí?

—No, Sam. No te enfades. Tengo que trabajar. Trabajo mucho, todos los días. No puedo dormir cuando me apetezca como tú.

Sam siguió fumándose su pipa, con los ojos cerrados.

—Sabía que no podía durar —dijo—. Nunca dura.

A Violet se le encogió el corazón.

—¡No digas eso! Yo te quiero como el primer día. Olvida lo que te he dicho. Iré a verte todas las noches.

—Sin ganas.

—No. Me muero por verte. Te deseo. Como siempre lo he hecho.

Sam la desdeñó con la mano.

—No te preocupes.

Violet trató de pensar en algo que pudiera decir

para animarlo, pero Sam ya estaba a años luz de allí, de modo que se limitó a quedarse a su lado, acariciándole el pelo, mientras él flotaba por un río de felicidad.



Violet estaba desesperada buscando la forma de demostrarle a Sam cuánto lo amaba. Pensó que podría escribirle una carta, pero ella no era tan buena con las palabras como él y además, no podía entrar y salir de su habitación para dejársela debajo de la almohada. Él podía hacerlo porque era rico y, como él dijo, la gente le dejaba hacer lo que quisiera. Si a ella la encontraran con una carta de amor para uno de los huéspedes...

No, tenía que encontrar otra forma de demostrarle que su amor era apasionado y eterno. De pronto se acordó de una cosa: el corazón que estaba tallado en la pared de la Cueva de los Enamorados. «Imagínate, alguien tuvo que tallarlo

con martillo y cincel para demostrarle su amor a una mujer». Bueno, pues ella podría hacer lo mismo para demostrarle su amor a un hombre.

Hacía mucho que no veía a Clive. Ya hacía demasiado frío para ir a bailar a la casa abandonada, llena de ventanas sin cristales y sin calefacción, y Clive había terminado de arreglar las ventanas del hotel y desde entonces trabajaba encerrado en su taller del lado este de la valla trasera casi todos los días. Lo había visto un par de veces en el comedor de los empleados, pero sus siestas obligatorias y tantos días de turno de desayuno habían hecho que dejaran de cruzarse por los pasillos. De todas formas, suponía que Clive se alegraría de verla. Tal vez lo suficiente como para prestarle un cincel y un martillo durante unas horas.

Al día siguiente, entre un turno y otro, aprovechó para salir por la puerta de atrás de la cocina y siguió el camino flanqueado por el bajo muro de piedra de la escarpadura. En las pistas de

tenis, dos hombres y dos mujeres estaban jugando a dobles, riéndose y bromeando entre ellos. Sus voces se perdían en el viento y la luz del sol. Solo quedaban diez días para las Navidades en junio, y después la mayoría de los huéspedes tomarían el camino de regreso hacia el valle. Recogerían las redes de tenis y las pistas se cerrarían. Los huéspedes que se quedaran tendrían que trasladarse al ala oeste, la de Sam, y la orquesta también se marcharía. Se cerrarían las puertas correderas del salón y los empleados empaquetarían sus cosas. Violet había recabado todos estos datos a partir de las conversaciones que había oído en el comedor del servicio y las indicaciones de la señorita Zander. Cuando Myrtle se fuera, también lo haría la mayor parte de los empleados. Hansel y ella se ocuparían del comedor. También se quedarían dos camareras de piso —Thora y Belle—, pero su habitación estaba en la otra parte de la planta de los empleados y Violet tendría todo el cuarto para ella sola.

Alexandria, la elegante sustituta de la señorita Zander, se marcharía de vacaciones. Casi todos los empleados que se iban a quedar eran hombres, y ocupaban el otro extremo del ala este. Todo estaría muy tranquilo. Tendría que trabajar mucho, pero también iba a tener más libertad, puesto que ya no se vería obligada a esperar tanto para usar el cuarto de baño y tendría más intimidad en la habitación, por lo que podría escabullirse para ir a ver a Sam con mucha más facilidad.

La puerta del taller estaba abierta, pero aun así, llamó. Clive, que estaba encorvado sobre su banco de trabajo de espaldas a la puerta, se dio la vuelta y sonrió.

—¡Violet! ¡Qué sorpresa!

—Hace mucho que no te veo. He estado en el turno del desayuno. —Observó la oscura habitación: una pared con herramientas; otra con una repisa de la que colgaban batas de trabajo, impermeables, equipos de pesca, escobas, cubos y fregonas, y varios anaqueles con instrumentos de

metal y madera.

Clive hizo una mueca.

—Pues yo he estado bajando y subiendo al valle, encaramado a rocas inestables para reparar los anclajes de la tirolina. Menos mal que no tengo vértigo.

Violet se le acercó sigilosamente y miró por encima del hombro de Clive. Detrás de él había una colección de soportes y tornillos.

—¿Qué es eso?

—Soportes para cortinas. Tengo que pintarlos. Se suponía que tenía que tenerlo hecho para finales de mayo. Llevo un poco de retraso.

—La señorita Zander te exige demasiado.

—Estoy contento de tener trabajo en un sitio tan bonito, y ella es muy amable conmigo. Ya recuperaré el retraso durante el invierno, cuando haya menos huéspedes rompiendo cosas. —Sonrió.

—¿Me podrías prestar un cincel y un martillo?

Clive parpadeó, perdiendo la sonrisa.

—Ah... ¿Para qué?

—No te lo puedo decir.

—No te entiendo.

—Lo siento.

Clive dejó sus herramientas en la mesa y se volvió para mirarla a la cara.

—Si te los dejo, ¿me prometes que no romperás algo que tenga que reparar después?

—Por supuesto, te lo prometo. Te los traeré mañana a esta misma hora. O antes, si puedo.

—¿Y no me vas a decir para qué los quieres?

—Lo siento, no puedo. Pero no es nada malo.

Confía en mí.

Clive suspiró.

—Siempre he confiado en ti, Violet.

—Eres un buen amigo.

—Sí, eso parece. Toma. —Descolgó un cincel y un martillo y se los tendió—. Quédatelos todo el tiempo que quieras. Tengo más.

Violet sonrió. Quería darle un beso en la mejilla, pero se lo pensó mejor. Podría darle una impresión equivocada y además, estaba segura de

que a Sam no le haría gracia.

A la mañana siguiente, al amanecer, cuando estaba segura de que Sam estaría durmiendo tras sus apasionados excesos, bajó por el sendero, con la bufanda tapándole las orejas y las mejillas, el gorro hundido hasta abajo y los dedos temblando a pesar de sus guantes de piel nuevos.

Violet no se esperaba que fuera tan difícil tallar la roca. Quería que las letras quedaran grabadas con la misma profundidad que el corazón, pero tardó un siglo en hacer la primera incisión: la parte de arriba de la ese. El resto de la ese, como si fuera un rayo, se le hizo un poco más fácil después de descubrir cómo tenía que inclinar el cincel. Cuando la terminó, se paró para observarla. Quería escribir SAM, pero se acordó de que él siempre firmaba las cartas de amor como SHB. La hache le resultó bastante fácil, pero con la be se hizo un lío y le salió una especie de runa vikinga. En cualquier caso, una hora y dos muñecas doloridas más tarde, estaba hecho.



Violet dio un paso atrás, se sentó y admiró su obra. Sí. Había esculpido su amor por él en la piedra. Sam se daría cuenta de cuánto lo quería y no volvería a dudar de su amor jamás.

Se levantó, estiró las piernas, miró hacia arriba y vio a Clive en la entrada de la cueva.

—¡Oh! —gritó asustada mientras se llevaba una mano al pecho—. ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

Clive inclinó ligeramente la cabeza.

—Te he seguido. Pero no he querido acercarme hasta que has dejado de cincelar. Perdona, pero es que estaba preocupado por ti.

—¿Preocupado?

—Lo que me has pedido es muy raro, Violet. No sabía qué querías hacer con eso, o si te habías metido en un lío. Lo siento.

Avanzó por la cueva y Violet se puso delante de la roca.

—Aquí tienes tus herramientas —le dijo mientras se las tendía.

—Puedes apartarte. De todas formas vendría a

mirarlo después.

Violet se apartó.

—Yo no he hecho el corazón. Solo las letras.

Clive miró las letras durante mucho tiempo sin hacer ningún comentario.

—Por favor, no digas nada —le pidió.

—No tengo nada que decir —replicó con una sonrisa forzada—. Está claro que es un idioma que no entiendo.

Violet se sintió agradecida por su fingida ignorancia y por no decir nada acerca de su comportamiento.

—Será mejor que deje esto en el taller —dijo Clive mientras se daba la vuelta.

—Seguimos siendo amigos, ¿verdad, Clive? —preguntó Violet.

—No, creo que no —contestó Clive mirando hacia atrás—. Puede que sea lo mejor para los dos.

Ella echó a andar detrás de él, pero después se lo pensó mejor y retrocedió. Sí, puede que fuera lo

mejor para los dos. Él seguía enamorado de ella y Violet lo sabía. Se había aprovechado de eso cuando fue a pedirle las herramientas. Ella también estuvo enamorada de él tiempo atrás, pero el recuerdo de su único beso, totalmente casto, parecía una ridiculez al lado de la pasión de los besos de Sam.

Había llegado el momento de dejar ir a Clive. Se merecía ser libre.



—¡Flora!

Flora, que estaba sentada bajo un rayo de sol al lado de una fuente del jardín, se volvió y vio a Tony llamándola por gestos. A su lado estaba Eliza, la novia de Vincent, a la que Tony había sacado de Sídney a regañadientes para que lo acompañara al hotel. La buena noticia de que Tony había terminado con sus reuniones de trabajo hasta después de la boda, lo que le permitiría pasar más

tiempo con Flora, se echó a perder con la triste noticia de que Eliza había subido hasta allí para llevarse a Vincent con ella. Vincent por fin le había propuesto matrimonio.

Flora se levantó y caminó hacia ellos, admirando el buen corte del traje de Tony y su elegante sombrero mientras se preguntaba si le habría llevado el regalo de Navidades en junio que le había pedido que comprara para Sam.

—¿Lo has traído? —quiso saber.

—He traído más cosas de las que te puedas imaginar —contestó con una sonrisa—. He mandado que lo suban todo a tu habitación.

—Querida Flora —dijo Eliza mientras se le acercaba a las mejillas besando el aire—. Qué alegría verte.

—Yo también me alegro de verte y te doy mi enhorabuena, me han dicho que bajarás de las montañas para casarte.

—Y tú poco después, ¿no? —dijo Eliza mirando a Tony.

Tony sonrió abiertamente.

—El padre Callahan ha dicho que sí —contestó Tony—. La boda será el dieciocho de septiembre. Escribe a tu padre para decírselo. Lo celebraremos en el Wentworth. Mi ayudante ya lo está organizando todo —le dijo a Flora acariciándola en la mejilla—. Lo único que tienes que hacer es comprarte el vestido de novia. —Flora sintió un escalofrío. ¿De emoción o de miedo? Tony y ella eran muy parecidos. Debía de ser de emoción—. Bueno, pues os dejo para que sigáis con vuestros asuntos de mujeres. Pero Flora, ve a ver el regalo que le he traído a tu hermano para las Navidades en junio. Yo he quedado con Karl a las tres para tomar un café.

Eliza metió un brazo por debajo del de Flora.

—Venga, vamos a subir a la habitación —le dijo—. Me muero por saber qué hay en ese baúl que llevábamos en el asiento trasero del coche. Tony no ha querido decírmelo, el muy gruñón.

—¿Un baúl? Dios mío, solo le pedí que

comprara un atlas para Sam. Uno que fuera bonito.

Entraron en el hotel y subieron las escaleras. El baúl estaba en el suelo, en mitad de la habitación. Abrió el cerrojo y levantó la tapa. Dentro había dos docenas de libros con tapas de piel y grabados de oro. Sacó el primero —era enorme— y lo abrió por una página cualquiera. Mapas. Los libros estaban llenos de mapas. Entre las dos fueron sacando unos cuantos más y hojearon los mapas elegante y detalladamente ilustrados de continentes, países, islas y archipiélagos.

—¡Dios mío, a Sam le van a encantar! — exclamó Flora al tiempo que los iba poniendo uno encima del otro en el suelo—. Aunque es imposible envolver todo esto para regalo. —Miró a Eliza—. No entiendo cómo se le ha podido ocurrir comprarle todo esto a Sam. Tony y él no se llevan bien.

—Entonces, eso lo explica todo —dijo Eliza—. Cuando le pregunté qué había en el baúl, me dijo que era una oferta de paz.

—¿Quiere hacer las paces con Sam?

—Eso espero. Ahora que la boda se acerca. Porque cuando os caséis serán como hermanos.

—Tienen muy poco en común. Es como si fueran de dos especies diferentes.

—Los hombres son hombres —replicó Eliza, con timidez, sin mirar a Flora a los ojos—. ¿Por qué no bajamos al salón y echamos una partida a Gin Rummy?

—No me gusta jugar a las cartas —contestó Flora mientras volvía a meter los libros en el baúl.

—¿Y a la sala de té? Me encantaría tomarme un té bien caliente.

La sala de té solo estaba abierta los fines de semana y era el refugio favorito de las señoras mayores, entre las que se encontraban Cordelia y Lady Powell.

—Por supuesto. Si te apetece, vamos.

Cerró el baúl, comprobó rápidamente si estaba bien peinada y ambas bajaron las escaleras y se dirigieron hacia el ala este, donde estaba la sala

de té. Los gruesos cortinajes estaban recogidos con cintas entretejidas con hilo de oro, de forma que el sol pasara por los amplios ventanales y se pudiera disfrutar de las vistas a los acantilados. La sala olía a canela y mantequilla y estaba llena de señoras bien vestidas con trajes de seda y collares que acumulaban exquisiteces en platos de porcelana. Flora se sintió un poco ridícula con su jersey de lana y la falda de tablas. Había varias mesas largas repletas de bandejas con sándwiches, dulces y fruta fresca. Un camarero las acompañó hasta una mesa que estaba libre y les llevó el té. Por el comportamiento y la conversación de Eliza, Flora no podía ni imaginar el horror que estaba por llegar.

Al cabo de un rato, cuando se quedaron solas, Eliza dijo:

—Te he traído aquí para que cuando te diga lo que te tengo que decir, te veas obligada a mantener la calma y a no montar una escena.

—¿A qué te refieres? —Flora se había quedado



helada. Eliza estaba muy seria—. ¿Qué ha pasado?

—Lo sé desde hace mucho tiempo, pero solo ahora que Vincent está a punto de salir del *grupo de admiradores* de Tony —le dijo sin disimular su antipatía—, me puedo permitir decírtelo.

—Por favor —dijo Flora, porque no sabía qué más decir—, no me rompas el corazón. —Cogió la mano a Eliza—. Por favor.

—Tu novio no te es fiel.

Flora dejó que aquellas palabras calaran en su corazón. Y se dio cuenta de que no la herían con un dolor inmediato, como si le hubiera dicho que su madre había muerto o que la policía había arrestado a Sam.

—¿Tiene una amante?

—Ojalá fuera una. Busca constantemente la compañía de mujeres de la noche cuando está en Sídney.

Flora se estremeció.

—Lo sé porque me lo ha dicho una íntima amiga mía. Es la mujer de su ayudante, el hombre

que se encarga de buscarle y pagarle a esas mujeres. Según ella, Tony no va a Sídney por trabajo sino por placer. Y lo que es peor, su padre es igual, es un hombre que delega todo su trabajo, que paga a hombres más listos que él para que se encarguen de la parte más difícil del negocio mientras él se dedica a visitar prostíbulos. —Eliza suspiró ruidosamente—. Bueno, pues ya te lo he dicho. Llevo mucho tiempo queriendo decírtelo.

Flora se acordó de su conversación en el bosque, cerca del lago de las truchas, de las dudas que planteó Eliza sobre si los hombres eran capaces de «portarse bien». Se sonrojó de vergüenza.

—¿Vincent lo sabe? —preguntó.

—Lo saben todos —contestó Eliza.

—Entonces, ¿por qué no se lo impiden?

—Porque no lo juzgan. Creen que es natural que un hombre como Tony haga lo que quiera. Yo le he dicho a Vincent, muy claramente, que no es natural que él desee hacer eso y que le retorceré el

pescuezo si se acerca a otra mujer. A cualquier tipo de mujer.

A Flora le ardían las mejillas. Sin embargo, Eliza tenía razón: el estar en un lugar público la ayudaba a reprimir las ganas de llorar y gritar. Cruzó las manos sobre la mesa.

—¿Un poco de té? —preguntó Eliza.

—Sí, gracias.

—Siento tener que ser la que te cuente todo esto.

—Es mejor saberlo.

—¿Te casarás con él de todas formas?

A Flora le sorprendió la pregunta. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza no hacerlo. Su padre quería que se casaran, el padre de Tony quería que se casaran, ellos se querían, la fecha de la boda ya estaba decidida y la iglesia, reservada.

—Supongo que sí —contestó—. Muchos hombres... hacen eso. Incluso después de casarse.

—Asegúrate de que deje de hacerlo antes de la boda —le advirtió Eliza—. Podría coger algo y

pasártelo a ti.

Flora se sintió asqueada. La idea de tener intimidad con Tony, que hasta entonces no había pasado de ser una vaga y lejana fantasía, en aquel momento le pareció desagradable y demasiado real.

Eliza sirvió el té.

—Ahora nos vamos a quedar aquí sentadas hasta que esté segura de que te has tranquilizado.

—Estoy tranquila.

—¿No estás enfadada?

—Yo no me enfado. No es práctico.

—¿Y herida?

Flora analizó sus sentimientos como si fueran los de otra persona.

—Estoy... triste, creo, y avergonzada.

—El que tendría que estar avergonzado es él.

—Eliza se inclinó y le cogió las manos—. ¿Vas a hablar con él de esto?

—No lo sé. Puede que no sea tan importante. Puede que mis sentimientos no cuenten. —Se

preguntó si Tony le cantarían canciones de ópera a sus acompañantes.

Eliza se reclinó.

—Tú cuentas, Flora. Si quieres que deje de hacerlo, tienes que pedirselo.

Flora se quedó en silencio. Se sentía vacía. De pronto deseó que Eliza no se lo hubiera contado. Deseó que no se hubiera inmiscuido en sus asuntos.

—¿Vas a hablar con él? —insistió Eliza.

—No lo sé —contestó con brusquedad.

Eliza arqueó una ceja perfectamente delineada.

—Creía que habías dicho que tú no te enfadas. Ahora, bébete tu té como una dama. Cualquiera que sea tu decisión, asegúrate de que Vincent y yo nos hayamos ido antes de enfrentarte a él. Con el mal temperamento de Tony, quién sabe lo que le podría hacer.

Flora se bebió su té. Le pareció amargo, o tal vez la amargura era lo único que podía sentir en aquel momento.

## CAPÍTULO TRECE

Flora no dejaba de dar vueltas por la habitación. Una y otra vez. El baúl con los libros seguía en el suelo. ¿Cómo era capaz de hacerle eso? Siguió dando vueltas y más vueltas. Cómo odiaba aquel baúl lleno de libros, cuánto le indignaba pensar que los había comprado movido por el sentimiento de culpa y no por un deseo sincero de querer arreglar la mala relación con su hermano.

Llamaron a la puerta. Estaba segura de que sería Tony. ¿Cómo iba a mirarlo a los ojos? Abrió, apuntando la vista al suelo.

—¿Señorita Honeychurch-Black?

—Ah, señorita Zander. ¿Ocurre algo?

—¿Puedo pasar? O tal vez prefiera bajar a mi

despacho...

—No, no. Pase. No estoy ocupada.

La señorita Zander cerró la puerta.

—Es por su hermano.

Flora se armó de valor. No podían darle más malas noticias en un solo día.

—Dígame.

—Algunas señoras se han quejado de que use el servicio de las mujeres.

Flora se sintió confusa.

—¿Ha usado el servicio de las mujeres?

—Sí.

—¿En esta planta?

—Eso me han dicho.

¿Sam había fumado tanto que ya ni siquiera era capaz de encontrar su cuarto de baño?

—Habría yo con él, pero... —dijo sin terminar la frase—. No sé cómo afrontar el tema con tacto, y sé que usted es muy protectora con él. Es mucho más joven que usted, ¿no?

—Cinco años —murmuró Flora—. Pero sí, le

falta madurez. Puede estar segura de que hablaré con él. Lo más probable es que solo se trate de un descuido. Los pecados de mi hermano son más bien por omisión. Intente no pensar muy mal de él.

—Yo pienso bien de toda su familia, señorita Honeychurch-Black —replicó—. Que tenga un buen día.

Flora se quedó pensando. Tony. Sam. Los dos la hacían sufrir. Pero, entonces, ¿por qué los quería tanto?

Subió las escaleras y fue a la habitación de Sam. No estaba allí. No lo encontró por ninguna parte, y le pareció curioso que su hermano hubiera descubierto los placeres de la naturaleza precisamente cuando el tiempo empezaba a ser demasiado desagradable como para salir del hotel.

Volvió a su habitación para coger el sombrero, el abrigo y los guantes, y después de una hora vagabundeando por los jardines y los senderos más llanos de la montaña, intentando aclararse las ideas, regresó. Al pasar por delante de la



cafetería, le sorprendió ver a Sam sentado a una mesa, solo, mirando por la ventana. Mirándola directamente a ella. Lo saludó con la mano. El movimiento le llamó la atención y Sam le sonrió, pero estaba claro que había estado fumando. Su mente estaba errando muy lejos de allí.

En vez de pedirle que saliera al exterior, donde podría tropezarse y caer, Flora decidió entrar. La calefacción estaba muy fuerte y le picaba la piel con aquel abrigo. Lo colgó y buscó ansiosamente a los amigos de Tony, pero no estaban allí. Se sentó enfrente de Sam, sin entender cómo había conseguido llegar hasta allí sin su ayuda.

—Sam, ¿estás bien?

—Sí.

—¿Has estado fumando?

—Hace una hora. Ya se me está pasando.

—¿Por qué no te has quedado en tu habitación?

No sueles salir... cuando estás así.

Se encogió de hombros.

—Sam, la señorita Zander ha venido a verme.

Dice que ha recibido quejas porque has estado usando los servicios de la planta de las señoras.

Levantó la cabeza de golpe.

—¡Solo ha sido una vez!

—¿Y por qué bajaste allí?

—No quiero entrar en el servicio que está al lado de mi habitación y los demás estaban ocupados. —Bajó la voz—. Tenía que ir al baño, Sissy.

—¿Y por qué no usas el que está al lado de tu habitación?

—Porque ese hombre murió allí y ahora está el fantasma —dijo con toda naturalidad, como si estuviera diciendo que estaba sucio o que era demasiado pequeño.

—¿El fantasma?

Sam asintió.

—Pero si tú no crees en fantasmas, Sam. ¿Por qué dices eso?

—Porque murió allí.

—El bisabuelo murió en el sofá del salón de

nuestra casa y a ti te encanta estar allí. Te pasas la vida tirado en el sofá. Me acuerdo de cuando te encontré allí, abrazado a la señora Hanover.

—El fantasma del bisabuelo no se ha quedado en el salón, Flora. Eso es distinto.

Flora extendió los brazos sobre la mesa. El ruido de las conversaciones de los hombres y el olor del café inundaban la cálida cafetería.

—Vas a tener que explicármelo mejor. ¿Qué has visto u oído?

—Nada. No he visto ni oído nada. Pero lo percibo. Se me eriza la piel. Hace mucho frío allí. Se nota.

Por más irracional que fuera, a Flora se le puso la piel de gallina. Qué imágenes tan terribles era capaz de imaginar.

—Es un cuarto de baño —se obligó a replicar, intentando buscar alivio tanto para él como para ella—. En los cuartos de baño siempre hace frío.

—No voy a volver a entrar ahí.

—Prométeme que no vas a entrar en el de las

mujeres.

Sam se encogió de hombros.

—La señorita Zander podría decidir que somos un problema para el hotel y echarnos de aquí.

—No sería capaz.

—¿Y si lo hace?

—Está bien. No iré al de las mujeres. —Se pasó las manos por el pelo—. No puedo dormir. Desde que ese hombre se suicidó solo tengo pesadillas.

—Es la impresión. Todos estamos conmocionados, pero tú siempre has sido muy sensible.

—Sí, sí. Eso es. Tiene que ser eso. Gracias, Sissy. —Puso las manos sobre las de Flora—. ¿Y tú cómo estás?

¿Debería contárselo? No, Sam ya odiaba a Tony. Se esforzó por sonreír.

—Tengo tu regalo de Navidad en mi habitación.

—Faltan meses para la Navidad.

—Es para las Navidades en junio, ¿te

acuerdas?

—Ah, entonces tendré que buscar algo para ti.  
—Siempre había sido así con Sam. Ella era muy generosa con los regalos y él siempre le regalaba un libro viejo que sacaba de debajo de la cama o salía a comprarle lo primero que encontrara, por feo que fuera.

—No te preocupes por eso, Sam. El mejor regalo que puedes hacerme es seguir fumando menos y mantenerte lejos de esa chica.

—Cuenta con ello —le dijo sin convicción. Pero Flora ya tenía demasiados problemas aquel día como para seguir insistiendo.



Flora no estaba muy segura de lo que estaba haciendo delante de la casa de Will Dalloway, pero ya que estaba allí, tenía que entrar. Hacía muchísimo frío en la calle y sabía que la dejaría pasar.

Dentro de la casa había tres pacientes esperando, sentados en un banco largo de madera. Uno de ellos tosió enérgicamente mientras Flora se sentaba un poco más allá intentando que no se notara que miraba para otro lado. Se dejó los guantes y el sombrero puestos, por si en algún momento decidía irse sin avisar.

Will salió a los pocos minutos con una señora mayor que le estaba dando las gracias de modo efusivo. Al ver a Flora se le iluminó la cara.

—Señorita Honeychurch-Black —dijo, volviendo al tratamiento formal delante de sus pacientes—. Es un placer volver a verla. Puede pasar enseguida si lo desea.

Flora miró a los pobres pacientes que estaban esperando y negó con la cabeza.

—Esperaré mi turno, doctor Dalloway. No es urgente.

Will sonrió y Flora se dio cuenta de que se alegraba de que no se hubiera saltado la cola. Sintió esa satisfacción tan especial que da el saber

que uno se ha ganado el favor de alguien importante, y se sentó a esperar.

Un reloj marcaba ruidosamente el tiempo, y deseó haberse llevado un libro para leer. Los pacientes fueron pasando uno a uno y otros fueron llegando, aunque Flora se sentó lo más cerca que pudo de la puerta para que quedara claro que le tocaba a ella. Por fin, Will la hizo pasar.

Se sentó en el otro lado de la mesa mientras él ocupaba su sillón de trabajo y abría un bloc de notas.

—¿En qué puedo ayudarte?

Flora se retorció el collar entre los dedos.

—Es Sam.

—Dime.

—Está teniendo alucinaciones. Bueno, dice que no ve cosas, sino que las siente. Habla de un fantasma que está en el baño, en el que murió aquel hombre, y que tiene pesadillas. Parece que le da miedo quedarse en su habitación, y cuando está allí es casi imposible sacarlo porque está

temblando y amoratado.

Will dejó la pluma en la mesa, entrelazó los dedos y apoyó la barbilla en ellos.

—¿Es por el opio? —preguntó Flora.

Will levantó la mirada.

—Es difícil saberlo. Las drogas pueden afectar de un modo distinto a cada persona. Dicen que cuando uno está bajo los efectos del opio puede tener sensaciones extrañas, pero suelen ser buenas. El opio se asocia con la euforia.

—Está fumando menos.

—Podría ser por eso. Pero ya te digo que no es fácil de determinar. Tenemos muy pocos estudios sobre el opio. Lo único que sabemos con certeza es que es muy adictivo y que a veces hace que el fumador se desespere y se convierta en un desgraciado. —Quiso reparar lo que acababa de decir—. Lo siento.

—¿Lo está volviendo loco?

Esta vez Will eligió las palabras con más cuidado, moviendo los labios como si fuera a



hablar antes de decir nada.

—Puede que eso ya estuviera de camino, no sé si me explico.

—No lo entiendo.

—Lo que pudo llevarlo a hacer uso del opio, a buscar la euforia, a querer escapar de la realidad, pudo ser una falta de estabilidad mental subyacente.

—¿Quieres decir...? —El tremendo peso de la preocupación terminó por aplastarla.

—Puede que hubiera empezado a hablar de fantasmas de todas formas. Pero sí, el opio puede hacer que todas estas cosas se agudicen. Puede hacer que un miedo que es natural se amplifique.

Flora pensó en cómo era antes la vida con Sam. Siempre había sido un poco raro, un descolgado, un soñador.

—¿Se puede hacer algo? ¿Hay alguna medicina que pueda tomar?

—Hay médicos especializados en trastornos mentales, pero no hay ninguno aquí, en las

montañas. Te puedo dar algunos nombres de médicos que trabajan en Sídney, pero el problema sigue siendo el mismo, que Sam quiera ir a verlos.

Flora se dejó caer hacia delante y apoyó la frente sobre el escritorio.

—¿Flora?

—Estoy desbordada, Will.

—Anímate. Es joven. Puede recuperarse.

—No es solo eso. —«No se lo digas. No se lo cuentes solo porque tenga los ojos bonitos y diga que se preocupa por ti».

—Entonces, ¿qué más te pasa?

Flora se enderezó en la silla. La luz que atravesaba las copas de los árboles y penetraba por la ventana le moteaba los hombros. Se oyó el canto de un pájaro y deseó ser tan libre como él, poder volar por encima de los techos de las casas, de la gente y de sus infinitas amarguras.

Will bajó la voz. Había dejado de ser la voz de un doctor para convertirse en la de un confidente y Flora sintió el peligro. Como un barco que se

adentra por mares desconocidos.

—Puedes contarme lo que sea.

—No puedo.

—Sí que puedes.

—Es Tony. Mi prometido.

Will asintió.

—Está... saliendo con prostitutas. —Las palabras, al escapar, salieron como náuseas por la garganta.

Will parpadeó, sin saber qué decir.

—Y eso te entristece.

—Mucho. Me entristece mucho. —Flora miró para otro lado; no quería ver la mirada de compasión en sus ojos—. ¿Es normal? ¿Los hombres...?

—Yo, desde luego, no —dijo acaloradamente—. Si yo estuviera prometido con una mujer inteligente y de buen corazón, como tú, me sentiría el hombre más dichoso del mundo, la trataría como a una reina y jamás se me ocurriría poner en riesgo su salud con ciertas enfermedades que... —Bajó

la mirada—. He hablado demasiado —añadió, moviendo los papeles de la mesa. Flora le veía las palpitaciones en la garganta. Los dedos rígidos.

—No, has dicho la verdad —replicó en voz baja—. Gracias.

Flora se levantó, y él la siguió enseguida.

—¿Aun así te casarás con él? —le soltó de pronto.

—Supongo que sí —contestó—. Pero tendré que hablar claramente con él.

—Bien.

—Te he entretenido demasiado.

—Puedes venir cuando quieras. A cualquier hora.

Se miraron a los ojos, en silencio.

—Lo sé.



La señorita Zander convocó una reunión con los empleados el viernes por la tarde, y Violet se

presentó puntual junto con sus compañeros en el salón, donde tomaron asiento alrededor de las mesas resplandecientes bajo la lámpara de araña.

Cuando todos se hubieron sentado, la señorita Zander llamó la atención con unas cuantas palmadas. Esperó a que se hiciera el silencio. Violet miró a Clive, pero él estaba mirando hacia otra parte. Myrtle se sentó a su lado y le sonrió; el rencor que había sentido cuando la señorita Zander no la eligió a ella para quedarse a trabajar durante el invierno había quedado olvidado.

—Pues bien —comenzó la señorita Zander—, he convocado esta reunión con vistas a la celebración de las Navidades en junio, que tendrá lugar dentro de cinco días. —Levantó cinco dedos con gesto teatral—. La mayor parte de los preparativos ya están en marcha, pero necesito a dos voluntarios para que ayuden al señor Betts a colocar el árbol y a seis voluntarias que quieran ayudarme a decorar el salón.

Se levantaron un montón de manos a su

alrededor. Violet se preguntó si debía ofrecerse como voluntaria, pero no hizo falta. La señorita Zander apuntó los nombres en su cuaderno y volvió a exigir silencio.

—Ahora necesito propuestas para las actividades del día. Ya tengo programados los juegos y demás, pero quería saber si alguno de vosotros sabe leer el futuro o hacer retratos o cualquier otra actividad de entretenimiento que pueda ser del agrado de los huéspedes.

Se alzó un gran murmullo por el salón.

—Se os asignará una paga extra por Navidades en junio —anunció.

Violet levantó la mano.

—Clive Betts sabe hacer retratos.

—Gracias, Violet. Clive, ¿no ibas a decírmelo?

—No soy muy bueno, señora. —Evitó deliberadamente la mirada de Violet.

—No tienes que serlo, pero por favor, no insultes a los huéspedes haciéndolos parecer demasiado deformes.

Thora se ofreció voluntaria para echar las cartas y la señorita Zander le dijo que le daría un vestido de gitana de verdad, con lazos y campanillas. Otros se animaron y se ofrecieron para hacer todo tipo de cosas, desde galletas de la suerte hasta trenzas de espigas, y la señorita Zander fue apuntándolo todo en su libreta y les dijo que los llamaría a su despacho si necesitaba más información.

—Por último —dijo entre la agitación general, y esta vez le costó un poco más conseguir que se callaran—, estáis todos invitados a la fiesta de Navidades en junio. Los turnos de trabajo saldrán mañana. Todos tendréis turnos cortos para poder participar por lo menos una hora en las actividades. Por supuesto, la cena será solo para los huéspedes, pero las actividades están abiertas a todos. Consideradlo mi forma de daros las gracias antes de las vacaciones de invierno.

Se alzaron vítores y un enorme aplauso inundó el salón.

—Silencio, silencio —dijo la señorita Zander con las palmas hacia arriba—. De esta invitación se deriva una gran responsabilidad. Seréis embajadores del hotel. Vestiréis vuestros uniformes. No podréis tocar el alcohol. Seréis educados y estaréis con los huéspedes, pero no podréis coquetear con ellos, ni pedirles dinero ni contarles ningún tipo de confidencia. Comportaos siempre como si yo estuviera detrás de vosotros con esta cara. —La señorita Zander frunció el entrecejo con una expresión tan encolerizada que todos se echaron a reír, incluso ella.

—¿Alguna pregunta?

Felicidad y silencio.

—Muy bien. Estoy deseando celebrar ese día con todos vosotros.

Myrtle cogió a Violet de la mano.

—¡Qué emoción!

Violet no dejaba de darle vueltas a la advertencia de la señorita Zander. «Estaréis con los huéspedes, pero no podréis coquetear con



ellos». Cómo deseaba que su relación con Sam fuera de dominio público, no tener que esconderse ni mentirle a nadie. Le gustaría poder ponerse un traje de noche y esperar la cena con él. Pero llevaba dos noches sin abrirle la puerta. ¿No había visto el grabado? ¿O lo había visto y le daba igual? Había leído sus cartas una y otra vez, buscando respuestas a preguntas que no lograba articular. Estaban llenas de promesas, pero empezaba a dudar que él fuera capaz de mantenerlas; promesas que él le había hecho con excesiva superficialidad y a las que ella se había agarrado con excesiva desesperación.



Aquella noche, cuando Violet estaba acurrucada en la cama, rumiando su miseria a solas mientras Myrtle trabajaba, se oyeron unos suaves golpes en la puerta. En cuanto abrió, Sam la estrechó entre sus brazos.

—Lo he encontrado —dijo—. He encontrado tu maravilloso regalo. Eres fantástica. Pedí una señal. Dije: «Dios mío, si todavía me quiere, mándame una señal» y allí estaba, tallada en la roca.

Violet se había echado contra su pecho y oía los latidos de su corazón.

—Nunca he dejado de amarte. —Se enderezó y miró arriba y abajo con gestos nerviosos. Myrtle tardaría unas horas en volver, pero las camareras de piso podrían pasar por allí—. ¿Por qué has bajado?

—Como no te he visto trabajando en el turno de la cena, he pensado que podrías estar aquí. Me he inventado una excusa para levantarme de la mesa y... Oh, Violet, Violet. —Le cogió las manos y Violet notó que estaban húmedas y pegajosas—. Todo ha ido mal. —La boca y la barbilla le empezaron a temblar y Violet se dio cuenta de que estaba a punto de echarse a llorar.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué ha ido mal? —Su

cambio de humor y comportamiento fue tan repentino que la asustó—. ¿Quieres entrar?

—No, quiero que vengas conmigo. Podemos salir a dar un paseo.

—¿Por los acantilados? Está demasiado oscuro, sería peligroso.

—No, para ir al pueblo. Te lo explico por el camino.

Violet dudó y él le apretó las manos con más fuerza.

—Confía en mí, amor mío, confía en mí. Nadie más lo hace. No podría soportar que tú también dudaras de mí. —Estaba pálido y tembloroso.

—No tienes buen aspecto. Tal vez deberías pasar y sentarte.

—No estoy bien, Violet. No estoy bien. Tengo que ir a ver a un amigo y necesito que vengas conmigo. Lo he intentado, lo he intentado de verdad. Pero después llegó el fantasma y lo echó todo a perder. Ayúdame. ¿Quieres ayudarme?

A Violet se le partió el corazón.

—Pues claro, claro que sí. ¿Qué tengo que hacer?

—Ponte el abrigo. Acompáñame.

Violet descolgó de detrás de la puerta el abrigo, la bufanda, el sombrero y los guantes.

—¿No tendrás frío? —le preguntó.

—No noto el frío. Solo noto la necesidad.

—Tenemos que salir por separado —dijo Violet—. ¿Por qué no vas a por tu abrigo y nos vemos fuera?

—Sí, sí. Gracias, Violet. Tú me entiendes. Tú sabes lo que hay que hacer. Sabía que podía contar contigo. Nos vemos fuera. Voy a coger mi... No puedo. Me da miedo subir allí.

Violet miró por la habitación, cogió la colcha de su cama y se la echó por los hombros.

—Ve. Nos vemos en la esquina en dos minutos. No te desesperes, Sam. Sea cual sea el problema, yo te ayudaré. Te quiero.

—Te quiero.

Lo vio cruzar el pasillo y desaparecer por las

escaleras con la colcha sobre los hombros. El corazón le martilleaba en el pecho. ¿Qué le pasaba? ¿A qué se refería con lo de los fantasmas y con que todo se había echado a perder? Los segundos pasaban con una lentitud agonizante. Después salió a toda prisa, le dijo a Alexandria que iba a dar una vuelta y salió a enfrentarse al frío de la noche.

Sam apareció por detrás de un pino y la sobresaltó.

—Me has asustado.

—Vamos a ver a un amigo —le dijo—. Se llama Malley.

Sam echó a andar a toda prisa, pero la colcha se le estaba resbalando de los hombros y tuvo que pararse para ponérsela bien.

—¿Dónde vive?

—Al otro lado de las vías del tren, a una o dos manzanas de la casa donde vais a bailar. Violet, él me vende el opio. No te importa, ¿no?

—Lo que me importa es que te tranquilices.

¿Por qué dices que todo se ha echado a perder?

¿El qué?

—Lo he intentado... Lo he intentado de verdad, por ti. Y por Flora. Pobre Flora.

—¿Qué has intentado?

—Dejar de fumar. Pasé de veinte pipas a diez. Y después a ocho. Violet, nadie me ha inspirado tanto como para bajar a ocho al día. Eres un ángel, una diosa. —Violet no estaba de humor para sentirse complacida por un halago como ese. Estaba preocupada y helada—. Pero no es suficiente. Me arden las entrañas. Me quema por todas partes, pero no me quema la piel, es debajo, en la carne que no se ve. Y he empezado... a sentir cosas. Cosas que no me gustan. Oigo pasos y creo que es él, que viene del vestíbulo, empapado y azul.

—¿Pero qué horror! ¿De qué estás hablando?

—El suicida. Los que se suicidan no descansan en sus tumbas. Por eso hasta el siglo pasado los ataban en las tumbas para que no se escaparan.

Aunque Violet no creía en nada de eso, un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Se esforzó por mantener la calma y hablar de modo racional.

—Sam, nada de eso es real. Eres demasiado sensible.

—Sueño con él una y otra vez. Lo veo en la bañera, lo veo en el agua con los ojos cerrados y el pelo flotando a su alrededor. No puedo dejar de soñar con él y creo que viene a por mí porque estoy intentando dejar de fumar. Me quedaba un poco de opio. Creía que iba a ser el último que fumara, pero no puedo dejarlo. ¿Lo entiendes, Violet, mi amor? No puedo. —Levantó las manos y se las puso delante de la cara como si fuera una jaula—. Sin él, el mundo es una pesadilla. Todo es una puñalada. Es como si todo lo bueno que hay en el mundo me fuera ajeno, como si estuviera prohibido para mí. Los fantasmas me persiguen. Las pesadillas me persiguen. Oh, Violet, no me obligues a dejarlo.

Violet se le acercó y volvió a ponerle la colcha

sobre los hombros.

—Nunca te he pedido que lo dejes, Sam.

Sam siguió caminando unos pasos en silencio.

—Es verdad, nunca me lo has pedido —dijo de pronto.

—No me gusta verte sufrir así. Vamos a ver a tu amigo, a ver qué nos dice. ¿Es médico?

—No, es un delincuente. Lo sabes, ¿no? ¿Que el opio es ilegal? ¿O no sabes nada del mundo, ni siquiera eso?

Aquello le dolió.

—Creo que no sé mucho de nada. ¿Es peligroso?

—Lo que ves —dijo—. Pero solo si lo dejas.

Violet no sabía qué pensar ni qué decir, pero el instinto de aliviar a Sam era más fuerte que ninguna otra cosa. Siguieron caminando a toda prisa por la negrura, mientras el viento se levantaba y arrancaba las últimas hojas de los robles y soplabá entre los pinos. No tardaron en llegar a una casa con un sofá en el porche y dos



faroles chinos a los lados.

—Esta es la casa de Malley —dijo, al tiempo que las piernas dejaban de temblarle—. Malley ahuyentará a los fantasmas.

Subieron los escalones, llamaron a la puerta y esperaron en la oscuridad. Violet empezaba a temer que Malley no estuviera en casa, pero en ese momento la puerta se abrió y apareció, sonriéndoles a los dos.

—Samuel —dijo—. ¿Quién es esta preciosidad?

—Es Violet. Es preciosa, pero no le des ninguna de tus porquerías, ¿entendido? Está limpia y así va a seguir.

—No se me ocurriría. Pasad.

Malley era alto, delgado, con barba y el pelo recogido en una cola de caballo, y llevaba algo parecido a un pijama de seda roja. Violet no sabía dónde mirar. La casa era muy pequeña y olía raro —un aroma empalagoso impregnaba el ambiente decadente—, y estaba repleta de objetos asiáticos:

grabados de madera, vasijas, jarrones, tapices de seda y unas pipas de opio, lámparas, punzones y tijeras como los que Sam tenía en su habitación. Con un gesto les indicó que se sentaran en el suelo, donde había una alfombra gruesa y un montón de cojines esturreados.

—Estoy mal —le dijo Sam—. He intentado reducir...

—Pero el dragón ruge. Ya lo sé, me he dado cuenta al verte.

—¿Puedo fumarme una pipa aquí? Necesito... olvidarme de todo.

—¿Olvidar? Entonces tengo una cosa para ti. Te va a encantar.

Malley se fue a la habitación contigua y allí se quedó una eternidad mientras Sam esperaba sentado al lado de Violet, temblando y estremeciéndose, hasta que por fin volvió con una especie de estuche de piel verde. Cuando lo desplegó, apareció un juego de lo que parecía ser instrumental médico.

—¿Qué es eso? —preguntó Violet preocupada.

—El camino más fácil para llegar al cielo — dijo Malley—. Se llama heroína. Es muy parecido al opio que se fuma, pero esto... va directamente a la sangre inyectándolo con una jeringa.

Parecía peligroso. Violet estaba a punto de protestar cuando vio que Sam estaba deseando probarlo.

—¿Ahuyentará a los fantasmas?

Malley sonrió, enseñando dos dientes de oro.

—Los echará de tal forma que les dará miedo volver.

Violet observó a Malley mientras preparaba la solución y la jeringa, y sujetó a Sam cuando Malley le inyectó la sustancia en el brazo. Sam se inclinó sobre ella y Violet sintió cómo la tensión salía de su cuerpo, que se volvió más flojo y pesado.

—¿Estás bien? —le susurró al oído.

—Tumbate —contestó, y ella se recostó a su lado y le acarició la cara—. Mi preciosa Violet.

—Parece que estás mucho más tranquilo —le dijo.

—¿Podemos dormir un poco?

Pero antes de que pudiera contestarle, Violet lo vio sumirse en su propio mundo, dejando atrás los horrores y sus fantasmas. A juzgar por la expresión de reposo y serenidad de su rostro le parecía imposible que media hora antes hubiera estado temblando en la puerta de su habitación. Intentó que su serenidad la tranquilizara a ella también, por más que en su corazón hubieran anidado muchos otros temores.

## CAPÍTULO CATORCE

Violet reanudó sus visitas a la habitación de Sam en plena noche, pero un día sí y otro no. «Es el precio que hay que pagar por el amor prohibido — dijo él cuando por fin aceptó que Violet necesitaba descansar—. Momentos robados».

Las noches en las que ella no iba a verlo, Sam se dedicaba a escribirle cartas de amor furiosamente apasionadas que después le dejaba debajo de la almohada poniéndoles encima un pañuelo de papel o caramelos o alguna piedra bonita que hubiera encontrado.

Volvió a fumar libremente, e incluso más para compensar el tiempo perdido. Violet le preguntó si iría a ver a Malley para que le pusiera otra

inyección y se sintió aliviada cuando él le dijo que prefería su pipa a las agujas y que ya tenía suficiente opio para algún tiempo. Le dijo que su temor al fantasma del suicida había pasado, pero se lo dijo con un tono que a ella le pareció de falsa valentía, y además seguía negándose a usar el baño en el que el hombre se ahogó. El malestar y los dolores se esfumaron, dejando paso a una sensación de serenidad que lograba transmitir a todos los que lo rodeaban. Pero también cambió algo más: perdió todo el interés por el mundo exterior, como si su ánimo se hubiera entorpecido. Ella seguía deseándolo tanto como antes, pero a veces tenía que convencerlo para que la tocara. Violet empezó a sentirse incómoda durante sus encuentros, al tener que quitarse la ropa ella sola e insistir hasta que lograba sacarlo de su ensimismamiento y hacerle entender que ella necesitaba sus caricias.

El día antes de las Navidades en junio, Violet llegó a su habitación a la una de la mañana y se lo

encontró sentado en el suelo, rodeado de libros abiertos.

—Mira esto, Violet —dijo—. Es lo que mi hermana me ha regalado por Navidad. Es precioso, ¿verdad? Ven, siéntate.

Violet se sentó y lo escuchó mientras él indicaba los sitios que había visitado en China, los lugares de África que le gustaría conocer y todas las granjas y fincas que su familia tenía en Inglaterra y Gales.

—¿Hay algún sitio al que te gustaría ir? —le preguntó.

—A París, creo.

Sam cogió el libro de los mapas de Francia y le enseñó París, señalando dónde habían levantado la torre Eiffel y describiéndole las diferentes características de cada distrito.

—Te llevaré algún día —le prometió— y así podrás verlo con tus propios ojos.

Ella le dio un beso y él la agarró, la empujó sobre el mapa e hicieron el amor en París. Violet

cerró los ojos y dejó correr la fantasía como si de verdad estuvieran allí, imaginándose el olor del Sena y el sonido de los acordeones que le había descrito Sam. Después se sentaron a ver otros mapas, acariciando lugares y rutas, trazando sueños que esperaban cumplir juntos algún día. Sam estaba contentísimo, como un niño pequeño al ver su regalo cuando se despierta el día de Navidad.

A las cuatro de la madrugada, Violet volvió agotada a su habitación. Se quitó el vestido, se puso el camisón y se metió en la cama. Lo último que se esperaba era la voz de Myrtle en la oscuridad.

—¿Dónde has estado?

Estaba demasiado cansada para inventar una buena excusa.

—En ningún sitio —dijo.

—¿Y también estuviste en ningún sitio ayer por la noche? ¿Y antes de ayer?

—No voy a ninguna parte en especial.



Últimamente no consigo dormir bien, y salgo para darme una vuelta.

—Cuando vuelves hueles a opio. ¿Estás fumando opio?

—¡Pues claro que no! ¿Y tú cómo sabes cómo huele el opio?

—Porque todos lo hemos olido en la habitación del señor Honeychurch-Black.

Violet no contestó. Los latidos del corazón le retumbaban en los oídos.

—No quiero que te metas en ningún lío —continuó Myrtle.

—No pasará nada si no se lo dices a nadie.

—No me refiero a eso —repuso Myrtle—. Estoy hablando de otros problemas. Los que tienen las mujeres que no son precavidas con los hombres.

—¡Cómo te atreves! —exclamó Violet—. ¿Qué estás pensando de mí? —Se sintió avergonzada e ingenua.

—No quiero ofenderte, solo quiero avisarte.

Soy tu amiga, Violet. La semana que viene ya no estaré aquí, así que tengo que decírtelo ahora. Sé que os estáis viendo. Sé que te deja notas. Lo vi dejarte una debajo de la almohada. Se fue enseguida, pero no soy tonta. ¿Te ha dicho que te quiere?

Violet no contestó. Se sentía expuesta, enfadada e indefensa.

Myrtle continuó.

—Aunque te quiera de verdad, no puede hacerlo. A un hombre como él no se le permite casarse con una mujer como tú. Tú no eres nadie. Los hombres como Samuel Honeychurch-Black se casan con mujeres ricas, hijas de barones, damas que han estudiado y que saben cómo es el mundo. No se casan con mujeres como tú y como yo, Violet. Es un hecho. Así es la vida.

—Tú no sabes nada sobre él. Ni sobre mí. Ni sobre nosotros —explotó Violet.

—Te puedes enfadar todo lo que quieras —replicó Myrtle—. Me da igual. No te estoy

diciendo esto para sentirme superior a ti. Te lo estoy diciendo porque por algún motivo no has sido capaz de pensarlo tú sola.

Violet se giró hacia el otro lado y se tapó con las mantas.

—No escucho ni una palabra más —dijo.

—Me da igual. Yo ya te he dicho lo que te tenía que decir.

Myrtle dejó de hablar y se quedó dormida enseguida.

En cambio, Violet no pudo pegar ojo hasta el amanecer. Pero no porque estuviera enfadada con Myrtle, sino porque temía que todo lo que le acababa de decir fuera verdad.



Violet había pasado toda su vida en Sídney y alrededores, donde las Navidades eran una época de sol y calor. Desde luego, sabía que había Navidades frías porque todas las postales y

decoraciones natalicias eran así, pero hasta entonces siempre le había parecido una forma remota e imposible de vivir la Navidad. Sin embargo, cuando entró en el salón en el que se celebraban las Navidades en junio, le encantó el ambiente típico del frío. El amplio salón solía albergar exposiciones temporales de arte y celebraciones sociales, aunque en realidad era un enorme vivero que se extendía a lo largo del ala este, por la zona que daba al valle. Aunque los cristales habían contribuido a acumular el calor del sol matutino, se habían encendido dos chimeneas que chisporroteaban alegremente. De las repisas del techo colgaban unas coronas de flores y yedra, y del techo, unas guirnaldas de papel. Entre las dos chimeneas había un árbol de Navidad enorme —uno de los abetos más jóvenes del vivero—, adornado con bolas de cristal y brillantina y figurillas de ángeles hechas a mano. A través de los cristales, Violet contempló el día invernal. La escarcha acordonaba los setos que

quedaban a la sombra y el viento mecía las ramas deshojadas del arrayán del jardín. Un trío de cantantes tocaban campanillas e interpretaban villancicos, y aunque sabía que no era Navidad, Violet se dejó llevar por el ambiente natalicio.

Le tocó trabajar en el primer turno, de forma que enseguida empezó a pasearse con unas enormes bandejas de plata llenas de galletas con forma de estrella y porciones de tarta de fruta helada rellena de mazapán. Algunos huéspedes se reunían delante de la chimenea y la mesa del té y se intercambiaban pequeños regalos entre risas y charlas con las mejillas sonrojadas por el frío y el fuego, mientras otros se acercaban a las tres actividades que estaban teniendo lugar en varios puntos del salón. En la esquina del fondo, bajo un árbol cuyas ramas abiertas caían implacablemente sobre el cristal, se encontraba Clive con su caballete, dibujando retratos; en otra esquina, cerca de la chimenea, estaba Thora con su vestido de gitana echando las cartas, y delante de unas

estanterías, uno de los botones estaba tallando diminutos duendes de madera. Violet se concentró lo más que pudo en el trabajo, pero seguía esperando ansiosamente la llegada de Sam. Había dicho que iba a ir. Pero, entonces, ¿dónde estaba? Su hermana estaba allí, delante de un árbol, con su prometido y sus amigos. Flora llevaba un bonito vestido de seda y encaje. No parecía feliz, por lo que Violet se preocupó inmediatamente, pensando que quizá su hermano estaba enfermo o tenía algún problema.

En ese momento la puerta se abrió y apareció Sam, algo desorientado pero atento, lo cual era buena señal: tal vez significaba que no había fumado. Violet mantuvo la cabeza gacha, pero al cabo de unos instantes él se le acercó para coger un dulce y le sonrió con ternura.

—¿Lo has hecho tú? —le preguntó.

—No. No se me da bien cocinar —respondió.

—Tendremos criados —murmuró Sam.

Violet se sonrojó de contento, pero después

recordó su lugar: por el momento, ella era la criada. Siguieron cada uno por su lado para no llamar la atención, y Violet retomó el trabajo, llevando el aperitivo y las bandejas con la comida de Navidad del salón a la cocina a través de un larguísimo corredor. Entró y salió de aquellos ambientes caldeados hasta que su pobre cuerpo ya no sabía si temblar o sudar. Pero luego, cuando los platos de pan, tartaletas, rosbif, patatas y coliflor ya estaban fuera, acabó su turno y por fin pudo volver al salón para sentarse, disfrutar de los villancicos y comer algo.

La fiesta continuó después del almuerzo. A pesar de que la señorita Zander les hubiera permitido unirse a los huéspedes, estaba claro que estos no estaban particularmente interesados en los empleados. Violet vio que Myrtle estaba hablando con Miss Sídney, y Alexandria con Cordelia Wright, la cantante de ópera, pero los demás trabajadores estaban riéndose y charlando entre ellos. Violet no quería unirse al grupo —quería

estar libre para escaparse en cualquier momento si Sam la necesitaba—, de forma que se dedicó a deambular por el salón, parándose a contemplar el fuego o las decoraciones del árbol.

Vio que Sam y Flora se habían acercado a Clive para verlo dibujar los retratos. Tuvo una sensación extraña: quería acercarse y unirse a ellos, pero le daba vergüenza. Cuando Sam y ella estaban juntos, solía ser en horas y sitios insólitos.

Pero Clive era un viejo amigo, ¿no? Podía acercarse y hablar con él, verlo pintar. Es verdad que había dicho que ya no eran amigos, pero estaba segura de que ya se le habría pasado el disgusto. Sabía que se estaba mintiendo a sí misma, pero no le importaba. Suspiró profundamente y se encaminó hacia la esquina del vivero de cristal. La luz se reflejaba en los cabellos rubios de Clive, que estaba totalmente concentrado en su caballete. Enfrente tenía a Lady Powell, sentada en un sillón recamado. A espaldas de Clive y dejando una prudente distancia entre



ellos, Violet se unió a Sam y Flora, que estaban observando cómo iba apareciendo el dibujo en el lienzo.

¡Qué bien pintaba! Violet no sabía que pudiera hacerlo tan bien. Ella solo lo había visto dibujar árboles, edificios y bandejas de fruta, pero aquel retrato de Lady Powell capturaba todo su porte altanero y la mirada brillante e inteligente de sus ojos. Tuvo que contener una exclamación de sorpresa, pero al hacerlo Sam y Flora notaron su presencia.

Sam la miró y sonrió. Flora la miró y frunció el ceño.

—Pinta muy bien, ¿verdad? —dijo Sam.

Aquello hizo que Clive mirara hacia atrás, pero entonces vio a Violet e inmediatamente volvió a dirigir la vista al lienzo.

—Sí —dijo Violet—. Estoy impresionada.

Clive ignoró el cumplido, terminó algunas sombras del dibujo y sacó el retrato del caballete.

—Aquí tiene, Lady Powell —dijo

educadamente.

Lady Powell cogió el dibujo y lo analizó con la punta de nariz apuntando hacia el suelo. Las comisuras de los labios formaron una sonrisa.

—Bien hecho, señor Betts —dijo.

Clive hizo un gesto de asentimiento y ella llamó a Lord Powell, que le puso a Clive un puñado de chelines en la mano a pesar de sus protestas. Flora se alejó, pero Sam se quedó junto a Violet. Aunque estaban a algunos centímetros de distancia, Violet notaba el magnetismo de su cuerpo.

Clive volvió a sentarse y miró a Sam.

—Señor Honeychurch-Black, ¿quiere que le haga un retrato?

—Me encantaría, señor Betts —dijo Sam—. Pero no de mí. De Violet.

—No, no —replicó Violet mirando nerviosamente a su alrededor.

—Se supone que solo puedo hacer retratos para los huéspedes —dijo Clive.

—Y eso harás. Es para mí. Me quedaré con el

retrato para tener un recuerdo de mi camarera favorita.

—No, señor Honeychurch-Black. De verdad, insisto... —empezó a decir Violet.

—No, soy yo el que insiste —rebatí Sam levantando la voz, por lo que llegó la señorita Zander y a Violet no le quedó ninguna duda de que iba a perder su trabajo.

—¿Cuál es el problema? —quiso saber la señorita Zander.

—Quiero que su artista dibuje a Violet —explicó Sam—. Quiero verlo pintar.

—Entonces podría hacer un retrato de su hermana —sugirió la señorita Zander sin darle mayor importancia.

—Pero yo quiero que la dibuje a ella. Ya le he visto pintar señoras elegantes. Ahora quiero que dibuje a una camarera. Quiero ver si es capaz de captar algún tipo de dignidad o compostura en alguien de su propia clase.

A Violet se le clavaron aquellas palabras en la

piel. No a una señora elegante. A una camarera. De su propia clase. Sabía que lo había dicho para que la señorita Zander no sospechara nada, pero era verdad y ambos lo sabían.

—Muy bien, señor Honeychurch-Black —dijo la señorita Zander, consciente del interés que parecía estar provocando aquella conversación—. Violet, siéntate. Clive, sigue con tu trabajo, por favor.

Violet se sentó en el sillón a su pesar, un poco ruborizada y avergonzada a causa de los huéspedes que se habían acercado a ver pintar a Clive, pero en parte también orgullosa porque estaba destacando del resto de los empleados. De todas formas, mantuvo la mirada baja hasta que Clive le dijo:

—Violet, tienes que mirarme.

Levantó la mirada. Y al cruzar la de él vio tanta tristeza en sus ojos que le dio un vuelco el corazón. Recordó lo que le dijo cuando ella le preguntó por qué no la había pintado nunca:

«Porque una hoja es demasiado pequeña e insignificante para plasmarte en ella». ¿Estaría pensando eso en aquel momento, mientras sus ojos analizaban su cara?

—Mantén la cabeza alta, por favor —le pidió. Se concentró en el lienzo y empezó a pintar.

Violet miró a Sam, que estaba con la espalda apoyada contra el cristal, sonriéndole abiertamente. Ella le devolvió la sonrisa. Seguro que todos los que estaban viéndolos en aquel momento se daban cuenta de que estaban enamorados. ¿Era un secreto a voces? A lo mejor todos lo sabían y a nadie le importaba. Relajó el pecho y la espalda y la sangre le corrió más libremente por las venas. Estar enamorada, con un amor correspondido, era la felicidad en estado puro.

Una pequeña multitud se congregó alrededor del caballete; la mayoría, huéspedes. Pero Belle, la limpiadora, se acercó a Sam, se volvió hacia él y le dijo algo —Violet supuso que sería un simple:

«Feliz Navidades en junio, señor Honeychurch-Black»—. Él no le contestó. Hizo como si no la hubiera oído, y entonces Belle le puso la mano en el brazo un instante para llamar su atención. Sam se echó hacia atrás y le dirigió una mirada de desprecio que Violet no habría creído posible si no la hubiera visto con sus propios ojos. Belle bajó la mirada y se marchó, y Sam les dijo a los huéspedes:

—Vamos a dejar que el señor Betts trabaje tranquilo. —Y se fue. Violet se entristeció. Los demás se alejaron también, dejándolos solos a Clive y a ella en la esquina del vivero.

—Mira hacia delante, Violet.

Hizo como él le pedía, sintiendo los latidos del corazón. El silencio se hizo aún más tirante debido a las palabras que no se podían decir.

Por fin, Clive habló.

—Parece que el señor Honeychurch-Black se ha encariñado mucho contigo.

A Violet no se le ocurría qué contestar. Paseó la

mirada por todas partes, pero no vio a Sam.

—Supongo que le gustará el retrato —continuó Clive—. Creo que he conseguido plasmar algo de dignidad, a pesar de tu baja condición social —dijo sin un amago de sonrisa. Quería avisarla. O herirla—. Los ojos al frente —repitió en un susurro.

—Sam es un hombre encantador —dijo Violet a la defensiva.

—Y tú lo sabes bien, ¿verdad?

—Sí, lo sé.

—Entonces no interferiré.

Pasaron los minutos. Los villancicos volvieron a empezar y la música fue de gran alivio para el largo e incómodo silencio. Violet quería mirar a su alrededor para ver si Sam había vuelto, para ver qué estaba pasando, pero Clive la tenía clavada en el sitio. Se preguntó si Clive estaría tardando tanto a propósito, pero después se acordó de que cada retrato le había llevado una media hora y todavía no había pasado ni la mitad del tiempo desde que

se sentó. Hacía demasiado calor.

Por fin, Clive se recostó en la silla.

—Ya está —anunció.

Violet forzó una sonrisa.

—¿Puedo verlo?

—Sí, pero no puedo dártelo. Es del señor Honeychurch-Black.

—Por supuesto.

Se levantó y se quedó detrás de Clive, mirando el retrato por encima de su hombro. Había visto fotografías que le habían hecho de vez en cuando, y siempre le habían sorprendido porque nunca aparecía como ella creía que iba a salir, pero aquel retrato... era distinto. Tenía la suavidad de las mejillas y la franqueza de la mirada que ella se veía en el espejo.

—Es muy bueno, Clive —dijo—. Gracias.

—No me des las gracias a mí, dáselas a tu patrón. Ah, ahí viene.

Clive se levantó y sacó el lienzo del caballete al tiempo que Violet vio acercarse a Sam. Al pasar



a su lado notó el olor del opio. Así que eso era lo que había estado haciendo.

—Ah, muy bien, muy bien —farfulló contemplando el retrato, y se lo metió debajo del brazo—. Bien hecho, señor Betts. No tengo monedas para la propina.

—No hace falta, señor. Me pagan muy bien por mi trabajo. —La nota de orgullo de su voz pasó inadvertida para Sam.

—Perfecto, entonces. —Se volvió hacia Violet e hizo una ligera inclinación—. Gracias, señorita Armstrong. Eh... hasta pronto —se despidió, y volvió a salir rápidamente del vivero.

—Parece que tiene prisa —dijo Clive con la cabeza gacha mientras colocaba otro lienzo en el caballete.

Violet entrecerró los párpados, dispuesta a replicar. Pero después se lo pensó mejor. Clive estaba celoso, nada más. Se alejó en dirección a la chimenea, donde estaban Thora con su absurdo vestido de gitana y Myrtle comiéndose una galleta

con forma de árbol de Navidad. No le preguntaron por qué había posado para Sam y ella se alegró de no tener que inventarse más excusas.



Flora vio salir a Sam con el retrato debajo del brazo y deseó poder irse ella también. Se quedó sola en una esquina, enfrente del hombre de aspecto afable que estaba haciendo retratos. Aquel día se había convertido en una tortura. Estaba atrapada con Tony y sus amigos y el presumido de Karl, que había llegado después del almuerzo. El que los empleados se hubieran unido a la fiesta había despertado en ellos todo su engreimiento y no paraban de hacer comentarios sarcásticos y despectivos. Si algún empleado se les acercaba, ellos le sonreían educadamente y le hacían cumplidos como si fueran los más amables del mundo, pero en cuanto el otro se daba la vuelta, empezaban a reírse disimuladamente y a cotillear

de mala manera. Flora estaba hastiada de todo aquello. Al principio se había sentido a gusto con Sam, pero no había durado más que un momento porque en cuanto vio a Violet se volvió hosco y beligerante. Así pues, llevaba casi todo el tiempo sola, fingiendo que disfrutaba oyendo a los cantantes de villancicos o intentando intercambiar unas palabras con Cordelia Wright.

—El frío es revitalizante —estaba diciendo Cordelia mientras despegaba una cereza de una galleta y se la metía en la boca—. Dicen que va a nevar. Me encanta la nieve.

¿Iba a nevar? Entonces no conseguiría sacar a Sam de allí. Aquel frío no tenía nada que ver con las Navidades que le gustaban a ella. Las Navidades consistían en disfrutar del sol, de cielos tan despejados que te dolían los ojos, de la hierba que se mece llevada por la brisa y el canto de las cigarras; las Navidades eran las visitas de los familiares, cordero asado y pan con aceitunas en el porche enorme que sus padres tenían en la

parte de atrás de la casa de campo, y bizcocho con brandi de postre. ¿Cómo iban a ser las próximas Navidades, las Navidades de verdad? Casada con Tony, viviendo en la ciudad, rodeada de sus insoportables amigos.

¿Dejaría de ver a las otras mujeres? Ni siquiera pensando era capaz de articular la palabra *prostituta*.

Estaba deseando irse de allí y al final se le ocurrió fingir un terrible dolor de cabeza.

—Lo siento, señorita Wright, pero creo que el aguardiente me está dando dolor de cabeza... —dijo mientras se separaba ligeramente de la pared de cristal.

—Ay, pobre. Necesitas un poco más de práctica. —Cordelia le guiñó un ojo y la dejó sola.

Flora estaba a punto de escapar cuando apareció Tony, rodeado de su inaguantable séquito.

—¿Te vas? —le preguntó abriendo las manos y ofreciéndole una de sus encantadoras sonrisas.

—No me siento bien.

—Hoy no hemos hablado apenas nada. Tengo un regalo de Navidad para ti.

Flora le sonrió y después miró a Sweetie y a Karl. Tony les hizo un gesto con la mano para que se fueran y se giró de nuevo hacia ella. Las sombras de la tarde se estaban alargando y el viento traqueteaba contra los grandes paneles de cristal. La luz había cambiado, y mientras la señorita Zander se afanaba en colocar lámparas por todas partes, Flora no pudo quitarse de encima la sensación de que la inminente oscuridad llegaría a ser significativa para ella. Tal vez fuera el estar a solas con Tony. Se daba cuenta de que ya no lograba ser ella misma cuando él estaba cerca. En su mente no dejaban de aparecer imágenes de Tony con otras mujeres, mujeres de expresión dura y sin ningún tipo de pudor. ¿Eso era lo que le gustaba a Tony, o prefería su dignidad, decoro y decencia?

Tony se le acercó y le dio un beso en la mejilla. Apestaba a alcohol.

—¿Me estás evitando?

—Tus amigos son unos bufones.

—Solo se están divirtiendo.

—No me gusta la diversión cuando es cruel.

Tony sonrió al tiempo que se metía la mano en el bolsillo.

—A lo mejor esto te alegra el día.

El estuche estaba envuelto en una cinta. Lo abrió. Sabía que debía conmoverse, y sin embargo se angustió. ¿Qué nivel de obligación se derivaba de un regalo tan caro?

Dentro del estuche había un collar de oro con una gran esmeralda rectangular en el centro.

—Es precioso —dijo intentando parecer entusiasmada.

—¿Te lo pongo?

—Mejor después. No quiero llamar la atención.

A Tony se le notó la irritación en la cara, pero no insistió en que se lo pusiera. Flora cerró el estuche y le sonrió.

—Muchas gracias.

Tony bajó el tono de voz.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Llevas toda la semana muy rara, ya no me miras como antes. ¿Qué te pasa?

Las palabras se le atascaron en la garganta. Se le nubló la vista, sin saber si debía decírselo, y entonces se le ocurrió: ¿y si Eliza se equivocaba? ¿Y si se lo había inventado por rencor? En el fondo, no la conocía muy bien, y la gente hace cosas muy raras por motivos más raros todavía. ¿Y si se lo preguntaba a él, y él la tranquilizaba porque no era verdad?

Flora se dio cuenta de que habían pasado varios segundos desde que Tony le hizo la pregunta. Se armó de valor.

—Eliza Fielding me ha dicho que ves... a mujeres de la noche... en Sídney.

Tony dio un respingo y Flora lo miró por última vez con ternura temiendo que aquella pudiera ser la última vez que lo hacía si todo iba mal.

—Son cosas de hombres, es normal —afirmó.

Los pulmones se le quedaron sin aire.

—Entonces, ¿es verdad?

—Soy un hombre de carne y hueso. Tengo mis necesidades, y tú no haces más que retrasar la boda. No puedo estar esperando indefinidamente. Es perfectamente normal.

Flora notó los sollozos que le subían por el pecho, pero no iba a llorar. No allí, en público. Intentó pasar por delante de él, pero Tony se lo impidió.

—No me juzgues por esto, Flora. Podría haberlo negado y, sin embargo, te he dicho la verdad. Todos los hombres lo hacen. Sweetie también.

Flora pensó en lo que le había dicho Will Dalloway: «Yo, desde luego, no».

—Me voy. Déjame.

—No te pongas histérica. Los hombres y las mujeres somos muy diferentes.

Flora se quitó las manos de Tony de encima, pero se paró un instante delante de él.



—¿Dejarás de hacerlo?

—¿Cuándo?

—Ya. Quedan pocos meses para la boda y yo... no lo voy a permitir, Tony. O dejas de hacerlo o se cancela la boda.

Tony miró hacia otro lado.

—Está bien. Lo dejaré.

Lo había conseguido, pero ¿por qué no se sentía mejor?

—También tendrás que ir al médico para que te haga pruebas de... las enfermedades que hayas podido coger.

—Estoy sano —protestó.

Pero Flora se limitó a encogerse de hombros mirándolo con frialdad.

Tony suspiró, relajando los hombros.

—Sí, sí, está bien, pero tengo que decirte que no me esperaba que tuvieras tanto carácter.

Flora notó una contracción nerviosa en la comisura de los labios.

Tony intuyó que se estaba tranquilizando.

—Me alegro de que nos casemos ya —aseguró Tony.

—Tendremos una buena vida juntos, Tony, pero me espero un comportamiento impecable por tu parte.

—Así será, te lo prometo.

—Gracias por el collar, de verdad. Gracias, es precioso.

Tony la cogió por la cintura con suavidad y ternura y la atrajo hacia él mientras le acariciaba el pelo.

—Lo siento, amor mío, no pretendía hacerte sufrir.

Flora se arrepintió de haberle contado a Will sus problemas con Tony. No era justo que supiera tanto sobre su vida personal y sus sentimientos. Tenía que mantenerse alejada del médico.

—Feliz Navidad —le dijo al oído.

—Feliz Navidad, Flora.

## CAPÍTULO QUINCE

El cierre del Evergreen estaba previsto para el uno de julio y en la planta de los empleados había un gran ajetreo. Las habitaciones y pasillos estaban llenos de gente empaquetando y sacando sus cosas. El humor era muy variable, pasando de las bromas a la angustia según la situación de cada uno, si tenían un lugar adonde ir de vacaciones o a trabajar hasta que llegara de nuevo la primavera.

Myrtle estaba muy animada. Mientras hacía la maleta le contó a Violet que iba a ir a visitar a su hermana al norte de Queensland, donde hacía un tiempo suave y agradable y la playa solo estaba a diez minutos andando.

—Imagínate, tú vas a estar aquí en la nieve

mientras yo me baño en la playa —se regodeó Myrtle, y Violet tuvo que admitir que lo de irse a nadar a la playa sonaba muy bien.

—Puede que nieve.

—Pues yo nunca he visto nevar aquí, la verdad —dijo Myrtle mientras cerraba la maleta con un chasquido—. ¡Ah! —exclamó al pillarse el dedo.

—Pero mira que eres patosa, Myrtle.

—Sí, bueno —dijo mientras se chupaba el dedo —, lo que te iba a decir es que todo el mundo habla de una gran nevada, y del invierno más frío hasta ahora, así que me alegro de irme.

Violet le cerró la maleta.

—Toma. ¿A qué hora sale tu tren?

—Dentro de una hora, pero todavía tengo que limpiar los cajones y el armario. La señorita Zander ha insistido mucho en eso. No te puedes dejar nada aquí, ni un pelo.

Violet se puso a ayudarla a limpiar meticulosamente los cajones que Myrtle había usado durante todo el año.

—Estoy deseando ver cómo nos va a los pocos que nos quedamos aquí —dijo Violet—, aunque tendré que hacer las camas de la planta de las señoras todos los días.

—Bueno, pero serán pocas —repuso Myrtle—. No creo que se queden muchas.

—Supongo.

Myrtle volvió a meter el trapo en el cubo y siguió limpiando.

—Los Honeychurch-Black se quedan, ¿no? —preguntó como quien no quiere la cosa.

—Creo que sí —contestó Violet en el mismo tono, como si Sam y ella no lo hubieran celebrado apasionadamente cuando se enteraron de que iban a poder pasar otros dos meses juntos en un hotel prácticamente vacío.

—La señorita Honeychurch-Black es agradable, ¿verdad? Me parece muy amable y tiene ese aire... tan señorial.

—No sé. —Violet dejó de limpiar un momento y arrugó la frente pensando en lo que Sam le había

dicho: que Flora intentaría separarlos—. Me parece un poco mandona.

Myrtle se paró y la miró.

—No es mandona para nada. Le he servido la cena todos los días durante varias semanas y no se ha quejado por nada, es la más amable. —Myrtle dejó el trapo en el cajón y miró a Violet, y Violet supo que estaba a punto de lloverle un montón de críticas y advertencias.

Suspiró.

—Venga, di lo que tengas que decir —apremió Violet.

—La señorita Zander me llamó a su despacho, justo el día después de las Navidades en junio, para preguntarme si había alguna posibilidad de que me quedara a trabajar durante el invierno.

—¿Y?

—Le dije que no, y le pregunté por qué. Quise saber si es que estaba esperando la llegada de más huéspedes, pero ella negó con la cabeza y me dijo que solo era «una preocupación pasajera».

—¿Y qué significa eso?

—Pero ¿es que no te das cuenta, Violet? Las dos somos camareras. Quería saber si yo podía sustituirte. Lo que no sé es si abandonó la idea cuando le dije que no o si se habrá puesto a preguntárselo a todas las demás..., pero no es tonta. ¡Es la señorita Zander! Lo del retrato para el señor Honeychurch-Black... No se chupa el dedo.

Violet se puso nerviosa.

—¿Crees que sospecha algo?

—Pues claro.

—¿Me quedaré sin trabajo?

—No, todavía no. Ponte en su lugar. La señorita Zander quiere que sus huéspedes estén contentos, sobre todo los más ricos, y sabe que si te despide, al señor Honeychurch-Black no le va a hacer ninguna gracia. Pero cuando él se vaya, no quedará nadie para protegerte.

Violet enderezó la espalda.

—Sam me protegerá.

Myrtle apartó la mirada.

—¿Estás segura?

Violet asintió y Myrtle se puso a limpiar otra vez.

—Entonces no tienes que preocuparte por nada, ¿no? —dijo Myrtle.

Violet se tumbó en la cama. No, no tenía nada por lo que preocuparse. De todas formas, el trabajo en el Evergreen no duraría eternamente. Cuando terminara el invierno, y Sam resolviera los problemas con su familia, se comprometerían. O si no, volvería a Sídney para cuidar de su madre. Aunque esperaba que fuera lo primero, porque lo segundo sería un horror.

Se acordó de lo que Sam le había dicho: «Confía en mí, amor mío, confía en mí. Nadie más lo hace. No podría soportar que tú también dudarás de mí». No, no dudaría de él. Si seguían siendo discretos un poco más de tiempo, Violet no tenía nada que temer de la señorita Zander.

—Bueno —dijo Myrtle—. Ya está. Voy a tirar el agua del cubo y después... ¿me acompañas a la



estación?

—Sí, claro.

Fuera, el frío era cortante y a Violet se le estaban congelando las mejillas. Los demás empleados estaban en el andén, cotilleando y haciendo bromas, y Violet notó que muchos de ellos la miraban con recelo. Puede que ella hubiera sido el tema central de las últimas habladurías. Levantó la cabeza bien alta y no dejó que aquello le afectara; de hecho, casi se sentía orgullosa.

Cuando el tren estaba a punto de salir, Myrtle la abrazó con cariño.

—Adiós, Violet. Te escribiré.

—Ve a nadar por mí —dijo Violet a través de un mechón de pelo de Myrtle—. Me encantaría ir a nadar a la playa.

—Cuídate —le susurró Myrtle al oído—. Cuídate mucho. Tú vales mucho y no quiero que te pase nada malo.

Violet se esforzó por apartar el tono de

irritación de su voz.

—No me va a pasar nada —contestó—. Venga, vete. Y disfruta del invierno.

Esperó en el andén hasta que el tren se alejó. Se entristeció al pensar que ella también podría estar en el tren con Myrtle de camino al norte de Queensland, donde el sol calentaba las playas durante el invierno, y dejar todas las preocupaciones atrás. Pero después volvió a pensar en Sam, su mente y todos sus sentidos se llenaron de los recuerdos de sus encuentros nocturnos, y el deseo de volver a estar con él la hizo arder por dentro.



Pisadas que se movían constantemente arriba y abajo por las escaleras, voces de despedida, coches que se cerraban y motores que arrancaban. Fueron unos días muy ajetreados y todos los que podían trabajar lo hicieron. Violet incluso tuvo que

ponerse a llevar maletas, como un simple botones. Un hombre alto y gordo con expresión arrogante no soltó una palabra mientras ella intentaba tirar de sus dos maletas para meterlas en el coche. Pesaban una tonelada, pero el hombre no se dignó a darle las gracias. Clive, que también estaba ayudando aunque fuera su día libre, la vio en el último minuto y acudió en su auxilio.

—Gracias —susurró Violet—. Creía que se me iban a caer.

—Ayuda a las damas. La seda no pesa tanto —le dijo Clive con un guiño antes de volver a su trabajo.

Estaba agotada cuando la señorita Zander fue a llamarla para pedirle que limpiara las habitaciones de los huéspedes que se habían quedado vacías.

—Es el último día de Agnes —dijo la señorita Zander mientras tiraba con fuerza de una sábana y Violet quitaba la funda de la almohada—. Tiene que lavar y tender las sábanas, y quiero que tú las

recojas mañana y luego vayas a cambiar todas las sábanas de las habitaciones de los huéspedes que se quedan.

—Por supuesto. ¿Cuántas son?

—Son solo tres en la planta de las señoras y otras tres en la de los caballeros. Los señores Powell ocuparán la *suite* del piso de arriba. Sé que está por debajo de tus tareas, pero espero que lo hagas lo mejor que puedas. Tendrás que lavar y cambiar las sábanas, fregar el suelo, limpiar las alfombras, quitar el polvo y ocuparte de todo lo demás. El señor Betts limpiará los cuartos de baño. No debería llevarte mucho tiempo y habrá menos trabajo en el comedor con tan pocos huéspedes, así que no habrá paga extra.

—No pensaba pedírsela. —Violet ocultó su disgusto. Sí, había menos huéspedes, pero también menos personal. Tendría que servir el desayuno, la comida y la cena, además de limpiar las habitaciones y lavar las sábanas de seis habitaciones con agua hirviendo. Pero después

recordó que aquello era mejor que no trabajar en absoluto, y además estaría cerca de Sam.

De hecho, podría entrar en su habitación. Sin embargo, la emoción se le pasó al instante al pensar que solo se le permitía entrar para hacer la cama y limpiar cuando él saliera, así que se le ocurrió que podía imaginarse que estaban casados y que ella lo estaba cuidando como una buena esposa.

—Muy bien, toma —dijo la señorita Zander mientras le daba un montón de sábanas arrugadas y se las ponía en los brazos hechas una bola—. Ponlas en el carrito de ahí fuera.

Violet hizo lo que le pidió y salió de la habitación en el preciso instante en que Flora estaba saliendo de la suya con un sombrero de lana y un suntuoso abrigo de piel. Miró a Violet, clavándole la sorprendida mirada de sus ojos claros.

—Buenos días —farfulló Violet.

La señorita Zander estaba detrás de ella.

—Ahora vamos a llevárnoslas a... —Se detuvo y cambió inmediatamente la voz—. Ah, buenos días, señorita Honeychurch-Black. ¿Baja al pueblo?

—Sí, yo... —Flora se tocó el sombrero con gesto nervioso, bajó la mirada y se marchó sin terminar la frase.

—Es una mujer encantadora —dijo la señorita Zander—, de tan buena familia y tan cabal.

Violet metió las sábanas en la bolsa del carrito sin decir nada, sintiéndose indigna y servil.



Salió de la cama exhausta a medianoche y subió lentamente las escaleras hasta la habitación de Sam. Estaba decidida a conseguir algún tipo de promesa sobre cuándo pensaba preguntarle a su padre si podían casarse. La incertidumbre la estaba matando. Abrió la puerta y se lo encontró sentado en la cama, fumándose su pipa. Debajo de

la lámpara de la mesita estaba el retrato que le había hecho Clive.

Se desanimó. Cuando fumaba, se perdía en su propio mundo y era imposible hacerlo razonar.

—Hola —dijo en voz baja al tiempo que cerraba la puerta.

Sam la miró con los ojos entornados y exhaló lentamente. El olor dulce y empalagoso del opio inundaba la habitación.

—Está enamorado de ti, ¿verdad?

Violet no se lo esperaba.

—¿Quién?

Sam dio unos golpecitos con los nudillos sobre la mesa.

—Clyde.

—¿Te refieres a Clive?

Levantó la voz, que sonó atronadora en el silencio.

—¡No me corrijas! ¡No me importa cómo se llame ni debería importarte a ti!

Violet se asustó.

—¡Shh..., Sam! —susurró alarmada—. Podrían oírte.

—Me da igual.

—¿Por qué estás enfadado conmigo? No lo entiendo.

—Míralo. ¡Míralo! —Tiró del retrato; la lámpara se tambaleó a punto de tirarle la pipa y resbaló por el suelo hasta sus pies.

Violet lo recogió y lo miró. No sabía lo que tenía que encontrar, pero el corazón le latía con fuerza y se quedó mirando el dibujo, esperando que Sam se calmara antes de despertar a los otros hombres.

—¿Y bien? —apremió Sam.

—Lo siento, cariño, pero no te entiendo, no tiene sentido —le dijo lo más suavemente que pudo.

—Está enamorado de ti. ¿Es que no lo ves? Cada línea, cada curva. El cuidado, el detalle.

Violet eligió con cautela las palabras. Por supuesto que Clive estaba enamorado de ella, pero



hasta aquel momento no se había dado cuenta de que eso pudiera ser tan peligroso.

—Pero también puso todo ese esmero en el retrato de Lady Powell. Ya lo viste.

—Este es distinto. Mira, tuvo la desfachatez de firmar el cuadro abajo.

Violet miró la parte de abajo del lienzo. El nombre de Clive estaba tachado.

—Pero lo tachó.

—No, lo he tachado yo.

—Vale —dijo—, pues ya no está. Y de todas formas, ¿qué más da que esté enamorado de mí — continuó tímidamente—, si yo no lo quiero? Yo solo te amo a ti y mi corazón es tuyo.

Sam dejó la pipa encima de la cama y se puso de pie, con lo que la bandeja con las tijeras se cayó rodando al suelo. Se le veía desesperado, con la expresión de un niño inseguro.

—¿Me lo prometes, Violet? Porque no puedo soportar la idea de perderte.

Violet le dio el retrato.

—Te lo prometo, pues claro que te lo prometo.

Se le iluminó la cara y llevó el retrato al escritorio.

—Muy bien. —Buscó la pluma y el tintero y garabateó algo sobre el dibujo—. Mi Violet. No la suya.

—No dudes nunca de mí, Sam, yo...

La frase se cortó bruscamente cuando llamaron a la puerta.

Sam abrió los ojos de par en par y Violet dio un respingo. Sam dejó caer la pluma y, sin decir una palabra, la cogió por los hombros y la empujó hacia el armario. Violet abrió la puerta y se metió entre los trajes de chaqueta y los abrigos y se pegó lo más que pudo a la pared del fondo. Sam apagó la luz y ella se apretó los brazos por delante del pecho e intentó estar lo más quieta y callada que pudo.

La puerta de la habitación se abrió.

—¿Qué quieres? —dijo Sam.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó un hombre.

Violet no reconoció la voz.

—Nada, ¿por qué?

—He oído gritos. Me han despertado.

—Sería un sueño —replicó Sam, y Violet detectó una nota de miedo en su voz.

—¿Tienes a alguna mujer aquí?

—No, ya lo ves.

—¿Estás seguro? No me importaría compartirla.

Siguió un ruido que no supo identificar, como si alguien se estuviera quitando los pantalones.

—Para —dijo Sam.

—¿O qué?

El ruido continuó.

—Déjame en paz.

Se oyeron bofetones.

—Estás loco —dijo el desconocido.

—Que me dejes.

A Violet se le aceleró aún más el corazón. ¿Qué le estaba haciendo ese hombre? ¿Debería salir y buscar ayuda?

—La próxima vez, entraré —dijo el desconocido—, y me llevaré mi parte de lo que quiera que estés haciendo aquí.

Sam no contestó. La puerta se cerró y cuando Violet notó que la habitación se había quedado en silencio, salió del armario.

—¿Quién era?

—Uno de los matones de mi futuro cuñado —dijo Sam pasándose la mano por el pelo, y se sentó en la cama—. Al que llaman Sweetie.

—¿Qué te ha hecho?

—Le encanta pegarme. En los hombros, en la cabeza... No es la primera vez y no será la última.

—¡Entonces tienes que decírselo a la policía!

—No me creerían. Flora no me creyó. Y Tony lo protege. Es como si practicara el boxeo conmigo, pero después se va enseguida. Pero no te preocupes, que nunca dejaré que te toque a ti.

Violet se acordó de cuál era el hombre al que llamaban Sweetie. Era mucho más corpulento que Sam, y dudaba que él pudiera detenerlo si algún

día quería entrar a buscarla en su habitación. Sam estaba encendiendo la lámpara para prepararse otra pipa con manos temblorosas.

Se tumbó a su lado.

—Sam, dentro de un día o dos seré la única mujer que quede en mi planta. ¿Por qué no vienes tú a mi cuarto de ahora en adelante? Así podríamos pasar toda la noche juntos y no tendríamos que preocuparnos por Sweetie ni por nadie más.

Él la miró dudoso.

—Y estarás lejos del cuarto de baño en el que se ahogó ese hombre —añadió.

—Eso es verdad —dijo mientras hacía en el aire una figura de humo—. Yo solo quiero estar contigo, Violet —añadió.

—Yo también —dijo Violet—. Lo único que quiero es estar contigo.

Pensó en todas las demás cosas que quería decirle: que se sentía insegura, que no se podía imaginar a Flora aceptándola como cuñada, que

necesitaba que le explicara cómo pensaba superar sus diferencias de educación y clase social, que quería que le dijera que ella siempre iba a ser suficiente para él. Pero mientras Sam se fumaba su pipa, todo se quedó sin decir.

—Estar juntos. Es un deseo sencillo, ¿no? —dijo Sam parpadeando.

—Muy sencillo —dijo Violet. Pero, entonces, ¿por qué parecía tan imposible?



Desde que Sam bajaba a su habitación todo era distinto. Violet ya no tenía tanto miedo a que la descubrieran. En su planta no había nadie más y la señorita Zander nunca bajaba al piso de los empleados por la noche. Tenían mucho cuidado, pero estaban más relajados. Y lo que era todavía más importante, Sam podía pasar toda la noche con ella. Se acabó lo de tener que volver de puntillas a su habitación a las tres de la

madrugada. Violet se acurrucaba hacia un lado, dormía tranquila y feliz, sintiendo su respiración en la nuca mientras él le acariciaba suavemente el pecho y la barriga.

Y tampoco se llevaba el opio. A veces ella notaba que había estado fumando antes de bajar, pero la situación no era tan mala como antes. Como mucho, se quedaba dormido enseguida. Ella también necesitaba descansar. Corría de aquí para allá trabajando sin descanso de siete a siete todos los días, pero durante aquellos diez o quince días de invierno volvió a sentirse descansada otra vez.

Estaban tan bien el uno con el otro y todo era tan pacífico y agradable que Violet no quería arruinarlo haciendo preguntas incómodas sobre el futuro, aunque a veces se le hiciera difícil. Hablaban sobre temas superficiales, hacían el amor, dormían el uno en los brazos del otro y fueron felices durante un breve periodo. Violet trató de aferrarse a aquella felicidad con todas sus fuerzas.

La quietud se apoderó del hotel-balneario Evergreen. A Flora no le importaba; ella se había criado en el campo y estaba acostumbrada a tener a muy poca gente a su alrededor. Pero a Tony le molestaba, decía que era como si todos lo hubieran dejado atrás, como si se hubiera quedado fuera del mundo. Las comidas eran tranquilas. Habían dividido el salón con unos biombos de marcos de madera y paneles de seda recamados con motivos orientales, y solo había una mesa larga en la que almorzaban todos juntos. No todos bajaban a comer, pero el quinto día a la hora del desayuno estaban todos: Flora y Tony, con su séquito reducido a Sweetie y Harry, porque Vincent se había ido y Karl era técnicamente parte de la plantilla del hotel, por lo que no le permitían sentarse en el comedor con los huéspedes; Lord Powell, al que Lady Powell ignoraba con tenacidad mientras conversaba con Cordelia



Wright y la joven Miss Sídney, que la miraba con los ojos muy abiertos; el novio de Miss Sídney, un sudoroso hombre de negocios cuyo nombre seguía siendo un misterio para Flora —¿era señor Duque? ¿O señor Conde?—, al que las damas no le dejaban decir ni una palabra; y después estaba Sam, su querido Sam, con el pelo revuelto y expresión de desconcierto, sentado en la mesa pero con la mirada perdida a mil kilómetros de distancia. Cuánto lo quería y cuánto se preocupaba por él. El fuego chisporroteaba en la chimenea y el mundo parecía triste y gris más allá de las ventanas.

Lord Powell, dándose por vencido en sus repetidos intentos por atraer la atención de su esposa, se inclinó sobre su plato de tocino y le dijo a Tony y sus amigos:

—Dicen que va a ser el peor invierno que han vivido por aquí.

Tony se estremeció.

—¿Aquí arriba?

—Sí. No va a ser agradable, aunque confío en que nuestra señorita Zander sepa mantenernos caldeados. Es una maravilla de mujer.

—Apuesto a que nuestra señorita Zander sabe hacer cosas que superan la imaginación de cualquiera —dijo Sweetie, y Harry y él se echaron a reír.

Flora no sabía qué decir. Estaba segura de que se referían a alguna grosería, pero no sabía a qué y desde luego no iba a preguntar.

Lord Powell continuó alabando a la señorita Zander como si nada.

—Sí, es verdad. Sin duda sabe complacer a sus huéspedes.

—Sobre todo a las damas —se rio Harry.

—Aunque a mí me gustaría enseñarle un par de cosas sobre los caballeros —contestó Sweetie, y otra vez se echaron a reír los dos.

Lord Powell aspiró indignado y su mujer lo salvó cuando se volvió hacia él para hacerle una pregunta.

Flora se quedó sola en mitad de todos aquellos groseros despropósitos.

—Ya, pero a ella no le interesan los caballeros —repuso Harry.

Tony se rio.

—Ah, ¿no?

—¿A qué se refieren? —le preguntó Flora a Tony acercándosele al oído; aun así, los demás la oyeron.

—Significa, señorita Honeychurch-Black, que la señorita Zander está soltera, pero no porque no haya encontrado marido, sino porque no lo quiere —dijo Sweetie con un guiño salaz.

—Pues no sé qué hay de malo en eso —rebatió Flora—. Una mujer puede elegir entre...

—Flora —la interrumpió Tony mientras le cogía las manos por las muñecas—, se refiere a que es homosexual.

Flora nunca había oído aquella palabra pronunciada en voz alta, y le impresionó.

—¿De verdad?

—Por supuesto que lo es —dijo Sweetie disfrutando de la situación—. ¿No la has visto nunca seguir a las jóvenes con la mirada? ¿A Miss Sídney? Incluso a ti, a veces.

Flora pensó en la señorita Zander y se dio cuenta de que no le importaba en absoluto que prefiriera el amor de otra mujer al de un hombre. La vida privada de la gente era privada, y la señorita Zander era una buena mujer y se merecía ser feliz. Pero ¿por qué tenía que seguir Sweetie con todas aquellas bromas y gestos lascivos que lo hacían parecer todo tan sórdido? ¿Y por qué tenía que seguirle el juego Tony, riéndose y bromeando con él?

—Pero bueno, dejadla en paz —terció Sam. Flora no se había dado cuenta de que estaba escuchándolos—. No lo sabes seguro, y aunque sea verdad, es un camino muy difícil de seguir. El amor es amor dondequiera que lo encuentres y nadie debería criticarte por ello.

Aquella declaración provocó las carcajadas de

Sweetie, y Harry se unió a él. Tony, consciente de que debía proteger al hermano de su prometida, intervino.

—Basta —dijo en voz alta y autoritaria—. Ya está bien. No estamos en un bar. Hay damas presentes.

—Por suerte para la señorita Zander —soltó Sweetie, lo que provocó las risas de Harry e incluso las de Tony.

Flora los observaba como si no los conociera de nada. Miró a Tony y vio el lado desagradable de él que siempre intentaba ignorar. Por más que Tony supiera comportarse como un perfecto caballero, siempre estaría rodeado de bufones como Sweetie. Durante el resto de su vida tendría que aguantar a Sweetie o a otros como él. Era una idea que le deprimía terriblemente.

Sam lanzó una mirada de odio a Sweetie y Flora se sintió orgullosa por que hubiera defendido a la señorita Zander, y triste porque aquella declaración —que no se debía criticar a

nadie por haber encontrado el amor— no valía para él. Tarde o temprano tendría que casarse, y tendría que ser con quien su padre le impusiera. Porque Dios sabía que él no era capaz de encontrar a la mujer adecuada.

En mitad de la conversación, el novio de Miss Sídney se volvió hacia ellos y dijo:

—¿Os vais a quedar todos?

—¿Que si nos quedamos? —preguntó Tony—.

Pues ya nos ves.

—¿A pesar de las previsiones?

—¿Lo del frío? Seremos capaces de soportar cualquier cosa —fanfarroneó Harry, que estaba evidentemente enamorado de la preciosa Miss Sídney. Le sorprendía y le irritaba que ella hubiera podido preferir a un gordinflón que le doblaba la edad.

—Dicen que va a nevar muchísimo. Yo me marcho a Sídney hoy mismo. No puedo quedarme aquí arriba incomunicado. Tengo que atender mis negocios.

Miss Sídney hizo un mohín.

—Yo no quiero volver a casa tan pronto.

Cordelia Wright la rodeó con un brazo.

—Quédate conmigo, querida. Podemos terminar la colcha que estamos haciendo. Lo pasaremos bien.

—¿Te importa que me quede? —le preguntó a su novio, y él negó con la cabeza.

—¿Quién más se queda? —quiso saber Harry.

Flora miró a Sam. Ya sabía lo que iba a decir. Y ella no podía dejarlo solo mientras Violet estuviera allí.

—Yo me quedo —dijo.

Tony puso los ojos en blanco. A Flora le molestó la expresión, pero no dijo nada.

—Yo me quedo con Sam —afirmó.

—Y yo me quedo con Flora —dijo Tony.

Sweetie y Harry empezaron a discutir sobre la posibilidad de quedarse incomunicados allí arriba y los negocios que tenían en Sídney hasta que por fin intervino Tony.

—Me da igual lo que hagáis. Os podéis ir u os podéis quedar, a mí me da lo mismo. Comportaos como adultos y tomad vuestras propias decisiones.

—Yo me voy —dijo Harry inmediatamente.

—Pues yo me quedo —dijo Sweetie.

Flora suspiró aliviada; por lo menos se libraría de uno de ellos. Si conseguía hacer que Sweetie pasara la mayor parte del tiempo con Karl, a lo mejor ella conseguía ver el lado más real de Tony.

—Te puedo llevar en mi Studebaker —le dijo el novio de Miss Sídney a Harry—. ¿Alguien más?

Lord Powell miró a Lady Powell.

—Solo hay una carretera para bajar —dijo.

—Pero también está el tren. Estaremos bien.

Lord Powell se volvió hacia los demás.

—Nosotros nos quedamos.

Solo se quedarían ocho. Aquella misma tarde, los dos hombres metieron sus cosas en el coche y se fueron, dejando una extraña y fría quietud en el hotel y una inmensa nube gris al borde de las montañas. Flora deseó que se terminara el



invierno.

## CAPÍTULO DIECISÉIS

2014

Por primera vez en la vida, llamé a mi madre antes de que ella me llamara a mí.

Todavía nerviosa por cómo me había echado Anton Fournier del porche de su casa, saqué el móvil y la llamé de camino a casa.

—¿Diga?

—¿Mamá? Soy yo.

—¿Pasa algo? —preguntó al borde del pánico.

—No, no —dije intentando que no se me notara la irritación en la voz—. Estoy bien.

—Es que normalmente no me llamas tú.

«Porque no me das la oportunidad».

—Mamá, voy a decirte un nombre y quiero que

me cuentas todo lo que sepas sobre él.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Tú hazlo, por favor.

—Estás muy misteriosa.

—Anton Fournier. Mamá, ¿quién es Anton Fournier?

Pasó medio segundo.

—No he oído nunca ese nombre —dijo, pero sabía que estaba mintiendo. Había notado miedo y ansiedad en su silencio. Cruzaron la línea telefónica con la claridad de una campanada. Mi madre tenía tanta práctica pasándome la ansiedad que lo noté enseguida.

—Venga, mamá, ¿quién es? ¿Por qué nos odia?

—¿Nos odia? ¿De qué estás hablando? Te acabo de decir que no sé quién es. ¿Ha ido a verte? Si te ha amenazado, tienes que llamar a la policía.

Me paré y me di media vuelta. Mi sombra era larga y se extendía a mis pies. Las ramas de los árboles se mecían con el viento. Mi madre no me

lo diría nunca, jamás, sobre todo si seguía insistiendo. Y si hablaba con mi padre antes que yo, él tampoco me lo diría, porque mi padre era tan esclavo de su ansiedad como yo. Pero ella sabía quién era Anton Fournier, no me cabía la menor duda. En aquel momento me habría apostado todo lo que tenía —que era bien poco, dicho sea de paso— a que ella era la razón por la que Anton Fournier me había echado de su casa como si yo fuera una especie de demonio.

—¿Lauren?

—Olvídalo, mamá —le dije.

—Pero ¿te ha...?

—Te he dicho que lo olvides. Dale recuerdos a papá. Hasta pronto.

Colgué y me metí el móvil en el bolsillo. Me habría gustado volver a la casa de Anton Fournier, tranquilizarlo, hablar con él. ¿Qué le había hecho mi madre?

Pero no podía volver. Y no podía llamarlo. Así que lo único que podía hacer era escribirle una

carta. Volví a casa lo más rápido que pude.



*Querido Anton:*

*Sé que no te agradará recibir esta carta, pero, por favor, léela. No sé por qué estás enfadado con mi familia, pero sé que mi madre es excesivamente protectora y entrometida y supongo que habrá sido ella la que te molestó. Yo tengo cuatro años menos que Adam y no era más que una niña cuando Adam y tú erais amigos, y te prometo que nunca te he hecho ningún daño, ni mucho menos a Adam. Él era mi hermano y yo lo quería mucho.*

Dejé de escribir y puse el bolígrafo en la encimera de la cocina. *Lo quería mucho.* Era demasiado soso. Cualquiera podía decir que

*quería mucho a alguien, pero decir eso no transmitía la idea en absoluto, no era suficiente para decir que mi amor por mi hermano residía en cada poro de mi piel, en cada código de mi ADN. Volví a coger el bolígrafo, taché la última frase y empecé un nuevo párrafo.*

*Yo lo quería con locura desde que nació: él ya estaba aquí antes que yo, como mis padres, pero al contrario que mis padres, él nunca me insistía en que me lavara los dientes, ni me decía que era demasiado revoltosa ni me pedía que me estuviera quieta porque mi madre tenía dolor de cabeza. Adam estaba de mi parte. Aunque era un niño y era mayor que yo, nunca me decía que me fuera y lo dejara en paz ni que era una aburrida o una mocosa. Aunque tampoco se peleaba con el matón de la escuela para protegerme. Era muy flaquillo..., y en todo caso lo que*

*necesitaba era que alguien lo defendiera a él de los más bravucones. Pero me protegía de otra forma. Protegía mi corazón y mi orgullo. De pequeños era buenísimo conmigo, y con el paso de los años me he ido dando cuenta de que era mucho más bueno de lo que suelen ser los demás niños con sus hermanas pequeñas.*

*Estos son los recuerdos que se me vienen a la mente cuando pienso en Adam. Nos criamos en una finca enorme que estaba a veinte kilómetros de Hobart y nos gustaba imaginar que éramos otras personas. Un verano nos dio por jugar a que estábamos en un internado de niños, el St Smithereens Boys School. Él era el director, un profesor mucho más inteligente que los demás, y yo era su ayudante, una profesora muy joven que se pasaba la mayor parte del juego diciendo: «Eres el más listo que*

*conozco». Lo adoraba, dentro y fuera del juego.*

Solté el bolígrafo, me dejé caer sobre la mesa y me eché a llorar. Ya seguiría con la carta después, cuando no se me hiciera tan difícil. Mientras tanto, saldría a preguntar por ahí sobre Anton Fournier. Era un pueblo pequeño, alguien tenía que saber algo.



Llamé a la puerta de la señora Tait a las diez de la mañana —era mi día libre— y me abrió sonriendo.

—Hola, querida.

—¿Le apetecería venir a tomarse una taza de té? —le pregunté.

—¿Por qué no entras y nos la tomamos aquí? Tengo una tetera formidable.

—Me encantaría. —En realidad, estaba



aliviada. En mi casa no había mucho sitio, y además salía un olor exquisito del horno de Lizzie.

—Pues pasa. Estoy haciendo unos bollos para el comité de recaudación de fondos de la biblioteca y podemos coger un par de ellos para nosotras.

Estar sentada en la soleada cocina de Lizzie tomándome un té caliente y unos bollos recién horneados con mantequilla y mermelada era una forma estupenda de pasar la mañana libre. Tenía cosas que hacer —ir a comprar y limpiar el cuarto de baño—, pero podían esperar. Estuvimos mucho tiempo hablando de la familia, la vida, el trabajo y el cine —resultó que Lizzie era una forofa de las películas policíacas y de terror—, hasta que por fin le pregunté lo que quería saber.

—Lizzie, ¿usted conoce a un tal Anton Fournier, que vive en Fallview Road?

—¿Ese joven tan guapo que tiene una discográfica?

—Sí, es guapo, pero no sé a qué se dedica.

—El de la casa enorme de madera y cristal.

—Sí, ese es.

—No lo conozco muy bien, lo siento. Solo sé que viaja mucho por trabajo. Es muy reservado.

—Es el hombre de la foto. El que estaba con Adam. La que le enseñé.

—¿Es él? Sí, ahora que lo pienso, es él. No lo reconocí con el pelo tan largo. Y ha engordado un poco.

—Supongo que en aquel momento sería muy joven.

—Entonces, ¿conocía a tu hermano?

—Lo más curioso es que fui a verlo para preguntarle si se acordaba de Adam, pero se enfadó muchísimo y me dijo que no quería volver a saber nada de mí ni de mi familia.

Lizzie levantó la tetera para llenarse la taza otra vez, pero solo salió un chorreón.

—Ah, ¿sí? Pues tienes un misterio que resolver.

—Tuvo que pasar algo, pero no sé qué pudo ser. ¿Conoce a alguien del pueblo que pueda saber

algo más de él?

—Creo que hay un joven que vive con él, o que pasa largas temporadas en su casa, no estoy segura. Cuida de la casa y de los perros cuando Anton se va. No me acuerdo de cómo se llama, pero seguro que Penny lo sabe. Pero, aparte de eso, no sé nada más.

—¿No tiene mujer o hijos con los que pueda hablar?

—No lo sé, querida. Siento no poder ayudarte. A veces me siento un poco inútil.

Le sonreí abiertamente.

—De inútil, nada. Usted es una mujer maravillosa. ¿Le importa que vuelva a llenar la tetera?

—Buena idea.



Penny tampoco sabía nada.

—Conozco al joven que mencionó la señora

Tait —me dijo después de que le contara toda la historia—. Estuve un día charlando con él fuera de la panadería, él había salido a pasear los perros. Dos galgos, ¿no? Me dijo que Anton estaba en Hong Kong. Creo que se llamaba Peter, o Patrick..., algo que empezaba por pe. Anton ha venido por aquí un par de veces, pero creo que el café no es su fuerte. Me dio la impresión de que era más bien de comida vegetariana e infusiones.

—Pero ¿tiene una discográfica o algo así?

—No lo sé. Viaja mucho. Pasa poco tiempo en el pueblo y es muy reservado cuando está aquí, me imagino. Podrías preguntarle a Amelia, la de la tienda de productos ecológicos. Supongo que irá más por allí.

—Gracias. Sí, hablaré con ella.

Me até el delantal y me puse a trabajar. Estaba empezando a darme cuenta de que preguntando por Anton Fournier a la gente que conocía no iba a conseguir nada. Que trabajara en una discográfica, que le gustara la comida ecológica y que tuviera

dos galgos y un cuidador de perros que se llamaba Peter o Patrick no me ayudaba a entender por qué había reaccionado de aquella manera cuando me presenté. Lo único que podía hacer era seguir escribiéndole la carta e intentar olvidar el resto.

—Por cierto, el lunes por la mañana tengo que ir a Sídney —dijo Penny.

—¿Quieres que te cubra durante el turno?

—No, lo va a hacer Eleanor. Quería saber si quieres acompañarme. Tengo que ir a ver a un abogado de la ciudad. Mientras tanto, tú podrías irte de compras. Es mucho camino en coche y te agradecería la compañía.

La idea me entusiasmó, por fin podría distraerme un poco y dejar de pensar en Anton Fournier por un día.

—¿Hay alguna biblioteca cerca?

—¿Una biblioteca? En Evergreen Falls hay una.

—Necesito una mucho más grande.

—Hay bibliotecas y librerías en la universidad.

—Entonces no me lo pierdo.



*Cuando Adam se vino a trabajar a las Montañas Azules (supongo que fue cuando lo conociste), yo me quedé muy sola. Era una adolescente difícil y llena de granos, y él siempre me trataba bien y me daba seguridad. Era un chico estupendo, ¿verdad? Cuando veo sus fotos siempre pienso que tenía algo especial. Tengo una de vosotros dos, con el pelo largo y la mirada perdida, en el mirador de las cascadas. Se le ve muy feliz. Por eso quería hablar contigo. Quería saber qué estaba haciendo en esa época de su vida, cuando estaba tan lejos de mí. Nunca dejó de esperar poder volver algún día, aunque al final no pudo ser.*

*Me gustaría poder decirte que Adam fue siempre tan agradable, paciente, amable y guapo como lo fue de niño y de*

*joven, cuando tú lo conociste, pero por desgracia te mentiría si te dijera algo así. La enfermedad le afectó muchísimo, más de lo que te puedas imaginar. A veces estaba hinchado y con la cara roja, y otras veces pálido y en los huesos. Perdió el brillo de la mirada cuando cumplió veintidós años, cuando tuvo el primer brote de cáncer a raíz de las medicinas antirrechazo. Creo que hasta aquel momento siempre había pensado que se iba a recuperar, pero después de aquello se volvió negativo y estaba...*

Me paré un momento. Sabía lo que tenía que poner. Asustado. Estaba asustado. Di unos golpecitos en la mesa con el bolígrafo, pensando que la sinceridad brutal sería lo único que haría reaccionar a Anton Fournier, y continué.

*... asustado. El miedo era lo peor de*

todo. Nosotros también estábamos asustados, claro. Pero a nosotros nos asustaban otras cosas: nos daba miedo imaginar el futuro sin él, lo que íbamos a sufrir cuando muriera. Su miedo era distinto, mucho más instintivo. Él miraba a la muerte a la cara todos los días. Todos todos los días. Nosotros pensábamos en la muerte de vez en cuando, y nos daban escalofríos, pero después volvíamos a nuestras vidas e intentábamos mantenernos ocupados. Pero Adam estaba allí, tumbado en la cama todos los días, respirando a la sombra de ese miedo, y te mentiría si te dijera que llegó a aceptarlo y tranquilizarse. No lo hizo. No encontró nunca la serenidad. Y eso lo volvió un poco cruel, y muy exigente. Tenía siempre los labios apretados, con las comisuras para abajo, y esa expresión constante creó arrugas permanentes en aquella cara



*tan bonita, en aquella cara que no había tenido nunca ni una espinilla, y todo eso a veces le hacía decir cosas crueles, que hacían mucho daño.*

Respiré profundamente y me apreté la nariz al recordar algunas de aquellas cosas. La voz de Adam, chillando de dolor, diciéndole a mi madre que le había arruinado la vida, diciéndole a mi padre que era un idiota arrogante, diciéndome a mí que era una niña tonta que no sabía nada del mundo. Supuse que por lo menos la última acusación era cierta. Pero no escribí nada de todo aquello porque era demasiado íntimo.

*A pesar de todo, yo seguía queriéndolo igual. Lo quería y deseaba y esperaba que mejorara. No que se curara, porque todos sabíamos que aquello era un tren con un único destino. Pero le deseaba la felicidad, y a veces era feliz. A veces*

*estaba de buen humor y podíamos hablar y reírnos como cuando éramos niños. Recordamos el verano del St Smithereens y algunos programas de televisión que veíamos juntos, como Mako el Super Simio y el Doctor Who. Seguía dentro de él mi adorado hermano mayor. Cuando lograba ver esa parte de él, me sentía la niña más feliz del mundo.*

*Anton, una cosa que sé de Adam es que Evergreen Falls es el último lugar en el que fue feliz. Cuando le preguntaba por qué, siempre me decía que era porque era un sitio muy bonito donde tuvo muy buenos amigos. ¿Es verdad? ¿O había algo más? Drew me ha contado que vivisteis un verano muy loco todos vosotros. Me gustaría saber más. Me gustaría oírte contar todo lo que sepas de Adam, porque los recuerdos son lo único que me queda ahora que se ha ido. Te*

*escribo mi número de teléfono y mi dirección por si cambias de opinión.*

*Saludos,*

*Lauren Beck*

Le escribí el número de teléfono, mi dirección y la dirección de la cafetería, doblé el folio, fui a la casa de Lizzie para pedirle un sobre y un sello y salí a la esquina para echar la carta. Cuando la metí en el buzón, no me quedaba nada más que hacer, así que me propuse dejar de pensar en los misterios de mi familia.

Todavía tenía un misterio de los años veinte por resolver.



La enorme biblioteca universitaria en la que entré el lunes por la mañana no tenía nada que ver con la pequeña biblioteca del pueblo a la que solía ir a sacar libros para Adam, ni tampoco tuve que

volver a casa para lavarme las manos con gel antibacteriano y echar spray en los libros para desinfectarlos; mi hermano, al olerlo, siempre me hacía un mohín. «¿Lo has sacado de la biblioteca o del hospital?», me decía. Yo le contestaba: «De nada». Y entonces él me sonreía y empezaba a leer.

Aparté de mi mente aquellos recuerdos y me concentré en lo que estaba haciendo: intentar descubrir cómo funcionaba el programa con el que tenía que buscar los libros. ¿Palabra clave? Solo podía ser una.

Tecléé *Honeychurch-Black*.

Salieron cientos de resultados y me inquieté. ¿De verdad habían escrito tanto sobre ellos? No, lo que pasaba era que había un Instituto de Agricultura Honeychurch-Black que publicaba libros científicos, y todos habían aparecido en mi lista.

Intenté excluirlos de la búsqueda y me dio cero resultados, así que lo volví a intentar añadiendo

nuevos términos. *Familia. Historia. Australia. Años veinte.* Por fin, con un poco de imaginación y mucha suerte, encontré un libro titulado *Grandes familias agricultoras de la historia de Australia*, publicado por el Instituto de Agricultura Honeychurch-Black.

El aire acondicionado de la biblioteca estaba puesto tan fuerte que se me estaban quedando los dedos morados. Me abroché la rebeca mientras subía por las escaleras para coger el libro. Un enjambre de estudiantes subían y bajaban a mi lado. Las chicas no iban muy abrigadas. ¿Me estaba haciendo vieja? Puede que solo estuviera celosa de que los pantalones vaqueros con las perneras tan cortas no me quedarán bien. Por las escaleras se oían muchas voces, pero al llegar arriba todo era silencio. La moqueta absorbía todos los ruidos. Pasé los dedos por los lomos de los libros hasta que encontré el que estaba buscando.

No fui a sentarme. Me quedé allí de pie, entre

dos repisas, pasando las páginas. Nacimientos, defunciones, bodas... Pasé de 1800 a 1920 de golpe. Allí estaban. Con fotos. Se me aceleró el corazón al verlo. Samuel Honeychurch-Black. Ojos soñadores, flequillo negro sobre la frente. Nacido en 1906 en Curlew Station, en las afueras de Goulburn, Nueva Gales del Sur. Murió en casa en 1927, de neumonía. Su padre también murió de neumonía al mismo tiempo. Me entristeció pensar que solo hubiera vivido veintiún años, pero por lo menos había tenido aquella relación tan apasionada en el hotel. Flora Honeychurch-Black nació en 1901, en Curlew Station, se casó en 1927 y tuvo cuatro hijos. Falleció en 1989. Observé su foto. Tenía la piel muy clara, como yo. Y no era guapa, como yo. Pero tenía algo: su rostro transmitía bondad. El ceño y la frente relajadas y una ligera sonrisa en los labios. Los ojos claros, de mirada inteligente. La comparé con su hermano, más oscuro y triste.

Pero puede que no fuera más que una impresión

mía, como si estuviera proyectando mis ideas en aquellas fotos. Él murió joven, ella no. Y por las cartas sabía que ella tenía un gran sentido de la responsabilidad y el deber.

Esperé en la cola de la fotocopidora abrazando el libro contra el pecho. Miré por una ventana estrecha y vi a los estudiantes dando vueltas por ahí. Me habría gustado terminar mis estudios universitarios. Quería estudiar Comunicación Empresarial, con la idea de trabajar en una gran empresa en algún sitio, dedicándome a escribir documentos y corregir la gramática de todo el mundo. En aquel momento me pareció irrisorio. ¿Yo, trabajando en una gran empresa? ¿Poniéndome traje de chaqueta y ocupándome de indicadores de rendimiento? Todo eso estaba fuera de mi alcance. La misma enfermedad que le robó a Adam su juventud, a mí me robó la mía. Durante todo aquel tiempo siempre había pensado que volvería a estudiar, que iría a la universidad algún día, pero al verme allí, rodeada de estudiantes y

libros de texto, el corazón me latió con fuerza. Era demasiado tarde para casi todo. Para estudiar, para maridos y niños, para viajar a lugares exóticos. Iba de camino a morir sola.

Intenté calmarme, decirme a mí misma que no fuera idiota. Lo que Adam habría dado por seguir vivo. Levanté la mirada, contemplé los olmos sacudidos por el viento, las hojas resplandeciendo al sol. Yo era como Flora, la hermana que sobrevivió. Debería estar contenta y vivir mi vida con agradecimiento.

Y entonces fue cuando se me ocurrió: los hijos de Flora todavía estarían vivos. O si no los hijos, los nietos. Les gustaría ver las cartas de Samuel. Habían pasado una o dos generaciones. No sería una consternación para nadie. Además, puede que supieran quién era la amante de Samuel, y así resolvería el misterio y se lo contaría a Tomas.

Abrí el libro por la última página, buscando los nombres. Descubrí que lo había escrito Graeme Dewhurst, que era el marido de una de las nietas



de Flora. La había mencionado en los agradecimientos: Terri-Anne Dewhurst. Para cuando hice las fotocopias, ya sabía lo que iba a hacer.

Me senté en un ordenador y busqué la página web del Instituto de Agricultura Honeychurch-Black. Escribí un mensaje para Terri-Anne en el que le hablaba de las cartas y le decía que podía mandárselas si quería, y lo envié a una de las direcciones de información del instituto pidiéndoles que se lo reenviaran a Terri-Anne, con la esperanza de que me llamara para hablar y me contara algunos recuerdos.

O a lo mejor recibía la misma bienvenida que con Anton Fournier.

Pero me daba igual. Pulsé *Enviar*. Las cartas eran de su tío abuelo. Eran de su familia.



El viento cambió por la noche, soplando y

formando remolinos; era frío y seco, procedente del sur. Dejé la ventana abierta cuando me acosté, y el viento movió con tanta fuerza las cortinas, que traqueteaban contra los rieles, que me desperté. Miré el reloj. Eran las tres de la madrugada. Cerré la ventana y volví a echarme en la cama, pensando que me quedaría dormida enseguida, pero por lo visto mi cerebro decidió que aquel era el momento ideal para obsesionarse con todos mis problemas. No dejaba de darle vueltas a la cabeza. Mi madre. Mi padre. Tomas. Mi futuro. Anton Fournier. Pasó una hora.

Me senté en la cama y cogí el móvil. Seguramente en Dinamarca era una hora razonable para llamar. Siempre había esperado a que Tomas me llamara; nunca me había atrevido a llamarlo yo. Pero antes de que me diera tiempo a pensarlo, le escribí un mensaje.

«No puedo dormir. Estoy pensando en ti».

Zumbó en la noche. Esperé, pero no hubo respuesta. Seguí obsesionándome un poco más,

hasta que me levanté y me vestí. Había toda una colección de libros de mapas en la biblioteca del Evergreen aguardándome.

No me esperaba aquel frío, el frío de las horas que preceden al alba, cuando el mundo parece vacío. El viento soplaba entre los pinos, poniéndome el pelo en la cara. Las luces de las farolas que atravesaban las copas de los robles de la calle principal creaban sombras que cambiaban constantemente. Unas cuantas hojas se cayeron y rodaron por la carretera arrastradas por el viento. Tenía los dedos entumecidos. Me apresuré a llegar al hotel, mirando al suelo y deseando no haber salido de la cama.

Entré y cerré la puerta, dejando el frío en el exterior. Respiré aliviada, encendí la linterna y me dirigí hacia la biblioteca.

Como ya había visto la ubicación de los mapas en el informe de la biblioteca, apunté con la linterna a través de las puertas de cristal de las repisas para iluminar las etiquetas hasta que di con

ellos. Tres baldas de libros de tamaño folio con tapas de piel roja. Abrí la puerta, saqué el primero y me lo llevé a uno de los enormes escritorios de madera de roble.

Mientras pasaba las páginas, se levantó una borrasca que hizo traquetear las ventanas. Si no hubiera habido tantos libros de mapas, me los habría llevado a casa, donde podía encender una estufa, la luz eléctrica y el hervidor del té. Libros y libros, y páginas y más páginas de detallados mapas que crujían al hojearlos, pero ninguna nota en los márgenes, ninguna carta de amor entre los folios. Solo un montón de libros.

Para cuando empezó a amanecer, ya estaba muy desanimada. Dejé los mapas un momento y abrí los cajones que había debajo de cada estantería. El bibliotecario había guardado allí los documentos viejos del hotel, y no tardé en encontrar unos registros raídos que se remontaban a 1888, el año de apertura. Rebusqué en un cajón hasta que localicé el que cubría la estancia de Samuel. La

encuadernación estaba tan desgastada que las páginas estaban sueltas y se caían. Lo abrí y con mucho cuidado iluminé las páginas con la linterna. Nombres, fechas, impuestos y pagos. Lo aparté para llevármelo a casa y seguí rebuscando en los otros cajones. Enseguida encontré una carpeta de piel llena de cartas deterioradas por el tiempo. En cada carta había una grapa y todas las grapas estaban oxidadas. Todas las cartas terminaban igual: «Atentamente, señorita Eugenia Zander. Directora». Al fijarme mejor me di cuenta de que eran copias. La señorita Eugenia Zander había guardado una copia de todas las cartas que había enviado.

Salté a la última. La carpeta terminaba en 1925. Y la carpeta del siguiente cajón empezaba en 1927. El único año que me interesaba, 1926, no estaba.

Podía hacer dos cosas: empezar a mirar en todos los cajones o irme a casa y buscar en el informe para ver si se había catalogado la

correspondencia de 1926.

Decidí regresar, pensando que si me ponía a revolver y sacar cosas de los cajones podría desordenarlo todo al volver a meterlo. Además, me rugía el estómago y quería tomarme un té y unas tostadas.

Iluminé mi alrededor con la linterna y vi que me había dejado un libro de mapas abierto. Cuando lo levanté del escritorio muerta de sueño, se me resbaló de los dedos y fue a parar al suelo con un ruido seco y las páginas desparramadas.

—Oh, no —exclamé en la oscuridad. Sabía que se habrían doblado las hojas, aunque esperaba que no se hubiera roto la encuadernación. Me agaché para recogerlo con cuidado y una hoja se resbaló.

Me senté, mirándola. Era el retrato de una mujer. Escrito en lo alto con tinta descolorida, y la letra que reconocí de las cartas de amor, decía: «Mi Violet».

La amante de Samuel tenía un nombre.

## CAPÍTULO DIECISIETE

Sabía que no debía hacerlo, pero cogí el retrato y me lo llevé a mi casa. Lo metí en la carpeta del registro de la plantilla del hotel. Mi colección de objetos robados del Evergreen Spa estaba creciendo. Tenía intención de devolverlos, por supuesto, algún día.

Me preparé el desayuno mientras el alba luchaba por abrirse camino en el cielo. Era un día gris. A la luz fluorescente de la cocina, observé el retrato de Violet.

Violet.

Entonces supe que era una empleada. En el retrato llevaba un uniforme de camarera. Era guapa, guapísima. Tenía la cara redonda con la

barbilla ligeramente marcada, el pelo ondulado cortado a la altura del mentón, los ojos grandes y las pestañas muy largas. Notaba algo familiar en ella, tal vez porque se parecía a alguna estrella de cine; las actrices de aquella época se parecían mucho entre ellas. El artista la había dibujado muy bien. Había sabido capturar la luz en sus ojos y algo —¿incertidumbre?— en la frente. Me pregunté si la habría dibujado Samuel, pero después distinguí una firma abajo, aunque estaba tachada con dos líneas gruesas. La primera inicial era una ce, o quizá una e, y el apellido, Betts. ¿Por qué estaría tachado?

Cogí el registro de la plantilla, con cuidado de no mancharlo con la mantequilla de cacahuete de la tostada. Sabía qué fechas tenía que buscar y me animé al encontrar una tal *Armstrong, V.* que comenzó a trabajar como camarera durante el invierno de 1926. Y me animé todavía más al ver que no había ningún otro nombre que empezara por uve. Tenía que ser ella. Además, encontré algo



insólito: su nombre dejaba de aparecer en julio de ese mismo año, sin ningún tipo de explicación. Cuando aparecía la fecha en la que los demás empleados habían dejado de trabajar en el hotel, el registro recogía la fecha y el motivo del despido —y algunos motivos ya eran intrigantes de por sí: «Descubierta fumando por quinta vez», «Demasiado vaga», «Se ha ido detrás del hombre que la metió en problemas»—. Pero en el caso de Violet Armstrong, el nombre dejaba de aparecer sin más. Se le pagó el salario habitual a finales de julio y después... desapareció del registro.

Me terminé el desayuno y volví a mirar el informe de la biblioteca para ver si se había catalogado la colección de cartas de 1926. No estaba. Qué curioso.

Pegué el retrato de Violet en la puerta de la nevera con dos imanes, al lado de la foto de Adam y Anton. De esa forma tenía todos mis misterios recogidos en el mismo sitio. En eso estaba pensando cuando sonó el teléfono. Tomas.

—¿Sí?

—Me encantó recibir tu mensaje. ¿Por qué no puedes dormir?

—Ahora estoy muy contenta. ¿A que no adivinas lo que he descubierto?

Se lo conté rebotando de orgullo por haber resuelto todo el misterio —bueno, casi todo— mientras él estaba fuera.

—Entonces, ¿no llegaron a casarse? ¿No hubo final feliz? —preguntó Tomas.

—Según el libro que leí ayer en la biblioteca, no. Él murió al año siguiente y ella... no lo sé. No hay nada más sobre ella, pero sé que dejó de trabajar en el Evergreen al final de aquel invierno. Tomas, Violet era guapísima. Voy a hacerle una foto al retrato y te lo mando. También tengo de Samuel y de Flora.

—Has hecho un trabajo estupendo. Enhorabuena.

—Todavía me quedan algunos detalles por resolver. —Le conté lo de la correspondencia

perdida de aquel año—. Supongo que ya no necesito esas cartas para identificar a Violet, pero sería interesante leerlas de todas formas.

—¿Sabes? Creo recordar que cuando entré por primera vez en el ala oeste pasé por un despacho que estaba al lado del vestíbulo donde había varios libros y papeles que el historiador no había visto. A lo mejor podrías mirar ahí.

—Lo haré.

—Si quieres, puedes esperarme para ir juntos. Se me paró el corazón.

—¿En serio? ¿Vuelves?

—Los primos de Sabrina ya han llegado y también vienen a verla varios compañeros del trabajo. Y parece que va mejorando día a día. Creo que ya no hace falta que siga aquí.

—Pero ¿no quieres estar ahí cuando despierte?

—Me encantaría —dijo con una risa ahogada—, pero el promotor me espera lo antes posible. Los retrasos le salen carísimos.

Aunque no se lo podía decir, me alegraba que

eso lo hiciera llegar antes.

—Entonces, ¿cuándo...?

—Vuelvo la semana que viene.

Volvía a la semana siguiente. Ya era martes.

Casi miércoles.

—Me alegraré muchísimo de verte —le dije tímidamente.

—¿De verdad?

—Sí.

—Nunca me llamas ni me escribes mensajes. Había empezado a pensar que preferías olvidarte de mí.

Me puse colorada, a pesar de los miles de kilómetros que nos separaban.

—No sabía que podía hacerlo —le dije con sinceridad—. No soy muy buena en esto.

—La tercera cita —dijo—, la semana que viene.

—Estoy deseando que llegue.

Pasé por la casa de Lizzie de camino al trabajo para decirle que Tomas iba a volver muy pronto, pero no salió a abrir. Media hora después, cuando llegué a la cafetería, descubrí por qué.

—Hola —me saludó Penny—. ¿Cómo está?

—¿Quién?

—La señora Tait —me dijo, tan sorprendida como yo.

—¿Por qué lo dices?

—Está ingresada. Creía que lo sabrías. Fue el fin de semana.

Me quedé helada. Lo de que la gente estuviera en el hospital no era precisamente uno de mis temas favoritos.

—¿Ingresada? ¿Está bien? O sea, evidentemente no está bien, si ha ido al hospital, pero...

—No lo sé, por eso te lo preguntaba. Según parece, está en una clínica privada que hay al final de Arthur Street. Se lo oí decir a una de las enfermeras.

Miré ansiosamente el reloj. Tenía que trabajar todo el día.

—Vale, si quieres, ve a verla. Ya me las apaño. Eleanor llegará pronto.

—¿No te importa? —le pregunté mientras me quitaba el delantal—. Puede que se sienta sola. Y asustada.

—Ve —me dijo—. Nos vemos mañana. Y espero que me traigas buenas noticias.

Salí disparada, justo a tiempo para coger el autobús que pasaba por la calle principal. Me dejó en Anzac Park y crucé el parque a toda prisa para llegar a la clínica. Estaba muy nublado, pero todavía no había empezado a llover.

Después de pasar por el mostrador de recepción, me adentré por un pasillo de color verde y rosa pálido. Se me pasó un poco el miedo. Era una clínica estupenda: olía a rosas, en lugar de a desinfectante. Adam nunca estuvo en ningún hospital que oliera a rosas.

Estaba en la cama, echada hacia el lado que

daba a la ventana. La televisión estaba encendida, pero con el volumen apagado. Pensé que estaría durmiendo y me quedé un momento en la puerta, pero entonces ella se movió y la oí canturrear algo en voz baja. Tenía una vía intravenosa en la mano, con un enorme moratón en la piel arrugada y enrojecida.

—¿Lizzie?

Se volvió y sonrió ligeramente al verme.

—Hola, querida. Qué alegría que hayas venido.

Me senté en la silla acolchada que estaba al lado de la cama.

—¿Por qué no me ha llamado?

—Bah, no es nada. Además, no tengo tu número.

No era verdad. Tenía todos mis datos porque era mi casera.

—¿Ha llamado a alguien? ¿A sus hijos?

Negó con la cabeza.

—No es nada, de verdad. Una operación de nada y ya está. Eso me han dicho.

—¿Una operación? —El efecto calmante del olor a rosas desapareció por completo para dejar paso a la preocupación—. ¿Qué le pasa?

—Es no sé qué del intestino delgado. Ya me ha pasado otras veces. Siempre he sabido que llegaría un buen día en que tendría que salir corriendo para acá para que los médicos se pusieran a escarbar por ahí. Pero prefiero no hablar de mis tripas. Es poco decoroso, ¿no te parece?

—¿O sea, que salió disparada para el hospital y no me dijo nada? Podría haber venido con usted en la ambulancia.

—Me vine en taxi. No estaba preocupada. Como tampoco deberías estarlo tú. Ni mucho menos, mis hijos.

—No se va a librar tan fácilmente de mí —le dije—. Y voy a llamar a sus hijos, así que dígame dónde puedo encontrar sus números de teléfono.

Suspiró.

—Las llaves de mi casa están en aquel bolso



que está en la cajonera de ahí. Si también me pudieras regar las plantas, te lo agradecería mucho. Sus números están todos pinchados en la pared que está cerca del teléfono. En caso de... emergencia. Llama a Robbie, es el mayor y el más mandón. Él se encargará de llamar a las otras dos.

Le cogí la mano. Estaba helada y tenía los dedos muy suaves.

—Señor, cómo odio todo esto —dijo—. ¿Qué sentido tiene? ¿Para qué sirve ser tan vieja como yo? Voy a trastornar la vida de todos sin ningún motivo. Estaré bien o estaré mal, pero la vida sigue.

—¿Cuándo es la operación?

—Ni idea. No hacen más que cambiar de opinión. Dijeron que sería mañana y ahora resulta que será el viernes. Dicen que primero tengo que estabilizarme. Hasta podría ser la semana que viene.

Otra cosa para la semana siguiente.

—Tomas llega la semana que viene —le dije.

Me sonrió. La primera sonrisa sincera.

—Qué bien. Tendrás que ir a que te tiñan las cejas otra vez. Se te están poniendo muy claras.

Me reí.

—Tarde o temprano descubrirá de qué color son.

—Retrasa ese momento lo más que puedas.



No sabía qué esperarme del hijo de Lizzie. Por la forma en que ella me había hablado de sus hijos, temía que me respondiera con desdén o incluso con hostilidad. Pero Robbie resultó ser un hombre de voz agradable que me habló con gratitud. Y dos horas después me llamó él para decirme que ya se lo había dicho a sus dos hermanas y que muy pronto se pondrían todos en camino desde los distintos lugares del mundo. También me pidió que le hiciera compañía a Lizzie lo más que pudiera hasta que llegaran; y yo, por supuesto, se lo

prometí.



Siguieron cuatro días de turnos de almuerzo y cuatro largas visitas al hospital a Lizzie, que estuvo casi todo el tiempo de buen humor, menos cuando empezaba a quejarse de lo inoportuno que era aquello para todos y de que los médicos siguieran retrasando la operación. Pero sabía que le agradaba mi compañía, y que sus hijos fueran a verla.

Al quinto día llegaron sus hijas Christie y Geneviève desde Nueva York y Vancouver respectivamente. Quedé en ridículo cuando les pregunté si habían cogido el mismo avión; ellas sonrieron perplejas hasta que una de ellas — Christie, creo— me explicó que Vancouver estaba en la otra costa del continente respecto de Nueva York, y además, en otro país. Como ya he dicho varias veces, mi conocimiento del mundo era muy

limitado.

Ya solo quedaba un día para que llegara Tomas, y como no tenía ningún turno previsto en la cafetería, me arriesgué a ir a darme una vuelta por el ala oeste a la luz del día.

Miré y remiré por todas partes para asegurarme de que no hubiera nadie por allí cuando abrí la puerta principal. Entré decidida y volví a cerrar. Grietas de luz pasaban por encima y por debajo de los tablones de las ventanas, iluminando el parqué encerado y un antepecho mugriento. Ya me había acostumbrado al olor a polvo, que además, a aquellas alturas, hasta me resultaba agradable porque me recordaba los excitantes descubrimientos que había hecho. Me quedé en el vestíbulo mirando las tres puertas que había en una de las paredes, que debían de ser las oficinas de las que Tomas me había hablado.

Las dos primeras eran habitaciones pequeñas y vacías, pero la tercera era un despacho bastante amplio, con un antiguo escritorio de madera

tallada que estaba patas arriba debajo de la ventana. Enfrente de la puerta había otro escritorio y un aparador con seis estanterías. Tomas tenía razón: todavía había libros y papeles en el aparador.

Coloqué la linterna encima del escritorio para alumbrar la habitación un poco mejor, pero después me volví más atrevida. El tablón que tapaba la parte más baja de la ventana tenía una esquina suelta porque el tornillo se había caído. Puse las dos manos en la esquina, y de un tirón arranqué todos los bordes y se hizo la luz. A través del cristal sucísimo se distinguían los pinos de la calle y las nubes cada vez más grises que seguían arremolinándose. El escritorio estaba lleno de polvo. Tracé una línea retorcida con el dedo índice, y me arrepentí inmediatamente en cuanto empecé a estornudar.

De vuelta al aparador. Estaba abrumada por la cantidad de papeles que había allí. Era mucho más fácil en la biblioteca, donde todo estaba

catalogado. Enseguida descarté la idea de mirar en todas las cajas y pilas de papeles, puesto que lo único que tenía que buscar era una carpeta de piel, como las de 1925 y 1927. Mientras caía la lluvia rebusqué en la penumbra polvorienta moviendo los montones de papeles y apilándolos de nuevo con un cierto orden, intentando no apresurarme demasiado. Conforme los fui mirando, me fui dando cuenta de que casi todos eran listas de comida, ropa de cama, mantelería, detergentes y cosas así, compradas al por mayor. Encontré la libreta de direcciones de Eugenia Zander y me fui inmediatamente a la hache para buscar a los Honeychurch-Black, pero no estaban.

En parte me pareció curioso o tal vez fue pura casualidad, pero la carpeta que estaba buscando fue lo último que encontré. Estaba debajo de todo, dentro de una caja, metida entre dos carpetas de facturas. El lado racional de mi cerebro me decía que lo más seguro era que alguien que no tenía ni idea de lo que era la hubiera puesto allí mucho

después de la época de Eugenia Zander; mientras que el lado más emotivo de mi mente se empeñaba en pensar que estaba escondida —o bueno, medio escondida— porque Eugenia Zander la había guardado en un sitio difícil de encontrar, pero como era muy quisquillosa a la hora de conservar todos los documentos de su oficina, no había querido deshacerse de la carpeta definitivamente. En mi fantasiosa recreación de los hechos de 1926, Violet Armstrong desapareció y Samuel Honeychurch-Black murió porque su corazón no pudo superar el dolor.

Aunque en el fondo sabía que en algún momento encontraría algo que me decepcionaría. Porque la vida real no es así.

En el preciso instante en que saqué la carpeta de 1926 oí que se abría la puerta principal del ala oeste.

Me gustaría saber describir la reacción de todo mi cuerpo al oír aquel ruido. Primero pensé que podría ser Tomas. Después, al recordar que tenía

su llave, me di cuenta de que tenía que ser otra persona, alguien que no conocía. Entonces, mirando a mi alrededor y viendo el enorme desorden que había causado en la habitación, una habitación en la que se suponía que no podía entrar, de un hotel en el que se suponía que no podía entrar, me sentí aterrorizada. Pilas de papeles y cajas, un tablón arrancado de una ventana y una antigua carpeta de piel que había sacado de la biblioteca. Al pensar en la carpeta, me la metí en el bolso y la tapé poniendo encima la otra bufanda que llevaba. Me sentí todavía más culpable e intenté pensar en la postura que debía adoptar en el momento del inevitable encuentro. Empecé a hacer como si estuviera ordenando la oficina, hasta que de pronto oí una voz a mi espalda.

—¿Qué está haciendo aquí?

Me di la vuelta y, como había visto en todas las películas de policías, levanté las manos.

El guarda de seguridad, un hombre



increíblemente robusto de unos cincuenta años con un grueso bigote retorcido, se echó a reír. Con un gesto me pidió que bajara las manos. Creo que le sonreí, o por lo menos le hice un mohín.

—¿Cómo se llama? —me preguntó.

—Lauren Beck. —Metí la mano en el bolso y saqué la llave de Tomas—. Tengo la llave.

Apagó su linterna y miró los montones de cajas y papeles.

—¿Trabaja con el historiador?

Casi asentí. Quizá debí hacerlo. Pero no me fiaba de mi habilidad para mentir.

—No. Tomas Lindegaard me dio la llave para que se la guardara mientras estaba de viaje. He venido a ver unos informes. Lo dejaré todo tal y como estaba.

El guarda frunció el ceño y tendió la mano.

—Será mejor que me dé esa llave. No es que no me fie de usted, señorita Beck, pero... bueno, no, no me fio. No sé quién es usted, y lo que sí sé es que Tomas Lindegaard está en Dinamarca...

—Tomas vuelve mañana —le dije poniéndole la llave en la palma de la mano—. Podrá preguntárselo entonces.

—Muy bien, eso haré. Mientras tanto, me apuntaré su nombre, dirección y número de teléfono y la acompañaré fuera.

Qué vergüenza. Menos mal que había dejado de llover. Una pareja de ancianos que habían sacado a pasear a un terrier maltés nos miraron con curiosidad mientras salíamos del edificio. Intenté convencerme de que no era tan evidente que me estuvieran echando —al fin y al cabo, no iba esposada ni me estaban apuntando con una pistola en la espalda—, pero mi expresión de culpabilidad y vergüenza debía de hablar por sí misma. El guarda me llevó hasta su coche, donde le di todos mis datos, por lo que tuve que rebuscar en el bolso —donde llevaba la carpeta robada— para sacar el carné de conducir. En el carné todavía aparecía mi dirección de Tasmania y la persona que mejor podía dar fe de dónde vivía era

Lizzie, que estaba en el hospital. Estaba a punto de mencionar a Penny cuando el guarda me dijo:

—Deme su teléfono.

Se lo di. Él hizo algo técnico, consiguió sacar el número de algún modo y se lo escribió.

—Muy bien, ya tengo todo lo que necesito. Hablaré con el señor Lindegaard. Siento las molestias, señorita Beck, pero solo estoy haciendo mi trabajo. El seguro no la cubriría si tuviera algún tipo de accidente, espero que lo entienda.

—Lo entiendo —dije.

—¿Quiere que la lleve a casa?

Negué con la cabeza.

—De verdad que lo siento —insistí.

Se encogió de hombros, me dijo adiós y se metió en el coche, dejándome allí, fuera del hotel —y ya sin posibilidad de volver a entrar—, preguntándome si Tomas se enfadaría conmigo. Y para arreglarlo del todo, empezó a llover. Me fui a mi casa.

Estaba tan avergonzada que ni siquiera me sentí capaz de mirar la carpeta al llegar. La dejé metida en el bolso y me di un buen baño. Cuando por fin me decidí a salir, cogí el móvil y vi un mensaje de voz de un número desconocido. Inmediatamente pensé que podía ser Anton Fournier.

—Hola, Lauren. Soy Terri-Anne Dewhurst. He recibido tu mensaje. Llámame cuando puedas. Estoy deseando hablar contigo. —Tenía una voz dulce, casi infantil.

Me sequé lo más rápido que pude y me puse el pijama, aunque eran las cuatro de la tarde. Cogí las cartas de Samuel y Violet y la llamé.

Contestó enseguida.

—Gracias por llamarme tan pronto —dijo—. Me acaban de reenviar tu mensaje y tengo que decir que me ha emocionado.

—Tengo las cartas aquí —dije yo—. Aunque tengo que avisarte de que son muy... eh...

picantes.

—¿En serio? ¡Qué bien! Te agradecería muchísimo que me las mandarás. No me puedo creer que las hayas encontrado. ¿Estás segura de que las escribió Sam?

—¿Sam? ¿Lo llamaban así? ¿No Samuel?

Se rio.

—Bueno, ya sabes que en cada familia siempre hay un genealogista... y en la mía, esa soy yo. Y sí, mi tío abuelo Sam siempre me ha intrigado. Yo siempre lo he llamado Sam porque así es como lo llamaba mi abuela, su hermana. Bueno, las pocas veces que hablaba de él, claro.

—Sí, seguro que es él. He estado haciendo averiguaciones a partir de los registros de huéspedes del hotel, y todo cuadra. —Volví a acordarme del guarda de seguridad y me entraron escalofríos, pero después le conté todo lo que sabía sobre Violet, sobre el retrato. Todo—. He de confesar que me siento muy intrigada con todo esto —admití— y esperaba que a lo mejor tú me

podieras contar algo más. ¿Qué fue de Violet? Sé que Sam murió de neumonía al año siguiente, pero...

—No, no fue eso —me interrumpió Terri-Anne; y tal vez me lo imaginé, pero me dio la impresión de que había bajado la voz como si fuera un secreto—. Eso es un mito familiar que se inventó mi abuela, la hermana de Sam. Descubrí la mentira cuando era muy joven, físgoneando en los papeles de la familia.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué iban a...? —Y entonces lo adiviné—. Desapareció, ¿verdad?

—Sí, en 1926. No volvió del hotel-balneario Evergreen. ¿Y sabes? Si esas cartas demuestran que estaba enamorado..., en fin, a lo mejor ya podemos saber por qué desapareció.

—En los registros del hotel Violet también desaparece de pronto —dije—. No se menciona que se fuera ni que la echaran. Simplemente, en una página está... y en la siguiente no.

—A lo mejor se escaparon juntos —suspiró—.

Puede que tenga familiares por ahí que ni siquiera conozco. De verdad, Lauren, nunca he estado tan emocionada. No sé cómo darte las gracias.

—¿Cómo era tu abuela? —quise saber—. ¿Cómo se llamaba? ¿Flora? En las cartas la llama Sissy, y parece que él la consideraba una mujer severa y moralista.

—Era la anciana más dulce y feliz que te puedas imaginar —dijo Terri-Anne con cariño—, aunque se negaba a hablar de Sam y se puso muy nerviosa cuando le enseñé los informes clínicos en los que decía que su padre había muerto de neumonía pero en ningún momento se mencionaba a Sam. Esa fue la primera pista de que algo no cuadraba. Sin embargo, no pude seguir investigando hasta que la abuela Flora murió, porque a ella le habría molestado mucho. Me he pasado toda la vida sin entender por qué.

Seguimos hablando un rato, y por primera vez pensé que aquella gente sobre la que estábamos especulando era gente real, no personajes sacados

de un libro. Me caía bien Terri-Anne, hablaba con el corazón en la mano. Me organicé para mandarle todas las cartas por mensajero —lo pagaría ella—. Me dio permiso para hacer copias para mí y me pidió que siguiera indagando por ella.

La conversación me hizo sentirme mejor después de que me hubieran pillado *in fraganti* y en cuanto colgué, saqué del bolso la carpeta de 1926.

Seguía lloviendo a cántaros cuando me senté en el sofá. No me detuve a buscar desde el principio. El romance había sido en invierno, así que empecé a mirar desde junio, pasando las cartas una a una y mirando la dirección del destinatario. Tardé menos de un minuto en llegar a agosto, a una carta dirigida a la señora Thelma Honeychurch-Black, que ya sabía, por mis investigaciones, que era la madre de Sam y Flora.

*Estimada señora:*

*He recibido su carta y le contesto*



*inmediatamente y con la mayor brevedad a fin de apaciguar su ansiedad. En pocas palabras, señora, no tiene nada que temer de mí. Siempre me he sentido orgullosa de mi discreción, y todo lo que he sabido, sé y sabré de los asuntos personales de mis huéspedes me acompañará a la tumba. Respeto sus deseos y le puedo asegurar que todos los que se han visto involucrados de algún modo tienen sus propios motivos para no volver a hablar de ello jamás. Ha sido una tragedia y no debe tener mayor repercusión, pues de lo contrario la tragedia sería aún mayor. Estamos completamente de acuerdo.*

*Atentamente,  
Eugenia Zander*

La leí una y otra vez, con la piel de gallina. «... no volver a hablar de ello jamás. Ha sido una tragedia». ¿Qué había descubierto exactamente?

¿Y qué tenía que ver con Sam y con Violet?

## CAPÍTULO DIECIOCHO

*1926*

La nieve llegó, como estaba previsto, pero no con enormes remolinos que hicieran imposible viajar. Cayó flotando por el aire durante dos días seguidos, suave y ligera como los hilos de una telaraña. Y se derretía a la mañana siguiente. A Violet le encantaba aquel clima. Nunca había visto la nieve, y aunque la idea de salir le parecía triste e insoportable, le gustaba quedarse mirando por las ventanas. Hansel se enfadaba con ella cuando se suponía que debía estar encargándose de la comida que tenía que llevar, pero no tanto como antes. La quietud parecía haberlos tranquilizado a todos, incluso demasiado. El invierno había

llegado, y eran un puñado de personas compartiendo un espacio enorme y vacío. El humor era ligero, como el de una residencia de estudiantes. Hasta los huéspedes, incluida la enojosa Cordelia Wright, parecían más amables.

Por supuesto, Violet vio la habitación de Cordelia Wright cuando entró para encerer el suelo y cambiar las sábanas, y decidió que la cantante de ópera no tenía ningún motivo para ser tan gruñona. Tirados encima de la cama y colgados sin orden ni concierto en los armarios había hermosos vestidos y abrigos de piel, y el joyero rebosaba de joyas deslumbrantes. Violet no debería haber visto todo aquello, pero una vez que se quedó sola en las habitaciones, se impuso la curiosidad. La de Flora estaba perfectamente ordenada, y en el escritorio había colocado de manera meticulosa toda una serie de plumas, tinteros y papel de cartas. La cama de los señores Powell siempre tenía el aspecto de que hubieran pasado la noche haciendo lucha libre en ella —no

se podía creer que se pasaran horas y horas haciendo el amor arrastrados por la pasión—. El armario de Miss Sídney estaba atiborrado de productos de belleza, más de los que Violet creía que existieran en el mundo: cremas, pociones, píldoras e incluso un jabón adelgazante del doctor Potter que prometía quitar «la grasa y la edad» al mismo tiempo. Las habitaciones de Tony y Sweetie eran exactamente como se las esperaba: desordenadas y con un fuerte olor a hombre. No como la de Sam, que olía a jarabe de arce, tierra húmeda y plantas machacadas. Aunque sabía que era el olor del opio, no le importaba, porque era el olor de su felicidad y la de él. Su primera semana como camarera de piso le resultó fascinante, pero después el trabajo se volvió tedioso y además le parecía que estaba por debajo de su nivel.

El trabajo extra la agotaba. Tenía los músculos tan exhaustos que para la tercera semana ya solo podía aguantar el día entero si lograba dormir una media hora por la tarde. Mantener los ojos

abiertos durante las visitas nocturnas de Sam también se convirtió en un problema, y más de una vez se quedó dormida mientras él le contaba una de sus grandes historias sobre el hermano de su tatarabuelo, que luchó en una guerra con España, o de la loca de su tía abuela, que tenía cien gatos en una casa solariega y los alimentaba con nata. El roce de su piel seguía manteniéndola despierta, pero la necesidad de dormir se iba haciendo más imperativa con el paso de los días.

—Te aburres conmigo, se nota —dijo una noche, en la oscuridad, mientras estaban los dos tumbados en la estrecha cama de Violet.

—No, qué va.

—A veces es como si ni siquiera me estuvieras escuchando.

—Estoy cansada, Sam, eso es todo. Tiene que ser más de medianoche. El resto del hotel está dormido.

—Dormido y vacío. Podríamos hacer todo lo que quisiéramos.

Violet se incorporó, se apoyó en un codo y lo miró. Había tan poca luz que lo veía totalmente oscuro; los ojos negros eran lo único en lo que se pudo fijar.

—¿A qué te refieres?

—¿Has bailado alguna vez en el salón?

—No. Sirvo de comer allí.

Sam levantó una esquina de la colcha.

—Pues vamos.

—No hablarás en serio... —dijo estremeciéndose, con la misma emoción que sentía al principio, cuando todo parecía deshacerse y brillar como oro líquido en su presencia.

—Sí, en serio.

—Voy a vestirme.

—No nos va a ver nadie. Como acabas de decir, es más de medianoche y están todos durmiendo. Puedes bailar en camisón. Es más, insisto.

Violet se levantó, con una risilla nerviosa.

—Tenemos que tener cuidado y no hacer ruido

—dijo.

—No voy a dejar que nos pillen —dijo Sam con tono apremiante mientras recogía la bata del suelo—. Si nos descubrieran sería un desastre para los dos —añadió; se acercó a la puerta, la abrió y se quedó un momento escuchando por si oía algún ruido en el pasillo—. No hay nadie.

Violet se puso la bata de lana y lo siguió, respirando su olor.

—¿Estás seguro de que es buena idea?

—Es una idea estupenda —le aseguró cogiéndola de la mano—. Vamos.

Cruzaron rápidamente el corredor sin hacer ruido, subieron las escaleras y atravesaron el pasillo de arriba. Sam abrió la puerta que llevaba a la otra ala y enseguida llegaron a la puerta del salón. Sam la empujó.

—Está cerrada —susurró.

Decepción. Violet apoyó la cabeza sobre él un momento hasta que se acordó.

—Hansel tiene una llave. Está en la cocina.



—Guíame.

Volvieron sobre sus pasos hasta que llegaron a la cocina. Violet cogió un candil de la despensa y lo encendió. Abrió una alacena y encontró la llave en la repisa de arriba, entre listas de ingredientes y viejas recetas escritas en trozos de papel. Sam agarró el candil con una mano y la mano de Violet con la otra y volvieron rápidamente al salón.

Violet abrió la puerta con manos temblorosas y el corazón acelerado. Tendría muchos problemas si la descubrían... pero, en el fondo, ¿qué más daba? Cuando terminara el invierno, o bien sería la prometida de Sam o bien tendría que volver a casa y buscarse otro trabajo. Eso fue lo que pensó, e inmediatamente se sintió libre. Las mesas, sin manteles ni cubertería, parecían mudas y desnudas en la oscuridad. Sam se encaminó hacia el centro de la sala de baile y dejó la lámpara en el suelo mientras Violet cerraba la puerta.

—No tenemos música —dijo Violet.

Sam se le acercó, le cogió una mano y se la

puso en el pecho. Violet sonrió y sintió sus latidos por debajo de la ligera bata de seda.

—Mi sangre es la música —dijo Sam—. Yo la siento. ¿No la oyes?

Violet no oía nada, pero dijo que sí porque era un momento excitante y quería que fuera perfecto. Sam empezó a bailar y ella siguió sus pasos. Con un ritmo lento que poco a poco se volvió más rápido, Sam la hizo girar por todo el salón mientras el candil los alumbraba con su llama temblorosa en el centro. Violet miraba las sombras que parpadeaban vertiginosas mientras ellos bailaban sin parar, hasta mucho después de que ella se sintiera demasiado cansada para continuar. Al final, Violet le suplicó que parara y él se detuvo abruptamente y la besó apasionadamente, llevado por un nivel de excitación que no había vuelto a sentir desde la primera noche que hicieron el amor.

—Te deseo —le dijo en la boca.

—Aquí no.

—¿No?

—En mi cama.

Con el candil en la mano, volvieron a dejar la llave en su sitio y regresaron a la planta de los empleados, donde Sam le hizo el amor con una pasión abrasadora.

Después, antes de que Sam se quedara dormido, Violet le dijo:

—Sam, tú me quieres, ¿verdad? ¿Amor real, del que dura para siempre?

—Amor real, del que mueve las estrellas — contestó.

—¿Amor real, del que soporta la enfermedad y la vejez?

—Amor real, del que brilla más que el sol.

—¿Amor real, del que supera los obstáculos y encuentra la forma de seguir adelante? —Quería que le contestara con sensatez. Su pasión era tórrida, apremiante y hermosa, pero estaba segura de que todavía no le había hablado a su padre de ella... y no estaba segura de si llegaría a hacerlo

algún día.

—Amor resplandeciente —le dijo él cubriéndola de besos—. Amor incandescente. Amor loco, una locura de amor.

Amor loco, una locura de amor. Eso era. Eso era lo que siempre había sido.



Lo que menos le gustaba hacer a Violet era lavar las sábanas con agua hirviendo, y tenía que hacerlo una vez por semana en la lavandería del fondo del ala este. Pasaba por el largo corredor con un carrito para recoger las sábanas de todas las habitaciones, después tenía que salir fuera y sacudirlas a varios pasos de distancia en el aire helado y luego volvía a la lavandería, donde encendía el fuego y ponía a hervir el agua en el caldero. Le transpiraba toda la piel mientras usaba una vara larga de madera para golpear las sábanas entre pompas de jabón, y mientras lo hacía le

dolían los brazos y las manos se le ponían rojas. Después tenía que pasarlas a una tina para enjuagarlas y luego meterlas en una máquina con rodillo para escurrirlas lo más que pudiera. Tan solo entonces podía colgarlas, lo que suponía tener que salir de la lavandería cálida y húmeda y enfrentarse al aire helado de fuera. Se le empañaba la cara con su propia respiración y veía el vapor que se levantaba de los brazos mientras las sacudía y ponía las pinzas. Aquel día, el aire helado las hizo ondear como locas. En el espacio abierto que quedaba entre la lavandería y el taller, aun donde el sol brillaba con más fuerza, hacía frío. Se le habían quedado los dedos en carne viva, de tanto entrar y salir del frío al calor.

Mientras estaba tendiendo el segundo montón, Clive la llamó desde el taller y ella lo saludó con la mano y siguió trabajando, deseando terminar lo antes posible. Al volver a entrar, se sintió un poco mareada con el calor. Las sábanas estaban en la máquina planchadora. Se secó la frente con la

manga. Volvió a sentir mareos y se cogió al borde del fregadero de piedra. Fuera, sacudió la sábana y la colgó, y de repente todo a su alrededor se volvió gris y notó un silbido en los oídos.

Lo siguiente que supo fue que estaba tumbada sobre el rocío de la mañana con Clive agachado a su lado, repitiendo su nombre una y otra vez.

Intentó hablar, pero solo le salió un gemido.

—Espera aquí. No te muevas —le ordenó, y ella quiso decirle que le era imposible moverse, que sentía la piernas como si fueran de plomo y que le iba a explotar la cabeza. Clive salió corriendo y ella vio una sábana en el suelo, y lo único que pudo pensar fue «Tendré que lavarla otra vez». Pero después cerró los ojos y se quedó escuchando su propia respiración porque pensar le resultaba demasiado difícil.

A los dos minutos llegó Clive con la señorita Zander, que se inclinó sobre ella con cara de preocupación.

—Violet, ¿me oyes?

—Sí, estoy un poco mejor. Solo ha sido el calor.

—No intentes levantarte. No quiero que te vuelvas a desmayar. Clive, ¿puedes levantarla?

—Creo que sí.

—Llévala a su habitación. Voy a llamar al doctor Dalloway. No creo que Karl pueda ayudarnos con esto.

—Violet —le dijo Clive con amabilidad sin mirarla a los ojos—, ¿me puedes pasar un brazo por el cuello?

—Puedo andar —protestó.

—No vas a andar —replicó la señorita Zander con tono autoritario—. Haz lo que te pide.

Violet le echó los brazos al cuello y Clive la levantó con facilidad. Notaba los latidos de su corazón donde estaba echada contra él mientras la llevaba de vuelta al hotel. La señorita Zander se les adelantó; las pisadas se oían sobre el suelo de madera. Clive llevó a Violet a través del gran salón, donde la noche anterior Sam había bailado

con ella hasta que la cabeza empezó a darle vueltas, y después siguieron por el pasillo y las escaleras que llevaban al ala de las empleadas.

—¿Cuál es tu habitación? —le preguntó Clive.

—La cuarta de la izquierda. De verdad, puedo andar.

Se aseguró de que la señorita Zander se hubiera ido y después la dejó en el suelo con cuidado, cogiéndola del codo mientras se ponía de pie.

—Está bien, pero me quedo contigo hasta que vuelva la señorita Zander.

—Vale.

Abrió la puerta de su habitación y se dejó caer en la cama. No tenía fuerzas en las rodillas. Clive se sentó frente a ella, en el colchón de la que había sido la cama de Myrtle, con las manos entre las rodillas.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Me duele la cabeza.

—Te has caído de lado.

Violet vio que tenía un moratón en el brazo



derecho.

—También me duele el codo. Estoy muy cansada, Clive. ¿Tú no? Los turnos extra me están matando. Lavar, cambiar las sábanas, limpiar. Ya sé que los turnos de comida son más rápidos y más fáciles, pero... —Se detuvo antes de que se le escaparan las lágrimas—. Estoy muy cansada.

—¿Estás comiendo bien? ¿Duermes bien?

—No tengo mucho apetito. Siempre estoy haciendo cosas. Pero sí, duermo lo suficiente. — Con Sam a su lado. Además, cuando llegaba y se iba siempre la despertaba, y ocupaba tanto espacio en la cama que ella no dormía bien.

—El médico dirá lo que necesitas.

—Pero ¿y si dice que tengo que descansar? La señorita Zander no puede pasar sin mí. Ha mandado a todos los demás a casa.

—Todavía hay varios hombres en el ala oeste —dijo Clive—. No te preocupes por eso. Siempre habrá alguien que pueda hacer lo que haces tú. Dicen que la señorita Zander sabe hacer todos los

trabajos que requiere el hotel.

—No me la imagino sirviendo —suspiró Violet.

—Yo sí. Seguro que sabe hacerlo.

Violet se rio.

—Hansel no se atrevería a regañarla a ella.

Se quedaron en silencio hasta que llegó la señorita Zander.

—Clive, el doctor Dalloway está en camino. ¿Te importaría salir a recibirlo? Así le dices dónde estamos.

Clive se marchó y la señorita Zander ayudó a Violet a meterse en la cama.

—Venga, quítate el uniforme y métete debajo de las mantas. Lo que necesitas es un día de descanso.

Violet se desabrochó la camisa.

—Pero ¿qué pasa con...?

—Violet, no soy tonta. Sé cómo dirigir un hotel. Es normal que algún empleado se resfríe durante el invierno. Tengo suficiente gente para cubrirte. Después de todo, solo tenemos ocho huéspedes. Lo

único que no tengo previsto es qué pasaría si yo caigo enferma, así que me niego a enfermarme —le dijo con una sonrisa—. Tú trabajas mucho, querida, y lo aprecio. Tendrás tu recompensa. Pero no hace falta que te mates trabajando. Alguien hará la colada por ti la semana que viene. Uno de los hombres. Ya lo resolveré.

Violet se metió debajo de las sábanas y levantó la cabeza. La almohada parecía muy blanda. La señorita Zander se sentó a los pies de la cama.

—Esperaré a que llegue el médico aquí contigo.

—Gracias.

—Has trabajado mucho. Te aumentaré el sueldo después del invierno. —La señorita Zander sonrió, dejando entrever un puente de oro en una muela.

Pero la oferta solo logró entristecerla. Después del invierno. No había ningún «después del invierno» para ella. Su inseguridad acerca de Sam, que se negaba a afrontar abiertamente, era como una dolorosa herida en su interior y aquellas

palabras la habían abierto. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Oh, querida —dijo la señorita Zander, y fue la primera vez que Violet la vio desconcertada—. ¿Qué ocurre?

—¡No sé lo que va a ser de mí! —Violet empezó a llorar, y fue como si se hubieran abierto las compuertas—. Mi madre tiene artritis. No puede trabajar y dice que tengo que volver a casa después del invierno para cuidar de ella. —Buscó un pañuelo debajo de la almohada y se frotó la nariz con fuerza—. Pero yo no quiero volver a Sídney. Quiero quedarme aquí.

—Pues quédate aquí —dijo la señorita Zander como si fuera lo más obvio del mundo—. ¿Por qué vas a tener que irte a un sitio al que no quieres ir? A una joven como tú la vida le ofrece muy pocas posibilidades. ¿Qué sentido tiene tirarlas por la ventana?

Violet sorbió por la nariz, desconcertada por su lógica.

—Pero es mi madre. Cuidó de mí hasta que cumplí catorce años. Ahora tengo que recompensarla.

La señorita Zander se encogió de hombros.

—No, eso no es verdad. No tienes que hacerlo. ¿Te hizo firmar un contrato de bebé? ¿Cada vez que te metía una cucharada en la boca te decía «Un día, cariño, tendrás que recompensarme por esto»? No. Los padres no deberían esperarse una retribución de sus hijos. Es muy injusto traer a alguien al mundo sin preguntarle primero y después querer decidir lo que tiene que hacer. —Resopló de rabia—. Si quiere que cuides de ella, que se coja un tren y se busque un piso aquí. Tú estarás ganando dinero y, si trabajas bien, tendrás más oportunidades dentro de un año o así.

—Mi madre no se irá nunca de Sídney. Con la artritis, no puede vivir en un sitio tan frío.

—Pues que se quede en Sídney y cuide de sí misma. —La señorita Zander aspiró por la nariz con fuerza—. De verdad que estoy harta de cómo

las jóvenes se dejan arrastrar por los deseos de los demás tan fácilmente. Yo espero mucho más de ti, Violet.

Violet sintió la quemazón de la desaprobación de la señorita Zander y enseguida llenó el silencio.

—Me ha dado mucho en lo que pensar —dijo.

—Me alegro. Y he de decir que has recuperado un poco el color y que ya no pareces tan alarmantemente pálida. Solo necesitarás un día o dos en la cama para recuperarte. ¿Qué te parece?

Violet estaba a punto de asegurarle que haría todo lo que estuviera en su mano para ganarse su favor, pero después se acordó de lo que acababa de decirle, que «las jóvenes se dejan arrastrar por los deseos de los demás», y pensó que tenía que parecer más independiente.

—Me encontraré mucho mejor después de descansar un poco, estoy segura.

—Buena chica.

El que la señorita Zander le hubiera ofrecido un aumento después del invierno, junto con la sensatez de su solución para el problema con su madre, solo consiguió aumentar su inquietud por las salidas furtivas con Sam, y cuando él le propuso volver a ir a bailar al salón, ella se negó.

—¿Te has vuelto una gatita asustadiza? — bromeó tumbado a su lado, rodilla con rodilla, tocándole la punta de la nariz.

—No, es que de verdad necesito mantener mi trabajo.

Sam se encogió de hombros sin intentar entender su preocupación.

—Tengo tanto dinero que nunca conseguirás gastártelo.

—¿Te casarás conmigo? —le preguntó con valentía.

—Espera un momento. Se supone que eso lo propone el hombre, no la mujer.

—No es una propuesta, es una pregunta —dijo Violet.

—¿Es que no te he demostrado lo suficiente mi amor? Pues venga, que te lo voy a demostrar otra vez. —Empezó a besarla y, como siempre, el deseo arrasó con todo.

Sam se estaba adormilando abrazado a ella. Pero, por más que necesitara descansar, las preocupaciones no la dejaban dormir.

—¿Sam? —dijo en la oscuridad.

—¿Qué?

—¿Dónde estaremos el año que viene?

—Navegando de camino a Antigua, o nadando en el Sena, o lo que tú quieras hacer.

Lo intentó de nuevo, tratando de imaginar un tiempo más cercano.

—¿Dónde estaremos después del invierno?

—Aquí.

—¿Y después de aquí?

—Allí.

—¿Dónde es allí?

—Me estoy cansando de preguntas. Duérmete. Todo irá bien. Si sigues preguntándome cosas,



pensaré que no confías en mí.

Violet se quedó en silencio. Agotada, completamente agotada. Intentó concentrarse en el momento, en su cuerpo cálido en la oscuridad, en la maravillosa emoción del amor prohibido. En su propio amor, que era brillante, excitante, tórrido. Se obligó a no pensar en bodas, en bebés, en...

Bebés.

¿Cuándo fue la última vez que tuvo la regla?

Su mente, presa del pánico, no lograba establecer una fecha. No, seguro que estaba exagerando. El estar tan cansada y comiendo menos no era raro estando tan ocupada. A pesar de eso, su cerebro seguía empeñado en contar hacia atrás. Myrtle seguía allí. ¿Fue antes de las Navidades en junio? Antes. Mucho mucho antes. El terror se apoderó de su mente. No podía estar pasándole a ella. Siempre había evitado pensar en eso, así que no podía pasarle. Aparte de la primera vez, Sam siempre había tenido cuidado en no derramar su semilla dentro de su cuerpo. Él le

dijo que eso siempre funcionaba, y a ella le molestó tanto pensar que había estado con otras mujeres que jamás volvió a sacar el tema ni quiso preguntarle más detalles.

Contó, contó... seis semanas. No había sangrado en seis semanas.

Sam dormía a su lado, roncando. No lo despertaría. ¿De qué iba a servir? Saldría corriendo a todo correr o le soltaría cualquier insensatez sobre cunas de oro con pieles de armiño y ángeles cantando sobre el cabezal.

Una idea furtiva le pasó por la cabeza. Ahora Sam tendría que casarse con ella.

Pero la descartó. Sam no haría nada que no quisiera hacer. Una familia como la suya siempre hacía lo que quería, y si decidían negarse a aceptar que el niño era suyo, así sería.

Y allí se quedó, atrapada por el momento de horror, completamente sola, viendo cómo todas sus oportunidades se desvanecían. Hasta hacía unos minutos la vida le sonreía. Y de pronto la realidad

la aplastó. Veinte años, y embarazada de un hombre que jamás se casaría con ella.

Pasó muchísimo tiempo despierta.



De madrugada, cuando Sam se hubo marchado y Violet se sumió en un sueño profundo, la nieve comenzó a caer. Suavemente, blanca y limpia, y esta vez para quedarse. Formando capas níveas sobre las fuentes y los jardines, en el césped y las pistas de tenis. Creando tersos cúmulos sobre las ramas de los pinos, amontonándose entre las rocas y la maleza de los senderos. Los huéspedes y empleados del hotel se despertaron en un mundo que se había vuelto blanco, y charlaron entusiasmados durante el desayuno.

Todos menos Violet, para la que el mundo seguía siendo negro.

## CAPÍTULO DIECINUEVE

La sala de té y la cafetería estaban cerradas durante el invierno, así que Lady Powell se compró un juego de té para servirlo en sus habitaciones todas las tardes a las tres. Lord Powell y ella se alojaban en la *suite* del ático, que tenía su propio salón y cuarto de baño. Flora se resistía a subir casi todas las tardes, pero se sentía obligada a asistir de vez en cuando. Los caballeros, por supuesto, no se presentaban a las reuniones, que Sweetie consideraba una mera ocasión para hablar de dietas y cremas faciales. A Flora le molestó cuando lo dijo. Ella no había hablado nunca de ninguna de las dos cosas con nadie. Pero cuando el tema de conversación

recayó irremediabilmente en la belleza de Miss Sídney, Flora tuvo que darle la razón en silencio.

—¡Tienes la piel tan suave! —le dijo Cordelia a Miss Sídney.

Miss Sídney sonrió y empezó a hablar de jabones de fruta, con lo que Flora desconectó, mientras saboreaba su té mirando a su alrededor: empapelado de diseño muy recargado, alfombra con motivos orientales y cuatro cómodos sillones. Su padre les propuso coger una *suite*, pero Sam insistió en que prefería tener su propio cuarto, sin tener que compartir las habitaciones con Flora. Porque de ese modo podría fumar cuando quisiera, suponía Flora, aunque ella siempre notaba cuando lo hacía.

Miss Sídney siguió adelante con sus explicaciones mientras las señoras le prestaban toda su atención, como si tuviera el poder de devolverles la juventud. A Flora le sorprendió que Lady Powell estuviera tan interesada en esas cosas, teniendo en cuenta los libros tan

terriblemente rimbombantes que había escrito. Pero después pensó que ella también había sido una mujer muy guapa en su día, y era natural que las mujeres que habían sido tan admiradas por su belleza intentaran mantenerla el mayor tiempo posible. Una maldición que Flora nunca tendría que afrontar. Se imaginaba que era un aspecto aburrido de su personalidad, pero la verdad era que ella le daba mucho más valor a la posesión de una moral recta, una cualidad que no desaparecería con el tiempo.

Un momento de silencio le hizo darse cuenta de que todos la estaban mirando. Le habían preguntado algo. ¿El qué?

—Lo siento, estaba soñando despierta —dijo tratando de restar importancia a su falta de atención—. ¿Me habéis preguntado algo?

—Tony —dijo Miss Sídney—. Tiene unas manos preciosas. Todas lo hemos notado. Limpias, suaves y con las uñas bien recortadas. Y queríamos saber si se las cuidas tú.

Flora tuvo que contener las ganas de reír. Y tuvo que esforzarse mucho, porque aquello le parecía lo más absurdo y trivial que nadie pudiera llegar a pensar.

—No —contestó—. Nunca le he tocado las manos.

Cordelia soltó una risita tonta.

—Pero ¿sus manos sí te habrán tocado a ti?

Una carcajada general estalló en el salón. Flora intentó no pensar en cómo sabría Miss Sídney que Tony tenía las manos tan suaves. Había visto a Tony y Sweetie con ella muchas veces desde que su novio se fue. Era realmente guapa, por lo que Flora no podía reprocharles el que les gustara pasar tiempo con ella, pero no le gustaba nada la forma en que Sweetie se dirigía a ella, con palabras cargadas de insinuación y risas obscenas. Por su parte, a Miss Sídney parecían gustarle sus bobadas. A lo mejor estaba disfrutando de poder pasar un tiempo lejos de su novio, un hombre que tenía edad suficiente para ser su padre.

Sí, el ambiente había cambiado desde que el hotel cerró en invierno. Había algo díscolo en el comportamiento de todos, como si disfrutaran superando los límites del código de decencia que normalmente los mantenía a raya. Pero Flora no estaba dispuesta a formar parte de ello. Dejó que se terminaran las risas y se levantó.

—Tengo que irme —anunció—. Le prometí a mi hermano que pasaría la tarde con él. —Era mentira, pero funcionaría.

—¿No te habrás enfadado? —preguntó Miss Sídney moviendo las pestañas del mismo modo en que solía hacerlo con Sweetie. Y con Tony.

—No, claro que no. Ha sido una buena broma. Por supuesto que he tocado las manos de Tony, y desde luego, él ha tocado las mías. Solo quería decir que no le he hecho nunca la manicura y que estoy segura de que Tony no le presta la menor atención al cuidado de los dedos, ya que no hay nada menos importante en el mundo que cómo tenga un hombre las manos.



—No estoy de acuerdo —dijo Cordelia Wright—. Uno de mis maridos tenía las manos más pequeñas y pálidas que te puedas imaginar. Y deja que te diga que unas manos pequeñas predicen cosas pequeñas en todo lo demás.

Más risas. Flora no aguantaba más. Asintió una vez y se marchó sin decir una palabra. ¿Qué más daba que pudiera parecer maleducada? Los maleducados eran ellos.

Bajó por las escaleras pensando que saldría a tomar un poco de aire fresco. Había estado nevando desde primera hora de la mañana y se había formado una gran capa de nieve. Al llegar a la puerta oyó una voz que la llamaba por detrás:

—¡Flora! ¡Señorita Honeychurch-Black!

Se dio la vuelta. Will Dalloway se dirigía hacia ella con su maletín de piel y el sombrero en una mano y el abrigo doblado en el otro brazo.

—Doctor Dalloway —dijo Flora, consciente de que la señorita Zander los estaba observando desde el mostrador de recepción—. Es un placer

volver a verlo.

—¿Va a salir con toda esa nieve? Se va a congelar.

«Eso es verdad», pensó.

—Solo quiero tomar el aire un momento y enseguida volveré a refugiarme en el calor del hotel —dijo.

—¿Cómo está nuestra Violet hoy? —preguntó la señorita Zander.

—Mucho mejor —contestó Will. Se volvió hacia Flora y le dio su abrigo—. Tome, póngase esto para salir mientras hablo con la señorita Zander.

Flora sonrió, cogió el abrigo agradecida, se lo puso y salió.

Violet estaba enferma. ¿Lo sabría Sam? Se había vuelto muy solitario desde que el hotel cerró. Había días que no lo veía hasta la hora de la cena, cuando se pasaba toda la comida y la tertulia bostezando como si llevara años sin dormir. No sabía cuánto estaba fumando, y esperaba que

siguiera siendo poco.

La nieve caía lenta y apacible, pero sin cesar. Flora se quedó debajo del alero contemplando el paisaje. La candidez de la nieve hacía que los demás colores resaltaran con mayor intensidad: el verde de las agujas de los pinos, el marrón de los troncos, el gris de las baldosas. El aire le picaba en las mejillas y se arrebujó en el abrigo de Will, notando claramente su olor. Un olor suave, un olor a hombre. Picante pero limpio. Dobló la cabeza hacia un lado y respiró profundamente, dejando caer los párpados.

Y entonces sacudió la cabeza. Allí estaba, juzgando a las bobaliconas del salón de Lady Powell y las groserías de los amigos de Tony, cuando ella no se estaba comportando mejor. Oliendo el abrigo de Will y pensando en él con intimidad. Demasiada intimidad.

Se quitó el abrigo al tiempo que la puerta se abrió hacia dentro y salió Will.

—Toma —le dijo con sequedad mientras se lo

devolvía.

—¿No tienes frío?

—Me da igual.

Will cogió el abrigo y sonrió.

—¿Y tu hermano? ¿Está bien?

Sin duda ella había despertado su interés, y ni siquiera de un modo velado. Se había sentado en su consulta y había llorado por su novio porque la engañaba. Le había dejado entrar demasiado en su vida y en su corazón. Si no quería dejarse arrastrar por la misma falta de disciplina en la que estaban cayendo todos los demás, tenía que echarlo de su vida.

—Mi vida transcurre perfectamente, doctor Dalloway. Si necesitara algo más de usted se lo haría saber, de forma que no tenga que volver a preguntarme.

Lo vio parpadear detrás de los cristales de las gafas, y tuvo que tragar saliva. Había herido sus sentimientos. Pero era mejor así.

—Que tenga un buen día, entonces —le dijo, se

puso el sombrero y se encaminó hacia su coche.

Flora se quedó unos instantes bajo la nieve, temblorosa. Sabía que había hecho lo que tenía que hacer, pero sentía un enorme vacío.



Por más que el gran salón se hubiera dividido por la mitad y las llamas chisporrotearan en la chimenea, el frío se notaba muy cerca, acumulándose en las esquinas y en lo alto del techo. Las luces de las velas y el resplandor del fuego le daban un ambiente fluctuante con sus reflejos ambarinos. Un gramófono había sustituido a la orquesta, y el salón transmitía una sensación de vacío, como si fueran las últimas personas que quedaban en la faz de la tierra. Flora estaba sentada al lado de Tony, oyéndolo mientras contaba cómo fue el día en que conoció al primer ministro. A nadie parecía importarle que ya lo hubiera contado antes. Habían cenado juntos tantas

veces que se había vuelto aceptable el reciclar historias.

Flora le miró las manos. Las tenía muy limpias y cuidadas. Nunca se había fijado hasta entonces. Las de Sam, por el contrario, estaban pálidas, con las uñas mordisqueadas y llenas de cutículas. Aunque estaba sentado a la mesa, parecía absorto en su propio mundo, meciéndose ligeramente, con la uña del pulgar metida en la boca, la mirada distraída, el pelo revuelto. Lo observó un momento, y después notó que se ponía más recto en la silla y se sacaba el dedo de la boca. Asumió un aspecto más ligero, parecía más presente. No necesitó seguir la dirección de su mirada para saber que era Violet la que acababa de provocar aquel cambio en él.

Flora se volvió y vio a Violet acercarse. Estaba pálida, pero no parecía enferma. La joven trabajaba mucho, y Flora la admiraba por ello. Evidentemente, hacía feliz a Sam, y aquella era la historia de amor más larga que su hermano había

vivido jamás. Por primera vez, Flora se preguntó si de verdad sería tan terrible que Sam se casara con una mujer como ella. Si lo hacía feliz, con lo difícil que era hacerlo feliz, no podía ser nada malo.

Desde luego, su padre no pensaría lo mismo.

Violet les llevó la comida, con cuidado de no mirar a nadie a los ojos. Flora notó la mirada lasciva de Sweetie, y vio cómo Violet se alejaba de inmediato. Qué hombre tan burdo y ordinario. En cambio, los ojos de Sam resplandecían de alegría mirando a Violet con profundo cariño y Flora no pudo evitar sonreír.

Cuando Violet regresó a la cocina, Flora se inclinó un poco hacia Sam.

—Estás muy enamorado de ella, ¿verdad?

—La vida es como un inmenso océano de hielo sin ella.

Flora estaba acostumbrada a las dramáticas expresiones de Sam; a veces era como si las declaraciones normales del resto de los humanos

fueran demasiado poco para él. Por una vez, no le dijo que su padre no lo aprobaría. Por una vez, le dejó amarla.

El tema de conversación volvió a cambiar. Lady Powell, después de tomarse unas cuantas copas de champán más de lo que dictaban las buenas maneras y el sentido común, empezó a maldecir la idiotez de los críticos literarios mientras Cordelia Wright asentía y cargaba contra los críticos musicales. La agitación de Sam aumentó hasta el punto de que a Flora no le quedó ninguna duda de que muy pronto su hermano se levantaría de su silla y, sin decir una palabra, se iría a su habitación a fumarse su pipa. Y a mitad de la cena, eso hizo. Los otros lo miraron mientras se marchaba, Miss Sídney con las cejas arqueadas. Tal vez no entendía cómo es que Sam no se la comía con la mirada como los demás. En cualquier caso, ya estaban tan acostumbrados a sus desapariciones que a nadie le sorprendió.

La velada continuó y se habló mucho del clima.



Cuando Violet fue a retirar los platos, Flora notó su expresión de decepción al ver que Sam no estaba.

—Señorita —dijo Lady Powell tirando del borde del delantal de Violet—, ¿qué hay de postre esta noche?

—Pudin de caramelo —contestó Violet.

—Ah, yo no quiero —replicó Miss Sídney—. Solo té.

—Pues yo quiero un pudin —dijo Lady Powell, y carraspeó—. El pudin de caramelo es mi preferido.

—A mí me apetece algo dulce —dijo Sweetie—. ¿Estás en el menú, dulzura?

Tony y Miss Sídney se rieron disimuladamente. Violet sonrió con educación y lo ignoró.

—Solo pudin de caramelo, señor. Pero puedo traerle café o té si lo desea.

Sweetie, incapaz o reacio a comportarse como se debe, insistió con un destello en la mirada.

—Deseo paladearte a ti.

Flora vio tanto cansancio en la mirada de Violet que se preguntó cuántas veces habría tenido que aguantar comentarios de hombres como Sweetie. Ella nunca había tenido que enfrentarse a un trato como aquel, pero desde luego para Violet no sería la primera vez.

Se acordó de que había estado enferma —lo suficientemente enferma como para que el doctor Dalloway fuera a visitarla— y habló.

—De verdad, Sweetie, ya está bien. Te estás poniendo en ridículo.

Sweetie replicó.

—¿Por qué iba a ponerme en ridículo?

—Es evidente que la joven no está interesada en ti. Eres un zoquete.

En la mesa se creó un ceñudo silencio. Violet bajó la cabeza y se marchó a la cocina con los platos vacíos.

—Tranquilízate, Flora —le advirtió Tony.

El tono amenazador la enfadó. Flora no solía perder los nervios, pero el pasar semana tras

semana con aquella gente, especialmente con el odioso Sweetie, la estaba exasperando.

—No voy a tranquilizarme. El mundo no le pertenece a él, ni a ti, ni a ninguno de nosotros. Lo compartimos. Lo compartimos con gente como Violet, que tiene derecho a hacer su trabajo sin que Sweetie la insulte.

—¡Eso es verdad! —exclamó Lady Powell levantando la copa.

—No la estaba insultando —rebatía Sweetie—. La estaba halagando. Le encanta.

—No le gusta en absoluto. Estaba avergonzada y seguramente asustada. No te va a decir nada por miedo a perder su trabajo.

—Y si no le gustaba, ¿por qué sonreía?

—A ella le pagan por sonreírte a ti. Pero seguro que te odia. Y Dios sabe que a veces, yo también. Pero supongo que tú estás acostumbrado a pagar para que te halaguen a ti.

Sweetie se volvió hacia Tony con el ceño fruncido.

—Controla a tu prometida.

Tony le puso una mano en el hombro a Flora.

—Venga, vámonos antes de que insultes a alguien más.

Flora dejó que la ayudara a empujar la silla hacia atrás, pero apartó la mano de la de Tony en cuanto salieron del salón. Vio que Violet estaba rezagada en la puerta de servicio de enfrente, después de haber visto toda la escena. Con expresión desafiante, le dirigió una amplia sonrisa a Violet y con la cabeza bien alta dejó que Tony se la llevara de allí.



Llegaron a la puerta de su habitación sin decir una palabra, y para entonces a Flora ya le había dado tiempo a arrepentirse por haberse dirigido a Sweetie de un modo tan cortante ante todos sus amigos.

—De verdad, Flora —la reprendió Tony,

aunque con tono amable—. Sweetie es uno de mis mejores amigos.

—Si te he avergonzado, lo siento —dijo Flora—, pero hasta tú tienes que admitir que se está pasando con sus groserías. No es apropiado en una mesa llena de damas bien educadas y es extremadamente cruel para las personas de nivel inferior como los camareros y las camareras, que no se atreven a hablar por sí mismos. No volveré a tolerarlo. Habla con él y haz que deje de hacerlo. —El corazón le latía con fuerza, pero se alegraba de haberlo dicho.

—No puedo evitar que haga lo que quiera —dijo Tony.

—Sí que puedes. Él come de tu mano. Todos lo hacen. Sigue aquí, por el amor de Dios. Podría haber vuelto a Sídney, pero él besa el suelo que pisas. El tipo de comportamiento que pasas por alto es el tipo de comportamiento que perdonas. Me odiaría a mí misma por pensar que voy a casarme con un hombre que permite una falta de

respeto como esa.

Tony bajó las cejas y Flora notó una inmediata sensación de alarma en el corazón. Pero después su ira pareció apaciguarse, se le dibujaron unas pequeñas arrugas en los ojos y las comisuras de los labios se doblaron hacia arriba, como si estuviera intentando evitar una sonrisa. Hasta que se echó a reír.

—Florrie, eres una fiera. Cuánto te quiero. —  
La estrechó entre sus brazos, le besó la frente, las mejillas y los labios.

Ella suspiró.

—No me esperaba esto.

—La cara que ha puesto Sweetie —dijo— no tiene precio. Ni en un millón de años se esperaba que pudieras hablarle así. Es verdad que se lo ha buscado, pero, por favor, no vuelvas a hacerlo.

—¿Vas a hablar con él?

—Sí, hablaré con él. Me aseguraré de que se comporte en tu presencia, y en presencia de las demás damas.

—Gracias, cariño. —Flora le besó la mejilla y se dio la vuelta para abrir la puerta, pero él la cogió por la muñeca.

—¿Puedo entrar? —dijo, y se notaba que la pregunta estaba cargada de significado.

Flora se lo pensó. Ya se lo había preguntado otras veces, por supuesto, y ella siempre le había dicho que no. Pero en aquel momento se sentía muy unida a él y estaba de buen humor.

—Puedes entrar, pero solo un rato —dijo, subrayando las palabras con la misma carga de significado—. ¿Entendido?

Tony sonrió y asintió. Flora abrió la puerta y entraron los dos.

Encendió la luz de la mesilla de noche y se quedó en mitad de la habitación, insegura de lo que debía hacer. Tony le puso las manos en las caderas y la atrajo hacia él.

—Déjame besarte. Besarte de verdad —le dijo. Ella le acercó la cara, los labios de él buscaron su boca deseosos y rápidamente los siguió la

lengua. Flora notó un calor líquido que se apoderaba de su vientre. Se obligó a relajarse cuando las manos de Tony descendieron y se posaron sobre sus nalgas por encima de la falda, apretándola contra él. Eran cosas que ya habían hecho antes, cuando ella se lo había permitido.

—¿Podemos tumbarnos? —le preguntó Tony al oído.

Flora asintió sin palabras y él la llevó a la cama. La tumbó boca arriba y se tendió a su lado, besándola con deseo, acariciándole el pelo, pasándole los labios por el cuello. Flora cerró los ojos y se dejó llevar por la sensación. Era maravilloso el sentirse deseada por un hombre de aquel modo; por un hombre guapo y poderoso como Tony. Sabía que Tony había deseado a otras mujeres del mismo modo, y la idea le entristeció. ¿No sería mejor ser la única mujer con la que un hombre había estado? Se preguntó si Will Dalloway la encontraría tan atractiva como Tony.

Abrió los ojos. ¿De dónde había salido esa



idea?

—¿Qué pasa? —preguntó Tony apoyándose en el codo.

—Nada. ¿Por qué?

—Te has puesto rígida.

—No, no. Estoy bien. Es solo que... ya sabes que me cuesta relajarme cuando estamos...

—Pero te gusta, ¿no?

—Sí, claro.

Él subió la mano por la curva de su cintura, pasando por las caderas.

—¿Te gusta?

Flora sonrió y asintió.

—Tienes unas formas muy bonitas, Florrie. Miss Sídney, nuestra reina de la belleza, tiene la forma de un lápiz. Ya sé que está de moda estar delgada, pero una mujer tiene que tener caderas y nalgas. Y pechos. —Subió la mano hacia sus pechos.

Ella la apartó.

—Fresco —le dijo sonriendo.

—Te va a gustar. Te lo prometo.

Flora cerró los ojos. «Lo que no he visto, no ha pasado». Se le erizó la piel. Nunca le había dejado acariciarle los pechos.

La mano cálida de Tony se deslizó suavemente por sus costillas y se cerró sobre su pecho izquierdo. El corazón se le desbocó. Intentó vivir el momento, y no pensar en cuántas mujeres habría tocado así. «Le gusto. Le gustan mis formas». Y otra vez se sorprendió pensando en Will, en si a él le gustarían las mujeres con caderas, nalgas y pechos.

La mano de Tony desapareció y volvió a aparecer en el borde de la blusa, intentando sacársela de la falda para deslizar la mano por encima del corpiño.

—Estás muy por debajo de la superficie —dijo—. Quiero tocarte la piel.

Con osadía, se incorporó y se sacó la blusa por la cabeza antes de volver a tumbarse. Cerró los ojos.

—Esto y no más —dijo.

Desabrochó los primeros corchetes del corpiño y metió la mano por debajo. La idea de que él la tocara era casi tan excitante como el roce de su mano. Tony le agarró el pezón entre el pulgar y el índice y ella jadeó involuntariamente.

—Ya te dije que te iba a gustar —murmuró.

Flora se incorporó y le apartó la mano.

—Ya está —dijo.

Él se rio.

—¿Demasiado?

—Demasiado... —No daba con la palabra adecuada. Lo único que sabía era que sentía una fuerte urgencia entre las piernas que no había sentido jamás y temía que otro segundo más de aquellas caricias la llevara a decir que sí a cualquier cosa.

—De todas formas, nos casaremos dentro de unos meses —replicó Tony—. Fuera está nevando y aquí hace calor. Tú y yo, entrelazados y enamorados. ¿Por qué no dejas que me quede?

—Porque no me educaron así.

Tony se encogió de hombros y le dio un beso en la mejilla.

—Eres preciosa, Florrie, a tu manera.

—Y tú eres muy atractivo, de un modo evidente —repuso ella—, pero no es por eso por lo que te quiero.

Tony se levantó y ella se puso la blusa.

—Serás mía de todas formas —dijo.

—Sí, pero no ahora. —Se imaginó deliberadamente a Tony con todas aquellas mujeres para echar un jarro de agua fría en su ardiente deseo.

Tony se marchó y ella se acercó a la ventana para ver caer los copos de nieve. Mucha nieve. Horas y horas de nieve. Seguramente dejaría de nevar por la noche. Aquello era Australia, no Suiza. Le parecía raro tanta nieve, pero pensó que no sabía apenas nada del clima de las montañas. Las luces del hotel iluminaban los remolinos. Más allá de ellos se extendía la oscuridad de las calles.

Pensó en Will. En si él también estaría en la ventana de su cuarto, viendo caer la nieve del cielo nocturno. Se lo imaginó así, y la idea la hizo sonreír.

Pero después pensó que ya estaba bien de tonterías, y se preparó para acostarse.



Violet se despertó helada. El pequeño radiador no podía hacer nada contra aquel frío. Su ventana, pequeña y oscura la mayor parte del tiempo, estaba completamente cubierta de nieve. Agarrándose a los últimos retazos del sueño, se hizo un ovillo bajo las sábanas, donde estaba calentita y el futuro se desplegaba ante ella con tranquilidad. Lo último que quería era levantarse para el turno del desayuno. Pero después se acordó de que la cocina estaría caldeada y rebosante de buenos olores, y empujó las sábanas hacia los pies. Fue al cuarto de baño para lavarse

y vestirse, y se dirigió hacia las escaleras.

La señorita Zander estaba en la cocina, lo que no era habitual. Normalmente dejaba a los cocineros y camareros trabajar en paz, pero después Violet se dio cuenta de que estaba discutiendo acaloradamente con Hansel.

—¿Qué pasa? —preguntó Violet acercándose a Cook.

—La tirolina se ha quedado atrapada en el valle. Creen que la nieve ha bloqueado los ganchos del cable.

La señorita Zander se volvió, vio a Violet y sonrió.

—Me pregunto si tu amigo Betts será capaz de trabajar en la nieve —dijo—. ¡Tiene que arreglarlo o no tendremos nada que comer!

—¿Siempre nieva así? —quiso saber Violet.

La señorita Zander negó con la cabeza.

—Violet, nunca nieva así. O por lo menos, no ha nevado así desde hace cuarenta y ocho años. Se han acumulado cuarenta centímetros de nieve esta

noche. Si no deja de nevar hoy, las carreteras serán intransitables. Y si sopla viento del sur, va a llegar una buena tormenta.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque yo vivía en Evergreen Falls la última vez que nevó así. Tenía seis años, pero todavía me acuerdo de la tormenta de aquella tarde. —La señorita Zander parecía apurada. Era la primera vez que Violet veía en su mirada algo que no fuera un perfecto control de la situación.

Violet se estremeció, y se acercó a la mesa de la cocina que habían puesto delante de la chimenea. Cook le puso delante un plato con tocino.

—Come —dijo—. El radiador de nuestro comedor se ha averiado, así que tendremos que comer en la cocina hasta que lo arreglen.

Comer era lo último que quería hacer, pero picoteó un poco de tocino. Había un bebé en su vientre, intentando crecer, y ella tenía que cuidarlo. Clive entró, después de que fuera a

llamarlo el único botones que quedaba, y estuvo hablando con la señorita Zander sobre cuál sería la mejor manera de mover la tirolina. Cuando la señorita Zander se marchó, Clive se sentó.

—Buenos días —dijo Clive mientras se servía un trozo de tocino.

—¿Estás seguro de que no es peligroso, arreglar la tirolina con este tiempo?

—Pues claro. Solo hará un poco de frío —contestó esforzándose por sonreír—. ¿No estarás preocupada por mí?

Violet miró su plato.

—No quiero que te pase nada malo —dijo, preguntándose qué pensaría Clive si supiera en qué lío se había metido.

—Eres muy amable al preocuparte. No me pasará nada. Si consigo moverlo por esta parte, se caerá toda la nieve que se haya acumulado a lo largo de todo el cable. Creo que el único problema es que las poleas están heladas y hay que engrasarlas.



—Vale —dijo sin mirarlo a los ojos—, pero ten cuidado.

En la cocina hubo más movimiento una vez que empezaron los turnos de trabajo, pero se respiraba un ambiente de postración. Al principio Violet estaba tan concentrada en sus propios problemas que ni siquiera lo notó. Pero después del desayuno se dio cuenta de que los demás iban arrastrando los pies, asomándose continuamente por la ventana para mirar al cielo plomizo y ver la nieve que no dejaba de caer. Clive entró, sin haber podido mover la tirolina más que unos cuantos centímetros. Se sacudió la nieve del pelo y se quitó los guantes, con las mejillas rojas y furia en la mirada.

—Nunca había sentido algo así —dijo.

Alrededor de las tres supieron que las carreteras se habían cortado. La señorita Zander los reunió a todos en la cocina y les dijo que todo el que quisiera irse de las montañas y bajar a Sídney tenía que empaquetar sus cosas

inmediatamente y coger el tren de las cinco.

—¿Te vas a ir? —le preguntó Clive a Violet.

Violet negó con la cabeza. ¿Cómo iba a irse a casa de su madre así? Además, ¿cómo iba a soportar el separarse de Sam? Tarde o temprano tendría que hacerlo, pero todavía no. Todavía no.

Siguieron momentos de gran agitación. Varios se pusieron a hacer las maletas apresuradamente y dejaron las habitaciones sin limpiar ni ordenar. A la hora de la cena solo quedaban la señorita Zander, Cook, Clive y Violet.

—¿Cómo lo vamos a hacer? —preguntó Violet.

—Ya nos las arreglaremos, querida —contestó la señorita Zander—. También se han ido Miss Sídney y la señora Wright. Somos cuatro para seis huéspedes, es más que suficiente. Además, será por poco tiempo. En cuanto deje de nevar y las carreteras vuelvan a la normalidad, regresarán los demás empleados. Pero si ellos no quieren, yo no puedo obligarlos a permanecer aquí con este frío y además con la posibilidad de que nos quedemos

aislados, sobre todo ahora que la tirolina no funciona.

Violet se inclinó sobre el fregadero y miró por la ventana. Había oscurecido y la nieve seguía cayendo del cielo, blanca, suave y sin cesar.

## CAPÍTULO VEINTE

Hacia medianoche, el viento cambió de dirección y comenzó a ulular sobre el hotel. El ruido despertó a Violet, que después siguió durmiendo a rachas, despertándose continuamente conforme se fueron oyendo portazos y traqueteo de ventanas y el frío se colaba por todas las rendijas que encontraba.

No sabía cuánto tiempo había pasado —tal vez tres o cuatro horas— cuando un trueno la sobresaltó. Instintivamente se hizo un ovillo bajo las mantas mientras oía el estruendo. El viento parecía haber redoblado su fuerza. Estaba demasiado asustada para seguir durmiendo. Si Sam hubiera bajado, abrazada a su cuerpo no

tendría tanto miedo.

Apartó las mantas y se puso la bata. Quizá, si subía a su cuarto como hacía antes, se tranquilizaría un poco.

Estaba saliendo de las escaleras de su planta cuando vio una luz que oscilaba en la oscuridad del vestíbulo. Se detuvo un momento, esperó y enseguida apareció la silueta de la señorita Zander.

—¡Violet! —exclamó animada—. Qué bien que estés aquí. Necesito que despiertes a todos los huéspedes y que los reúnas inmediatamente en el gran salón.

—¿Qué? ¿Por qué?

Otra ráfaga tremenda embistió contra el hotel y la señorita Zander le cogió el brazo con actitud protectora. Cuando pasó, la soltó con delicadeza.

—Ve. Llévate este candil —apremió—. Una parte del tejado del ala este se ha derrumbado. Nos hemos quedado sin electricidad y sin teléfono. El techo del salón está abovedado. Es el lugar más

seguro hasta que pase la tormenta.

Violet asintió y subió las escaleras con el candil. Iría a despertar a Sam, después de todo, pero no sería a escondidas. Ni tampoco habría tiempo para abrazos.

La planta de las señoras estaba antes. Llamó con fuerza a la puerta de Flora.

—Perdone. Despierte, señorita. Es una emergencia.

La puerta se abrió enseguida.

—¿Violet?

—Siento despertarla, señorita —dijo Violet, avergonzada de presentarse ante la hermana de Sam con su bata de seda color champán.

—Como si se pudiera dormir... ¿Qué pasa?

—Tenemos que ir al salón. Se ha derrumbado el techo de la otra ala. El lugar más seguro es debajo de la bóveda.

—Claro, claro. ¿Me da tiempo a vestirme?

Otra ráfaga tremenda. Flora negó con la cabeza.

—Creo que bajaré así. Ve a decírselo a los

Powell, yo iré a por Sam, Tony y Sweetie. Así ganaremos tiempo.

—Gracias, señorita Honeychurch-Black.

—Flora —le dijo—. Por favor, llámame Flora.

Nuestro apellido es impronunciabile.

Violet le sonrió y Flora le devolvió la sonrisa a la trémula luz del candil antes de que ella siguiera subiendo a toda prisa para despertar a los señores Powell.

Para cuando Violet volvió a bajar al salón, la señorita Zander había iluminado la habitación con media docena de velas, había encendido la chimenea y había apilado cojines y mantas junto al fuego.

—Entra, entra —le dijo a Violet, que se había quedado indecisa unos cuantos pasos por detrás de los Powell—. Nada de ceremonias esta noche. Empleados y huéspedes juntos. La seguridad es lo primero. ¿Ves? Nuestro encargado de mantenimiento y el cocinero ya están aquí.

Violet paseó la mirada por el salón hasta que

vio a Sam, que estaba sentado en un cojín frente al fuego mirándola fijamente. Cuando sus miradas se cruzaron, Sam le dedicó una débil sonrisa. A Violet se le encogió el estómago, y en ese momento vio claramente que en realidad el amor es un tipo de dolor, pero que al principio pasa desapercibido por la euforia. Violet lo saludó con una inclinación de cabeza y fue a sentarse al lado de la señorita Zander, que estaba en una de las mesas del salón con una hoja de papel y una pluma y seguía pareciendo elegante aunque llevara una gruesa bata de lana.

—Vamos a tener que reorganizarnos, Violet —dijo—. Los chicos del ala este tendrán que irse a otro sitio. —Violet levantó la mirada y vio a Clive y a Cook sentados al lado de la mampara—. Con las carreteras y las vías del tren cortadas, la tirolina seguramente inservible y sin teléfono ni electricidad, lo más seguro es que tengamos que esperar bastante antes de que alguien pueda venir a arreglar el tejado. Por muy manitas que sea Clive,



no puede hacerlo solo. Así que voy a llevarme a los chicos a la planta de las empleadas y tú te subes a la de las señoras. Ya he hablado con la señorita Honeychurch-Black, que es la única mujer que hay ahora mismo, y dice que no le importa compartir la planta contigo. Tú usarás el baño de la derecha y ella el de la izquierda, de forma que apenas os veréis. Y yo me voy a ir a la planta de arriba, cerca de los Powell —explicó sin dejar de apuntar cosas—. Parece que la caldera sigue funcionando, así que podremos cocinar y calentar las habitaciones. —La señorita Zander soltó la pluma y estornudó—. Por el amor de Dios —dijo—, lo único que me falta es ponerme mala. Violet, tócame la frente. ¿Estoy caliente? Llevo todo el día congestionada y con la cabeza embotada.

Violet le puso la palma de la mano en la frente. Estaba ardiendo.

—Está muy caliente —le dijo—. Debería acostarse. Yo puedo encargarme de todo.

—No, ya se me pasará —desaprobó la señorita

Zander.

Violet insistió.

—Se va a poner peor si no descansa.

—Qué mal —dijo—. Y es como si Will Dalloway estuviera a mil kilómetros de aquí. Aunque dejara de nevar mañana, las carreteras seguirían obstruidas. A lo mejor por la mañana, cuando pase la tormenta, puedo pedirle a Clive que vaya a la consulta de Karl para ver si tiene alguna medicina para la fiebre. —Volvió a estornudar—. Por Dios, qué puntería.

Violet le sonrió.

—Le voy a preparar una cama en el suelo.

—No y mil veces no. No puedo dejar que me vean todos en la cama, enferma. Yo seré la única que no se meta en la cama. Si Eugenia Zander se hunde, el hotel se hunde con ella. Echaré los brazos encima de la mesa para apoyar la cabeza un momento. ¿Podrías hacerme un favor y asegurarte de que todos estén bien? Estaremos más seguros aquí —dijo mientras hacía lo que había dicho:

apoyó los brazos sobre la mesa y dejó caer la cabeza suavemente antes de cerrar los ojos.

Mientras el viento ululaba sobre el tejado, haciendo temblar las ventanas, Violet fue pasando por todos los huéspedes uno a uno —incluido el hombre odioso al que todos llamaban Sweetie— para ofrecerles cojines, mantas y tazas de té. Sam aprovechó para rozarle la mano mientras le daba un cojín, pero aparte de eso no hubo más caricias ni palabras. Cook se fue a la cocina a preparar tostadas y té, y Clive se ocupó de la chimenea. Llevaba una bata larga de lana color marrón y unas pantuflas, y Violet sintió cariño por él al verlo vestido como lo haría en la intimidad.

Nadie durmió, y una luz grisácea resplandeció por las ventanas unas horas más tarde. El alba llegó acompañada de un repentino cese del viento, y para cuando Cook apareció en el salón con platos con huevos y filetes para desayunar, por fin había parado de nevar.

Violet vio a Clive dirigirse a la salida y lo

siguió.

—¿Adónde vas?

—Voy a salir un minuto, para ver —dijo.

—Voy contigo.

Los señores Powell los oyeron y se unieron a ellos. Qué grupo tan raro formaban: los nobles escritores, una camarera y un encargado de mantenimiento, todos en bata, abriendo cautelosamente la puerta principal del hotel —con lo que la pequeña montaña de nieve que se había acumulado contra la puerta se derrumbó hacia el interior— y mirando con ojos de miope la luz del día.

El cielo estaba celeste y casi despejado, con unas cuantas nubes grises que desaparecían en el horizonte. El aire seguía helado. El sol era débil y brillaba sin fuerza sobre la nieve. El ala oeste parecía igual desde fuera, pero Clive le había dicho a Violet que una parte del techo, de unos cincuenta metros, se había derrumbado por la fuerza del viento y el peso de la nieve. Y lo mismo

el resto del mundo: el paisaje era completamente distinto del que estaban acostumbrados a ver. Donde antes había senderos, carreteras y vías de tren solo se veían unas pequeñas montañas onduladas. Era tan bonito que a Violet casi no le importaba estar aislada del resto del mundo.

—Deberíamos habernos ido ayer a Sídney —dijo Lord Powell.

—El traslado me habría desestabilizado demasiado —replicó Lady Powell—. Mi novela está llegando a un punto crucial.

Lord Powell resopló.

—No te cases nunca con una artista —le dijo a Clive antes de darse la vuelta para volver a entrar seguido por Lady Powell.

Clive se volvió hacia Violet.

—Siento haberte metido en esto.

Violet lo miró desconcertada, pero después entendió a qué se refería.

—No te preocupes. Ya me meto yo sola en líos.

—Tú no has hecho que nieve.

—Sí, eso es verdad. —Pero por todo lo demás, se culpaba tan solo a sí misma.



Fue un día extraño, extraño y silencioso. Los huéspedes volvieron a sus habitaciones y los empleados cogieron sus cosas y se acomodaron donde les habían ordenado. La señorita Zander se fue poniendo más pálida por momentos, hasta que por fin subió a su nueva habitación y dejó a Cook al cargo de todo durante unas horas.

Violet no tuvo ni un momento para disfrutar del lujo de su nueva habitación. Cuando terminó de trasladarse, se puso a hacer las camas y servir comidas, después del almuerzo estuvo buscando candiles para todas las habitaciones de los huéspedes y por último sirvió una cena ligera en el comedor, a la que Sam no bajó. Le llevó la cena a la señorita Zander a su habitación y después cenó en la cocina con Cook y Clive, que también

empezaba a tener mal aspecto.

—¿Tú también, Clive? —le preguntó.

—Estoy bien. No se lo digas a la señorita Zander.

Sin pensárselo dos veces, Violet le puso la mano en la frente. En cuanto lo tocó se acordó de su historia y en lo íntimo que podría parecerle a él que lo tocara así. Apartó la mano con un movimiento brusco.

—Estás muy caliente —dijo.

—¿Tanto como para quemarte? —contestó Clive con una sonrisa.

Violet no estaba de humor para bromas.

—Deberías acostarte. Cook y yo nos encargaremos de todo.

Después de pasarse una hora limpiando, Violet por fin subió a la planta de las señoras. Estaba muy cansada cuando recogió sus cosas del baño y se las llevó al servicio de la planta de huéspedes. Era tan distinto al cuarto de baño austero y sombrío de la planta de abajo que dejó el candil

en el suelo para observarlo mejor. Las baldosas eran brillantes, blancas y verdes, y por aquí y por allá destacaban algunos azulejos con dibujos de pinos estilizados. Unas cortinas largas de color verde estaban sujetas a ambos lados de una gran ventana. Los lavabos eran muy elegantes, blancos con grifos metalizados. La bañera era muy profunda, con patas con forma de zarpa, y al pisar la alfombrilla parecía que los pies se hundían varios centímetros. Dos enormes radiadores caldeaban todo el espacio. Empezó a llenar la bañera y esperó, sentada en la tapa de madera tallada del inodoro, dejando que el cansancio de todo el día se apoderara de ella.

Cuando se llenó, Violet se desnudó y se metió en la bañera. A la luz suave y amarillenta del candil, cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás para que el pelo flotara en el agua. Estaba acostumbrada a la bañera estrecha con el esmalte desconchado de su habitación, sin ventanas ni calefacción. Aquello era la felicidad.



Si al menos... Si al menos...

Todo iba a cambiar. ¿Cuándo? Se miró los pechos. Ya los tenía más pesados y los pezones más oscuros. ¿Lo notaría Sam? ¿Haría estallar el uniforme? Todavía tenía la barriga lisa y los huesos de las caderas seguían viéndose. ¿De verdad se iba a hinchar como un melón? ¿De verdad daría a luz a un bebé chillón? Y después, ¿qué?

Pero ella ya sabía lo que venía después. Lo que le había pasado a su madre era lo que venía después: una larguísima y desagradecida etapa criando y educando al niño, mientras su juventud y belleza se consumían. «Mírame —solía decirle su madre—. No me extraña que me haya quedado sola. Me has robado mi aspecto y mi figura, y ningún hombre decente se atreve a mirarme a la cara».

Eso era lo que le esperaba.

Violet rompió a llorar, por primera vez desde hacía mucho tiempo. Un llanto real, con grandes

sollozos que resonaban por todo el baño. Pero al cabo de unos minutos sorbió por la nariz, se echó agua en la cara y salió de la bañera. No estaba segura de si Sam iría a verla aquella noche, ni de si ella debía ir a su habitación. Todo sería demasiado confuso mientras siguieran aislados del mundo, pero echaba mucho de menos el consuelo de sus brazos.

Cuando salía del baño con la bata puesta estuvo a punto de darse de bruces con Flora, que llegaba del otro lado.

—Ah, lo siento —dijo Violet haciendo una inclinación de cabeza.

—No, lo siento. Creía que... La señorita Zander me dijo que fuera al baño de la derecha.

—A mí también.

—Seguramente tenía demasiadas cosas en la cabeza. Me iré al otro. No es que... —Flora no sabía qué decir—. No es que no quiera compartir los servicios contigo porque seas...

—No, no, nunca pensaría eso.

Flora la miró con más detenimiento.

—¿Estás bien? Parece que has llorado.

Violet hizo un gesto de afirmación con la cabeza, pero al mismo tiempo dijo:

—Sí, pero estoy... —Las lágrimas volvieron a salir. ¿Qué estaba haciendo? No podía contarle sus problemas a la hermana de Sam. Sam siempre le había dicho que Flora destruiría su felicidad. Pero había sido tan amable, y tenía una mirada tan dulce y bondadosa...

—Oh, querida. Oh, querida —dijo Flora echándole un brazo por encima del hombro—. Ven conmigo. No deberías estar sola. Ven conmigo.

Se llevó a Violet a su habitación impecablemente ordenada y la sentó en la silla del escritorio. Flora se agachó a su lado.

—¿Te ayudaría un poco de té? —le preguntó.

—Yo...

—El té te ayudará. Voy a por él. ¿Hay alguien en la cocina?

—Debería estar Cook.

—De acuerdo. Tardaré unos minutos. Prométeme que me esperarás. No te vayas a ningún sitio.

Violet asintió, y el pelo le goteó por los hombros mojándole la bata.

Flora le dio una palmadita en el hombro y se fue.

Violet intentó dominar sus sentimientos. Llevaba en pie desde mucho antes de la madrugada y el agotamiento le hacía verlo todo negro. Se notaba el corazón encogido por la desesperación, y allí estaba, sentada en la cálida habitación de Flora, esperando su té.

Si no le hubiera prometido que la esperaría, habría salido corriendo.

Pero tenía que contárselo a alguien, y de todas formas Flora se enteraría en cuanto se lo dijera a Sam. Y tampoco podía retrasar mucho el momento de decírselo a Sam.

Flora volvió enseguida.

—El cocinero había hecho té para él —explicó

— y me lo ha dado a mí. Qué amable.

Violet no le dijo que no era amabilidad, sino obediencia. Los huéspedes siempre estaban primero. La señorita Zander no consentiría otra cosa. Flora echó el té en la taza mientras Violet la observaba, y después cogió una silla y se sentó a su lado.

—Venga, tómalo.

Violet se bebió su té en silencio, y empezó a sentirse un poco mejor.

—¿Quieres contarme qué es lo que te ha hecho llorar? —dijo Flora—. No quiero ser entrometida...

—Se lo contaré —dijo Violet dejando la taza a un lado—, pero solo porque tiene que ver con Sam.

—Te ha roto el corazón, ¿no? Ya lo ha hecho otras veces. Lo siento. Te habría avisado si hubiera podido.

Violet negó con un gesto.

—No me ha roto el corazón, aunque supongo

que lo hará. —Se le quebró la voz y contuvo un sollozo—. Parece que voy a tener a su bebé.

Flora entreabrió los labios sorprendida y después se quedó sentada a la luz del candil boquiabierta.

—Lo siento —dijo Violet.

—No, no —dijo Flora saliendo de su ensimismamiento—. Soy yo la que lo siente. Es Sam el que debería sentirlo. Pero... Oh, querida. Esto no puede salir bien.

—¿A qué se refiere?

—Mi padre, si lo descubre, repudiará a Sam.

—La voz de Flora se convirtió en un susurro—. Y a mí también, me temo.

—¿De verdad?

—Sin duda. Mi madre tiene un gran corazón, pero mi padre tiene la mente estrecha. Yo estaré bien, voy a casarme con un hombre rico. Pero Sam... ¿qué clase de padre va a ser? Oh, Dios mío. Oh, Dios mío. Si no es capaz de soltar la pipa, ¿cómo va a ser capaz de ser padre?

—Entonces, ¿no se casará conmigo?

—Él nunca habría podido casarse contigo — dijo Flora, pero lo dijo con cariño y Violet se sintió agradecida por ello—. O habría podido, pero se habría quedado sin nada.

—Me habría tenido a mí.

—Sí, sí, eso ya es algo. Pero... Violet, ya conoces a Sam. Sé que nada os puede separar. Pero imagínatelo. Imagínatelo sin un penique. No puede trabajar. Ni siquiera puede salir de su cuarto la mayoría de los días. Con eso es con lo que te habrías casado.

El peso de la desesperación pudo con ella. Su última esperanza de que Sam y ella pudieran criar a su hijo en la riqueza acababa de derrumbarse. Se puso la cabeza entre las manos y lloró.

Al cabo de un rato, Flora dijo:

—Tengo una idea.

Violet levantó la cabeza mientras se limpiaba la nariz con el dorso de la mano.

—¿El qué?

—Si lo mantenemos en secreto, yo podría ayudarte. No sé lo que hará Sam, pero puedes confiar en mí.

—No entiendo a qué se refiere.

—Si mi padre no llega a enterarse de que has tenido al bebé, Sam y yo tendremos dinero para ayudarte. Podríamos comprarte una casa y mandarte dinero. Pero tienes que prometerme que nunca harás nada que haga que mi padre lo descubra... —Flora se quedó callada, mordiéndose el labio.

—Puede confiar en mí —dijo Violet—. Se lo prometo. No le pediré mucho. Solo quiero poder seguir trabajando. Solo quiero un futuro. —Volvió a echarse a llorar, y Flora le cogió la mano y se la acarició con suavidad.

—Tu bebé y tú tendréis un futuro, Violet —le dijo—. Yo me encargo de eso.



## CAPÍTULO VEINTIUNO

Violet se despertó en el ambiente gris que precede al alba, sintiéndose mejor. La desesperación había menguado. Se acurrucó un momento debajo de las sábanas, disfrutando de la suavidad del colchón mientras volvía a pensar en su conversación con Flora. Una vocecita interior le decía que no se fiara de Flora. Puede que ahora estuviera dispuesta a ayudar, pero con el paso de los años tal vez perdiera el interés. Con todo, aquella idea no la desanimó demasiado, porque lo que Flora le había ayudado a entender era que saldría adelante de algún modo. Ella no sería como su madre. Todavía era joven, todavía podía trabajar, y no le temía al trabajo. Desde luego, no

podría servir mesas con la barriga enorme, pero puede que la señorita Zander la readmitiera después de tener al bebé. No tenía por qué vivir en el hotel, podía buscarse un piso. Su madre tendría que irse de Sídney e irse a vivir con ella para cuidar del bebé durante sus turnos de trabajo. Y si su madre se negaba a ir allí, mucho mejor: en vez de comprarse ropa, Violet pagaría a una mujer para que estuviera con su hijo. O a lo mejor ni siquiera tenía que trabajar en el hotel. Podría trabajar en una tienda, en una que vendiera cosas caras y elegantes, como bufandas y zapatos, o como los absurdos productos de belleza de Miss Sídney. Y si Flora le compraba una casa, o si le pagaba un alquiler durante unos años, mejor que mejor. Violet no había estudiado, pero era lista. No era de familia noble, pero tenía mucho carácter. El problema de su madre no era que no hubiese tenido posibilidades, sino que se había negado a verlas.

Un suave golpe en la puerta la sobresaltó.

Apartó las mantas y esperó, por si se lo hubiera imaginado. La señorita Zander, si se hubiera levantado, se limitaría a entrar sin más. ¿Sería Flora?

—¿Violet?

Era Sam. Se levantó, armándose de valor. Tenía que decírselo. Independientemente de lo que pasara después, ella seguiría adelante.

Abrió la puerta y él casi se le cae encima, con la cabeza gacha, hundida en los hombros.

—Violet, Violet —dijo. Sudaba tanto que estaba empapado, y no dejaba de temblar. ¿Tendría lo mismo que la señorita Zander y Clive? ¿Cuánto tiempo iba a conseguir estar bien rodeada de tanta gente enferma?

Violet cerró la puerta con mucho cuidado y lo llevó a la cama.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo?

Sam asintió. Estaba pálido, envuelto en su bata de seda roja llena de manchas de sudor.

—Se me ha acabado.

—¿Acabado?

—El opio. Malley iba a traer más de Sídney y se suponía que llegaba antes de ayer en el último tren. Pero no pudo con el mal tiempo. Ahora no hay trenes ni forma de salir de aquí y...

—Vale, vale, tranquilízate —le dijo Violet intentando tranquilizarse ella—. ¿Cuándo se te acabó?

—Ya hace veinticuatro horas que me fumé la última pipa. —Se dejó caer sobre ella, poniéndole la mejilla en el pecho—. Dios mío, Violet. Es como si me fuera a partir en dos.

En la angustia del momento, se dio cuenta de que no podía decirle nada del bebé.

—¿Qué quieres hacer?

—No puedo hacer nada. Tengo que superarlo. Puede que sea lo mejor. Puede que sea lo mejor. A lo mejor esta vez consigo dejarlo. Sí, puede que sea lo mejor. ¿Tú qué crees, Violet? ¿Soy más fuerte que el dragón?

Violet cargó la voz de energía.

—Pues claro que eres más fuerte que el dragón. Eres la estrella más brillante que conozco.

—Dios mío. Dios mío. —Se estremeció abrazado a ella—. Una descarga. Es como una horrible sacudida de electricidad fría por todo el cuerpo. Debajo de la piel. No volveré a estar bien nunca.

—Sí, claro que sí. Claro que sí. —Le acarició el pelo, intentando calmarlo.

Sam se puso de pie de un salto y empezó a dar vueltas y vueltas por la habitación.

—No tienes ni idea —dijo—. No tienes ni idea. Nadie que no lo haya probado tiene ni idea. ¿Cómo seré después del opio? ¿Cómo olerá el mundo? ¿Qué sabor tendrá? Todo me dará igual sin él. No puedo dejarlo. No puedo. —Se paró de pronto—. Tienes que ayudarme.

—Haré todo lo que pueda.

—Ayúdame a ser fuerte. Pasará. Serán días, o semanas, pero pasará.

—Volverás a estar bien.

Se sentó en el suelo con las piernas abiertas y sollozó.

—Es horrible. Lo odio. Es horrible.

Violet se sentó a su lado y le acarició el brazo.

—No me toques —protestó apartándose—. Se me está cayendo la piel.

—Tú puedes con esto —trató de animarlo Violet.

—Las carreteras están cortadas. No hay trenes. Malley se ha ido —dijo con un horrible suspiro, como si acabaran de decirle que todos sus seres queridos habían muerto—. No me queda más remedio.



Flora bajó a la hora del desayuno con dolor de cabeza. No dejaba de pensar en que Sam iba a ser padre, y apenas había podido dormir. En realidad, lo raro era que no hubiese pasado antes, con la de veces que habría podido ocurrir. Pero Violet no

era como las demás, y Flora lo sabía. Porque en el fondo, a ella también le gustaba Violet; le gustaba su mirada tranquila y su vulnerabilidad casi infantil junto con su gran fortaleza de carácter, que le hacía ser fuerte y no perder la afabilidad incluso en los momentos más difíciles. No le sorprendía que Sam se hubiera enamorado de ella, y esta vez de verdad. Pero, por desgracia, el que fuera un amor de verdad era irrelevante, porque su padre jamás aceptaría a una camarera en la familia Honeychurch-Black.

Violet había llevado el desayuno, con su uniforme negro y blanco, y estaba sirviéndole el té a Lady Powell. Flora dio los buenos días con una inclinación de cabeza y notó que Violet la miraba con ansiedad, pero enseguida apareció Tony, por lo que en vez de acercarse para hablar con ella a solas, tuvo que sentarse a la mesa y aguantar las quejas de Sweetie por tener que soportar un aislamiento como aquel. Al ver que Sam no había bajado, Flora temió que Violet le hubiera contado

lo del embarazo y estuviera encerrado en su cuarto fumando sin parar.

Antes de retirar los platos, Violet se detuvo delante de la mesa y pronunció en voz alta:

—Perdón, damas y caballeros.

Tony le susurró algo a Sweetie, que soltó una carcajada. Flora le dio un codazo a Tony y todos prestaron atención.

—He de transmitirles un mensaje de parte de la señorita Zander. Siento terriblemente tener que decirles que, de nuestros cuatro empleados, dos se encuentran en cama debido a la gripe, incluida la señorita Zander. Solo Cook y yo estamos bien. Las comidas se servirán como siempre, y yo haré todo lo que pueda para hacer las camas lo antes posible después del desayuno. Pero seguimos sin electricidad, sin teléfono y sin posibilidad de saber cuándo restablecerán el uso de las carreteras y el tren. Tal vez hoy o mañana, o como mucho pasado mañana, según me ha dicho la señorita Zander. Por eso les rogamos paciencia a la hora de



atender sus necesidades.

Lord Powell resopló de mal humor.

—No te preocupes, joven, que no nos vamos a volver unos salvajes.

—Yo tampoco me siento bien —dijo Lady Powell.

—Esto es absolutamente inaceptable —bufó Sweetie—. ¿Tienes idea de cuánto estamos pagando por estar aquí? Seguro que es más de lo que tú ganas en un año entero.

Flora admiró a Violet por no dejarse intimidar.

—Entiendo su frustración, señor, y estoy segura de que la señorita Zander les compensará a todos por los inconvenientes. Si necesitaran algo de nosotros, nos encontrarán en la cocina.

—Cálmate, Sweetie —le dijo Tony en voz baja—. La chica no puede hacer nada para evitar el mal tiempo. Gracias, querida —le dijo a Violet—. Dile a la señorita Zander que esperamos que se recupere pronto. Es una buena mujer.

Flora lo miró ilusionada.

Cuando se terminaron el desayuno, Flora se inventó una excusa para ir a la cocina, donde se encontró a Violet fregando los platos.

—¿Violet?

Violet se dio media vuelta, la vio y se acercó a la puerta mientras se secaba las manos en el delantal.

—Es Sam —le dijo.

—¿Qué ha pasado? ¿Se lo has dicho?

Pero Violet ya estaba negando con la cabeza.

—No pude. Vino a mi cuarto... Está muy muy enfermo. Se ha quedado sin opio. Tenía un aspecto horrible.

Flora ahogó un gemido. Sabía lo que venía después. Ya lo había visto otras veces.

—Pues que Dios se apiade de nosotros —dijo—. Será horrible.

—Ya lo es.

Flora le dio una palmada en el brazo.

—Tú no te preocupes. Subiré yo a verlo.

Violet asintió, y Flora se fue rápidamente a la

habitación de Sam.

Al no encontrarlo allí, lo primero que pensó fue en lo que el doctor Dalloway le dijo acerca del suicidio. Pero mientras ella estaba allí, helada, en el corredor, Sam salió del baño, pálido y tembloroso.

—¡Sam! —gritó, echó a correr hacia él y lo acompañó hacia su habitación.

—Tengo lava en las tripas —dijo Sam.

—Entra. Deja que te ayude.

—¿Ayudarme? —gritó irritado—. Quieres que sea como tú, ¿no? ¿Es que no lo ves? ¡Yo no puedo ser como tú! ¡No puedo ser como la chusma que no tiene ni idea! —Abrió las manos, que no dejaban de temblar—. Yo he visto... el paraíso. Y ahora no puedo dejarlo.

—Te alegrarás cuando todo esto se termine —le dijo Flora cogiéndole las manos al tiempo que lo metía en la habitación.

Pero él se soltó de un tirón y volvió a dirigirse hacia el baño. Flora se quedó donde estaba,

intentando no oír los terribles ruidos que hacía Sam al vomitar, llorando de dolor y desesperación. Al cabo de un rato volvió a salir, pasó a su lado y se metió en la cama.

Flora cerró la puerta y descorrió las cortinas.

—No —dijo Sam—. No soporto la luz del día. Me duelen los ojos. —Se dio la vuelta hacia un lado, luego hacia el otro, después se puso boca arriba, se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación—. Todo me hace daño, hasta estas malditas sábanas. Dolor. Dolor por todas partes.

Flora no sabía qué decir que no hubiera dicho ya, así que lo miró callada y esperó. Sam tenía la espalda empapada.

—Las pesadillas que tengo. Que Dios me libre de ellas. Aquel hombre que se mató entrando en mi habitación, azul y frío. Viene una y otra vez. Se encarama a mi cama y extiende la mano hacia mí siseando. Me despierto y cuando me vuelvo a dormir, todo vuelve a empezar. —Se echó a llorar—. Estoy perdido, Sissy. Estoy perdido.

—No estás perdido, te lo aseguro —le dijo—.  
Confía en mí. ¿No he cuidado siempre de ti?

Sam dejó de andar, se inclinó hacia ella y le besó la frente.

—Sí, sí que lo has hecho. Mi querida hermana. Mi querida hermana. Tú harás que pare el dolor, ¿verdad? Malley no está, pero seguro que ha dejado algo, algo que pueda...

—Sam, ¿no pretenderás que salga con un metro de nieve?

—Si me quieres, sí.

—Te quiero, y por eso no lo haré. El doctor Dalloway me dijo que los dolores de la desintoxicación no pueden matarte. Así que, si no te matan y por fin te puedes librar de esa sustancia, lo último que voy a hacer es aliviarte ahora.

Sam levantó la mano y le dio un fuerte bofetón.

—¡Vete! —gritó.

Le dolía la mejilla, pero no quiso enfadarse con él. Aquel no era Sam, era el opio que salía de su cuerpo, agarrándose a todos sus nervios sin querer

soltarse.

—Ya sabes dónde estoy si me necesitas —le dijo con tono tranquilo—. Puedo traerte comida, cariño, lo que quieras. Pero no me pidas que te traiga opio.

Le costó mucho dejarlo allí, pero no dejó de repetirse, una y otra vez, que era lo mejor. Si le dejaba decidir cuándo dejarlo, nunca habría un momento ni un lugar adecuados. Pero allí, aislados del mundo por montañas de nieve y tan poca gente alrededor... Era casi perfecto.

Flora se marchó, oyendo su llanto al otro lado de la puerta.



Violet bajó con la bandeja de té por las escaleras que llevaban a la planta de las empleadas, en la que ella había dormido hasta hacía unos días. Como no sabía en qué habitación estaba Clive, fue llamando suavemente a todas las

puertas hasta que él contestó:

—Aquí.

Se apoyó la bandeja en la cadera y empujó la puerta. Acababa de llevarle el té a la señorita Zander, que estaba metida en la cama con unas fiebres que le habían empapado el camisón y, aun así, todavía seguía dándole órdenes mientras ella le removía el azúcar en la taza. «Cook tiene experiencia, pero no sabe tratar con la gente. Asegúrate de poder estar allí en todas las comidas sonriéndole a todo el mundo. Tranquilízalos. Menciona mi nombre a menudo. Yo ya estaré bien mañana, estoy casi segura. ¿Has oído ya algo? ¿Algún tractor o algún tren? Alguien tendrá que llegar muy pronto para quitar la nieve de las carreteras. Es imposible que se hayan olvidado de nosotros».

Clive tenía mucha menos energía.

—¿Cómo estás? —le preguntó mientras dejaba la bandeja de té en el aparador que había al lado de la cama.

—Hecho polvo —contestó, y como queriendo enfatizar, tosió ruidosamente. Era una tos profunda y cavernosa que le habría preocupado muchísimo de no haber visto lo mal que estaba Sam una hora antes. Todos sus quehaceres de aquel día le parecían una pérdida de tiempo, porque sabía que lo que de verdad tenía que hacer era estar con él, abrazarlo, acariciarlo y animarlo.

Aun así, dijo:

—Dios mío, qué tos tan mala.

—Estaré bien dentro de un día o así. ¿Tú estás bien? ¿Y Cook? No tendremos que dejar que los huéspedes se las apañen solos, ¿no?

—Seguro que no —dijo Violet sonriendo—. ¿Te puedes sentar? Te voy a echar el té.

Clive se incorporó con gran esfuerzo. Llevaba un pijama azul marino al que le faltaba un botón. Por el hueco le vio el pelo ralo del pecho, y se sintió incómoda y abochornada. Se volvió hacia la bandeja, le echó el té en la taza y le añadió una cucharada de miel.



—¿Así que te acuerdas de cómo me tomo el té?  
—le dijo Clive mientras le daba la taza, y Violet se dio cuenta de que se había puesto bien la camisa y ya no se veía nada.

Sonrió.

—Pues claro que me acuerdo. Té negro con miel. Me lo dijiste cientos de veces cuando trabajábamos en el Senator.

—Porque te empeñabas en ponerle leche.

—¿Y quién se toma el té sin leche? Solo los bichos raros —bromeó.

Clive sonrió con debilidad y dio un sorbo.

—En el Senator nunca habría nevado así ni nos habríamos quedado incomunicados.

—En el Senator no habrían pasado muchas cosas —dijo con voz triste mientras se sentaba en la cama de enfrente.

—¿Estás bien, Violet?

Violet se obligó a sonreír.

—No, pero gracias por preguntar.

—Me lo puedes contar, ya lo sabes. Te

escucharé.

Ella lo miró y se acordó del día en que lo conoció, de lo cariñoso y alegre que le había parecido, y de lo contenta que estaba cuando salía con él. Pero Violet siempre había tenido un corazón inconstante, hasta que conoció a Sam.

—¿Volvemos a ser amigos? —le preguntó en voz baja.

Clive asintió.

—Siento haberme enfadado contigo. Estaba muy preocupado por ti, no eran celos, o eso espero. Me gusta pensar que soy un buen hombre.

—Eres un buen hombre —le dijo, y después, antes de que le diera tiempo a arrepentirse, le dijo —: Clive, estoy embarazada.

Qué bueno era, hasta intentó hacer como si aquello no le afectara.

—Ah —dijo—. Eso lo echa todo a perder, supongo.

Ella se llevó la mano a la barbilla para no llorar y asintió con tristeza.

—¿Se casará contigo? —le preguntó Clive.

—No lo sé. Ahora mismo está enfermo y no he podido decírselo. —Muy enfermo. Más de lo que ella había visto a nadie jamás—. Pero supongo... supongo que no. De todas formas, nunca habría podido casarse conmigo.

—Yo me casaré contigo —le soltó de un tirón.

Violet se sintió como si le hubieran clavado una lanza en el corazón.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es verdad. Porque tu bebé necesita un padre y porque siempre te he querido... Vamos, Violet, tú eso ya lo sabes, ¿no?

Violet dejó caer la cabeza. Qué fáciles eran las cosas en el Senator, cuando salían juntos. Si hubiera seguido con él, todo habría sido mucho más sencillo.

—No puedo casarme contigo, Clive, porque yo no te quiero. Flora me ha prometido que me ayudará con el bebé.

—¿Y mantendrá la promesa?

—No lo sé. Yo no sé nada. —Ni siquiera sabía si Sam iba a sobrevivir a su enfermedad—. Es todo... poco prometedor.

Clive se quedó callado.

—Eres un buen hombre —dijo Violet.

—Y tú eres una buena mujer —contestó—.

Espero que todo te vaya bien.

—No se lo dirás a la señorita Zander, ¿verdad? O sea, no puedo ocultarlo para siempre, pero por ahora, ¿me guardarás el secreto?

—Por supuesto, Violet, por supuesto.

Violet se levantó.

—Volveré después a por la bandeja. Tengo un millón de cosas que hacer.

—Cuídate.

—Haré lo que pueda —le dijo, y salió de la habitación. Se quedó un momento en el pasillo mal iluminado, conteniendo la respiración.

Tenía otras cosas que hacer, pero antes quiso ir a ver Sam. Se paró fuera de la puerta al oír unas voces en la habitación. Una era de mujer. Flora.

Violet dudó, pero después llamó a la puerta.

Flora abrió una rendija.

—¿Sí?

—Quería ver cómo está. —Estiró el cuello para ver detrás de Flora. Sam estaba echado en la cama.

Flora se movió para no dejarla mirar y bajó la voz hasta convertirla en un susurro.

—Este no es tu problema ahora mismo. Vete y no vuelvas hasta que se ponga bien.

A Violet se le erizó la piel. Aunque el tono de Flora era afectuoso, sonó tan duro como el acero. Qué injusto era que Flora le hablara así; Violet creía que ya eran amigas.

—Quiero ayudarlo a curarse —replicó.

—Se curará solo. Por favor, confía en mí. —Había determinación en su voz, pero Violet también notó desesperación—. Se pondrá bien. Es mejor que no lo veas así. Es mejor para los dos.

Violet no estaba tan segura. ¿Estaría intentando separarlos? ¿La preocupación del día anterior era

real o solo fue una treta para sonsacarle información sobre su relación? ¿Las promesas de ayuda y dinero eran sinceras?

—Vete, por favor —insistió Flora levantando las cejas—. Esto es un asunto de familia.

—Y yo no seré nunca de la familia, entendido —repuso Violet; se dio media vuelta y bajó por las escaleras. Esperaba que Flora la llamara, pero no lo hizo.



Llegó la noche y seguían incomunicados. Violet no paraba de imaginarse que había oído un tren que se acercaba a la estación, o el ruido de un tractor. Y cada vez que lo oía, salía corriendo hacia la ventana y la abría, para escuchar tan solo el silencio del aire helado y enfrentarse a una nueva decepción. Había empezado a nevar ligeramente otra vez. No dejaba de repetirse que cuando la señorita Zander estuviera mejor, las

cosas volverían a parecer normales, recuperarían un poco el control de la situación. Pero en cada comida, los huéspedes que quedaban se mostraban cada vez más y más exasperados. Sobre todo ese hombre horrible llamado Sweetie.

—¿Patatas? ¿Otra vez? —le dijo cuando le puso el plato delante.

—Lo siento, señor, pero la tirolina no funciona, y hasta que no la arreglen no nos pueden mandar productos frescos.

—¡Llevamos dos días así! —gruñó—. ¿Por qué no ha ido nadie al pueblo a buscar ayuda? Llame a la señorita Zander. Tengo que decirle unas cuantas cosas.

Violet apretó los dientes.

—La señorita Zander está enferma, igual que el otro empleado. Cook y yo estamos haciendo todo lo que podemos. Además, hay como un metro de nieve ahí fuera y el pueblo está a varios kilómetros de aquí.

—Sí, sé razonable —le dijo Lady Powell a

Sweetie—. Es inhóspito ahí fuera. —Después se volvió hacia Violet—. He notado leche en polvo en el té de esta tarde. ¿Puedes asegurarte de que me pongan leche fresca mañana?

A Violet le desconcertó que una mujer tan lista como Lady Powell no supiera de dónde venía la leche fresca. Miró a Flora, esperando que saliera en su defensa. Pero Flora estaba con la cabeza agachada, empujando distraídamente la comida hacia los bordes del plato.

—Como ya he dicho —repitió Violet muy despacio—, la tirolina que nos trae los productos frescos del valle no funciona.

—O sea, ¿que no tenemos leche fresca?

Violet asintió.

—Nos faltan muchas cosas. He de pedirles que tengan paciencia durante un día o dos. No estamos tan lejos de la civilización, así que el aislamiento no puede durar mucho.

Lord Powell pareció cobrar vida, y su voz brusca retumbó por el salón vacío iluminado con



velas.

—En mi opinión, un hotel de este calibre debería estar preparado para una emergencia como esta.

Violet estaba cansada de dar explicaciones, cansada hasta la médula. De forma que se limitó a repetir que Cook y ella estaban haciendo todo lo que podían y se fue a la cocina.

—Ya están quejándose otra vez —le dijo a Cook.

Cook, que estaba sentado en la mesa de la cocina con la cabeza entre las manos, levantó la mirada.

—Creo que no me encuentro bien.

El horror le corrió por las venas.

—¡No! No puedo quedarme sola. ¡No sé cocinar! ¿Qué voy a hacer?

—Puede que solo esté cansado —dijo—. Si consigo dormir toda la noche, puede que mañana esté mejor.

—Entonces, vete. Vete ahora mismo. Yo

termino aquí.

Violet cayó en la cama totalmente exhausta. No quiso cerrar la puerta con llave por si Sam iba a verla por la noche. A pesar de la ansiedad y la incertidumbre, se quedó dormida enseguida.

El golpe en la puerta no la despertó. La puerta que se abría no la despertó. Solo se despertó cuando Sam se sentó en el borde de la cama y le zarandeó el hombro.

—Violet, despierta —la llamó.

Violet se espabiló del sopor.

—¿Qué ha pasado? —le dijo—. ¿Estás mejor?

No distinguía los detalles en la oscuridad, pero se notaba un olor desagradable. Un olor acre, tan distinto de su olor dulce de siempre que por un momento dudó de si era realmente Sam.

—No, nunca estaré mejor.

Sam empezó a sollozar y ella alargó la mano, que fue a parar a la espalda, empapada de sudor frío.

—Voy a encender una luz —dijo mientras salía

de la cama.

Con el candil que había encima del escritorio que estaba al lado de la ventana, Violet vio lo mal que estaba. La piel amarillenta, los ojos rodeados de una sombra negra, la frente macilenta y temblorosa. Solo llevaba una camiseta y los calzoncillos largos.

Sam se tumbó en la cama y gimió.

—¿Me puedo quedar aquí esta noche?

—Claro.

—Ha venido a por mí. Sabe que esa es mi habitación. No puedo volver allí. De noche, no.

—¿De quién estás hablando, Sam?

—Del fantasma. Ha salido de mis pesadillas y ahora está en mi cuarto. De pie, en una esquina, burlándose de mí con una sonrisa. Azul por el frío. Hinchado por el agua.

Un escalofrío la recorrió de arriba abajo.

—Sam, dime que sabes que eso no es verdad.

—Lo he visto con mis propios ojos. No voy a volver allí. —Gritó de dolor, se levantó y empezó

a andar por la habitación.

Violet se le acercó e intentó abrazarlo, pero la apartó con violencia.

—No, no me toques. Tengo las piernas y los brazos llenos de calambres. Lo único que puedo hacer es moverme. El dolor es... Dios mío, no puedo con esto. Tienes que ayudarme. Tienes que ayudarme.

—Haré cualquier cosa.

Sam volvió a tumbarse. Los brazos se le retorcían y sacudían como si no pudiera controlarlos.

—No puedo dormir ni una hora. No puedo descansar ni un momento —jadeó.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte? Dímelo. Haré lo que sea.

—Mátame.

Violet dio un respingo.

—No.

—Te lo suplico. Te lo suplico. No quiero seguir viviendo. Sin el opio, no. He visto... —Levantó la

mano y le tembló—. He visto la otra parte de la realidad. Es preciosa, preciosa. ¿Y qué es la vida ahora? Dolor, eterno dolor. Noto cómo se muere todo mi cuerpo. —Como si lo hicieran a propósito, las piernas empezaron a sacudirse de un modo incontrolable y tuvo que levantarse y empezar a andar otra vez—. Así va a ser —dijo— hasta que el dolor me mate. Me harías un favor si me pones la almohada encima de la cara y me dejas morir.

—No voy a matarte.

—Me voy a morir de todas formas. Ha venido a por mí. Por eso está en mi habitación. Ha venido a llevarme con él. No quiero morir mientras lo veo reírse de mí. Quiero morir viendo la dulzura de tu rostro.

Violet tragó saliva, cegada por el miedo. Realmente parecía un hombre a las puertas de la muerte. Pero ni en un millón de años lo ayudaría a morir. No. Lo ayudaría a vivir.

Sabía exactamente lo que tenía que hacer.

## CAPÍTULO VEINTIDÓS

El ver a Sam sufriendo los dolores de la abstinencia era aterrador, pero Flora se consolaba recordando las palabras del doctor Dalloway: la desintoxicación no podía matarlo. «Lo más peligroso es que siga consumiéndolo».

Se sentó fuera de la habitación porque Sam ya no la dejaba entrar, pero lo oía. Oía sus gemidos y las atronadoras pisadas mientras recorría la habitación intentando dominar los calambres de las piernas. Oía los gemidos que se convertían en alaridos, los gritos rogándole a Dios que tuviera piedad y los gritos suplicándole a ella que lo matara. Con el corazón transido de dolor, Flora permaneció allí sentada toda la mañana, sin dejar

que nadie se le acercara. Poco después del desayuno, Violet se asomó por las escaleras y miró a Flora con ojos llorosos y suplicantes. Pero Flora le hizo un gesto con la mano pidiéndole que se fuera. Ya se lo explicaría después. Tenía que ser así, era lo mejor.

Y así, con un metro de nieve fuera, sin comida y sin electricidad en el pasillo, Sam siguió llorando y chillando como un loco en su habitación mientras Flora seguía sentada con la cabeza apoyada en la puerta, intentando mantener a raya los latidos de su corazón. Un día más, tal vez dos, y seguro, seguro, que empezaría a recuperarse.

La puerta de la habitación de Tony volvió a abrirse. Había dicho que no soportaba los gritos que salían de la habitación de Sam y se había encerrado en la suya para leer. Pero allí estaba, cruzando lentamente el pasillo, sonriéndole a Flora.

—¿Cómo está el paciente? —le preguntó mientras se sentaba en el suelo a su lado. Estaba

fumándose un cigarro. Sweetie y él empezaron a fumar otra vez en cuanto desapareció la señorita Zander.

—Destrozado —contestó con la voz rota.

—Pero es lo mejor. Tú has dicho que esto es lo mejor para él.

—Sí. Una vez que supere todo esto, se pondrá bien. Me alegro de que estemos aislados. Así no puede salir. Apenas puede andar, pero además con este frío y la nieve no puede ir a ninguna parte, y él lo sabe.

—Pues debes de ser la única que se alegra de que estemos aislados. Sweetie está que se sube por las paredes.

—Sweetie tiene que aprender a rendirse ante las circunstancias —repuso Flora arqueando las cejas—. Echarle la culpa del mal tiempo a la camarera es muy mezquino por su parte.

Tony entornó los ojos y soltó una bocanada de humo.

—Defiendes mucho a esa camarera. ¿Cómo se



llama? ¿Vera?

—Violet.

—¿Te la estás empezando a imaginar como cuñada?

Seguramente Tony estaba intentando bromear para quitar hierro a la situación, pero Flora no estaba para seguirle el humor.

—En un mundo perfecto, Tony, Sam podría casarse con Violet si quisiera. Pero todos sabemos que eso no va a pasar.

Los gritos de Sam retumbaban en el silencio del pasillo.

—¡Flora! ¡Flora! ¿Dónde estás? ¡Haz que pare! ¡Haz que pare!

Flora no podía más.

—¡Esto es espantoso! —exclamó.

Tony le echó un brazo por los hombros.

—Ven aquí —le dijo—, aquí. Todo esto pasará. Tú misma lo has dicho muchas veces.

Ella se apartó, asqueada por el olor del tabaco.

—Estoy aquí fuera. Te pondrás bien muy pronto

—le dijo a través de la puerta.

Sam empezó a dar golpes contra la puerta desde dentro.

—¡Déjame salir! ¡Está aquí! ¡Está aquí dentro!  
¡Déjame salir!

Flora se puso en pie. Tony la miró desconcertado.

—Tiene alucinaciones —le explicó antes de abrir la puerta dejando tan solo una rendija por la que vio el rostro pálido y los ojos delirantes de Sam—. No está cerrada, Sam —le dijo—. No te he encerrado. Yo nunca te dejaría encerrado. —En realidad, había pensado hacerlo, pero después se dio cuenta de que la puerta se abría fácilmente desde dentro.

—Está aquí —susurró Sam—. Llama a Violet. Ella sabe echarlo de aquí.

—Violet está ocupada. ¿Quieres que entre yo?

Sam abrió la puerta de par en par. Solo tenía puesta una camiseta. De la cintura para abajo estaba completamente desnudo, con la misma falta

de pudor que un niño.

—Está en la esquina —le dijo a Flora en voz baja—. ¿Lo ves?

—No veo a nadie, Sam. Será una sombra. ¿Quieres que encienda un candil y lo ponga en la esquina? —En cuanto lo dijo temió que Sam lo pusiera boca abajo y prendiera fuego a la habitación.

—Una lámpara no va servir de nada.

—¿Dónde está tu ropa? —le preguntó Flora.

—¿Mi ropa? ¿Hay un fantasma en mi habitación esperando para llevarme al mundo de los muertos y a ti lo único que te preocupa es mi ropa? —Cruzó la habitación a grandes zancadas, cogió una pila de ropa y se la tiró. Estaba muy sucia y empapada, y el olor era insoportable. Parecía que se había orinado en todos los pantalones que tenía —. ¡Disfrútala! —le gritó justo antes de empujarla y dar un portazo.

Tony miró a Flora y la ropa.

—¿Qué vas a hacer con eso?

—Acompáñame al baño. La lavaré en la bañera.

—Pídele a algún empleado que lo haga.

—Es demasiado íntimo.

Se encaminó por el pasillo hacia el baño, el baño en el que había muerto el pobre hombre que se había suicidado, el que veía Sam. Le pidió a Tony que vigilara la puerta —después de todo, era el baño de los hombres—, llenó la bañera y dejó la ropa en remojo. Después se lavó las manos lo mejor que pudo y se inclinó sobre el lavabo. Tony la miraba desde la puerta.

—Por lo menos, así tu padre se alegrará —dijo—. La estancia en el hotel habrá curado a Sam de su adicción.

—De sus *problemas de salud* —lo corrigió Flora—. Mi padre nunca lo ha llamado adicción.

—¿Pero lo sabe?

—No estoy segura. Pero sí, cuando volvamos a casa y todo esto haya terminado, se sentirá orgulloso.

—¿Orgullosa de ti?

Flora se rio con amargura.

—En eso mi padre no está totalmente decepcionado conmigo, supongo. No me va a excluir del testamento, si te refieres a eso.

—No me refiero a eso.

Algo de las terribles circunstancias en las que se encontraban, consecuencia del aislamiento total que parecía haber desencadenado el desabrimiento general, la llevó a decir:

—¿Te casarías conmigo aunque me desheredara?

—Sí —respondió Tony sin dudar.

—¿Por qué?

—¿Quieres que te diga que estoy loco por ti? ¿Que eres irresistible y que haces brillar el cielo?

—Quiero que me digas la verdad.

Tony se encogió de hombros y sonrió.

—Un hombre necesita una mujer. Una esposa de buen nombre y buen corazón, alguien que esté a su lado, que no se queje continuamente y siga

adelante. Tú tienes una moral muy fuerte, Florrie. Sé cómo eres. Serás una buena esposa y por eso te quiero.

Se oyó otro grito en la habitación de Sam, y Flora empujó a Tony para acudir a toda prisa. Sweetie salió de su habitación del fondo del pasillo y gritó con rudeza:

—¿No puedes hacer que se calle?

—Está muy enfermo —protestó Flora—. Ten un poco de compasión.

—La compasión es para las mujeres y los débiles —rebatío, y cerró de un portazo.

Miró a Tony con una expresión que lo decía todo.

—Hablaré con él —dijo Tony—. Está frustrado, nada más. Todos lo estamos.

—Tened un poco de compasión, es lo único que pido —volvió a decir quedamente, señalando la puerta de Sam mientras se oían los gemidos que salían de la habitación—. Es mi hermano pequeño.

Violet estaba desquiciada por no dormir. Se había pasado toda la noche despierta en su habitación con Sam, que no se fue hasta que no oyó a Flora entrar en el baño por la mañana. Violet solo pudo dormir una hora antes de que llegara Cook para despertarla y decirle que él también estaba enfermo y que tendría que hacer y servir el desayuno ella sola.

Clive estaba muy débil, pero se levantó para ayudarla y después se metió en la cama otra vez. La señorita Zander estaba tan pálida que daba miedo, pero también estaba absolutamente convencida de que aquel sería el último día que pasara en la cama. Pese a ello, a petición de la señorita Zander, Violet les comunicó a los huéspedes a la hora del desayuno que el hotel había dejado de estar operativo oficialmente, que ella les prepararía pastas y bocadillos y se los dejaría en la cocina, pero que en las próximas

veinticuatro horas no podían esperar nada más de ella.

Lord Powell y Sweetie protestaron a gritos, pero ella se limitó a decirles, tal y como le había pedido la señorita Zander, que no se les cobraría nada por su estancia en el hotel aquella semana.

—Permítanme que les recuerde —dijo indicando la lluvia que se veía por la ventana— que tienen total libertad para irse al pueblo con la esperanza de encontrar algún lugar mejor donde estar. —La señorita Zander no le había pedido que dijera eso, ni mucho menos, pero Violet disfrutó al verles las caras cuando se dieron cuenta de que por más que gritaran y refunfuñaran, no conseguirían mejorar la situación.

Después del desayuno, Violet intentó ir a ver a Sam, pero una vez más Flora estaba sentada delante de la puerta como un perro guardián particularmente celoso de su territorio. Violet intentó controlar la ansiedad mientras hacía las pastas y el pan en la cocina. El horno de leña



caldeaba el ambiente. Pero no dejaba de pensar en Sam, en la grotesca danza de espasmos que se había apoderado de él, y en la certeza de que tenía que hacer algo para ayudarlo.

Necesitaría otra ropa. Sus elegantes botas de invierno no le servirían de nada contra el frío y la humedad de la nieve. Su destino estaba a tres kilómetros y suponía que la nieve le llegaría hasta los muslos. Necesitaría un bastón de algún tipo. Un abrigo impermeable. No dejaba de hacer planes mientras removía, amasaba, horneaba y dejaba la comida en la cocina para que los huéspedes se sirvieran por sí mismos.

Cuando acabó, se puso la ropa de más abrigo que tenía, se enrolló todas sus bufandas al cuello y salió por la puerta de la cocina hacia el taller de Clive.

En algunos sitios la nieve le llegaba a los tobillos, y en otros mucho más arriba. Caminando con pesadez durante lo que le pareció una eternidad, empezó a dudar seriamente que

consiguiera llegar hasta la casa de Malley. Y después, ¿qué? Lo más seguro es que no estuviera allí, y aunque estuviera, tampoco sabía si iba a tener opio para Sam.

Pensó en volver al hotel, pero después se acordó de Sam suplicándole que lo matara, convencido de que iba a morir de dolor. Y Violet lo creía. Ya olía a muerto. Tenía los ojos turbios. Ella no sería como Flora, que no hacía nada más que sentarse y verlo morir lentamente. Aquello la animó, y siguió avanzando por la nieve hasta que llegó al taller.

La señorita Zander le había dado todas las llaves cuando Cook cayó enfermo. Abrió la puerta y empujó. Un montón de nieve se derrumbó al hacerlo. Violet pasó por encima, entró y miró por todas partes. Tenían que estar en algún sitio... Ah, sí. Con el equipo de pesca. Se quitó el abrigo y lo descolgó todo de los ganchos.

Se sentó en el suelo de madera, se quitó las botas, que ya estaban heladas y empapadas, y se

puso el mono impermeable. La falda se le subió; se la remeti6 como pudo entre las piernas, tir6 para arriba del peto y se lo at6. Le estaba enorme. Se volvi6 a poner el abrigo y se lo apret6 al cuerpo todo lo que pudo. Despu6s meti6 los pies en las botas de agua. Como le quedaban muy grandes, se las quit6 y se puso dos pares de calcetines de hombre que habia encontrado en la lavanderia. Seguian quedándole grandes, pero tendria que conformarse. Se puso las perneras del mono por encima de las botas y se las at6 muy fuerte a la altura de los tobillos. Luego sac6 un escob6n del escobero y le quit6 el cepillo.

Usando el mango como bast6n, dio sus primeros pasos hacia la nieve.

Se alej6 del taller y del hotel. Como no se veia la carretera, busc6 otras referencias a su alrededor: 6rboles, seales de tr6fico, la estaci6n de trenes. Empezaron a dolerle las piernas antes de que el hotel se perdiera de vista. El frio lograba traspasar hasta el mono impermeable, y las botas

le hacían rozaduras. Pero siguió adelante, levantando los pies a través de la nieve, luchando contra su peso y resistencia, empujando con todo su cuerpo hacia delante con las caderas doloridas y los pies ardiendo, esperando contra toda esperanza no haberse perdido. A veces llegaba a un breve tramo en el que la nieve solo le llegaba a las rodillas, dándole un momento de descanso; pero en otros le llegaba hasta la cintura y tenía que clavar el bastón y agarrarse a él con todas sus fuerzas para arrastrarse. Llovizó durante un rato, pero ella apenas lo notó. Con los dientes apretados, seguía adelante, hacia lo único que podía hacer que Sam se sintiera mejor.

No había nadie en la estación. Nadie fuera de las casas que flanqueaban la calle.

La última vez que fue a la casa de Malley con Sam, llegaron en poco tiempo. Pero esta vez tardó una hora y media en divisarla. El corazón le latía como loco y le ardían los pulmones por el esfuerzo.

No le costó reconocer la casa. El sofá seguía en el porche, y Violet esperó que aquello significara que Malley estaba en casa.

Se sacudió la nieve aliviada al subir los escalones del porche y se tomó un momento para recuperar el aliento antes de llamar a la puerta.

Esperó. Le salía humo de la boca. El frío silencio se prolongó.

Volvió a llamar. Nada.

Un fuerte maullido la asustó. Miró a su alrededor y vio un gato pelirrojo paseándose por el porche. Se agachó.

—Hola, minino. Tienes que estar muerto de hambre. —Pero después vio varios esqueletos de ratones debajo del sofá, y pensó que a lo mejor el minino no tenía hambre en absoluto.

Se sentó en el sofá, con la cabeza entre las manos. No había llegado hasta allí para irse con las manos vacías. Había creído que sería más fácil, pero nada de aquel trayecto había sido fácil. Levantó la cabeza. Lo único importante era Sam. Y

sabía lo que tenía que hacer.

Se puso de pie y se acercó a la esquina del porche, donde había una lámpara de aceite. La base era gruesa, de metal. Le quitó la parte de cristal y se acercó a la puerta. Con todas sus fuerzas, estampó la base de la lámpara contra la manilla. Hizo un ruido tremendo, que pareció resonar por todos los copos de nieve que la rodeaban. Esperó, con el corazón desbocado, por si alguien la hubiera oído. Por si alguien salía y la llamaba.

Pero nadie lo hizo.

Levantó la lámpara y volvió a golpear la manilla, que pareció ceder esta vez. Otro golpe y se cayó al suelo, muy cerca de los pies.

Empujó la puerta con cuidado y entró. La casa olía a moho y humedad, como si llevara cerrada un año, no una semana. Más adentro se notaba un claro olor a podrido. Lo único que rompía el silencio era el tictac de un reloj que descansaba sobre la repisa de la chimenea.

La noche que estuvo allí con Sam, Malley se fue a otra habitación a coger el opio, así que Violet embocó un pasillo con una alfombra raída que llevaba a dos habitaciones y un baño.

No sabía por dónde empezar a buscar. La habitación estaba asquerosa, con ropa tirada por todas partes y un fuerte olor a orina de gato. Las cortinas estaban echadas y descoloridas, con un tono intermedio entre el beis y el gris. Las descorrió, y una nube de polvo flotó a la tenue luz del día. Había un ropero que apenas se tenía en pie sobre las patas desiguales. La puerta desencajada estaba entreabierta. La abrió y miró en el interior. Más ropa, amontonada en el fondo. Perchas vacías. Buscó entre la ropa —parecían pijamas chinos—, pero no encontró nada.

También miró en la vieja cajonera de al lado, y al no encontrar nada, se fue para la otra habitación.

Parecía prometedora. Los armarios y repisas estaban llenos de cacharros muy parecidos a los que Sam usaba para fumar. Bandejas, lámparas,

pipas, pinzas y cerillas. Pero ningún bote. Era consciente de que estaba pasando el tiempo y todavía tenía que volver. La señorita Zander estaría furiosa. Violet era la única empleada capaz de trabajar y ya llevaba fuera casi dos horas. Movía las manos con impaciencia y desesperación, revolviendo en los cajones y tirando las cosas al suelo por la frustración.

Nada. Nada. Nada.

Qué error tan grande había cometido yendo allí. Cruzó el pasillo con sus botas enormes y los ojos llenos de lágrimas al pensar en el largo camino de vuelta y la posibilidad de que Sam muriera porque ella no había sido capaz de encontrar la droga que necesitaba. Sí, tendría que dejarla algún día, pero poco a poco y con la ayuda de un médico, sin que el cuerpo se le agarrotara y lo sacudiera sin control, arrastrándolo a la tumba.

El cuarto de baño era el único sitio donde no había mirado todavía.

Olor a moho. Pelo en el lavabo. Un mueble de



baño al lado de la bañera. Lo abrió. Botes, docenas de botes. Los fue abriendo uno a uno, pero estaban todos vacíos. Después vio una cosa que reconoció: un estuche de piel verde. La noche que fueron a verlo, Malley le dio algo a Sam de ese estuche y se curó de inmediato.

Lo sacó. Lo desplegó. Instrumental médico y un bote por la mitad.

—Gracias a Dios —suspiró mientras volvía a cerrarlo y se lo metía por debajo del mono. Todo el cuerpo le protestaba ante la idea de volver a salir al mundo helado, pero ahora que había encontrado la cura de Sam, tenía que darse prisa.



Flora seguía montando guardia delante de la puerta. Le entraron ganas de gritar de frustración. Todavía tenía la sangre helada por la larga caminata a través de la nieve. Tenía el pelo empapado por la llovizna, y el corazón seguía

intentando recobrar un ritmo normal. Flora levantó la mirada cuando apareció por las escaleras, pero Violet se dio media vuelta antes de que la echara. Volvió a la cocina y esperó, intentando mantenerse ocupada lavando y pelando verdura y haciendo un poco más de pan. Se les había acabado toda la carne y solo les quedaba una docena de huevos. No tenía ni idea de qué podía prepararles a los huéspedes para cenar, así que se puso a hacer sándwiches de berro y pepino mientras esperaba a que llegara la noche, cuando Flora se fuera a dormir y ella pudiera entrar a ver a Sam.

No tuvo que esperar hasta la noche. A las seis, Tony entró en la cocina y le preguntó por la cena.

—Esto es lo único que tenemos —le dijo señalando el plato de sándwiches.

—Solo somos cinco —dijo—. Será suficiente. Haz un poco de té para acompañar.

Bajaron a cenar... o sea, que Flora se alejó por fin de la habitación. Violet puso el hervidor, sirvió el té y los sándwiches en el salón y salió corriendo

para las escaleras.

Llamó rápidamente a la puerta.

—Vete —dijo Sam con debilidad.

—Soy Violet.

Sam abrió la puerta.

—¿Violet? ¡Has venido! ¿Por qué no has venido antes?

—Tu hermana no me deja verte.

Sam se dejó caer en la cama.

—Tengo menos fuerzas que un bebé. Me duele todo.

—No tenemos mucho tiempo —le dijo a toda prisa—. Flora volverá en cuanto terminen de cenar. Pero, Sam, he ido a casa de Malley.

Sam se sentó, con todo el cuerpo en tensión.

—¿Estaba allí?

—No, pero he encontrado esto. ¿Te acuerdas?

—Sacó el estuche de piel verde.

Sam se lo quitó de las manos.

—Violet, Violet. Mi amor. Mi salvación. —La besó, y la boca le sabía agria—. ¿Has salido a por

esto con esta nieve?

Violet asintió orgullosa, pero después dio un respingo al oír pasos en las escaleras.

—Tengo que irme. ¿Sabes usarlo?

—Creo que me acuerdo. Ya me siento mejor, solo por saber que esto va a terminar. Gracias a Dios. Se va a terminar. Rápido. Vete. Iré a verte esta noche a tu habitación.

—Me muero de ganas de volver a verte bien otra vez. —Y entonces por fin podría decirle lo del bebé.

—Me has salvado —dijo Sam.

—Te quiero.

—Yo también te quiero. Siempre te he querido.

Violet salió de la habitación y echó a correr para que Flora no la viera cerca de la habitación de Sam. Pero no era Flora. Era Clive.

—Ah, aquí estás —dijo Clive.

—¿Ya te has levantado?

—Estoy mucho mejor.

—Pues no lo parece. Será mejor que te metas

en la cama otra vez, por lo menos esta noche. Hay sándwiches en la cocina. Te bajaré una bandeja con unos cuantos y un poco de té a tu habitación.

Violet bajó las escaleras más rápido que él. Sam se pondría bien muy pronto. Ya no había nada capaz de angustiarse.



A Flora le seguían sonando las tripas después de una cena tan frugal. Se había saltado el almuerzo y esperaba poder tomar algo cocinado que la llenara. Pero no se iba a quejar, ni a Tony ni mucho menos a Sweetie, que la estaba acompañando por las escaleras hasta la planta de los caballeros. A través de Violet, la señorita Zander les había asegurado que aquel momento de privación no tardaría en pasar. Además, Sam no había comido durante días y estaba pasándolo mucho peor que ella.

—¿Te vas a quedar aquí fuera toda la noche?

—le preguntó Tony.

Flora escuchó a través de la puerta. No se oía nada.

—Tal vez no sea necesario. Parece que por fin se ha quedado dormido.

—Empezará a gritar dentro de nada —se quejó Sweetie—. Seguramente en cuanto yo me quede dormido —dijo. Se fue hacia su habitación y cerró la puerta de un golpe.

Flora le pidió a Tony que se quedara en la puerta de Sam mientras ella iba al baño y a cambiarse. Volvió veinte minutos después, y se encontró a Tony sentado en el suelo, con la cabeza apoyada contra la puerta y los ojos cerrados.

—¿Se ha quejado? —quiso saber.

—No. Es buena señal que esté tranquilo, ¿no?

—Sí, puede que ya haya pasado lo peor. Han sido tres días. Las otras veces que lo intentó, no duró más de un día o dos. Me alegro de que esté durmiendo un poco. A lo mejor yo también me puedo ir a dormir. Qué días más malos hemos

pasado.

Tony la cogió de la mano.

—Me alegro de que se haya terminado. ¿Crees que volverá a fumar?

—Espero que no. Puede ser muy testarudo, pero estoy segura de que no querrá volver a pasar eso otra vez —dijo sonriéndole—. No te importa, ¿no? ¿Que tu futuro cuñado haya sido adicto al opio?

Tony se encogió de hombros.

—En todas las familia hay una oveja negra.

Flora bostezó.

—Creo que me acostaré temprano. ¿Crees que debería entrar para ver cómo está?

—Es mejor que descanse.

—No haré ruido.

Tony se puso de pie.

—Entonces, entra.

Flora abrió la puerta sin hacer ruido. La habitación estaba muy oscura, así que esperó un momento a que los ojos se acostumbraran a la

oscuridad. Distinguió a Sam en la cama, la mancha negra del pelo contra la almohada, el cuerpo tendido encima de las mantas.

Algo iba mal. Ya se lo advirtió el corazón antes de notar lo de un modo racional. Se le aceleró el pulso sin saber por qué. Y aguzó el oído.

Estaba demasiado tranquilo. Demasiado quieto.

—Sam —le dijo en voz alta, suponiendo que eso lo despertaría y por lo menos así sabría que estaba respirando, pero el corazón le retumbaba tan fuerte en los oídos que no oyó nada—. ¡Sam! —gritó mientras se arrodillaba a su lado y lo zarandeaba.

Tony entró como un rayo con el candil y entonces lo vio bien, tendido en la cama, totalmente quieto, por fin libre de todo dolor.

Con la piel más fría que una piedra.



## CAPÍTULO VEINTITRÉS

2014

Estaba saliendo de la ducha, preparándome para el turno de la mañana, cuando sonó el teléfono.

Por una vez en la vida, no supuse que sería mi madre y resoplé. Por una vez en la vida, salí corriendo, con una toalla holgada sobre el cuerpo empapado, dejando huellas húmedas detrás de mí. Porque Tomas volvía aquel día.

—¿Hola? —dije sin aliento, notando las gotas que me chorreaban por el cuello.

—Acabo de aterrizar en Sídney —anunció.

—Estamos en el mismo país —contesté—. Qué bien. Hoy trabajo hasta las tres.

—Entonces paso a recogerte a las tres. —Tras

un momento de silencio, añadió—: Me muero por verte. Te he echado de menos.

—Yo también —dije aliviada. Dado que nuestra relación se basaba en largas conferencias nocturnas y mensajes, no estaba muy segura de lo que podía esperar de él, ni de si era aceptable confesar que lo echaba de menos después de dos citas.

El día se me hizo larguísimo. Miraba el reloj y parecía que las agujas no se movían. En el trabajo nos asediaban un montón de clientes malhumorados, y una boquilla atascada de la máquina de café nos auguraba a Penny y a mí una buena parte del día tropezándonos con los clientes que atestaban la cafetería y pidiendo disculpas por tardar tanto en llevarles el café.

Pero por fin pasó la hora del almuerzo, y a las tres en punto la puerta se abrió, dejando entrar una ráfaga de aire helado. Tomas estaba allí.

Se me puso el corazón en la boca.

—Hola —dije desde la otra parte de la

cafetería.

Penny me dio un empujón en la espalda.

—Vete.

Me desaté el delantal, me lo metí en el bolso hecho un higo, me quité la gomilla de la coleta que me hacía para trabajar y salí a su encuentro.

Nos quedamos a quince tímidos centímetros de distancia.

—Me alegro de verte —me dijo.

—Sí —contesté. ¿Cuál era el protocolo? No tenía ni idea.

Me cogió de la mano y dijo:

—Ven conmigo.

Con la mano me despedí de Penny, que me levantó los pulgares, y salí con Tomas.

—He echado de menos las vistas —dijo—. ¿Podemos ir al mirador?

—Pues claro.

Cruzamos la calle de la mano. Como teníamos el sol detrás, veíamos nuestras sombras muy largas. Esperamos a que un autobús cargado de

turistas saliera del aparcamiento y nos dirigimos al gran mirador de madera que asomaba por encima de la escarpadura, que ofrecía unas magníficas vistas de las montañas y los valles bajo las sombras cambiantes de las nubes.

—Es precioso —dijo mientras por fin me soltaba la mano.

—¿Más que Copenhague? —Yo todavía seguía albergando la esperanza de que quisiera quedarse en Australia.

—En Dinamarca hay sitios que son todavía más bonitos —replicó con un guiño justo antes de abrazarme. Y yo me rendí a su abrazo. Su olor y el calor y la dureza de su cuerpo eran embriagadores. Levanté la cara para besarlo y él apretó los labios contra los míos. Sopló la brisa, arrastrando las hojas secas por los tablones de madera del suelo. Se me erizó la piel de los brazos.

Tomas me soltó.

—Vamos a sentarnos a hablar —propuso—. Tenemos muchas cosas de que hablar.

Me senté en el banco de madera a su lado y doblé las piernas, poniendo las rodillas debajo de la barbilla.

—¿Del misterio? Esa carta de Eugenia Zander me ha dejado chafada. Si pudiera volver al hotel...

Pero Tomas ya estaba negando con la cabeza.

—Lo siento. He estado hoy en el trabajo y me han revocado oficialmente los privilegios de acceso al ala oeste.

—Ah. Es por mi culpa, ¿no?

—Técnicamente, no. Es culpa mía. Yo te di la llave y te dije que podías entrar. Siento haberte metido en líos.

—Qué va, si he sido yo la que te he metido en un lío.

Se encogió de hombros.

—A mí me da igual. Me pagan mucho y seguirán haciéndolo. El promotor ha dicho que solo es por seguridad laboral, así que ya está. Hasta que no empiece con el diseño, no podré volver a entrar. —Me acarició la mejilla con

suavidad—. Además, ¿qué más ibas a encontrar?

—Cartas, registros, cualquier cosa que me diga qué fue de Violet Armstrong. Quiero saber si al final Sam y ella vivieron felices.

—Si fue así, el hotel tiene que tener registros. Pero no era de eso de lo que te quería hablar.

Noté el tono serio de su voz y me di la vuelta para mirarlo directamente.

—Dime —dije, y su mirada se volvió solemne y triste. Estaba segura de que iba a romper conmigo, de que iba a decirme que todo era demasiado difícil o que quería volver con su exmujer. Me obligué a quedarme sentada y a escucharlo sin interrumpir. Pensé que tal vez podía tomármelo como un experimento antropológico: «Así es como uno se siente cuando lo tiran a la basura». Todo aquello era nuevo para mí. Todo.

—Tengo que explicarte una cosa sobre Sabrina y yo. Supongo que te habrá parecido raro que haya viajado tan lejos para estar con una mujer de la que me divorcié hace años.

Me encogí de hombros. No sabía qué otra cosa hacer ni decir.

Tomas se frotó la barbilla con la mano.

—Te lo habría contado de todas formas, cuandouviéramos una relación un poco más estable, cuando nos conociéramos un poco mejor. Pero, Lauren, tú me gustas de verdad. De verdad que veo algún tipo de futuro contigo, por muy loco que parezca después de una relación basada en el móvil.

Aquello no me lo esperaba. Ahora sí que estaba perpleja, y debió de notármeme en la cara, porque me dijo:

—Lo siento. Ya sé que no tiene mucho sentido pero tengo que decírtelo. Hay una cosa importante de mí que no sabes, y voy a contártela ahora.

—Vale —dije intentando animarlo. El viento pasaba entre los eucaliptos, haciéndolos temblar sobre nosotros. Dentro de nada empezaría a hacer frío. Deseé haber cogido el jersey cuando salí de casa por la mañana.

—Sabrina y yo nos casamos cuando teníamos veintidós años, y nos casamos porque... teníamos que hacerlo.

Al principio no supe a lo que se refería, pero de pronto lo entendí.

—Ah, ¿estaba embarazada?

—Sí, tuvimos una niña. —Se le arrugó la cara y me di cuenta de que estaba intentando no llorar.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Había tenido una hija, pero cuando nos conocimos me dijo que no tenía hijos, así que...

—¿Murió? —dije.

—Era muy pequeña —susurró—. Una semana antes de cumplir tres años. Se llamaba Emilia, aunque la llamábamos Emmy. Se cayó por una ventana de la guardería. La limpiadora no la había cerrado bien, y la maestra se distrajo un momento. Fue un cúmulo de mala suerte. No fue culpa de nadie, en realidad. No le echamos la culpa a nadie.

—De verdad que lo siento —dije, y me sentí como si hubiera dado un paso hacia un vasto



océano del que no se veía el fondo. Aquel era el mundo de los adultos, un lugar en el que la gente tiene un pasado, con su dolor y sus consecuencias. Le cogí la mano y se la apreté.

—Cuando Emmy se cayó —continuó—, seguía respirando, su corazoncito seguía latiendo. Sabrina y yo la vimos en el hospital. —Movié la mano con gesto esquivo—. No te puedes imaginar lo que era verla así. La pequeña Emmy siguió luchando, día tras día, y Sabrina no se apartó de su lado ni una sola vez, ni por un segundo. Me decía: «Me quedaré aquí hasta que se despierte o se muera», y mantuvo su promesa. Yo estaba destrozado. No me atrevía a ir al hospital. No podía verla así. No parecía mi niña. Volvía tarde a casa, me iba a trabajar como si no pasara nada. Perdí la cabeza totalmente. Fueron seis días. Solo seis días. Y Emmy murió. —Movié la cabeza y se secó las lágrimas—. Han pasado quince años y el dolor es igual que el primer día.

—Por eso te fuiste para estar con Sabrina —

comprendí.

—Sí. Alguien tenía que estar con ella, hasta que se despertara o muriera. Como ella hizo con nuestra hija, cuando yo no pude.

—No puedo ni imaginarme cómo tiene que ser una pérdida como esa.

—Muy parecida a la tuya. Lo único es que nosotros tal vez nos sentíamos un poco más impotentes y desamparados porque nos sentíamos culpables —dijo con un mohín.

—Entonces, después de aquello, ¿tu matrimonio no sobrevivió?

—Sabrina y yo llevábamos el luto de una forma muy distinta. Yo estaba furioso y lloraba, mientras que ella intentaba buscarle un sentido, como si eso pudiera calmar el dolor. Ella embocó un camino que yo no podía seguir. Espiritistas, gurús y gente de otras creencias absurdas le sacaban dinero y le daban falsas esperanzas de que podía contactar con Emmy en el otro lado. Éramos muy jóvenes todavía. No pudimos con aquello. —Abrió las

manos—. No pudimos.

—Lo siento.

—La vida es así, Lauren. Puede que todavía no te hayas dado cuenta porque has estado muy concentrada en tu familia, esperando un final inevitable que atrapaba toda su atención. Pero aquí fuera solo hay confusión. Una confusión tremenda, y nunca hay forma de saber lo que va a pasar. — Movi6 la cabeza en se1al de negaci6n—. Sabrina se despert6 quince minutos antes de que yo me fuera a coger el avi6n. Pude hablarle. Ella no pod6a hablar, pero por su mirada me di cuenta de que sab6a por qu6 hab6a ido a estar con ella. Se pondr6 bien.

—Me alegro.

Tomas sonri6.

—Me alegro de hab6rtelo contado.

—Tomas, puedes hablar conmigo de lo que quieras.

Me apret6 la mano y contempl6 las vistas. Yo lo mir6 a 6l. No sab6a lo que ten6a que hacer

después de una confianza como aquella, pero me acordaba de que cuando Adam murió, yo solo quería que la gente estuviera sentada a mi lado, sin preguntar ni intentar aliviar mi dolor. Tan solo que hubiera otro corazón latiendo a mi lado. Y eso hice.

Me quedé sentada a su lado dejando que me latiera el corazón.



A medida que avanzaba la tarde, Tomas empezó a notar el cansancio del viaje, de modo que quiso irse a su casa, y yo también me fui. Necesitaba tranquilidad, tenía muchas cosas en las que pensar. Lo que Tomas me había dicho de la imprevisibilidad del mundo era tan opuesto a lo que mi madre llevaba toda la vida enseñándonos que me sentía sin respiración. Hasta entonces yo había vivido con una sola meta en la vida: hacer que Adam viviera lo más posible. Entendía por

qué mi madre quería que pensáramos así, pero al hacerlo, nos habíamos concentrado tanto en mirar hacia delante que no habíamos sido capaces de mirar a los lados. Me había perdido mucho. Y Adam se había perdido mucho más. Adam había perdido algo en concreto, algo relacionado con las Montañas Azules. Y Anton Fournier sabía lo que era. Ojalá pudiera convencerlo para que me lo contara.



Terri-Anne Dewhurst me llamó un poco más tarde para decirme que había recibido las cartas y darme las gracias.

—Tenías razón, son muy picantes —comentó.

—Se nota mucha pasión. Mira, después de hablar la otra vez, encontré la copia de una carta que la directora del hotel le escribió a tu bisabuela. ¿Te la puedo leer?

—Claro.

Le leí la carta, poniendo énfasis en la parte en la que decía que nadie debía hablar de lo ocurrido. Pero Terri-Anne no necesitaba ningún énfasis dramático para exaltarse.

—¡Un secreto! —exclamó—. ¡Qué emocionante!

—¿Se te ocurre algo? —le dije mientras me tumbaba en el sofá mirando al techo. El elástico de los pantalones del pijama había dado de sí y la cintura me quedaba colgando. Me alegré de que Tomas se hubiera ido a su casa a descansar.

—No, pero me apuesto cualquier cosa a que mi abuela lo sabía y nunca dijo nada. Ella era así.

—Puede que solo se refiera a que Sam y Violet se escaparon juntos.

—Pero eso no es trágico —dijo Terri-Anne—. En la carta dice que «ha sido una tragedia».

—Y en aquella época, ¿no sería una tragedia para tu familia que Sam se escapara con una camarera?

Se quedó pensando un momento y después

afirmó con seguridad:

—No. En aquella época el decir que algo era una tragedia tenía un significado específico, no como ahora, que los reporteros lo usan para todo. En aquel momento significaba algo terrible, como la ruina o la muerte. Creo que alguien murió.

—¿Violet?

—Puede ser.

—No puedo hacer nada más —le dije—. Me he metido en un lío por entrar a husmear en el hotel.

—Déjame a mí. Tengo muchos contactos y recursos. Voy a ver si descubro algo sobre Violet Armstrong: dónde nació, qué fue de ella... A lo mejor si encontramos a Violet, encontramos a Sam.

—Si averiguas algo interesante, avísame —le pedí—. Me he jugado mucho con esto.

—Te avisaré —dijo—. Te lo prometo.



A la mañana siguiente operaron a la señora

Tait. Llamé al hospital después del ajetreado turno del almuerzo y me dijeron que ya había salido de la anestesia y que estaba descansando.

Al salir del trabajo fui a la floristería para llevarle unas flores a Lizzie. Cuando me acerqué, vi a dos galgos atados a una bicicleta amarilla que estaba aparcada enfrente. Los perros de Anton Fournier.

Me paré y me agaché para saludarlos. Se volvieron locos de alegría, moviendo la cola y lamiéndome las manos. Se les veía mimados y felices, señal de que su dueño tenía un gran corazón. Y si Anton Fournier tenía un gran corazón, seguramente accedería a hablar conmigo algún día.

Me asomé, pero no lo vi. Esperé un momento indecisa, hasta que un hombre salió de la tienda y desató a los perros. Pero no era Anton.

—Son preciosos —le dije, intentando ocultar mi curiosidad. Lizzie me había hablado de un «joven» que le guardaba la casa, pero yo me lo



había imaginado mucho más joven, tal vez adolescente, mientras que aquel hombre debía de tener más o menos mi edad, con el pelo corto y cuidado y expresión amable.

—¿A que sí? —me dijo sonriendo—. Y les gustas.

—Ya los conocía —dije.

Levantó las cejas.

—Ah, ¿sí?

Respiré profundamente y le tendí la mano.

—Soy Lauren. Anton me echó del porche de su casa la semana pasada.

El hombre sonrió y me dio la mano.

—Peyton. Sí, lo oí.

Su sonrisa me tranquilizó tanto como para atreverme a preguntarle:

—¿Sabes por qué me odia tanto?

Me soltó la mano y empezó a desatar a los perros.

—Sí, lo sé. Sé todo sobre Adam, sobre el pasado. Todo lo que pasó. Pero no me corresponde

a mí contártelo.

—Anton no me lo contará.

—Sí que lo hará. Cuando llegue el momento.

Anton es así.

—¿Puedo hacer algo para convencerlo?

Peyton se envolvió una correa en cada mano. Romeo y Julieta empezaron a tirar, listos para irse.

—La carta que le has mandado le ha impactado mucho —dijo—. Se lo está pensando.

—¿En serio? ¿Puedes decirle que me has visto? ¿Que te he suplicado? Porque te juro que no tengo ni idea de nada. No tengo ni idea de qué pasó entre Adam y Anton y mi familia, pero de verdad, de verdad que necesito saberlo. ¿Serviría de algo que le suplicara?

Peyton volvió a sonreír. Tenía una sonrisa afable, cariñosa y tranquila.

—Le diré que me has suplicado, pero no sé si eso hará que se decida antes. No le gusta que le digan lo que tiene que hacer. Pero tengo que irme, que estos dos me van a arrancar los brazos.

—Gracias —dije.

—Adiós. —Se dio la vuelta y empezó a alejarse, pero después se paró y miró hacia atrás —. Hablará contigo, antes o después. No te preocupes.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque eres la hermana de Adam, y eso significa para él mucho más de lo que te puedas imaginar.

Lo vi marcharse. La gente que salía de la tienda se me quedaba mirando antes de seguir por su camino. Me quedé allí clavada un buen rato.

Después cogí un ramo de flores para Lizzie y entré a pagar.



Cuando llegué al hospital, estaba empezando a atardecer. La hija de Lizzie, Geneviève, estaba sentada en una silla rosa al lado de la cama, mordisqueándose la uña del pulgar. Lizzie estaba

reclinada en la cama; parecía adormilada y tranquila.

—Hola —dije.

Geneviève me miró.

—Le han dado analgésicos —me dijo indicando a Lizzie—. Está un poco sedada, como en un mundo de hadas.

—Ah. Hola, Lizzie —le dije mientras me inclinaba para besarle la mejilla, maquillada con colorete—. Le he traído unas flores.

—Ponlas en agua —me dijo con voz empastada—. Geneviève, dile a la enfermera que las meta en agua para que no se marchiten. No quiero que se mueran. Son de Lauren.

—No te preocupes, mamá —dijo Geneviève al tiempo que cogía las flores y las dejaba en la mesa de al lado—. Se lo diré a la próxima enfermera que pase por aquí.

—¿Ha ido bien la operación? —le pregunté a Geneviève, que era una de esas mujeres impresionantes que con cuarenta y tantos estaban

atractivas con sus pañuelos de seda. Yo nunca había sido capaz de ponerme una bufanda sin que pareciera que me estaba ahogando.

—Perfectamente. Tiene muy buena salud para su edad. Estamos todos muy contentos.

—¿Estáis hablando de mí? —dijo Lizzie, pero tenía los ojos cerrados.

Geneviève se encogió de hombros.

—No está consciente del todo.

—Entonces será mejor que me vaya.

—¿Te importaría quedarte diez minutos? Me gustaría tomarme un café, o lo que hagan pasar por café en la cafetería de aquí. Me lo pido para llevar y vuelvo enseguida.

—Claro —dije.

—Gracias.

Geneviève se fue y yo me senté en su silla rosa.

—Me alegro de que esté bien, Lizzie —le dije mientras me inclinaba hacia ella para tocarle la mano.

—Bicho malo nunca muere. No como mi

madre, que se tumbó en la cama como yo y no se levantó. —Soltó una maldición y después se calló.

Yo me quedé sentada, escuchando su respiración, suponiendo que se había quedado dormida, pero de repente empezó a hablar otra vez.

—Geneviève, tengo que contarte una cosa.

—No soy Geneviève, soy Lauren —dije.

Pero no me hizo caso.

—Tu abuelo no era mi padre. Eso me está matando. Ojalá no me hubiera dicho nada.

—¿Quién le dijo...? —empecé a decir, pero después me di cuenta de que el mensaje no era para mí—. Lizzie, no soy Geneviève. Soy Lauren. Geneviève se ha ido a la cafetería un momento. Puede hablar con ella en cuanto vuelva.

Lizzie abrió un ojo y me miró.

—Lauren. Eres una buena chica.

—Gracias.

—Mete esas flores en agua.

—Lo haré.

Se quedó en silencio, y esta vez supe que se había quedado dormida por los ronquidos. «No era mi padre. Eso me está matando». Pobre Lizzie. Siempre había hablado tan bien de su padre. Pero esta vez me prometí que no iba a entrometerme en nada más. Lizzie era mayor y se merecía privacidad.

Geneviève volvió pronto. Por el olor a tabaco supe que había bajado para algo más que para un café.

—¿No sabe que fumas? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

—No le gustaría.

—Pero ella fumaba.

—Ah, ¿sí?

Levanté las manos.

—Ya he dicho demasiado. No quiero entrometerme en los secretos de la familia. Cuando te has ido, me ha confundido contigo y ha intentado contarme algo sobre tu abuelo.

—Sí, ya lo sabemos. En su lecho de muerte, la

abuela le confesó a mi madre que el abuelo no era su padre biológico. Creo que ella se lo tomó muy mal y nunca ha llegado a aceptarlo. Ella adoraba a mi abuelo. Nos lo contó como si fuera un secreto muy importante, como si se avergonzara. No sabemos quién era su padre *real*, pero, desde luego, tampoco nos importa. Seguimos queriendo igual al abuelo. Es curioso que haya sacado el tema ahora.

—Bueno, pues si es algo que ha de mantenerse en secreto, puedo hacer como si no hubiera oído nada.

—Gracias. Te lo agradecería muchísimo.

Salí del hospital hacia el frío resplandor del atardecer, esperando que Tomas no estuviera demasiado cansado para tener compañía aquella noche.



## CAPÍTULO VEINTICUATRO

A la mañana siguiente tuvimos un día de perros en la cafetería. Un autobús cargado de turistas rumanos apareció a las diez sin avisar, y Penny y yo nos pasamos toda la mañana haciendo café y bizcocho de plátano. En mitad de todo el jaleo oí el teléfono y supe que era mi madre, y me enfadé muchísimo con ella.

Estaba. Siempre. Llamándome.

No contesté, y me hice la solemne promesa de decirle que no podía seguir llamándome a todas horas. Yo tenía una vida, y ella estaba interfiriendo.

Cuando miré el teléfono en un momento de tranquilidad, vi que no había sido ella. Era de un

número que no conocía, y me habían dejado un mensaje. Lo escuché.

«Lauren —dijo una voz suave—, soy Anton Fournier. Pasado mañana me voy a Hong Kong, pero si puedes venir a mi casa mañana a las once, hablaré contigo. Te espero aquí».

A las once. Estaría trabajando. No quería llamar para intentar retrasarlo por si cambiaba de idea, así que me acerqué a Penny y le supliqué.

—Por favor, por favor, por favor, ¿me puedo ir mañana a las diez y media? Volveré a las doce, o a las doce y media, como mucho.

—Pero hemos estado hasta arriba. ¿Y si llegan más turistas?

—No sé qué decirte. Un hombre que sabe un secreto de mi familia me ha dicho que quiere hablar conmigo y no creo que pueda cambiar la cita para otro día.

—¿Es Anton Fournier?

Asentí.

—Vale —dijo—. Te cubriré. No puede ser peor

que hoy.

Sabía lo que tenía que hacer antes de ir a hablar con Anton Fournier. Tenía que llamar a mi madre y darle la oportunidad de contarme su versión de la historia. Durante el descanso, salí de la cafetería, me senté en un banco mirando al hotel y la llamé.

—Mamá, soy yo —dije.

—¿Va todo...?

—Sí, va todo bien —contesté enseguida—, pero tengo que decirte una cosa.

—¿Sí? —me dijo despacio, con cautela.

—Voy a ir a ver a Anton Fournier mañana.

—¿El hombre que te acosó? ¿Te has vuelto loca?

—No me acosó. En todo caso, lo acosé yo a él. Tuvo que echarme del porche de su casa. Última oportunidad, mamá. Cuéntame qué pasó.

—No sé de lo que me estás hablando. —Y entonces le cambió la voz, se volvió más lastimera—. Si me quisieras, no irías. No vayas a verlo.

Suspiré ruidosamente y levanté la mirada hacia

las ventanas del hotel, de la antigua ala oeste. Allí había pasado algo, hacía muchos muchos años; Flora Honeychurch-Black se había negado a hablar de ello y su nieta Terri-Anne seguía intentando descubrir el secreto. En el lecho de muerte, la madre de Lizzie le había revelado a su hija que su padre no era su padre, y Lizzie todavía cargaba con el dolor y la vergüenza. Los secretos de familia podían hacer mucho daño, y no estaba dispuesta a que mi madre me ocultara el nuestro. Una bandada de pájaros cruzó el cielo y yo los seguí con la mirada, esperando a ver si mi madre cedía.

—Yo siempre hice lo que era mejor para ti y para Adam —dijo por fin.

—Lo que tú creías que era lo mejor —repliqué.

—Estás bien, ¿no? —dijo a la defensiva.

—No lo sé, ¿tú qué crees? Estoy a punto de cumplir treinta y un años y no sé conducir ni lo que es el sexo. ¿Te parece bien?

Silencio. Estaba enfadada.

—¿Mamá? —dije, intentando sonar complaciente.

—Pues ve a verlo. A mí me da igual —me soltó, y colgó.

Me metí el móvil en el bolsillo, respirando el aire fresco de las montañas. El complejo de culpa no funcionaría esta vez. Estaba decidida a descubrir la verdad.



Tomas, que ya se había recuperado del *jet lag*, se presentó en mi puerta a las siete. Yo había limpiado la casa, había metido en el horno una empanada de carne con champiñones, había encendido una vela aromática, me había puesto una blusa nueva de algodón con mis mejores vaqueros y me había lavado los dientes dos o tres veces —estaba tan nerviosa que había perdido la cuenta—. Y allí estaba, por primera vez en la vida: la tercera cita.

—Pasa —le dije, intentando parecer callada en vez de ansiosa. Después de lo mal que empezó nuestra relación, deseaba con todas mis fuerzas que todo saliera bien.

Me dio un beso en la mejilla y me dio una botella de vino.

—No te la tomes toda de una vez —bromeó.

—Muy gracioso —le dije, lo seguí a la cocina y dejé la botella en la encimera—. Parece que has descansado bien. —Tenía muy buen aspecto, con sus pantalones grises y la camisa blanca.

—Estoy mucho mejor. Hoy he trabajado bien, y eso siempre es bueno.

—¿Alguna noticia del ala oeste?

Negó con la cabeza.

—No sabré nada hasta enero. Solo quedan dos meses para que termine en el ala este y después me mandarán a casa para fin de año.

Me sentí por los suelos. Él ya me lo había advertido, pero yo había preferido olvidarlo. Le sonreí animadamente para que no se me notara.

—¿Un poco de vino?

—Buena idea.

Los dos alargamos la mano al mismo tiempo, y la botella se volcó y cayó rodando al suelo. Con un crujido, el vino tinto se esparció por las baldosas de la cocina.

—¡Lo siento! —exclamó mientras se abalanzaba hacia el fregadero para coger un trapo.

Yo me agaché y empecé a recoger los trozos de cristal.

—Madre mía —dije.

—A ver, deja que te ayude.

Al agacharse, me rozó las rodillas.

Y algo pasó. No puedo explicarlo, pero aquel roce me inflamó por dentro. Yo no tenía ni idea de lo que era el deseo, y cuando lo sentí apenas lo reconocí. Al principio lo experimenté con recelo: la ansiedad. Pero él también lo había notado, y me estaba mirando fijamente. Él, con el trapo en la mano, y yo con los cristales rotos.

Sin mediar palabra, soltamos las cosas y nos

buscamos el uno al otro. Poniéndome los dedos en la cara, me atrajo hacia él y me besó mientras salíamos de la cocina pisando el charco de vino que había formado en el suelo.

Nos dejamos caer en el sofá, yo encima de él, con los labios adheridos con fuerza. Apenas podía respirar pero me daba igual. Su boca, la lengua, los dientes..., lo exploré todo abandonándome a la pasión.

Bajé las manos a su pecho y empecé a desabotonarle la camisa. Y entonces fue cuando él me empujó suavemente hacia atrás y me miró de frente.

—¿Estás segura? —me dijo con serenidad.

—Muy segura.

—Sé que es tu primera vez, no me importa esperar un poco más.

—Tengo treinta años, ¿cuánto más tengo que esperar? —le dije riéndome.

Me estrechó en el calor de sus brazos. La empanada de carne y champiñones se quemó, pero



a ninguno de los dos nos importó.



A la mañana siguiente, yo me desperté antes que Tomas. Me incorporé y, apoyándome en el codo, lo contemplé mientras dormía. Nunca me había despertado al lado de nadie hasta aquel día. Se me llenaron los ojos de lágrimas: una cosa tan sencilla, y yo me la había perdido durante tanto tiempo.

Como si se hubiera dado cuenta de que lo estaba mirando, empezó a estirarse. Le temblaron los párpados, abrió los ojos y me vio mirándolo. Al tiempo que me reconocía y el recuerdo amanecía, el cariño y la vulnerabilidad asomaron a su rostro, dándome la sensación de caer. De caer en algún lugar cálido y suave.

—Te quiero —dijo con voz ronca.

—Te quiero —contesté.

Llegué a la casa de Anton Fournier diez minutos antes. No quise llamar por si le molestaba que hubiera llegado antes de tiempo, así que me quedé en la calle, a la sombra de un roble. Me tomé el pulso. Cien latidos por minuto. La ansiedad se había apoderado de mí.

Respiré profundamente varias veces y volví a mirar el reloj. Solo habían pasado dos minutos.

—¿Vas a entrar?

Miré a mi alrededor. Anton estaba en la puerta, con los perros a su lado.

—Te he visto por la ventana —me dijo con una media sonrisa.

—No quería molestarte antes de tiempo.

—Entra —me dijo—. Prepararé algo para beber.

Lo seguí por el largo camino de entrada. Romeo y Julieta se acercaron y me olfatearon, salieron corriendo y después volvieron para

olisquearme otra vez. Subimos los escalones y cruzamos la entrada principal.

—¡Qué bonito! —fue lo único que se me ocurrió decir al ver el interior de la casa. Toda la pared del fondo era de cristal y ofrecía unas vistas ininterrumpidas del valle.

—Sí, es precioso —dijo. Llevaba una camiseta de algodón holgada y unos pantalones iguales con el dobladillo vuelto hacia arriba y estaba descalzo—. Cuando hay tormenta, es el mejor sitio del mundo. Lástima que tenga que viajar tanto.

—Me dijeron que eres productor musical.

—Ojalá, en realidad mi trabajo no es tan exótico —contestó dirigiéndose a la cocina de barra americana—. Soy director de *marketing* en el mercado asiático; y un negado para la música. —Encendió el hervidor—. No tomo nada con cafeína. ¿Te apetece un té de frutas?

—Me encantaría probarlo.

Sacó una lata de la despensa y la puso en la encimera de mármol de la isla de la cocina que

nos separaba. El sonido subió directamente al techo alto y retumbó por todo el espacio abierto. Mientras él preparaba el hervidor, miré a mi alrededor. Cuadros en las paredes, casi todos de arte abstracto. Muebles de diseño. Estanterías repletas de novelas policíacas.

—No te pareces nada a Adam —me dijo sin mirarme a los ojos.

—No, él se parece más a mi madre.

Apretó los labios, y supe que había sido ella la que lo había molestado; aunque, para entonces, ya lo había adivinado.

—Bueno, se parecía a mi madre —me corregí—. Sigo hablando de él en presente, como si estuviera aquí.

—No me puedo creer que se haya ido. Tu carta era muy bonita.

—Gracias, la escribí de corazón.

El hervidor empezó a silbar.

—Por favor, siéntate. Esto tardará unos minutos.

Llenó la tetera y la puso en una bandeja con tazas, una jarra de miel y varios trozos de bizcocho de zanahoria. Busqué un sitio que no se manchara mucho si se me derramaba alguna gota de té —o sea, en el sofá blanco, no—, dando la espalda a las hermosas vistas. Uno de los perros se hizo un ovillo a mis pies.

—Le gustas —comentó mientras ponía la bandeja en la mesita—. Es buena señal.

—¿Sí?

—No hay nada mejor que la opinión de un perro sobre una persona —afirmó—. Siento haber sido tan brusco la otra vez. No sabía hasta qué punto estabas involucrada en lo que pasó.

—¿Qué pasó?

Se sentó enfrente, sin temor a manchar el sofá blanco.

—¿Estás segura de que quieres que te lo cuente yo? Podrías preguntárselo a tus padres.

—Ya lo he intentado. Mi madre me colgó. Al principio me dijo que no sabía quién eras.

Puso los ojos en blanco.

—Ya, cómo no —dijo.

—Cuéntamelo. Quiero saberlo todo, por favor.

—Bueno, a ver, ¿por dónde empiezo...? —

Sirvió el té y me alargó la taza. Estaba buenísimo;

sabía a fresas calientes con un toque de lima—.

¿Conocías bien a Adam? —me preguntó.

—Sí, muy bien.

—Quiero decir... ¿Sabías algo de su vida sentimental?

Negué con la cabeza.

—Bueno, no. Realmente no tuvo ninguna relación desde que enfermó. Supongo que le habría gustado tener novia...

—No —me interrumpió—, no creo.

Lo miré desconcertada, y él dejó la taza en la mesa y abrió los brazos.

—Lauren, Adam era gay.

—Ah, ¿sí? —Y entonces lo entendí todo—. Entonces, él y tú estabais...

—Enamorados, sí. Totalmente. Un amor

adolescente, supongo. Completamente entregados el uno al otro. Fue una de las mejores épocas de mi vida. Era mi alma gemela. —Se notaba que estaba intentando no llorar—. Era un chico muy muy especial. Dios mío, todavía lo echo de menos.

Estaba alucinada. No tenía ni idea; ni la más mínima sospecha de que mi hermano fuera gay. ¿Por qué? Yo nunca lo habría juzgado por eso, ¿por qué no me dijo nada?

Pero, desde luego, lo sabía. Por mi madre. Mi madre, siempre tan ansiosa y entrometida.

—¿Qué te hizo? —le pregunté.

—¿Tu madre? Adam se lo contó —explicó—. Se puso histérica. Tu madre le dijo que era una fase por la que estaba pasando, que yo lo estaba arrastrando por el mal camino, que nunca tendría una vida normal si seguía conmigo y que solo quería lo mejor para él. Hizo todo lo que pudo para convencerlo de que no fuera gay. —Se encogió de hombros—. Como si quisiera convencer al mar de no tener mareas. Tu familia

cortó todo tipo de relación y contacto con él y Adam estaba destrozado. Le dije que fuera a verlos y hablara con ellos, así que se fue. Y fue la última vez que lo vi. —El dolor que transmitía su voz era innegable.

—Se puso enfermo.

—Sí, enfermó mientras estaba en Tasmania con vosotros. Yo lo llamaba todos los días, pero tu madre no me dejaba hablar con él. Me decía que no le diría que había llamado y que lo dejara en paz. Le escribí cartas, pero no tengo ni idea de lo que habrá pasado con ellas.

—Las cogería ella —dije—. En aquella época no nos llegaba el correo, así que mi madre iba todos los días a la oficina postal. No quería que fuéramos los demás.

—Pues un misterio resuelto. Al final, cogí un avión para Hobart, alquilé un coche y me presenté en tu casa. —Se paró un momento para dar un sorbo a su té. El otro perro se subió al sofá y se sentó a su lado. Anton lo acarició, aprovechando



para recuperar el aliento—. Me abrió tu padre. Él también lo sabía. Salió tu madre. Intenté gritarle a Adam, pero no sé si me oyó. Me dijeron que no quería verme, que tenía que concentrarse en curarse, que yo se lo estaba poniendo más difícil y que nunca sería bienvenido en tu familia.

Se me hacía difícil oír todas aquellas verdades sobre mi familia. Estaba muy decepcionada con mis padres, sobre todo con mi padre.

—Volví a casa. Seguí escribiéndole, pero lo llamaba menos. Cuando pasó un año y seguía sin saber nada de él, empecé a pensar que a lo mejor tus padres tenían razón, que no quería verme, que lo estaba acosando, así que... lo dejé en paz.

—Lo dejaste.

—Sí... —Se encorvó hacia delante.

En aquel momento lo entendí: los primeros años de la enfermedad de Adam, su tristeza, su mirada perpetuamente perdida, no tenían nada que ver con estar enfermo. Tenía el corazón destrozado.

—Eso es horrible —dije.

—Sí, lo es. Pero, por favor, no te apiades de mí. Yo seguí adelante con mi vida. Conocí a Peyton, y tenemos dos perros estupendos. El que lo pasó mal fue Adam. Seguramente pensó que lo había abandonado. Y eso es lo último que yo habría hecho. Lo último. Yo quería estar allí. Quería atenderlo y cuidarlo. Me habría gustado poder abrazarlo cuando tuviera miedo. Y no hice nada, no le di ningún consuelo.

Dejé que sus palabras resonaran por el enorme salón. Más allá del ventanal, una nube se cruzó por delante del sol y el salón se quedó en penumbra un momento hasta que pasó. Un rayo de sol se reflejó en la espalda del perro que tenía a mis pies. Se estiró y volvió a quedarse dormido.

—Lo siento —dije—. Yo no sabía nada de todo esto, y era demasiado pequeña como para haber podido cambiar nada. Pero lo siento. Por Adam y por ti.

Me sonrió.

—Lo creas o no, eso significa mucho para mí.

—Si te sirve de consuelo, creo que mi madre se habría comportado igual de mal si hubieras sido una chica.

—No creo, y tampoco me consuela.

Reflexioné un momento.

—Sí, puede que tengas razón. —Aunque yo no hubiera hecho nada, me sentía terriblemente culpable—. Pero ¿sabes qué? Me alegro muchísimo de que Adam te haya tenido a ti, aunque sea por poco tiempo. Me alegro de que haya conocido el amor. Me alegro de que haya podido vivir algo. Él nunca dejó de pensar en ti. Tenía un póster enorme de las cascadas en la pared de su cuarto. Era lo primero que veía al despertar y lo último que veía antes de dormirse por la noche.

Una sonrisa radiante le iluminó la cara. Era guapísimo, el tipo de persona que Adam se merecía.

—Eso es muy bonito.

—Que nunca se te olvide una cosa —continué

—: hacia el final, él nunca sabía si se iba a despertar, así que seguramente tú le ofreciste consuelo de otra forma.

—Ojalá.

—Toma —le dije mientras sacaba del bolso la fotografía de los dos—. Deberías quedarte con esto.

La cogió y se quedó mirándola un buen rato. Después levantó la mirada.

—¿Hablarás con tus padres de esto?

—Te doy mi palabra.



Mi madre no me cogió el teléfono, así que mi padre tuvo que aguantar toda mi rabia.

—Tienes que entender —protestó cuando me paré a respirar— que tu madre pensaba que era por su bien.

—¿Y tú? Nunca habría pensado que fueras tan estrecho.

—Y no lo soy. Es solo que... tu madre es muy persuasiva. En cierto sentido, tenía razón. Es muy difícil ser distinto, y Adam había elegido uno de los caminos más difíciles para ser distinto.

—No lo eligió, papá. Él era así. Mamá y tú rompisteis dos corazones. Les negasteis la felicidad.

—Nuestro único objetivo era que Adam viviera.

—Una vida sin amor. Eso es lo que hicisteis. ¿Cómo conseguisteis apartarlo de Anton?

Se hizo un breve silencio. Lo más seguro es que mi padre estuviera luchando con su conciencia, con el temor de lo que diría mi madre. Y después, sencillamente, me dijo:

—Adam nos pedía que llamáramos a Anton todos los días. Nosotros le decíamos que lo habíamos llamado, pero que Anton nos había dicho que su enfermedad era demasiado para él. Sabíamos que había sido una relación corta, de menos de un año. Creíamos que era mejor así, para

los dos. Nos perdonarás, ¿verdad?

Suspiré exasperada.

—Ahora mismo estoy demasiado enfadada para eso. Dile a mamá que no me llame durante un tiempo.

—No seas cruel. Ya sabes cuánto se preocupa.

—Pues dile que he perdido la virginidad en la tercera cita. Con un hombre divorciado. Dile que estoy enamorada de él y que ella no va a poder hacer nada por impedirlo —le solté, y le colgué. El corazón me latía con fuerza. Creía que me iba a sentir mejor después de desencadenar toda mi furia. Pero no. Solo me sentía triste.



Tomas me mantuvo ocupada. El trabajo me mantuvo ocupada. Anton y Peyton nos invitaron a cenar una noche, y resultó que Tomas tenía muy buena mano con los perros. Un motivo más para quererlo. Sin el yugo de las eternas llamadas de mi

madre, me sentía distinta. Más yo, de algún modo. Me sentía mucho más libre, con más posibilidades de futuro. Tomas me propuso que me fuera con él a Dinamarca cuando tuviera que volver seis meses, «solo para ver». Ya no me parecía una idea tan descabellada, algo que solo se atrevería a hacer una persona totalmente irresponsable. ¿Por qué no iba a ir a Dinamarca? ¿Por qué no me iba a ir con él «solo para ver» si Tomas y yo podíamos tener un futuro juntos?

Ocho días después de la operación, Lizzie Tait volvió a casa. La última vez que había ido a visitarla al hospital me dijeron que tendría que quedarse una semana más, así que fue una verdadera sorpresa encontrármela en la puerta.

—¡Lizzie! —exclamé, y la abracé—. Ya está aquí. ¿Cómo está? Entre. ¿Le apetece una taza de té?

—Me dieron el alta ayer por la noche —me explicó—. Por fin he salido de allí, y mis hijos se han vuelto cada uno a su casa. No, no quiero té.

Solo quiero disfrutar de mi soledad. Solo he pasado para darte las gracias por las visitas. Significa mucho para mí.

—Ha sido un placer.

—Geneviève me dijo que te confundí con ella.

¿Es verdad?

Respondí eligiendo cuidadosamente las palabras.

—Estaba medio dormida. No presté mucha atención a lo que decía.

—Bueno, espero no haberte abochornado. Es solo que... —Se interrumpió, con los ojos clavados en algo que había visto por encima de mi hombro en la cocina.

Me volví para ver qué era. Era el retrato de Violet Armstrong que había pegado en la nevera.

—¿De dónde...? —Pasó a mi lado, entró en la cocina y se quedó petrificada delante del retrato. Estaba pálida, pero no sabía si era por ver el retrato o por la estancia en el hospital.

—¿Se encuentra bien? —le pregunté.



—¿De dónde has sacado eso?

—Es una larga historia. ¿Se encuentra bien?

Parece que ha visto un fantasma.

—Esa mujer —me dijo señalando el retrato con el dedo—. Es mi madre.

Sentí un enorme escalofrío.

—¿Su madre? —Y entonces lo entendí—. Oh, Dios mío, Lizzie. Sé quién es su padre.

## CAPÍTULO VEINTICINCO

1926

—¿Flora? —Tony se acercó un poco más con el candil.

La realidad se deformó. Como en una casa de los espejos.

—Está muy frío —dijo Flora.

—Dios mío —exclamó Tony, y salió disparado para la puerta—. ¡Sweetie! ¡Sweetie! ¡Ven aquí!

—Tenemos que llevarlo a algún sitio donde haya calor —apremió Flora.

—No, Flora. Está...

—A la cocina. El horno seguirá encendido. Necesita calor.

—Florrie, Florrie, está muerto.

—No, solo está helado. —Le puso la oreja en el pecho, pero sus propios latidos la estaban dejando sorda.

Sweetie apareció por la puerta.

—¿Qué pasa? —Pero entonces vio la escena y se quedó sin respiración.

Flora se dio la vuelta. ¿Por qué no hacían nada? ¿Por qué se quedaban ahí quietos?

—¡He dicho que lo llevéis a la cocina! —gritó.

—Eso no cambiará...

—Por favor, Tony, por favor.

Tony miró a Sweetie y Sweetie lo miró a él, y ambos decidieron hacerlo, para que Flora se tranquilizara. Tony cogió a Sam por las axilas y Sweetie por las piernas.

—Tened cuidado —dijo Flora mientras salían de la habitación y bajaban por las escaleras—. Se magulla con nada.

Ninguno de los dos dijo ni una palabra. Bajaron las escaleras y cruzaron el corredor hasta llegar a la cocina.

—Ponedlo al lado del horno —dijo Flora mientras se acercaba a la pila de leña y cogía otros dos troncos. Abrió la puerta del horno y los echó al fuego, observando cómo sus manos se movían como si todo fuera normal, por más que en el fondo, muy en el fondo, supiera que nada era normal.

Sam estaba tendido en el suelo de piedra frente al fuego. Tony y Sweetie dieron un paso atrás con los brazos cruzados. Flora se arrodilló junto a Sam, poniéndole las manos en la cara.

—Sam —dijo—. Sam, tienes que despertarte.

Nada. Pero estaba un poco más caliente, ¿no? Solo estaba helado, nada más. Tenía frío y sueño.

—¿Sam? —repitió, y el nerviosismo de su propia voz la asustó. Más allá de la inquietud había un abismo, un abismo en el que no podía dejarse caer. Le dio unas suaves palmaditas en las mejillas—. Por favor, Sam, por favor.

Tony se arrodilló a su lado, le cogió la mano y se la puso encima del pecho de Sam. Ella intentó

apartarla, pero él la agarró con fuerza. Pasaron unos momentos de horrible silencio.

El pecho de Sam no se movía. No inspiraba ni espiraba.

—No respira —dijo Flora.

—Está muerto —dijo Tony.

—No, solo está...

—Sí. Sí, Flora. Está muerto.

Flora se soltó de la mano de Tony y se echó sobre Sam. Un aullido animal salió de sus pulmones. Sam parecía tan pequeño a su lado como un niño chico. No podía llorar, solo podía decir «No, no, no» una y otra vez. Detrás de ella, Tony y Sweetie se encendieron un cigarro y empezaron a hablar de lo que tenían que hacer, y lo hacían con la frialdad con la que hablarían de cualquier asunto de negocios. Seguían diciendo «el cuerpo» y Flora creía que iba a empezar a gritar para no parar jamás. Con susurros que no eran lo suficientemente bajos, como hacían los hombres, lo repetían una y otra vez: «No podemos dejar el

cuerpo en la habitación»; «Si nos llevamos el cuerpo a la piscina, parecerá que se ha ahogado»; «Pero cuando examinen el cuerpo verán que no tiene agua en los pulmones», y cosas así. Mientras tanto Flora, encerrada en la sombría prisión de su mente, incapaz de entender nada desde que descubrió los pálidos restos, no dejaba de temblar por el aire helado que entraba por la puerta abierta y soplabá entre los altos eucaliptos que delimitaban la oscuridad del valle.

—Si el viejo se entera de esto —dijo Tony remarcando su observación con una calada al cigarro—, cerrará la caja fuerte y Flora se quedará sin nada.

Flora quería decir que no le importaba el dinero, que la muerte nunca había sido tan inmensa, real y definitiva como en aquel momento, estando al lado de los restos de una persona real que tan solo un día antes respiraba y gritaba. Movi6 los labios, pero no sali6 ning6n sonido.

—¿Qué quieres que hagamos, Florrie? —le

preguntó Sweetie.

—No sirve de nada hablar con ella —dijo Tony mientras negaba con la cabeza a la débil luz del candil—. Va a necesitar unos cuantos tragos de *whisky* para superar esto. Mira, lo único seguro es que nadie puede enterarse de esto. Tiene que parecer un accidente. Como si se hubiera caído mientras daba una vuelta por el bosque.

—¿Con esta nieve? Eso no se lo va a creer nadie.

—Piensa en la fama que tenía —le dijo, y con el zapato de charol le dio un puntapié al cuerpo para levantarlo y después retiró el pie dejándolo caer de nuevo al suelo—. No muy sólida. —Tony se dio cuenta de que Flora estaba escuchándolo y se arrepintió de haberlo hecho—. Lo siento, Florrie. Pero tenemos que ser prácticos. Tienes que confiar en nosotros.

Flora asintió, trastornada, incapaz de comprender nada.

—Y entonces, ¿hasta dónde tenemos que llevar

el cuerpo? —preguntó Sweetie.

—Lo más cerca de las cascadas que podamos.

Sweetie asintió y se agachó para coger las piernas flácidas con sus manos regordetas. Flora se acercó para ayudarlos, pero Tony la apartó, delicadamente pero con firmeza.

—Tú te quedas aquí. No puedes ayudarnos tal y como estás, y este frío te puede matar. No quiero tener que cargar con dos cuerpos. —Tiró el cigarrillo por la puerta que tenía delante. La colilla dibujó un arco y cayó en la nieve; un breve resplandor y se extinguió.

Flora los vio marcharse. Se movían con pesadez por la oscuridad y el frío, hasta que se convirtieron en diminutas figuras en los límites del jardín y desaparecieron camino abajo por el sendero de piedras que llevaba al valle. Había empezado a llover, las gotas gruesas que caían del revuelto cielo nocturno se hundían silenciosamente en la nieve. Se quedó en la puerta, con los dedos entumecidos, esperando a que regresaran.



La lluvia borraría las profundas huellas de la nieve, junto con el rastro que pudieran dejar las piernas y los brazos que colgaban entre ellos. Pero la lluvia lavaría también el cuerpo, un húmedo sudario, un entierro empapado. Flora se llevó las manos a la cabeza y lloró, por la impresión y su dolor y su pérdida y los horrores que sin duda vendrían.

—Pobre Violet —repetía en su cabeza sin cesar—. Pobre Violet.

Y pobre Sam. Will se había equivocado. Los dolores de la desintoxicación lo habían matado. Si ella hubiera sabido que aquello podía pasar, nunca lo habría permitido. Le temblaron las rodillas. No podía quedarse allí esperando con tanto frío. Tenía que sentarse. Volvió a la habitación de Sam y se tumbó en su cama, respirando profundamente el olor de su pelo y su piel en la almohada, y lloró y lloró y lloró.

Violet se terminó el último sándwich de la bandeja y se echó otra taza de té.

—Es poco, ¿verdad? —dijo—. Sándwiches para cenar.

Se sentó en la cama deshecha que estaba enfrente de la de Clive. Él se había vuelto a meter en la cama cuando ella se lo pidió, y Violet se alegró de que lo hubiera hecho, porque la tos no le había mejorado en absoluto.

—Mañana voy a salir a arreglar la tirolina —contestó—. Esta lluvia habrá derretido mucha nieve y tenemos que volver a la normalidad, con huevos, tocino y leche fresca del valle.

—Por mucho que me guste el tocino —repuso Violet—, no creo que debas salir mañana con este frío. Además, Dios sabe lo que está pasando en las granjas de abajo.

—Ya.

—Espera a que se levante la señorita Zander. Ella impondrá el orden. A pesar de lo que dijo Lord Powell, todos se han vuelto unos salvajes.

No hay más que vernos a nosotros... cenando en tu habitación, nada menos.

Clive se rio, ladeó la cabeza y la observó.

—Pareces más contenta esta noche, Violet.

—Estoy un poco mejor.

—Me gusta verte sonreír. Ayer se te veía un poco desesperada.

—Mientras hay vida, hay esperanza —dijo con tono alegre—. Venga, descansa un poco. Voy a llevar la bandeja.

—Tú también deberías descansar.

—Estoy bien. Me gusta trabajar. Así no le doy vueltas a la cabeza —le dijo con una sonrisa; cogió la bandeja y se fue.

Subió las escaleras y antes de entrar en la cocina notó el olor del tabaco. Debía de ser Tony o Sweetie, que hacía dos días habían empezado a fumar. Se detuvo en el pasillo, dudosa. ¿Qué hacían en la cocina? Oyó unos susurros y se acercó un poco más a la puerta, con la espalda contra la pared, para escuchar.

—Pero ¿Flora contará la verdad? —estaba diciendo Sweetie. Reconoció la voz zalamera de los insultos de los últimos días.

—Florrie es una mujer práctica. Si el padre se entera de que Sam ha muerto por el opio, se quedará sin dinero.

Violet se quedó de piedra.

—¿Quieres su dinero?

—No, nunca lo he querido. Quiero su apellido. Francamente, es lo único que me interesa de ella. Y preferiría que no estuviera manchado por la muerte absurda de un muchacho absurdo que no supo cuándo parar.

Violet intentó concentrarse en lo que estaban diciendo. Estarían hablando hipotéticamente. Sam no estaba muerto. Sam estaba mejor. Ella lo había ayudado a estar mejor. Se echó contra la pared, sin saber si entrar a pedir explicaciones o quedarse allí escuchando hasta que llegara la explicación que aclarara aquella horrible conversación.

—Pero si encuentran el cuerpo...

—No lo van a encontrar. Está en el valle, muy lejos de aquí. Mucho más allá de los senderos. Nadie va a dar con él.

—Dios mío —murmuró Violet—. No, Dios mío, no. —No le había llevado la medicina a tiempo. ¡Era culpa de Flora! ¡Tendría que haberla dejado entrar! ¡Tendría que haberlo ayudado antes!

—O sea, que ya que nos hemos deshecho del cuerpo, ¿decimos que ha desaparecido y ya está?

—Es lo mejor... y lo más fácil. Podemos decir que salió a caminar y nunca más volvió. Flora también se dará cuenta de que es lo mejor, a largo plazo, aunque ahora mismo no lo entienda. Lo quería mucho. Nunca la había visto tan destrozada.

Violet comenzó a temblar, era incapaz de controlar los brazos. Se le resbaló la bandeja de las manos y cayó al suelo. El estruendo fue ensordecedor. Pisadas de alguien corriendo. Tony y Sweetie.

—¿Qué has oído? —empezó a gritar Tony.

—¿Sam ha muerto? —le preguntó Violet—. Por

favor, dígame que no está muerto. —Una oleada de pánico se alzó en su interior. Lo veía todo borroso. No podía pensar.

—¿Qué has oído? —repitió Sweetie mientras la agarraba por la cintura y la levantaba arrastrándola hacia la cocina.

El terror le encogió el corazón.

—No he oído nada —protestó—. No sé de lo que está hablando.

—Por el amor de Dios, Tony. Lo sabe todo.

—No sé nada.

Tony se llevó las manos a la cabeza.

—Esto sí que es un inconveniente.

Sweetie se echó a Violet al hombro. Ella se agarró a su espalda por miedo a caer de cabeza, pero estaba todavía más aterrorizada por lo que ese hombre podría hacer.

—Yo me encargo de ella —dijo—. Tú ve a ver a Flora.

—No le hagas nada que...

—Tú vete. Yo me encargo.

Con Violet a cuestas, Sweetie salió de la cocina y se adentró en el frío.

—¿Sabes cerrar el pico? —le dijo mirando por encima del hombro.

—Le juro que no diré nada.

—Lo dudo. Estabas enamorada de él, ¿no?

—¿De verdad que está muerto?

—Muerto y bien muerto.

Pasos pesados en la nieve, mientras la lluvia caía sobre ellos. La tenue luz del candil de la cocina se alejaba en la distancia. Violet oyó un ruido de metal e intentó doblar la cabeza para ver dónde estaban. Sweetie la tenía agarrada fuerte con un brazo por detrás de las rodillas.

La tirolina. Había abierto la puerta de la tirolina y estaba intentando meterla.

—¡No! —gritó Violet.

—¡Cállate! —gritó él dándole un bofetón. La cogió en brazos. La tiró de un empujón. Violet se agarró a los bordes de metal de la puerta. Lo empujó hacia atrás, volvió a empujar con más

fuerza, pero no podía hacer nada contra aquellos brazos fortísimos.

—¡Por favor! —gritó—. ¡Por favor, no lo haga!

—Quédate aquí hasta que sepamos qué hacer contigo.

Sweetie cerró de un portazo y Violet oyó el ruido del cerrojo oxidado volviendo a su lugar. Golpeó la puerta desesperadamente, gritando hasta desgañitarse. Se quedó sin voz pocos minutos antes de darse cuenta de que se había ido, de vuelta a la cocina..., al extremo de la polea.

Muy despacio, chirriando en los cables helados, la tirolina empezó a moverse hacia el valle.

—¡No! —gritó—. ¡No, por favor!

Y la cabina se paró, bamboleándose en el aire gélido de la noche.



La puerta de la habitación de Sam se abrió unos



centímetros. Flora miró y vio la cara ceñuda de Tony a la luz del candil.

—Sabía que estarías aquí —le dijo.

—Vete.

—Florrie...

—No deberíais haberlo sacado ahí fuera.

—Era lo mejor. Antes de que alguien lo viera.

—Se le acercó y le acarició la espalda suavemente por encima de la bata—. Venga. Vamos a tu habitación. Esto es horrible.

Ella se enderezó y miró a su alrededor. Tenía razón. Había ropa tirada por todas partes, un olor insoportable, una silla patas arriba, objetos volcados: las pruebas de sus últimos días, de unos días aterradores.

La mirada de Flora fue a caer sobre un estuche verde, desplegado, cerca de la cama. Se dobló hacia delante para verlo mejor. Una botella de jarabe. Una jeringa.

—Tony, se tomó algo.

—¿Sí?

Flora levantó la jeringa hacia la luz.

—Hay sangre. Se tomó algo. Esto fue lo que lo mató.

—¿Qué es? ¿Cómo lo ha conseguido?

—No lo sé. —¿Se había suicidado? ¿No había podido soportar el dolor?

Tony cogió la jeringa y la metió junto con todo lo demás en el estuche verde.

—Tenemos que deshacernos de esto.

Flora estalló.

—¿Es que no tienes piedad? ¿Esconderlo todo es lo único que te interesa?

Lo vio ahogar una respuesta, seguramente cargada de impaciencia. Y en lugar de contestar con rabia, Tony se le acercó y la ayudó a levantarse.

—Tienes que salir de aquí. Se ha ido, y quedarte tumbada en esa cama sucia no te lo va a devolver.

Flora dejó que la sacara al pasillo helado y que la ayudara a bajar las escaleras hasta la planta de

las señoras. Al pasar por delante de la habitación de Violet, Flora pensó en llamar y contarle la horrible noticia. Por lo menos así podría llorar con alguien que lo quería tanto como ella. Pero Tony debió de notar su indecisión delante de la puerta y la apremió con mano firme.

—A tu habitación, Florrie —dijo—. Tienes que descansar. Ha sido una pérdida terrible.

Se echó en su cama, rodeada de sus cosas. La última vez que vio aquellas cosas —su cuaderno de papel de cartas, el tintero, los zapatos, el paraguas—, Sam estaba vivo; su vida no estaba destrozada.

Tony se sacó la petaca del bolsillo y se la dio a Flora.

—Toma. Bébetе unos tragos de *whisky*.

—No quiero.

—Haz lo que te digo —le espetó—. No serás de ayuda para nadie, incluido Sam y su legado, tal y como estás.

—¿A qué te refieres?

—Bebe.

Flora levantó la petaca y dejó caer el líquido ardiente en la boca. Se lo tragó. Dio otro sorbo. Tony le indicaba con la mano que bebiera un poco más. Otro trago. Y otro. Cuando empezó a arderle el estómago, se la devolvió.

Tony cogió una silla y se sentó a su lado, con las rodillas separadas y las manos extendidas hacia ella. Le apretó los dedos demasiado fuerte.

—Lo siento, Florrie. Ojalá pudiera hacer algo para que te sintieras mejor.

—Puedes hacer algo. Puedes salir ahí fuera inmediatamente y volver a traer a Sam para que podamos darle una sepultura digna.

Tony ya estaba negando con la cabeza mucho antes de que terminara la frase.

—No, no podemos.

—¡No podemos abandonarlo en el frío y la lluvia! Tenemos que enterrarlo dignamente, recordarlo dignamente. Es mi hermano pequeño. Necesitamos su cuerpo y necesitamos que un

médico lo vea y nos diga cómo ha muerto y...

—Escúchame bien —la interrumpió Tony—.

No le podemos decir a nadie lo que ha pasado.

—Pero si no sabemos lo que ha pasado.

—O murió por las drogas o se mató. Eso es lo que ha pasado. Pero sea como sea, si tu padre se entera, va a ser peor.

—Me da igual —replicó Flora—. ¿Es que no te das cuenta? Ya todo da igual. Me da igual lo que me haga mi padre.

—Pues no debería.

—¿Por qué? Tenemos dinero, ¿no? Por favor, dime que no es por el dinero.

Tony negó con la cabeza.

—No.

—Entonces, ¿qué?

Se quedó sentado en silencio una eternidad, observándola a la luz del candil. Sobre ellos, la lluvia apretó. Hasta que por fin dijo:

—No tengo ninguna intención de casarme en medio de un escándalo familiar.

—¿Qué? —La confusión no le permitía seguir el razonamiento, pero Flora estaba segura de que Tony estaba diciendo algo crucial y terrible.

—Mi padre estará tan conmocionado y enfadado como el tuyo.

—Lo que estás diciendo no tiene ningún sentido. ¡Mi hermano está muerto!

—Uno de los motivos por los que el matrimonio es tan ventajoso por nuestra parte es el apellido Honeychurch-Black. Mi padre está a una generación de la clase trabajadora. Ni te imaginas lo que significa para él el que yo me case con una mujer que lleva ese apellido.

Le cayó una losa en el corazón.

—¿Y a ti? ¿También te importa tanto?

Tony se encogió de hombros.

—No es totalmente irrelevante. Florrie, no te sorprendas tanto. Solo soy práctico. Los dos somos prácticos, ¿no?

—No me puedo creer que me estés diciendo esto. —A Flora le parecía estar oyendo en su

cabeza una bandada de pájaros batiendo las alas con desesperación.

—Es lo más fácil. No tenemos que darle explicaciones a nadie. No hay que dar parte a la policía y Sam nos deja con el recuerdo de un joven un poco fantasioso pero honrado. Tu padre estará orgulloso, el mío también y la vida sigue. —Dejó una pausa para recalcar sus palabras—. A Sam le habría gustado que fuera así.

Flora resopló con desdén.

—A Sam le habría espantado una idea así. Él aborrecía la hipocresía.

—No, en absoluto. Él era tan malo como los demás. Era grosero con los criados y acosaba a las camareras. Cielo santo, lleva muerto menos de una hora y ya lo estás canonizando.

Los efectos del *whisky* y el dolor no la dejaban pensar con claridad. ¿Tenía razón? Vivía en un mundo enrarecido por el dinero y los privilegios, y todo a costa de pisotear la personalidad de cada uno y su libertad individual. No cabía duda de que

una muerte tan sórdida como la de Sam dañaría la reputación de la familia. Pero era muy cruel por parte de Tony sacarlo a relucir en un momento como aquel, decirle el papel que jugaba su apellido en su decisión de casarse con ella.

—¿Qué me dices, Florrie?

—No quiero seguir hablando de esto —contestó—. Déjame descansar. Necesito llorar y dormir y... pensar en todo esto. En la vida sin Sam. —Negó con la cabeza—. No puedo ni imaginármela.

—Imagínatela con sensatez —repuso Tony—. Eres una mujer sensata. —Se inclinó sobre ella y le dio un beso en la mejilla—. Ya sabes dónde estoy si me necesitas.

Cuando la puerta se cerró detrás de él, Flora sintió un fuerte deseo de gritarle que no volviera jamás.





Seguía lloviendo a cántaros.

Violet estaba sentada, incómoda, con las rodillas dobladas debajo de la barbilla y la espalda encorvada hacia delante. Temblando sin parar. Los temblores empezaban en la piel, debajo del uniforme, los calcetines, la camiseta y las medias, y se adentraban hasta lo más profundo de su ser. Le temblaban las venas. Le temblaban los músculos. Le temblaba la médula. Le temblaban las tripas. La lluvia se colaba por una esquina del techo y salía goteando por otra esquina del suelo después de recorrer toda la pared y dejarle una mancha mojada en las enaguas. La caja olía a hierro, suciedad y sangre, lo que le recordaba la cantidad de veces que la habían usado para transportar cerdos descuartizados y sacos de patatas.

Había estado gritando sin parar durante una hora, pero era imposible que alguien la oyera con aquella lluvia. De vez en cuando se levantaban ráfagas de viento helado que embestían contra la

cabina de la tirolina, pero más o menos lograba mantener el calor hecha un ovillo, con la cabeza hundida sobre las rodillas.

Después de una hora, dejó de gritar y se puso a rezar. Rezó por que Clive se levantara por la mañana y fuera tan cabezón como para salir a arreglar la tirolina, por que desoyera sus consejos de quedarse en la cama, por que su sentido del deber se impusiera y lo obligara a salir y encontrarla allí y llevarla a la estación de policía para que ella pudiera contarles lo que había pasado con Sam y lo que Tony y Sweetie habían hecho. Ella tendría que huir a un lugar seguro; llevaba a un bebé en su vientre, al bebé de Sam. Si sobrevivía, y estaba decidida a hacerlo, se juró que haría todo lo que pudiera por darle a ese niño una vida segura y feliz.

No dejaba de pensar en eso mientras la noche seguía adelante. A veces se quedaba dormida sobre las rodillas y a veces se despertaba y de pronto se acordaba de lo que había pasado y

empezaba a gritar otra vez. Lo que no cambiaba eran los temblores. No eran de frío, ni de miedo, sino de amargura. Los despiadados temblores de quien ha perdido lo que más quería en el mundo, irrevocablemente y para siempre.

## CAPÍTULO VEINTISÉIS

Cuando Flora se despertó, le dolía todo el cuerpo. Miró a su alrededor aturdida. Estaba tumbada en la cama, sobre la colcha y con la bata puesta. El recuerdo de la noche anterior le hizo comprender por qué le dolían todos los músculos. El quebranto. Todo el cuerpo le dolía de tristeza.

Se incorporó y miró el reloj. Eran las seis de la mañana, fuera seguía oscuro y no paraba de llover. Se levantó y se asomó a la ventana. La nieve se estaba derritiendo, convirtiéndose en una masa informe y sucia. Si querían, podrían salir. Podrían bajar al pueblo. A lo mejor había trenes otra vez.

Pero ¿para qué iba a salir? ¿Adónde iba a ir? ¿A su casa sin Sam? ¿A su boda sin Sam? ¿A

enfrentarse al resto de su vida sin Sam?

Con los pies pesados entró en el baño, con los músculos pesados se vistió para el nuevo día, con una enorme pesadez en el corazón se dispuso a hacer lo que sabía que tenía que hacer.

Flora llamó a la puerta de Violet, tensa por miedo a que la viera Tony. No hubo respuesta. Llamó otra vez, un poco más fuerte, y con un poco más de osadía, se atrevió a decir:

—¿Violet? Tengo que hablar contigo.

Pero, claro, Violet estaría en la cocina preparando el desayuno. La pobre chica no había parado un momento desde que empezó a nevar. Flora bajó las escaleras y se paró tras el último escalón. Todo estaba tranquilo. Demasiado tranquilo. Cruzó el salón y se dirigió a la cocina. Estaba vacía. El horno se había apagado.

La primera y suave punzada de preocupación le llegó al corazón. ¿Dónde estaba Violet? Tenía que estar en algún sitio del hotel, por muy grande que fuera. Pero ya tendría que estar haciendo el

desayuno. De modo que cogió una silla y se sentó a esperarla. Le sonaban las tripas. Cómo echaba de menos los días en el ajetreado salón, el acopio de platos con comida caliente, las teteras humeantes sin fondo.

Echaba de menos los problemas de antaño, cuando Sam no era más que un hombre que fumaba demasiado opio, pero que seguía siendo cariñoso y, sobre todo, seguía respirando.

Se quedó de nuevo sin aliento y le costó volver a llenar los pulmones. No podía seguir así. No podía permitir que la venciera la conmoción. Sam estaba muerto. Y ella tenía que hacer lo correcto, empezando por contárselo a la madre de su futuro hijo.

Pero Violet no llegaba.

Al cabo de un rato oyó unos pasos en el corredor y se levantó para recibir a Violet. Para llorar juntas. Pero el hombre que apareció por la puerta de la cocina no era Violet. Era el encargado de mantenimiento, el que sabía dibujar retratos. El

señor Betts.

—¿Señorita? —dijo sorprendido de verla allí.

—Estoy buscando a Violet.

—No la he visto esta mañana. Estará en su habitación.

—No está allí.

Clive frunció el ceño.

—¿No?

—¿Sabe si está con la señorita Zander?

—Acabo de hablar con ella. Todavía no se siente con fuerzas para levantarse. Pero Violet no estaba allí.

Flora se llevó la mano a la boca. Sam estaba muerto y Violet había desaparecido. ¿Habían hecho algún tipo de pacto de amor?

—¿Qué ocurre, señorita?

Flora dio unos pasos hacia él y bajó la voz.

—Señor Betts, lo que voy a decirle podría preocuparle.

—¿Qué pasa?

—Esta noche ha fallecido mi hermano.

—Señorita Honeychurch-Black, siento mucho su pérdida. Por favor, siéntese. ¿Le traigo un poco de té? Si la nieve se ha derretido un poco podría ir al pueblo a por el doctor...

—Mire, estoy preocupada por Violet. Mi hermano y ella...

—Sí, lo sé —dijo Clive con sencillez y expresión significativa.

—Sam ha muerto y ella ha desaparecido. Temo que haya podido... hacer alguna tontería.

Flora notó cómo la ansiedad se apoderaba del cuerpo alto y delgado de Clive.

—¿De verdad cree que ha podido hacer algo así?

—Eran jóvenes y estaban enamorados. No quiero que ella muera también, señor Betts. Ella está... —Flora se echó a llorar, pero después se contuvo—. Lo siento. Estoy muy afectada.

—Ha sido una pérdida terrible, señorita. Y en el peor momento, cuando no podemos salir a pedir ayuda al exterior. Pero no se preocupe por Violet.



Estoy seguro de que estará en algún sitio, y cuando la encuentre, la mandaré a su habitación para que pueda... darle la noticia.

—¿Podría buscarla?

—Por supuesto, y mientras tanto, deje que le suba el desayuno a su habitación. Le diré a la señorita Zander lo de su hermano, y en cuanto podamos, iremos a por el médico. Cuide de su hermano. Haga todo lo necesario para que vuelva con su familia.

La empatía y sencillez de las palabras de Clive le destrozaron el corazón. Aquel hombre, de una clase social tan baja como alta era la suya, sabía mucho mejor que su prometido lo que había que hacer.

—Yo... Deme tiempo. No le diga nada a la señorita Zander. Ni siquiera debería habérselo dicho a usted. ¿Le importaría olvidar lo que le he dicho?

—¿Perdón?

Flora se llevó las manos a la sien para no

gritar.

—Señor Betts...

—Clive —dijo—. Llámeme Clive.

—Clive, nunca me he sentido tan triste ni tan insegura en la vida. ¿Podría dejar que yo me encargue de mi gente mientras usted se encarga de la suya? Yo me ocuparé de todo lo que tenga que ver con Sam. Usted busque a Violet.

—Por supuesto, señorita.

—Flora —dijo—. Me llamo Flora.

Flora cruzó el pasillo y subió las escaleras a toda prisa. Clive tenía razón. Tenía que hablar con Tony, tenía que convencerlo para que salieran a buscar el cuerpo de Sam. No podían abandonarlo allí fuera, como si fuera un salvaje. Quería hacer lo que había dicho Clive: decírselo a la señorita Zander, llamar al médico... Will iría al hotel. Will sabría lo que había que hacer.

Se detuvo en el último escalón. Se oían voces en la habitación de Sam. La puerta estaba abierta. Un terrible escalofrío le recorrió el cuerpo al

recordar las alucinaciones de Sam sobre el fantasma que lo perseguía.

Pero era la voz de Tony, y la de Sweetie. Se quedó escuchándolos hasta que entendió que estaban intentando sacar todas las pruebas de la habitación.

—Todas las pipas —dijo Tony—. Y la lámpara. Todo.

No; las cosas de Sam, no. Se enderezó dispuesta a entrar y pedirles que se estuvieran quietos, pero después se paró un momento a pensar.

Tony no le haría caso. Sweetie no le haría caso. No tenían ningún respeto por Sam ni por ella. Estaban acostumbrados a salirse con la suya. Los dos se opondrían a sus deseos. Lo único que de verdad le importaba a Tony era evitar el escándalo, que su padre siguiera viéndola con buenos ojos. De pronto le pareció un completo extraño, un hombre atractivo sin corazón, que escondía la crueldad bajo la apariencia de la

practicidad. ¿Su prometido? Se esperaba eso de un enemigo despreciable, no de un amigo. La más abyecta soledad la hizo temblar.

Solo había una persona capaz de escucharla, capaz de decirle lo que tenía que hacer.

Se fue a su habitación y se abrigó lo más que pudo para afrontar la larga caminata por la nieve hasta la casa de Will Dalloway.



Violet intentaba no perder la cabeza. Tenía la espalda entumecida, le dolían los riñones y tenía las articulaciones agarrotadas después de tantas horas en la misma posición. La humedad que se había acumulado en el suelo se había convertido en escarcha. Tenía los dedos tan helados que tenía que chupárselos para que no se le durmieran. Intentó apoyar la cabeza en una pared de la cabina, pero era imposible dormir. Pasó la noche, llovía sin parar y ella seguía atrapada en su miserable

prisión, triste, dolorida y hambrienta, preguntándose si alguien iría a sacarla de allí.

Al amanecer cayó en un estado de duermevela en el que soñó con pasillos llenos de fantasmas que la perseguían. No sabía cuánto tiempo había estado así, pero el primer rayo de luz que penetró las grietas de la cabina la despertó. Un poco más lúcida, venciendo el cansancio y el miedo, se preguntó si podría abrir la puerta a patadas. Lo único que la mantenía cerrada era el cerrojo de fuera, un simple cerrojo cuya única misión era mantener la puerta cerrada para que los alimentos no se cayeran mientras los transportaban por la montaña. Los cerdos muertos y los sacos de patatas no intentaban escapar, así que no podía ser el cerrojo más seguro del mundo.

Violet se echó hacia atrás, apoyando la espalda contra la pared de metal. Se sentó directamente sobre la escarcha, que le empapó inmediatamente la ropa. Pero pudo estirar las piernas dos centímetros, lo que le alivió un poco el dolor de

las rodillas. Después las encogió lo más que pudo y dio una patada contra la puerta.

¡Pum!

El ruido fue ensordecedor y la cabina se balanceó a lo loco. Se le disparó el corazón y Violet se quedó muy quieta hasta que la cabina recobró el equilibrio. Había conseguido abrir una rendija de un par de centímetros entre el suelo y la puerta. Se veía la luz del día y la nieve sucia derretida abajo, mucho más abajo.

Una vez más, encogió las piernas y... ¡pum!

El balanceo de la cabina fue más violento, pero la esquina de la puerta se había doblado unos noventa grados. Se encogió y forcejeó, agarrándose a las paredes de metal, hasta que logró acercar la cara al agujero. Estaba a unos diez metros del suelo. Aunque consiguiera romper el cerrojo, no podría saltar. ¿Sería mejor esperar? Antes o después iría alguien. Clive tenía que arreglar la tirolina.

Puso la cara en el agujero y empezó a gritar con

todas sus fuerzas.

—¡Socorro! ¡Socorro! —Y esta vez la voz no se quedó atrapada en la cabina. La oyó retumbar por el valle. Alguien tenía que oírla.

Violet estuvo gritando hasta quedarse sin voz. Después apoyó la cabeza contra la puerta y lloró desesperadamente.

Pasó una eternidad —no sabía cuánto porque había perdido la noción del tiempo— y la cabina se sacudió de un tirón.

Se incorporó, alarmada. No había sido una ráfaga de viento. ¿La habían oído? ¿Era Clive?

Tras otra sacudida, la cabina comenzó a tambalearse en su lento camino hacia el hotel.

—Gracias, Dios mío, gracias —dijo. Necesitaba calor, el horno de leña, té caliente, algo de comer.

Despacio, muy despacio, de vuelta al hotel. Hasta que vio el suelo. Los zapatos de un hombre, y el terror se apoderó de ella porque no eran los zapatos de Clive. Clive no tenía zapatos tan caros.

El tiempo se paró mientras el hombre abría torpemente el cerrojo.

Todo fue muy rápido. La puerta se abrió y era Sweetie, el amigo violento y agresivo de Tony. Al ver que Tony no estaba por ninguna parte, se le descompuso el estómago. Con Tony se podía hablar, pero aquel hombre le había demostrado que para él, ella no era más que un animal. Antes de que le diera tiempo a gritar, el hombre se le abalanzó y le puso una mano carnosa en la boca, la arrastró a patadas y la tiró de la cabina al suelo empapado. El mundo parecía totalmente distinto a como era la noche anterior. Los brillantes montones de nieve blanca se habían convertido en lodo sucio. La tiró al suelo de una patada y le puso el pie en mitad de la espalda, apretándole la cabeza contra la nieve de forma que no pudiera respirar ni gritar, y le ató las manos por detrás de la espalda. De un tirón del pelo le levantó la cabeza y le metió un trozo de tela —¿una corbata?, ¿una bufanda?— entre los dientes y le dio otra



vuelta por detrás del cuello y sobre la boca. Intentó pedir ayuda, pero solo salió un ruido ahogado.

La levantó bruscamente, cogiéndola con los brazos, con la cabeza hacia el suelo. Violet movía las piernas lo más fuerte que podía, pero él seguía adelante, bajando por los escalones que llevaban al sendero. Intentó doblar y retorcer las muñecas para quitarse las ataduras, pero él la sacudió con violencia y dijo:

—Para ya si sabes lo que te conviene.

Ella dejó de moverse. Los latidos del corazón la ensordecían. No sabía lo que aquel hombre quería hacer, pero no quería enfurecerlo aún más.

Todavía quedaba un montón de nieve a los pies del poste de madera. Por los demás sitios se había derretido de forma desigual. Miró los pies de Sweetie. A veces la nieve le llegaba a los tobillos, pero nunca por encima de las rodillas. Para entonces ya debían de dolerle los pies por el frío. Bien. Esperaba que estuviera sufriendo por lo que

fuera que pretendiese hacer con ella.

Al llegar a la parte más baja del sendero, se desviaron. Se oía el estrépito de las cascadas. Violet pensó en la tarde en la que había estado allí con Sam, en el baño que se habían dado debajo de las cascadas, casi desnudos. Parecía dolorosamente reciente y terriblemente lejano a un tiempo. Unos días mucho más inocentes. Antes de la muerte y... lo que quiera que aquella mañana le deparara.

Si no la hubiera amordazado, no se habría callado. «¿Qué quieres hacer conmigo? Estoy embarazada, no puedes hacerme daño. No te he hecho nada. Suéltame». Pero más que nada, habría gritado. Cualquier nombre que se le hubiera ocurrido. Clive. Flora. Tony. Señorita Zander. Porque no sabía lo que le esperaba. No sabía hasta dónde la llevaría para amenazarla, para obligarla a mantener el secreto.

Lo que no se le ocurrió es que quisiera matarla. Cuando llegaron al pozo de agua, estalló el

pánico. «¡No! ¡No!».

—Te vi aquí con él —dijo Sweetie con voz ronca—. Creías que estabais solos, pero no. Yo te vi. Te vi desnuda como la puta que eres. Y después te hiciste la púdica y decorosa conmigo. Pero yo sé lo que eres.

Violet zarandeó el cuerpo con todas sus fuerzas, intentando soltarse, pero él la agarraba firmemente.

—Así que cuando Tony me dijo que teníamos que asegurarnos de que mantuvieras la boca cerrada..., deja que te diga que yo sé cómo hacerte callar. —Se metió en el agua y la tiró en la parte más profunda del pozo.

Se hundía cada vez más, dando patadas en el agua, con los brazos atados a la espalda. Intentó desatarse las muñecas, pero no pudo. El corazón frenético, los pulmones al límite de sus fuerzas. Se hizo una bola, hundiéndose aún más, e intentó pasar las manos por debajo de las piernas para poner los brazos por delante. Pero no pudo. Al

tocar el fondo se impulsó hacia arriba de una patada, pero la superficie estaba demasiado lejos y se estaba quedando sin aire.

Intentó separar los brazos con todas sus fuerzas, esperando que eso no cerrara los nudos todavía más. Muy lentamente, consiguió liberarse. Abrió los brazos bajo el agua, los subió por encima de la cabeza y nadó hacia la superficie. Se veían burbujas y remolinos, y supo que allí era donde caía el agua de la cascada. Si salía por detrás, Sweetie no la vería.

Aire. Necesitaba aire. Pero tenía que respirar con cuidado.

Tocó la superficie con la cabeza y se quitó la mordaza. Jadeó. Le entró agua en la boca y volvió a sumergirse. No lo había visto. ¿Se había ido ya? Volvió a sacar la cabeza a ras del agua. Respiró, mirando a su alrededor. Todo se veía distorsionado a través de la cortina de agua. No se veía a Sweetie por ninguna parte.

Aun así, permaneció detrás de la cascada. La

corbata de seda que Sweetie había usado para atarle las manos le colgaba de una de las muñecas. Esperó a que el corazón le latiera más despacio, pero no hubo manera. Seguía en el agua helada. No podía volver al hotel, porque Sweetie estaría allí y además tampoco podía saber si Tony y Flora estaban compinchados con él, pero si se quedaba allí, moriría congelada. El único camino que se podía seguir llevaba al hotel; el resto eran escarpaduras cubiertas de nieve.

Empezó a temblar con tal fuerza que creía que iba a morir en aquel instante, en el agua. Tenía que salir. Tenía que llegar a la Cueva de los Enamorados.

Nadó hasta la orilla y salió del agua. El cuerpo le dolía como si fuera a partirse en mil pedazos. Apenas podía andar ni respirar. Llovía sin parar. Llovía y llovía como si el cielo no pudiera soportar ver los horrores de abajo y quisiera borrarlos con el agua. Necesitaba cobijo, y pronto.

Comenzó a subir por el sendero. A cada paso

se resbalaba por la nieve fangosa. Le ardían los pulmones. No tenía fuerza en las piernas. Tenía toda la piel arrugada y azul.

Pensó que no lo conseguiría. Se sentó en una roca.

—Sam, Sam —dijo—, ¿qué hago?

El dolor del corazón era peor que el del cuerpo. Se dejó caer hacia delante, con la cara sobre las rodillas, y esperó la muerte. Pero después se concentró: no sería la única en morir. El hijo de Sam moriría con ella.

Se obligó a meter aire en los pulmones, esperando que así el corazón le latiera con más fuerza y consiguiera hacer circular la sangre hasta los pies, los dedos y la nariz.

—Levántate —se dijo—. Levántate.

Se levantó. Dio un paso, y después otro. Se paró y descansó, y otro paso más.

Oyó un sonido que le alivió todo el cuerpo. Una voz. Y no era la horrible voz de Sweetie.

La voz de Clive.

—¿Violet? ¿Violet?

—¡Aquí! —gritó, y la voz le salió tan débil que ella misma se asustó.

Oyó pisadas, pisadas que se movían pesadamente por el fango y la nieve. Estaba allí, cogiéndola por los hombros.

—Estás chorreando. Tenemos que volver al hotel.

—No. ¿Te has cruzado con Sweetie?

—No he visto a nadie. ¿Por qué?

—Me ha tenido encerrada toda la noche en la tirolina y esta mañana ha intentado ahogarme.

—¿Qué? Yo... Violet, tenemos que buscar refugio. Estás morada.

—No puedo volver al hotel. No sé lo que está pasando. Clive, Sam está muerto. Y Tony y Sweetie creen que yo sé algo sobre su muerte y están dispuestos a todo para hacerme callar.

—La cueva —dijo.

—Allí es donde quería llegar.

La cogió por la cintura.

—Venga, vamos. Necesitamos un techo.

Cuando Violet no podía seguirlo, Clive la levantaba arrastrándole los pies por la nieve y después la dejaba en el suelo para que siguiera caminando ella sola. Violet se agarraba con fuerza a él, a su cuerpo cálido. Subieron los escalones de piedra y por fin entraron en la cueva.

Clive se quitó inmediatamente el abrigo, la bufanda, el gorro y los guantes.

—Quítate la ropa —le dijo.

—No puedo —replicó Violet mientras intentaba desabotonarse el uniforme con dedos temblorosos.

Clive se le acercó y se quedó a unos centímetros de ella. La miró con tristeza y ella se echó a llorar.

—Se ha ido, Clive, se ha ido.

—Lo sé. Vi a su hermana esta mañana. —Se le acercó un poco más y, con el cuidado y la paciencia de un padre que desviste a su hijo, le fue desabrochando los botones uno a uno. Le bajó las



mangas por los hombros y el vestido cayó a los pies. Le dejó la ropa interior por pudor—. Lo siento, esto no es muy elegante —le dijo mientras se quitaba la camisa y los pantalones y se quedaba en calzones—, pero necesitas ropa. —Se los dio—. Ponte esto.

Violet le pidió que se diera la vuelta y aprovechó para quitarse la ropa interior, las medias y los zapatos. Se puso los pantalones de Clive y se los sujetó a la cintura con la cuerda que llevaba en la muñeca. Después se puso la camisa, la bufanda y el abrigo. Se sintió inmediatamente aliviada. Clive se quitó las botas de agua, las mismas que ella había usado para ir a la casa de Malley, y los calcetines, y se los tendió.

—Vas a tener frío.

—Yo no estoy mojado. No me pasará nada.

Violet se puso las botas, pero le dejó los calcetines a él. No podía ir por la nieve con los pies descalzos. Aceptó agradecida el gorro y los guantes, y se sentó en el suelo. Clive se sentó a su

lado, apretando el hombro contra el de ella.

—No te importa, ¿no? —le dijo refiriéndose a la proximidad—. Calor corporal.

—Pues claro que no. —Se reclinó sobre él. Los minutos pasaron. La lluvia seguía martilleando a su alrededor, pero estaban secos. Los temblores se suavizaron y empezó a amodorrarse.

—Tendremos que llegar al pueblo —dijo Clive—, cuando pare de llover.

—Parece que no va a parar nunca.

—Tienes sueño —dijo Clive.

—No he dormido. Me dolía todo y estaba triste y asustada.

—Puedes dormir ahora. —La ayudó a tenderse en el suelo y él se tumbó pegado a ella, abrazándola desde atrás—. Duerme. Estás al abrigo y a salvo.

El suelo de la cueva estaba frío y áspero, pero el agotamiento de sus huesos respondió ante su amabilidad y afecto.

—Solo quiero cerrar los ojos un momento —

dijo Violet.

—Nos daremos calor el uno al otro.

Con los ojos abiertos y los brazos de Clive sobre el pecho, Violet contempló la lluvia. Llovía y llovía sin cesar. Su mirada fue a caer sobre el corazón tallado en la piedra. Las iniciales de Sam seguían ahí. Sam se había ido, pero la marca de su amor seguiría allí después de aquel día, mucho después de que su hijo naciera, mucho después de que ella muriera. Violet sonrió y se rindió al sueño.

## CAPÍTULO VEINTISIETE

Flora se había abrigado todo lo que había podido y, por supuesto, había cogido un paraguas. Pero no había tenido en cuenta la lluvia que le salpicaría los pies, ni la nieve que se derretiría bajo los zapatos.

Con todo, estaba contenta. Se alegraba de ver gente fuera, de que la enorme nevada que los había aislado hubiera soltado al mundo de sus garras. Un hombre muy abrigado, y con un impermeable encima, estaba apartando la nieve del andén y un tractor estaba limpiando las carreteras más allá de las vías. Los carriles estaban limpios, por lo que los trenes comenzarían a funcionar muy pronto. Tal vez ese mismo día. La vida había vuelto a

empezar.

Pero no para Sam.

Llegó empapada y helada a la casa de Will Dalloway, y cuando subió los escalones del porche, de pronto se le ocurrió que quizá no estuviera allí, que tal vez fue de los que tuvieron la sensatez de marcharse a Sídney antes de la tormenta de nieve. Aquella idea la dejó sin respiración. Levantó la mano con gesto cansado y aferró la aldaba con el guante. Dio tres golpes fuertes y retrocedió un paso para esperar.

Casi de inmediato oyó unas pisadas dentro de la casa, y Will apareció en la puerta.

—Flora —dijo sorprendido.

—Will, tienes que ayudarme.

—Entra, entra. Tengo la chimenea encendida en el salón. ¿Qué ha pasado?

Flora lo siguió y cruzaron la puerta que decía *Privado*. La casa estaba limpia y caldeada. Acercó un sillón de orejas al fuego y se lo ofreció.

—Siéntate —le dijo.

—¿Me puedo quitar los zapatos?

—Por supuesto. No me puedo creer que hayas venido con este tiempo. Hace días que no se ve a nadie en la calle.

Flora se quitó los zapatos. Tenía los calcetines empapados, pero prefería tenerlos mojados antes que quitárselos delante de Will, que de todas formas no pareció darse cuenta. Estiró las piernas frente al fuego, y el calor fue penetrante y reparador.

Will cogió un escabel, lo puso a su lado y se sentó.

—¿Qué te trae por aquí?

Flora respiró hondo, y toda la historia salió por sí sola. La desintoxicación de Sam, cómo había encontrado su cuerpo, la insistencia de Tony para que lo dejara llevárselo a las montañas, la desaparición de Violet. Mientras tanto, Will no la tocó ni la interrumpió. La escuchó, conmovido pero en silencio, mirándola fijamente a los ojos. La voz de Flora flotaba por el salón, caldeado e

iluminado por la chimenea, hasta que por fin terminó de hablar.

—Flora —dijo—. No sé cómo expresar mi dolor.

—¿Me ayudarás?

—Haré todo lo que esté en mi mano. ¿En qué quieres que te ayude?

—¿De qué ha muerto? Dijiste que la desintoxicación no podía matarlo.

Will asintió con tristeza.

—El estuche que encontraste con la jeringa —dijo—. Es como si alguien le hubiera proporcionado una droga para aliviar el dolor. Hay un opiáceo inyectable llamado heroína con un efecto muy rápido. Lamentablemente, es mucho más fuerte que lo que él solía tomar, mucho más fuerte, y...

—¿Eso lo mató?

—Sí, creo que sí.

—Pero ¿cómo la consiguió? No podía salir del hotel. Apenas podía salir de su habitación...

De pronto lo entendió y se quedó petrificada. Había sido Violet. Violet, que habría hecho cualquier cosa con tal de aliviar el dolor de Sam. Violet, a la que ella vio aquel día con las mejillas encendidas y el pelo mojado, como si hubiera salido a caminar por la nieve. Violet, que no podía saber que aquello podía matarlo. La rabia y la compasión luchaban en el corazón de Flora.

—Es horrible —susurró mirando al fuego—. Esto es una pesadilla. —Levantó la mirada hacia Will—. Quiero encontrar su cuerpo y llevármelo a casa y darle una sepultura digna. No me importa lo que piense mi padre.

—Puedo ayudarte. Cuando deje de llover, cuando limpien la carretera. Esta tarde, o mañana. Iré personalmente a buscarlo.

—Gracias, gracias. Si mi padre me deshereda... ya me las arreglaré. Y si Tony no quiere casarse conmigo porque el escándalo ha manchado el buen nombre de mi familia, entonces soy yo la que no quiere casarse con él. —Se quedó



en silencio, volviendo a escuchar el eco de sus palabras. «Soy yo la que no quiere casarse con él». Y se sintió libre—. Soy yo la que no quiere casarse con él —repitió con más ahínco.

—Haces bien, si lo único que le interesa es...

—No, no. No lo entiendes. Quiero decir bajo ninguna circunstancia. No quiero casarme con él.

Will la miraba con ternura.

—¿No lo quieres?

—Ya no lo sé. No es el hombre que yo pensaba que era. Hay frialdad en su corazón. Sus amigos son horribles. Aduladores o gamberros. A veces, las dos cosas. —La idea de una vida sin tener que estar sujeta a las opiniones de su padre o de Tony le parecía una felicidad inalcanzable—. ¿Tengo que casarme con él?

Will sonrió.

—Nunca he pensado que debieras hacerlo.

Flora le devolvió la sonrisa, pero enseguida se contuvo porque no le parecía bien sonreír al día siguiente de la muerte de Sam.

—Lo primero es lo primero. Encuentra a Sam.

—Lo primero es lo primero. Deja que te prepare algo de comer y un poco de té y vamos a esperar a que escampe. Quizá esta tarde ya pueda sacar el coche del garaje y entonces podremos pedirle ayuda a quien tú quieras: a la señorita Zander, a la policía, a tu familia, a todo el que creas que nos puede ayudar. Pero hasta entonces, quédate aquí junto al fuego y a salvo y no te preocupes. Ahorra las energías para el luto.

Con un gesto impulsivo, Flora le cogió las manos y le pasó el pulgar por los nudillos. Will pasó la mirada de su mano a la cara, y Flora vio la ternura de sus ojos.

—Eres un hombre estupendo, Will Dalloway.

Will escondió una sonrisa y le apretó la mano con delicadeza.

—Voy a preparar el té —dijo.

Flora se recostó en el sillón, respirando profundamente mientras contemplaba el fuego, y las lágrimas comenzaron a rodarle por las

mejillas.



Violet se despertó por un sonido cavernoso. Parpadeó desorientada. Se dio la vuelta. Al notar el suelo duro bajo su cuerpo, recordó dónde estaba.

¿Qué había sido ese ruido? ¿Dónde estaba Clive? Se sentó. Clive, vestido tan solo con sus calzoncillos largos, estaba agachado delante del corazón tallado en la roca, arañándolo furiosamente con una piedra afilada. Pero ese no había sido el ruido cavernoso que la había despertado.

El ruido era su tos.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Violet aturdida y dolorida.

Clive tiró la piedra y la miró sintiéndose culpable.

—¿Por qué haces eso? —quiso saber Violet.

—Porque él solo te ha hecho sufrir.

—Yo lo quería —protestó Violet—. Es el hombre que amaba, y se ha muerto, ¿y a ti solo se te ocurre hacer algo tan... mezquino?

Volvió a toser, y un profundo ruido perruno le salió con tanta virulencia del pecho que Violet se asustó.

—¿Cuánto tiempo he dormido? —le preguntó.

—Unas horas.

Violet se levantó y se quitó el abrigo.

—¿Desde cuándo estás tosiendo así?

—Unas dos horas. No, ponte el abrigo.

Violet lo tocó. Estaba ardiendo.

—Tienes fiebre.

Clive se encogió de hombros.

—Ya tenía fiebre cuando salí del hotel, desde ayer por la noche.

—¿Y has salido con este frío y esta lluvia y te has quedado en ropa interior?

—¿Y qué quieres que haga, Violet? Flora estaba preocupada porque creía que estabas en

peligro, y tenía razón. Así que salí a buscarte.

Violet lo miró. Después el corazón tallado, y de nuevo a Clive.

—Eso es el amor de verdad —le dijo Clive con un tono de voz más tranquilo—, no promesas vacías, dibujos en la roca y pasión incontenible. —Le señaló la barriga—. Es sacrificio y entrega. Cuéntame de alguna vez que ese hombre no se haya comportado de modo egoísta, dime algo que haya sacrificado por ti.

Violet no pudo contestar. No estaba dispuesta a hacerlo.

—Ponte el abrigo. Ya estoy seca. Compartiremos la ropa.

Clive se puso el abrigo. Violet se quitó la bufanda y se la lio firmemente al cuello. Mientras lo hacía, notó los pitidos de su respiración y la fina capa de sudor que se le acumulaba entre los labios y la nariz.

—Lo siento —dijo Clive mirando al corazón tallado—. Me he comportado como un niño.

Violet se acordó de cuando Sam tachó el nombre de Clive en el retrato y eso la ayudó a perdonarlo.

—Estás muy enfermo.

—No te preocupes por mí.

Le tocó la frente. Estaba ardiendo.

—No podemos hacer nada —dijo Clive—.

Tenemos que esperar a que escampe.

De modo que se sentaron, en silencio, y esperaron y esperaron. En lugar de amainar, la lluvia apretó. La tos empeoró. Pasó una hora, pasaron dos. Clive estaba cada vez peor; el decaimiento fue rápido, horriblemente evidente.

Y todo delante de sus ojos, hasta que Violet no pudo más.

—Tenemos que buscar ayuda.

—Pero la lluvia...

—Iré yo.

—Eso es una locura. ¿Y si te encuentras a Sweetie o a Tony por el sendero?

—No iré por el sendero. Subiré por otra parte.

Hay casas en lo alto de la escarpadura, en el lado oeste del hotel. Encontraré a alguien que pueda ayudarnos.

Clive empezó a toser otra vez, con tanta violencia y durante tanto tiempo seguido que Violet creyó que se iba a ahogar.

—Pues vamos los dos. Necesito cobijo, una chimenea, o me moriré aquí.

Comenzaron el ascenso por la parte de atrás de la cueva, hacia un saliente que llevaba a una garganta profunda, pero lo suficientemente estrecha como para poder pasar. Clive trepó primero y después le dio la mano a Violet para ayudarla. Siguieron subiendo, saltando sobre las raíces de los árboles y las rocas. La lluvia les empapó la ropa en cuestión de minutos, estaban calados hasta los huesos. Cuando llegaron a una grieta que se formaba entre dos grandes cantos rodados, Violet pasó primero, dándose la vuelta de lado y jadeando. Se golpeó los huesos de las caderas contra el suelo y después se deslizó hasta

superar la grieta. Clive se quedó atascado y se agarró a la roca sin parar de toser.

—Si no puedes seguir, vuelve.

—No puedo volver. Tenemos que seguir.

Haciendo un esfuerzo enorme, se encaramó sobre el borde y gritó de dolor cuando la roca le desgarró la ropa y la piel. La sangre empezó a manar a la altura de los riñones.

—Estás herido —dijo Violet.

—Solo es un rasguño. Vamos.

Llegaron a un desfiladero. No había nieve, pero el terreno estaba verde y limoso después de años sin ver la luz del sol. Siguieron adelante, arrastrándose por el suelo por donde la grieta descendía drásticamente hasta llegar al otro lado, una pendiente profunda llena de arbustos. La lluvia y la nieve derretida chorreaban por la pared y les calaban los zapatos.

—Podemos subir por aquí —dijo Clive.

Violet avanzó despacio; los latidos del corazón le retumbaban en los oídos mientras se agarraba a



las ramas y las rocas, a veces arrastrándose e impulsándose con las manos y los pies. Siguió subiendo detrás de Clive, que de vez en cuando tenía que pararse porque la tos no lo dejaba avanzar. A unos tres metros de distancia se veía el borde de la escarpadura. Pero no se podía pasar. Era un acantilado que caía a pico desde arriba.

Clive se paró. Se sentó. Tenía la piel amarilla.

—¿Cómo subimos? —preguntó Violet.

—Tenemos que escalar.

Violet miró la pared buscando asideros: pequeños crestones, agujeros, raíces. Estaba helada, dolorida y abatida.

De pronto se dio cuenta de que Clive estaba llorando. Su falta de ánimo la aterrorizó.

—Clive, lo conseguiremos.

—Vete. Vete tú. No puedo dar un paso más.

—No me voy a ir sin ti.

—Vete, te salvarás.

—Tienes que venir conmigo.

—¿Es que no lo ves? No puedo. No puedo más.

Vete. Vete, vive tu vida y sé feliz.

Violet miró el acantilado buscando un camino para los dos. Cogió a Clive por debajo del brazo y tiró de él.

—¡Arriba! —le ordenó—. Clive Betts, si haces esto, te prometo que me casaré contigo.

Clive se levantó, sin fuerzas y cojeando.

—Violet, no juegues conmigo. Ahora no.

—Te lo digo en serio. Si subes por ahí y llegamos juntos arriba, me casaré contigo en primavera.

—¿Por qué?

—Porque eres un buen hombre de buen corazón y tendré una buena vida contigo.

Clive miró hacia arriba, dio unos pasos hasta encontrar un asidero y empezó a escalar. Violet lo seguía, agarrándose a lo que podía y apoyando los pies en las ramas. Avanzaron en silencio. Solo eran tres metros, pero tres metros que parecían tres kilómetros luchando contra la lluvia y la roca resbalosa que conspiraban contra ellos. A Violet le

martilleaba el corazón, la electricidad le recorría las venas. Se golpeaba las rodillas, forzaba los músculos, pero no se permitiría notar el dolor hasta el día siguiente.

Para sobrevivir, para que su mejor amigo sobreviviera, tenía que seguir. Y seguir.

Y siguieron, hasta que por fin llegaron al borde del acantilado. Después encontraron una corta pendiente que terminaba en el tronco de un eucalipto.

Clive se dobló hacia delante, resollando. Violet lo sujetó, temiendo que el esfuerzo acabara con él. Pero después se enderezó, estiró la espalda y señaló la parte trasera de una casa en la distancia.

—Allí —dijo—. Sale humo de la chimenea. Tiene que haber alguien. —Dio un paso más, pero después se paró, con las manos en las rodillas.

—Déjame que te ayude —dijo Violet pasándole el brazo por la cintura.

Él se inclinó sobre ella y Violet estuvo a punto de caerse por el peso. Pero siguieron adelante,

paso a paso, por el bosque encharcado. La casa se veía más cerca. La tos de Clive le sacudía todo el cuerpo, pero siguieron adelante. Subieron los escalones, llamaron a la puerta.

Una señora de pelo níveo acudió a abrir con expresión de espanto.

—Por favor —dijo Violet—. Ayúdenos, por favor.

Y Clive cayó de bruces al suelo a los pies de la señora, exhausto y completamente pálido.



Flora se quedó sentada en el sillón mucho tiempo mientras Will continuaba con su día, yendo y viniendo del salón a la consulta, llevando y trayendo libros y papeles. De cuando en cuando se paraba para prepararle un té, unas tostadas o simplemente para ponerle una mano en el hombro. Para Flora era una verdadera catarsis, después del terrible pasado y antes del incierto futuro, el estar

allí sentada, sencillamente respirando, contemplando el fuego mientras la lluvia caía sobre el tejado.

La espabiló un golpe en la puerta. Se oyeron los pasos de Will y después lo oyó decir:

—Oh, Dios mío.

Se levantó del sillón inmediatamente y se dirigió hacia la puerta, donde casi se choca con Will, que estaba sujetando a una Violet temblorosa, empapada y vestida con una ropa de hombre destrozada. Tenía los labios azulados y apenas podía respirar.

—¡Violet! —exclamó Flora—. Traedla junto al fuego. Oh, Dios mío, ¿qué te ha pasado?

—Clive —logró articular—. Clive está... muy mal. He corrido... he corrido lo más que he podido.

Flora miró a Will.

—Clive Betts es un empleado del hotel.

—¿Está herido? —preguntó Will.

—Está... tosiendo. No puede respirar. Está

enfermo. Creía que era un resfriado, pero es mucho mucho peor.

Will miró a Flora.

—Sécala y abrígala. Voy a por él.

—No está en el hotel —dijo Violet—. Está en la granja blanca que hay al oeste del Evergreen, en la casa de la señora Huntley.

—La conozco.

—¿Se puede conducir con las carreteras como están? —preguntó Flora.

—Iré conduciendo hasta donde pueda y después seguiré corriendo —explicó Will—. Abrígala. Está en estado de *shock*. Posiblemente con hipotermia. Sécala y abrígala —dijo, y salió corriendo.

—Violet, tienes que quitarte la ropa —le dijo Flora—. ¿De acuerdo?

Violet asintió y empezó a desnudarse. Tenía la piel blanca y arrugada. Flora cruzó el pasillo y entró en el baño de Will —estaba limpiísimo, olía a madera y hierbas aromáticas— y cogió una

toalla. Cuando volvió al salón, Violet estaba completamente desnuda, de cara al fuego. Era alta y delgada, con las caderas redondeadas y el pecho minúsculo. Flora se le acercó por detrás, le echó una toalla por encima y la giró hacia ella.

—Siéntate. Me voy a llevar esa ropa mojada y voy a ver si encuentro algo mejor que te puedas poner. Pero siéntate cerca de la chimenea, necesitas calor. —La chica la miraba angustiada—. No salgas de aquí, ¿de acuerdo? Tenemos que hablar.

—No me iré.

Flora encontró la habitación de Will y le llevó a Violet una bata gruesa y unos calcetines de lana. Después se fue a la cocina y le hizo un té y unas tostadas. En la otra habitación, sentada delante del fuego, estaba la mujer que había matado a Sam. Flora se debatía entre sentimientos encontrados. Por una parte quería descargar la rabia gritándole a Violet, pero por otra parte sabía que todo había sido un accidente, y además un accidente que, en

muchos sentidos, había sido inevitable.

Puso el té y las tostadas en la bandeja y se la llevó al salón. La dejó en el suelo y se sentó al lado de Violet, que seguía temblando a pesar de la ropa de abrigo. Flora se recordó a sí misma que Violet estaba embarazada... y que esperaba al hijo de Sam. Sabía que Violet no tenía culpa de nada; en todo caso, era una víctima, una joven ingenua que se había enamorado del hombre equivocado y lo había pagado a un precio muy alto: su futuro. Decidió que no solo no la culparía por la muerte de Sam, sino que jamás le contaría lo que la había causado.

Flora le dio la taza de té. Violet la cogió, le dio un sorbo y dijo:

—Sé que no va a creerme, pero Sweetie ha intentado matarme.

Y allí estaba. El incierto futuro que Flora temía. El momento de tranquilidad sentada en el sillón de orejas había acabado. Escuchó atentamente la terrible historia, cómo Violet había oído hablar de



la muerte de Sam, cómo Tony había confesado que el único motivo para casarse con ella era el buen nombre de su familia, cómo Tony le había pedido a Sweetie que se encargara de hacer callar a Violet y cómo Sweetie había aprovechado la ocasión para asegurarse de que su silencio fuera definitivo. Y por más chocante que fuera, Flora no se sorprendió tanto como tal vez debería haber hecho. Sam siempre la había avisado de que Tony era un bellaco.

Flora la escuchó hasta el final, la abrazó y la dejó llorar.

Al cabo de unos minutos, Flora le preguntó:

—¿Cuál es tu recuerdo favorito de Sam?

Violet se echó para atrás y la miró desconcertada.

—Vamos —dijo Flora—. Tú lo querías tanto como yo. Cuéntame tu mejor recuerdo. Cualquiera que sea.

—Una noche, muy tarde, me llevó a bailar al salón —contestó Violet—. Bailamos a la luz de un

candil, sin música. Fue... mágico. —Sorbió por la nariz—. ¿Y el suyo?

—Cuando él tenía nueve años, hizo un libro para mí. En cada página pegó una flor seca y en la de detrás me escribió la historia de esa flor. Algunas eran terribles: la pobre margarita murió de un modo horrible bajo las pezuñas de un caballo espantado. —Se rio, y Violet se rio con ella—. Pero fue un regalo muy especial. Me demostraba su cariño sin pretensiones. Todavía lo tengo en algún sitio en casa. —Entonces se acordó y sonrió—. También había una violeta.

—¿Qué le pasó a la violeta?

Flora no se acordaba. Aquella historia se había escondido entre los recovecos más oscuros de la memoria, así que dijo:

—La violeta superó los malos tiempos con fortaleza de ánimo y alegría en el corazón.

Violet sonrió entre lágrimas mientras se llevaba la mano al vientre. En ese momento Flora pensó que si iban a buscar a Sam y encontraban el

cuerpo, habría una investigación sobre su muerte con policías y médicos que descubrirían cómo había fallecido, y Violet resultaría implicada. Y entonces supo que seguiría adelante con la mentira..., no por Tony ni por su padre, sino por el hijo de Sam.

—Violet —le dijo—, en cuanto los trenes empiecen a funcionar, tendrás que irte. Tienes que desaparecer. No sé de lo que son capaces Tony y Sweetie, pero me quedaría más tranquila si tú y tu bebé os alejarais lo más posible del Evergreen.

—Lo sé. Pero tengo que esperar a Clive. Voy a casarme con él.

Flora levantó las cejas.

—Ah, ¿sí?

—Es lo más sensato.

Flora asintió con expresión comprensiva.

—Yo voy a romper mi compromiso con Tony.

—¿En serio?

—Sí —afirmó—. Es lo más sensato.

Violet no dejaba de dar vueltas por el salón. Quería salir, quería volver a la casa de la señora Huntley y estar con Clive, pero Flora no se lo permitiría. Will Dalloway se había ido hacía horas. Horas.

—Es un buen médico —dijo Flora.

—No importa lo bueno que sea un médico si el paciente se está muriendo —repuso Violet con un tono más acalorado del que le habría gustado. No podía perder a Clive al día siguiente de perder a Sam.

Por fin se oyó la llave en la puerta. Violet salió corriendo a recibirlo, pero él la apartó con delicadeza y no dijo nada hasta que no estuvieron todos sentados en el salón. Parecía agotado y tenía la ropa mojada.

—Violet, Clive se curará. La señora Huntley ha accedido a darle hospitalidad hasta que esté lo suficientemente recuperado como para moverlo sin

correr peligro. La infección no le ha llegado a los pulmones, y le he recolocado el hueso del tobillo que se ha roto.

—¿Se ha roto el tobillo?

—¿No te diste cuenta? Le dolía muchísimo y ha ejercido demasiada presión en la articulación al caminar y escalar. Lo más seguro es que no llegue a curársele bien y que cojee toda la vida. Pero como he dicho, vivirá.

Violet contuvo las lágrimas.

—No me lo dijo.

—Creo que tenéis mucho de que hablar. Me contó lo que había pasado. —Se volvió hacia Flora—. Mientras estaba en casa de la señora Huntley, se disparó la alarma. Tony de Lizio, tu prometido...

—Ya no lo es —protestó Flora entre dientes.

—Estaba en el sendero. Y encontró un cuerpo.

—¿El de Sam?

Will negó con la cabeza.

—El de Sweetie. Según parece, se resbaló y se

cayó después de... —Señaló a Violet con un gesto suave de la mano.

Flora bajó la mirada y suspiró ruidosamente. Violet intentó no sentir la oleada de júbilo en las venas.

—Cuando la avisaron, la señorita Zander fue a la casa de los vecinos de la señora Huntley para ver si tenían teléfono. Por supuesto, no tienen. Todavía no hemos dado parte a la policía.

—Dos muertes —dijo Flora—. Dos muertes en dos días. Tengo que volver al hotel. Tengo que hablar con la señorita Zander para que no lo comente con nadie más. —Se levantó—. ¿Puedes cuidar de Violet? Tendrá que quedarse aquí hasta que pueda coger un tren para volver a casa.

—Será un placer, Violet —dijo el médico—. Tengo una habitación de huéspedes, y me gustaría que te quedaras para que pueda atenderte hasta que recuperes el color. Flora, la carretera está bastante despejada hasta la estación de trenes. ¿Quieres que te lleve?

—Sí, te lo agradecería. —Flora se volvió hacia Violet y le dio un rápido abrazo con cierta torpeza —. Nos veremos pronto.

Se marcharon, y Violet se quedó junto al fuego, pensando. Clive le había dicho que no había visto a Sweetie en el sendero. ¿Era porque Sweetie se había matado de una caída antes de que Clive saliera a buscarla? ¿O la caída había sido porque Clive había encontrado a Sweetie? Sweetie era un bravucón y un fanfarrón. ¿Le habría dicho que la había matado y que haría lo mismo con él? Clive no era tan robusto como Sweetie, pero era alto y ágil. Y listo.

Violet sonrió. Daba igual. No se lo preguntaría. Clive y ella se irían de allí y comenzarían una vida juntos. Todo lo que había pasado hasta aquel momento no tenía la menor importancia.



Will dejó a Flora cerca de la estación y se

ofreció a acompañarla andando hasta el hotel.

—No —dijo Flora—. Necesito pensar. Cuida de Violet. Está embarazada del hijo de Sam. Ahora mismo ella es la persona más importante del mundo para mí.

Will sonrió.

—Lo haré, Flora. Haría cualquier cosa por ti.

Pero ambos sabían que no era el momento para declaraciones de afecto. Flora necesitaba hablar cuanto antes con la señorita Zander para instruirla acerca de cómo debía afrontar las cosas.

Dos hombres habían perdido la vida trágicamente en el sendero en unas condiciones climáticas adversas. Aquello era perfecto para explicar la muerte de Sam, la historia se escribía sola. Sweetie y Sam salieron a dar un paseo, el tiempo era terrible y ambos murieron. Un cuerpo se encontró y el otro aún no se había hallado. Pero Flora no podía soportar la idea de que la gente pensara que a Sam le gustaba la compañía de alguien como Sweetie. No, ella quería llevarse a



Sam a casa. No podía llevarse su cuerpo —que se perdió en el bosque—, pero se llevaría a Sam en el corazón, y esperaría a que llegara el momento adecuado para anunciar su muerte y organizar el funeral. A sus padres les gustaría la idea. Ninguno de ellos querría que se supiera que un Honeychurch-Black había desaparecido en el bosque durante una nevada. Saldría en la prensa. Sobre todo si Sam estaba con un matón como Sweetie.

Y en cuanto a Tony... Bueno, conseguiría que rompiera su compromiso con ella amenazándolo con dar a conocer su papel en la captura e intento de asesinato de Violet. Flora volvería a casa con el corazón roto, pero contra eso nadie podría hacer nada.

Sin quererlo, Sam la había liberado.

## CAPÍTULO VEINTIOCHO

### *Seis meses más tarde*

—Esta será tu habitación —dijo Violet mientras abría la puerta—. Y la de enfrente, la del bebé.

Su madre miró la habitación con una expresión que estaba a medio camino entre la perplejidad y el recelo.

—¿Y cómo vas a poder permitirte esta casa?

—Tú no te preocupes por eso.

Su madre bajó la voz.

—¿Es Clive? ¿Es rico pero quiere mantenerlo en secreto?

Violet negó con la cabeza tristemente. El pobre Clive apenas podía trabajar a causa del constante dolor en la pierna. Aun así, muy poco a poco había

conseguido pintar las habitaciones y encerar el suelo. Era una casa pequeña, un regalo modesto, pero más que suficiente para empezar. El resto corría a cargo de Violet, que estaba dispuesta a trabajar de sol a sol —mientras su madre y Clive se ocupaban del bebé— para construirse una nueva vida a partir de lo que le habían dado.

—Mamá, lo único que puedo decirte es que nos está ayudando una persona muy generosa. Pero prefiere mantener el anonimato.

—Bueno, pues has tenido mucha más suerte que yo —comentó su madre indicando la enorme barriga de Violet—. Primero, porque has encontrado a un tipo dispuesto a casarse contigo, y ahora esto.

Clive apareció por detrás.

—¿Qué le parece, señora Armstrong? ¿Cree que será feliz aquí?

—Yo seré feliz viendo feliz a mi hija y a mi nieto —dijo la madre de Violet mientras dejaba la maleta en el suelo de su nueva habitación.

—Entonces haré todo lo posible por que sean felices —dijo Clive abrazando a Violet al tiempo que le acariciaba el vientre.

La madre arqueó las cejas.

—En mis tiempos nadie se habría atrevido a comportarse así en presencia de una persona decente.

Violet se rio.

—Vamos a dejar que te instales.

Clive y ella ya estaban a mitad del pasillo cuando su madre la llamó.

—Me muero de curiosidad. Puedes decírmelo, no diré una palabra —aseguró—. ¿Quién es el benefactor?

—Es una benefactora, mamá. Es una mujer.

La idea de que se tratara de una mujer con dinero la asombró tanto que no supo qué decir.

—No te puedo contar nada de ella. Tiene su propia vida. Se va a casar el mes que viene, con un médico. Le he prometido que jamás revelaría su nombre. Pero sí que puedo decirte una cosa. —

Violet sonrió—. Es la mujer más buena que he conocido en la vida.

## CAPÍTULO VEINTINUEVE

2014

—¿Interrumpo algo? —dijo Tomas desde la puerta. Lizzie y yo estábamos en el sofá, rodeadas de tazas de té vacías y pañuelos de papel usados.

Lizzie se levantó.

—Creo que debería irme. Ya te he robado demasiado tiempo.

—Puede quedarse —dije.

—Puede quedarse —repitió Tomas como un eco—. ¿Pasa algo?

Lizzie forzó una sonrisa.

—Prefiero que te lo cuente Lauren.

Le di el retrato.

—Tome, es suyo.

—No, no. No me lo des ahora. Es... Creo que necesito un poco más de tiempo.

—Se lo guardaré.

—Gracias, querida. —Me acarició la cabeza y me metió un mechón de pelo por detrás de la oreja —. Eres una buena chica —dijo antes de marcharse y cerrar la puerta.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Tomas.

Indiqué el retrato.

—Violet es la madre de Lizzie.

—¡Venga ya!

Se lo conté todo, aunque era difícil explicar la reacción de Lizzie con palabras: sorpresa y excitación, tristeza y emoción a un tiempo. Tal vez debería haber esperado un poco más, hasta que se recuperara por completo de la enfermedad y la operación. Pero una vez que empecé, ya no pude parar.

Que Dios me ayude, hasta le enseñé las copias de las cartas. Leyó dos líneas y me las devolvió. «No quiero ver esto», me dijo.

—Intenta proteger a su padre —le expliqué a Tomas—. Clive, el hombre que la crio. Todo esto es demasiado para ella.

—Ya me lo imagino. —Me cogió la mano y la apretó—. Pero has hecho bien. Tenías que contárselo.

—Espero que esté bien.

—Es una mujer fuerte. —Me abrazó y me besó—. Tengo una noticia.

—¿Buena o mala? —Creo que en el fondo estaba convencida de que mi relación con Tomas era demasiado buena para ser verdad.

—Depende de cómo se mire.

Me senté en el sofá, preguntándome si no sería yo la que iba a necesitar ahora la caja de pañuelos que tenía en la mesita.

—Pues dime.

Se sentó en la mesa de centro, con las piernas abiertas y las rodillas tocando las mías, y se inclinó hacia delante.

—Hay un cambio de planes en el hotel.



—¿En el proyecto?

—Sí, me van a mandar antes a casa.

El corazón se me cayó a los pies.

—¿Cuánto antes?

—En cuanto quiera irme. Muy pronto, supongo.

Tengo que buscarme otro contrato en Dinamarca.

—¿Y no volverás hasta enero?

—Febrero o marzo. Pero seguro que volveré dentro de nueve meses.

Nueve meses sin Tomas.

—Tengo que decirte una cosa —dijo incorporándose y enderezando los hombros. Había llegado el momento. Iba a romper conmigo.

—Sé rápido —dije.

Respiró hondo.

—Quiero que te vengas conmigo.

Lo miré sin expresión, hasta que por fin sus palabras se abrieron paso en mi interior.

—¿En serio? ¿A Dinamarca?

—Ya sé que es pronto. No te estoy pidiendo que te cases conmigo ni que te comprometas para

siempre. Ni siquiera tenemos que vivir juntos. Mi hermana tiene una habitación libre y podrías quedarte en su casa. Solo te pido que te lo pienses. Haces un café estupendo y estoy seguro de que encontrarías trabajo allí y...

—Pero si no sé una palabra de danés.

—Aprenderás rápido. Yo te ayudaré.

¿Acaso se creía que estaba loca? ¿Cómo iba a irme con un hombre que solo conocía desde hacía unas semanas? ¿Sin trabajo, sin hablar el idioma, sin ninguna seguridad de que Tomas..., total, sin nada?

Me eché a reír.

—¿Qué pasa? —me dijo con una sonrisa precavida.

—¿Sabes qué? —dije—. Me lo pensaré.



Estaba en el servicio, quitándome de la cara toda la mugre del día y peinándome, cuando entró

Penny.

—Tus padres —dijo.

Me dio un vuelco el corazón.

—¿Qué? ¿Están aquí?

Asintió.

—¿No sabías que iban a venir?

—No, pero debería habérmelo imaginado. —

Mi madre no me había llamado. Yo tampoco la había llamado. Lo que yo creía que era un acuerdo mutuo de no llamarnos durante un tiempo, para ella había supuesto una oportunidad de organizar un viaje sorpresa para venir a angustiarme en persona. Me incliné sobre el lavabo—. ¿Qué hago?

—Tienes que salir a hablar con ellos. Han venido desde Tasmania.

—Pero estoy enfadada con ellos y... —Miré el reloj—. He quedado dentro de diez minutos.

—Son tu familia —me dijo, y me dio una palmadita en el hombro—. Tienes que perdonarlos.

Refunfuñé y empujé la puerta. Mis padres estaban fuera, esperándome. Estaban hablando.

Habían llegado en el peor momento.

Cogí el bolso, me despedí de Penny y salí.

—¡Lauren! —exclamó mi madre, y me dio un abrazo cargado de inseguridad—. Has adelgazado. ¿Estás comiendo? ¿Qué te has hecho en las cejas?

Mi padre me dio un beso.

—Lo siento —murmuró.

—Deberíais haberme llamado —dije.

—No te preocupes —repuso mi madre—. Nos quedaremos en un hostel. Solo será una noche o dos, hasta que aclaremos las cosas. ¿Podemos sentarnos en algún sitio para hablar? ¿En tu casa?

—He quedado dentro de diez minutos. Allí —dije apuntando hacia el mirador.

—Diez minutos no es suficiente. ¿Has quedado con tu novio? Podrías llamarlo y decirle que...

—Lauren ha quedado —dijo mi padre, interrumpiéndola por primera vez en la vida—. Si podemos hablar diez minutos, ya es un inicio.

—Vamos —dije mientras salíamos al mirador.

Mis padres se sentaron en un banco de madera y yo me quedé de pie, con la espalda apoyada contra la barandilla. Miré el reloj, pensando que no había sido buena idea, que tal vez debería haberlos mandado al hostel y quedar con ellos al día siguiente.

—Venga —la apremió mi padre.

—A ver —dijo mi madre. El sol del atardecer le iluminaba unas profundas arrugas alrededor de los ojos. ¿Eran nuevas?—. A ver —repitió—, Lauren, entendemos que estés enfadada...

Esperé.

—Pero quiero que entiendas que tomamos aquella decisión..., bueno, la tomé yo y tu padre me apoyó..., porque creímos que Adam estaría mejor en casa con nosotros y...

—Estaba enamorado, mamá.

—Era demasiado joven para estar enamorado. Solo estaba experimentando. Eso era lo que pensábamos. Y no habría cambiado nada si se

hubiera enamorado de una chica.

Quería creerla. Todavía no sé si la creo.

—En cualquier caso —continuó—, estuvo mal, pero teníamos otras cosas en las que pensar. Nuestro hijo tenía una enfermedad terminal. Tomamos una mala decisión y estamos arrepentidos. Arrepentidos de verdad.

—Eso no me lo tenéis que decir a mí —repliqué—. Se lo deberíais decir a Anton.

—Se lo podrías decir tú —intervino mi padre.

—A lo mejor se lo podéis decir en persona —dije señalando el final del camino—. Porque he quedado con él, y está ahí.

Anton nos vio y dudó un momento. Sabía que aquello debía de ser muy difícil para él, y que tal vez minaría nuestra reciente amistad. Pero tenían que hablar entre ellos.

Mi padre se levantó y se puso muy derecho.

—Yo hablaré con él —dijo en voz baja—. Y admitiré que cometí un gran error.

Mi madre dobló las comisuras de los labios

hacia abajo, como una niña intentando no llorar. Me dio pena. El pasado salía a su encuentro.

—Hablad con él —los animé—. Os espero en la cafetería.

Me dirigí hacia el hotel. Cuando me di la vuelta, mis padres y Anton estaban reclinados sobre la barandilla, hablando, con el sol brillándoles en la espalda. Al mirar a mi madre desde lo lejos, pensé en cómo había conseguido dominarnos a todos y me pareció ridículo. No medía más de un metro y medio, una mujer diminuta con grandes pechos y una permanente mal hecha. No oía lo que decían, pero mi madre estaba hablando y Anton la estaba escuchando. No sabía cómo terminaría aquello, pero si ella le pedía perdón y él aceptaba sus disculpas, tal vez podría ser el inicio de una nueva relación de amistad.



Mis padres vinieron a cenar a mi casa. Mi

padre dijo que admiraba a Anton y su serena caballeridad. Mi madre fue más precavida, y me dijo que no quería hablar de eso. Comimos *pizza* e intentamos mantener una conversación tranquila, hasta que mi madre volvió al ataque.

—Esta casa es muy pequeña —dijo.

—Es suficiente para mí.

—No hemos tocado nada en tu habitación. —  
Sonrió—. Ya es hora de que vuelvas a casa, ¿no?

—¿A casa? —Miré a mi padre por encima de la cabeza de mi madre, y él me dirigió una mirada muy expresiva.

—Ya hace nueve meses que te fuiste —insistió mi madre—. Quiero que estés conmigo. Te echo de menos.

Me limpié los dedos aceitosos en una servilleta y le cogí la mano con ternura.

—Mamá —le dije—, no voy a volver a casa.

—¿Por qué no? —preguntó enfurruñada.

—Porque me voy a Dinamarca.





—¿Se encuentra bien?

Lizzie asintió. Apenas había hablado desde que Tomas nos recogió por la mañana para llevarnos a la estación, y ahora que el tren seguía traqueteando por los barrios de Sídney, se había puesto muy pálida.

—No está obligada a verla, si no quiere —le dije, pero le hablé sin convicción y seguramente lo notó. Me había llevado varias semanas organizar aquel encuentro entre Terri-Anne Dewhurst y ella.

Terri-Anne estaba deseando conocerla. «¡Es la prima de mi madre! —exclamó—. Una Honeychurch-Black en carne y hueso. La acogeremos con los brazos abiertos. Puedo subir a las montañas, o si eso es demasiado apabullante para ella, podríamos quedar en Sídney».

Pero Lizzie se había mostrado aprensiva y recelosa. «Él no era mi padre. Mi padre era Clive Betts. Él me crio. Eso es lo que hace un padre».

Las cartas que Sam le mandó a Violet eran demasiado para ella. Le habían destrozado el sueño de su propio pasado, en el que su madre y su padre se amaban con locura. Un amor de juventud. El primer amor.

—Tengo que verla —dijo Lizzie mientras el tren continuaba por su camino—. Para eso ha venido hasta aquí.

—Solo desde Goulburn.

—Aun así —replicó—. Pero será mejor que no pretenda obligarme a formar parte de su familia. Yo ya tengo la mía.

—Solo quiere conocerla. —Saqué el retrato de Violet del bolso y se lo di a Lizzie.

—¿Qué?

—Vamos, mírelo.

Lizzie lo desenrolló y se lo puso en el regazo.

—Su padre, Clive, lo dibujó.

—Pero otro hombre escribió eso —replicó dando un golpecito con el dedo sobre las palabras que se leían en lo alto del dibujo: «Mi Violet».

—Sí, pero Sam no lo dibujó. Fíjese bien. Obsérvelo de verdad. Se ve el amor en cada trazo. Y en los ojos. En la mirada vulnerable. Se ve que ella también lo quería.

—No escribió las iniciales de papá en la pared de la cueva que encontraste.

—No, pero ya se lo he dicho, después las tachó. A lo mejor tuvo una historia tonta, típica de la juventud, con Samuel Honeychurch-Black, pero después, cuando de verdad se encontró en apuros, fue a su padre al que buscó, al hombre que la ha criado a usted y al que usted ha querido como a su propio padre, y ella jamás dio a entender que no lo fuera.

Lizzie contempló el dibujo durante mucho tiempo. Se le pusieron los ojos llorosos.

—Me gustaría saber lo que pasó.

—Ya sabemos lo que pasó. Sabemos que Violet se fue del hotel-balneario Evergreen y siguió adelante con su vida, una vida feliz. Siguió adelante para tenerla a usted. Siguió adelante para

vivir una vida llena de amor con su padre. —La cogí del brazo—. Vamos, Lizzie, sonría.

—Estoy demasiado vieja para esto, Lauren. Un padre secreto y cartas de amor apasionado. Yo solo quiero seguir creyendo que mis padres se casaron porque se querían, que me tuvieron como fruto de su amor... —Negó con la cabeza—. Una familia normal.

—Pero no lo es, y usted lo sabe.

El tren entró en la estación.

—¿Está preparada? —dije.

—Lo más preparada que pueda llegar a estar.

Señalé a través del cristal.

—Mire, aquella es Terri-Anne. Hay más gente con ella.

—No se me dan bien los nombres —dijo Lizzie, y de pronto pareció mucho mayor.

—Usted sonría y tranquilícese. Yo estoy aquí.

Salimos del vagón y bajamos al andén juntas, donde la nueva familia de Lizzie estaba esperando con los brazos abiertos a la prima que no habían

conocido jamás.

## EPÍLOGO

1927

Violet abre los ojos. El sueño se desvanece. El recuerdo de los últimos días vuelve a la mente. Sonríe y se gira hacia un lado. Ahí está, rosa y diminuta, envuelta en una mantita blanca, durmiendo pacíficamente en la cuna que tiene al lado de su cama en la habitación del hospital. Violet alarga la mano hacia su hija, que ha nacido hace unas horas, y le acaricia el pelo fino y suave.

Una sombra en la puerta. Levanta la mirada. Es Clive. Parece feliz pero inseguro, vulnerable.

—No te he despertado, ¿no? —le pregunta.

—No. Estoy demasiado emocionada como para dormir mucho tiempo.

Acerca una silla a la cama y la coge de la mano.

—Ha sido lo más hermoso que he visto en la vida —dice.

—¿Por qué no te fuiste cuando te lo dijeron?

—Porque un hombre no ve nacer a su hija todos los días.

«A su hija». A Violet se le empañan los ojos.

—No te importa, ¿no? ¿Que sea hija de Sam?

Clive se lleva la mano de Violet a los labios y la besa.

—No es la hija de Sam —dice lentamente y con firmeza—. Es nuestra hija. La amaré, la llevaré siempre en el corazón y le daré todo lo que tengo: mi tiempo, mi dinero, mi cuerpo y mi alma. Somos una familia, Violet. Y te amo apasionadamente.

«Apasionadamente». Hubo un tiempo en el que ella creyó que esa palabra significaba otra cosa. Algo vertiginoso y vehemente, como un rayo. Pero ahora se da cuenta de que la pasión es como un profundo océano, puro e insondable. Se alza

lentamente, como las olas, y cuando lo hace es poderosa e inquebrantable, y hace que ocurran cosas en el mundo. La pasión real no es solo la alegría de soñar. Perdura en el tiempo. Clive la ama apasionadamente, con una pasión que crece día tras día y que se hace evidente en cada palabra, en cada caricia.

Violet lo mira y deja salir las lágrimas.

—He sido una tonta toda mi vida —dice.

—Todos somos tontos de vez en cuando. A lo mejor vuelves a comportarte como una tonta, ¿quién sabe? Pero yo te seguiré amando pase lo que pase.

—Y yo seguiré a tu lado —le promete, apretándole la mano contra su corazón—. Tú eres mi hombre.

—¿Tu hombre?

—No siempre está claro desde el principio —dice.

La niña se despierta y llora. Clive la saca de la cuna y ella se tranquiliza enseguida. La mece en



sus brazos, mirándola extasiado.

—Te amaré mientras viva, mi vida —le dice al bebé, a su hija—. Y cuando me muera, me convertiré en una estrella y te seguiré amando desde el cielo.

Violet lo mira. Ha encontrado la paz.

Título original: *Evergreen Falls*

Published in Australia and New Zealand in 2014 by  
Hachette Australia (an imprint of Hachette Australia Pty  
Limited) Level 17, 207 Kent Street, Sydney NSW 2000

Edición en formato digital: 2016

© Kimberley Freeman, 2014

© traducción: Carmen Terner Lorenz, 2016

© de esta edición: Bóveda, 2016

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

[algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

ISBN ebook: 978-84-16691-05-0

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro  
electrónico, su transmisión, su descarga, su

descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

[www.literaria.algaida.es](http://www.literaria.algaida.es)